

TOTI
MARTÍNEZ DE LEZEA

El Jardín
de la Oca



ae

Para unos El Jardín de la Oca es un camino iniciático; para otros, un tablero de adivinación o un plan secreto; para muchos, la senda que lleva hasta la tumba de un apóstol venerado. ¿Y si todos ellos tuvieran razón? A la búsqueda de una respuesta, miles de personas han seguido hasta el final de la Tierra la ruta de las estrellas, el arco-iris del dios Lug de los celtas, el río eterno de árabes y judíos, el Camino de Santiago de los cristianos.

Nuestra historia transcurre a mediados del siglo XIII por el camino que va de La Rioja, pasando por Burgos y León, hasta Galicia, tierras de misterios, de viejas creencias, catedrales, viajeros de diversas procedencias y religiones en busca de la verdad. Y también de aventureros, visionarios y maleantes que intentan obtener beneficio aprovechándose de la devoción y de la credulidad de sus semejantes.

En ella coinciden, Robert Lepetit, apodado "el bugre" expulsado de la iglesia, Ezequiel Falaquera, médico judío y Hadi al-Suri, herbolario musulmán, todos empeñados en descifrar, a su manera, las claves del misterioso Jardín de la Oca.



Toti Martínez de Lezea

El jardín de la Oca

ePUB r1.1

orhi 06.05.13

OceanofPDF.com

Título original: *El jardín de la Oca*

Toti Martínez de Lezea, 2007

Ilustraciones: Aritz Albaizar

Diseño de portada: Aritz Albaizar

Editor digital: orhi

ePub base r1.0



OceanofPDF.com

A Laure y Carlos

OceanofPDF.com

*Si quieres captar la realidad,
sepárate de lo falso, y tu corazón será real;
pues si de corazón no te separas de lo falso,
¿dónde está lo real de la irrealidad?*

HUI NENG (638-713)

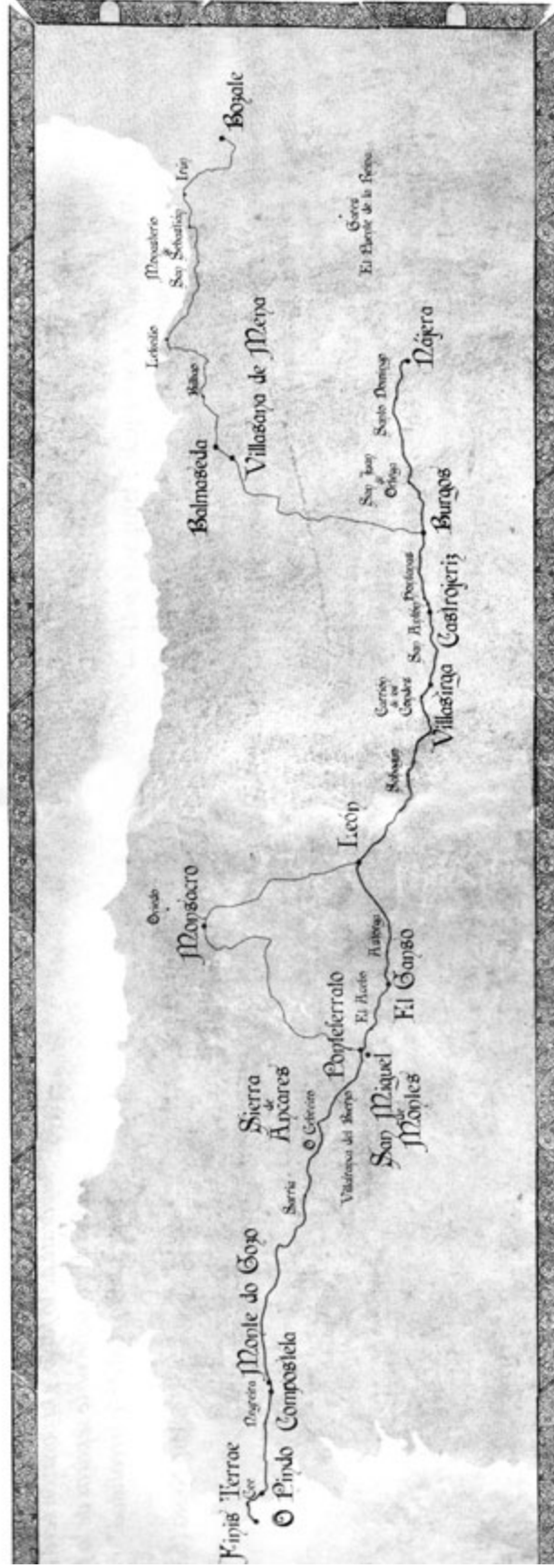
Principales personajes de la novela

- Robert Lepetit**, de París, apodado «el bugre», inquisidor dominico expulsado de la Orden y excomulgado.
- Eder Bozat**, de Bozate, barrio de Arizkun, Navarra, agote, artesano de la madera y de la piedra.
- Don Ezequiel Falaquera**, de Nájera, La Rioja, médico judío.
- Hadi al-Suri, de Burgos**, herbolario musulmán.
- Bertrand de Garlande**, de Champagne, Francia, comendador de la encomienda templaria de Ponferrada.
- Ugo Ermengol**, de Tortosa, Tarragona, peregrino de profesión.
- Alazaïs Gauti**, de Languedoc, cátara huida y asentada en Bozate con sus padres.
- Ferrán**, de Burgos, criado de Lepetit.
- Dominga**, de León, cocinera de Lepetit.
- Maestro Enrique**, de Champagne, Francia, constructor de las catedrales de Burgos y de León.
- Maddi**, hija de Eder y de Alix Bisol.

Nombres de lugares con otra denominación actual:

- Gares**: Puente la Reina (Navarra).
- Villasirga**: Villafranca de Sirga (Palencia).
- Ponteferrato**: Ponferrada (León).
- Codillero**: Cudillero (Asturias).
- Crunia**: A Coruña (Galicia).

LAS ETAPAS DE EL JARDÍN DE LA OCA





OceanofPDF.com

Bozate, Valle De Baztan, año 1250

La noche comenzaba a adueñarse del día y la luna, *Ilargia*, la luz de los muertos, brillaba pálida y distante cuando Eder Bozat llegó al alto de Izpegi. Subió por el escarpado camino de cabras que llevaba a la cima a pesar de la impaciencia que lo dominaba y buscó entre las sombras el círculo de piedras que custodiaba las cenizas de su madre y de su tía. Ellas, descendientes de las mujeres sabias que habían conducido a los suyos durante generaciones, sabrían aconsejarle y le darían la fuerza necesaria. Se arrodilló junto a los túmulos, apoyó las palmas de sus manos sobre la tierra húmeda y cerró los ojos. Por su mente pasaron imágenes de templos oscuros iluminados con cirios, donde los «otros» llevaban a cabo sus ceremonias y plegarias. El pueblo del bosque no tenía iglesias, ni ritos, ni oraciones. Le bastaba subir a la montaña y contemplar a la Diosa en todo su esplendor. Era la tierra que pisaba, los árboles que lo cobijaban, las flores y las plantas; era el águila, el jabalí, la liebre, la abeja; era el viento, la lluvia, el día y la noche. *Amari* era la vida y ellos eran parte de la vida. Según la tía Elaia, los «otros» también habían creído en ella tiempo atrás, pero la habían olvidado y por esa razón la envidia anidaba en sus corazones; despreciaban al pueblo del bosque y no le permitían vivir en paz. También se despreciaban entre ellos y mataban en nombre de sus dioses. El viento arreció en aquel momento y ululó con fuerza. Sintió un escalofrío. Pese al tiempo transcurrido, no había olvidado la visión de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, abrasados por las llamas en una colosal hoguera. Era un niño entonces, pero todavía recordaba las palabras del soldado que, impasible, veía morir decenas de seres humanos de forma cruel.

—Son herejes, cátaros, discípulos del diablo y enemigos de la Santa Madre Iglesia. Sus cuerpos arden al igual que arderán sus almas para toda la eternidad.

¿Por qué le venía a la mente el horrible recuerdo? Había ocurrido muchos inviernos atrás en un lugar lejano. Clavó las uñas en la tierra e intentó evocar el rostro de la madre, pero era la joven cátara, a quien él había salvado la vida siendo niña, la que aparecía tan real que casi podía tocarla.

—Nunca engañes a otros, ni te engañes a ti mismo, Eder —le decía a menudo la tía Elaia— *Amari* castiga a quienes niegan poseer algo y les priva de su posesión y disfrute.

De nuevo silbó el viento, y de nuevo sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo. Él se había negado el amor y por ese motivo la Diosa le privaría ahora de la felicidad. Rechazó la idea. No se había negado el amor; simplemente, no lo había visto. Había emprendido el viaje con el ánimo alegre, pero de pronto tuvo miedo. ¿Qué le diría? ¿Cómo explicaría su huida, sin una justificación, sin una palabra de adiós? ¿Cómo le confesaría el tormento sufrido a lo largo de cien días con sus cien noches? Le diría que su razonamiento se había visto ofuscado por una pasión enloquecida; que no había sabido discernir la obsesión que lo mantenía esclavo de otra mujer y de su recuerdo; que era a ella a quien amaba y con quien deseaba vivir el resto de su vida. O también podría simplemente pedir perdón. Se hincaría de rodillas y no se levantaría hasta que ella lo hubiese perdonado por no haber sabido comprender que sólo ama quien da. Después, la cogería en sus brazos y besaría sus labios; yacerían juntos y se amarían como si acabaran de descubrirse. Sintió la necesidad de echar a correr y no parar hasta llegar a Bozate.

La aurora, envuelta en una luz rosácea, se adueñaba de todos los rincones del valle y el corazón le dio un vuelco al apercibir las humildes viviendas que se alzaban al abrigo del Gorramendi. Así con fuerza el morral que colgaba de su hombro y escondía la prueba de su amor. No harían falta las palabras. Ella lo entendería, seguro que lo entendería. Las puertas de las casas de Bozate no tenían cerraduras ni trancas; no había

nada de valor dentro de ellas, y sus moradores dormían confiados, sin temor a los ladrones. Procuró, no obstante, no hacer ruido. Se quitó las abarcas y ascendió con suavidad por la estrecha escalera, cuyos peldaños paso a paso lo acercaban a la dicha, atravesó el reducido espacio ocupado por el hogar y entró sigilosamente en el cuarto. Se detuvo anonadado. El lecho no tenía lienzos ni mantas, sólo el colchón de hierba seca. Abrió el arcón de las ropas en un intento por rechazar la evidencia, y lo encontró vacío. Ella se había ido.

OceanofPDF.com

El judío de Nájera, año 1252

Nada más abrirse el portón del llamado «castillo de los judíos» de Nájera, a primera hora de la mañana, don Ezequiel Falaquera salió por él, penetró en la zona cristiana y se dirigió al monasterio de Santa María la Real. En su camino, se detuvo en la tahona y adquirió un panecillo recién horneado, saludó a una mujer que barría la entrada de su casa e intercambió unas palabras con el escribano, que caminaba en dirección contraria. El médico judío era un personaje respetado tanto por sus correligionarios como por los cristianos y musulmanes que habitaban la pequeña villa a orillas del río Najerilla. Todos lo necesitaban por igual y él no hacía distinciones entre unos y otros. A pesar de sus casi setenta años de edad, presentaba un aspecto envidiable y parecía bastante más joven, tal vez debido a que en su rostro no había apenas arrugas y tampoco se le veían demasiadas canas. De estatura mediana, peso justo, cabellos cortos y barba arreglada, vestía con la simplicidad de un artesano acomodado, renegando de cualquier tipo de adorno o joya, como cadenas o anillos, cosa que no dejaba de sorprender a sus vecinos, quienes lo consideraban uno de los hombres más ricos de la población. Una mirada más atenta reconocía, sin embargo, la buena calidad del tejido y mejor hechura de su vestimenta y, aunque los hombres religiosos judíos recomendaban a sus correligionarios el uso de colores naturales, sin teñir, don Ezequiel vestía invariablemente de tonos ocres y marrones y sólo se cubría la cabeza con una sencilla cofia con orejeras durante los días más fríos del invierno en los que también se abrigaba con un manto.

Al llegar al monasterio, llamó a la puerta de la casa de los monjes. A la espera de que le abrieran, vio acercarse a un grupo de peregrinos y los

saludó con una inclinación de cabeza, al tiempo que recordaba que había prometido al hospitalero de La Abadía pasarse por el hospital antes del mediodía para atender a un par de caminantes llegados la víspera con los pies destrozados y «algo más», según le había informado el hombre con gesto resignado. Los recién llegados no presentaban mal aspecto, pero estaba claro que necesitaban comer caliente por la forma como se arrebujaban en sus capas. No pudo evitar pensar en la larga andadura y en los peligros que les aguardaban hasta llegar a Sant Yago de Compostela: caminos desiertos, ladrones, lluvia, ríos que vadear y, total, ¿para qué? Interrumpió sus cavilaciones al abrirse la puerta y penetró en el edificio. Sin mediar palabra, el monje benedictino lo acompañó al despacho del abad.

—Os he llamado, don Ezequiel, porque hace un par de días nos llegó, enviado por los hospitalarios del monasterio de San Juan de Navarrete, un religioso francés en bastante mal estado —le informó éste—. Tiene graves quemaduras en las manos y no puede mover los dedos. Quizás vos, con vuestros conocimientos, podáis hacer algo por él.

—Mal arreglo tienen las quemaduras...

—Lo sé, pero nada se pierde con intentarlo. Se hallaba en Dorreaga, en la granja templaria, cuando el incendio. No sé si habréis oído hablar del asunto...

El médico asintió con un gesto de cabeza. Todo el mundo en la región conocía el hecho luctuoso, ocurrido en las vecinas tierras navarras meses atrás, que había provocado la muerte a varias personas, heridas a muchas otras y la destrucción de la casa de los templarios. Las fuentes de información, sin embargo, no acababan de ponerse de acuerdo en cuanto al motivo del incendio. Había quien señalaba a los infanzones, que andaban revueltos y mantenían pleitos con el rey Teobaldo a quien los templarios eran leales. Otros aseguraban que el incendio se había debido a un descuido del cocinero de la granja, que habría olvidado la olla encima del fuego, y también se decía que había sido obra de un loco, despechado por no haber sido acogido por los freires en su comunidad.

—Otra cosa... —añadió el abad—. Ese hombre no habla... quiero decir —acaso se deba a sus heridas y a la terrible experiencia sufrida, pero no es

persona con quien sea fácil entablar conversación.

—No os preocupéis, señor abad. Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de pacientes.

El monje en persona lo acompañó hasta la celda ocupada por el herido, golpeó suavemente con los nudillos en la puerta y la abrió, asomando la cabeza por ella.

—Nuestro físico está aquí —anunció, y, sin esperar respuesta, se hizo a un lado para permitirle la entrada, retirándose después.

El hombre miraba por un ventanuco que daba a la parte trasera del monasterio y tardó unos instantes en girarse y encararse al médico. El reducido tamaño de la celda pareció reducirse todavía más cuando dio dos pasos hacia él. Don Ezequiel notó una sensación extraña; la misma que sentía al hallarse ante un cadáver. Paradojas de la vida, jamás en sus largos años de ejercicio había podido acostumbrarse a la visión de la muerte. No le importaba sajar, operar, curar bubas pestilentes, atender a un moribundo, pero, ya fallecido, evitaba pasar más tiempo del necesario en la misma habitación. Aquel sujeto le recordó historias de golems, seres sin alma, que los viejos de la judería contaban junto al fuego provocando en sus oyentes tanta curiosidad como temor. Le llevaba una cabeza de alto y estaba muy delgado; vestía de negro, pero no con el hábito de los benitos, sino con una especie de ropón al modo de los escolásticos, y portaba en la cabeza una cofia con orejeras parecida a la suya, negra también, que le cubría los cabellos por completo haciendo resaltar la palidez de un rostro consumido, de ojos hundidos y nariz prominente.

—Me ha dicho el padre abad que habéis sufrido quemaduras en las manos —dijo en vista de que el otro callaba y, de paso, para conjurar la primera impresión recibida.

En silencio, el herido se sentó en el catre y extendió las manos. El médico dejó su bolsa de medicinas sobre una mesita, poco más grande que una banqueta, y se dispuso a examinar las extremidades deformadas, cuya epidermis había sido destruida por obra del fuego. Notó una sensación desagradable al asirlas entre las suyas. Estaban blancas y frías, y los dedos,

agarrotados, eran duros como la piedra. En efecto, aquéllas eran las manos de un cadáver.

—¿Podré volver a mover los dedos?

Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar las manos y salir de allí a toda prisa al escuchar la voz penetrante del individuo, cuyo tono se asemejaba más a una amenaza que a una pregunta.

—Vuestras lesiones son graves —le informó mirándole directamente a los ojos—. Las quemaduras han dañado los huesos, los músculos y los tendones. Vuestros dedos no tienen sensibilidad y, siento decirlo, es del todo improbable que recuperéis la movilidad.

—Pude moverlos... —Acaso sólo en un primer momento, pero ahora ya no es posible. Podríais utilizar aceite de hipérico para regenerar la piel que...

El hombre retiró las manos y las ocultó bajo los pliegues del ropón, se puso en pie y volvió a dirigirse al ventanuco, dando por finalizada la consulta.

Don Ezequiel no tenía intención alguna de permanecer por más tiempo en compañía del tenebroso individuo y se apresuró a recoger su bolsa. Al levantarla de la mesita, se dio cuenta de que la había depositado encima de un pergamino arrugado.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no veía un jardín de la oca... —comentó en voz alta. Y se dispuso a salir de la celda.

—¡Espera!

Se giró. Los ojos hundidos y sin vida habían adquirido una súbita animación.

—¿Qué has dicho?

Le costó darse cuenta de a qué se refería y le molestó que el individuo lo tuteara. Muchos cristianos, incluidos algunos destripaterrones, tuteaban a los judíos sintiéndose superiores y él tenía por costumbre responder de la misma manera, pero, en este caso, optó por mantener el tratamiento. Para marcar la diferencia.

—Que hacía tiempo que no veía un jardín de la oca... —respondió, señalando al pergamino.

—¿Sabes de qué se trata?

—Sí, ya os lo he dicho: es un jardín de la oca.

—Pero... ¿sabes qué significa?

¿Eran alucinaciones tuyas, o tenía la impresión de que el extraño sujeto no le permitiría abandonar la habitación hasta escuchar su respuesta?

—Sé lo que muchos creen que es.

—¿Y?

—Algunas personas creen que es simplemente un juego de entretenimiento, pero nadie con cerebro perdería el tiempo jugando a algo tan trivial, existiendo el ajedrez o las damas.

—¿Y?

Le molestaba el tono imperativo que percibía en la voz del individuo, pero optó por continuar. Cuanto antes acabara, mejor.

—Otras piensan que se trata de una réplica del Camino del Señor San Yago, debido al puente, la posada, la cárcel, el laberinto... —dijo señalando las respectivas casillas—; que se trata de una experiencia iniciática para aquéllos que no pueden acudir a Compostela.

—¿Iniciática?

—Sabréis, quizás, que la peregrinación hasta el Finisterre data de mucho antes de la llegada del cristianismo a estas tierras —la mirada sorprendida de su interlocutor le confirmó que lo ignoraba y se molestó en darle una explicación—: En tiempos paganos eran muchos los que recorrían el Camino en busca del final de la Tierra. La travesía era larga y peligrosa; no había hospitales, ni monasterios, tampoco pueblos como ahora y el caminante se encontraba completamente solo, enfrentado a las bestias y a los paganos que vivían en las zonas montañosas, cercanas al mar. Eran tiempos antiguos en los que se creía en... bueno... las gentes creían...

—¿En qué? —lo apremió el hombre.

—En la Diosa.

—¿Qué Diosa?

—La Diosa Madre, la Naturaleza. Los autores clásicos dejaron escrito que la creencia primigenia de la humanidad fue una Diosa Madre, no un

Dios Padre —aclaró—. Ahora puede sonar a herejía, pero tened en cuenta que aquéllas eran otras épocas.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—Personalmente, creo que se trata de un tablero de adivinación. Desde siempre, el ser humano ha deseado conocer el futuro, en especial su propio futuro, y ha creído en todo tipo de señales y de métodos para lograr su fin: huesos, runas, dados...

El hombre permaneció inmóvil, tan inmóvil que parecía haberse convertido en estatua. Daba la impresión de que ni siquiera respiraba. El médico hizo amago de salir, pero lo detuvo la voz de ultratumba.

—¿En qué te basas?

Estaba harto de aquella conversación. Él no creía en adivinos ni en métodos adivinatorios; no porque lo prohibiese su religión, sino porque consideraba que todo era una farsa inventada por sinvergüenzas que se aprovechaban de la credulidad ajena para hacerse ricos y, de alguna manera, para influir o controlar a sus semejantes. Todos los días tenía que enfrentarse a cuestiones muy reales: huesos rotos, heridas, enfermedades de toda índole, infecciones, la muerte... No tenía tiempo para perderlo en tonterías. Era inútil, incluso estúpido, intentar conocer el futuro, puesto que nadie podía cambiar su destino.

—En los números que aparecen en las casillas del tablero —una vez más el rostro del hombre mostró su ignorancia y don Ezequiel aspiró profundamente antes de proseguir—. Según creen algunos, los números, del uno al nueve, tienen un significado.

—¿Cuál?

—No lo sé, señor. No dedico mi tiempo a juegos ni adivinaciones y ahora, con vuestro permiso, me retiro porque tengo obligaciones que cumplir.

El médico abrió la puerta y salió al corredor, pero una garra lo detuvo antes de que hubiera dado dos pasos.

—Vuelve mañana.

—¿Para qué?

—El aceite... para las manos —el tono del hombre intentaba ser amable, aunque continuaba siendo imperativo.

—Os lo enviaré...

—Ven tú en persona y averigua lo que puedas sobre ese asunto de los números.

—No acostumbro a recibir órdenes y no me agrada la forma en que me habláis.

El hombre clavó en él su mirada y él se la sostuvo.

—Os ruego disculpéis mi torpeza —se excusó, mostrándose más respetuoso—. Todavía no me he acostumbrado a ser un tullido y me cuesta relacionarme. Este documento, este jardín de la oca como lo llamáis, es muy antiguo y llegó a mí de manera casual. ¿No os interesaría como hombre de ciencia averiguar si es cierto o no lo que acabáis de relatarme?

—Ya os he dicho que no creo en adivinaciones.

—Yo tampoco, ciertamente. Es, además, herejía la creencia en las artes adivinatorias, como vos bien sabéis, pero juntos podríamos realizar algunos experimentos para comprobar su ineficacia y escribir un tratado para argumentar contra ellas y contra los falsos profetas que pueblan la Tierra desde los tiempos bíblicos.

Don Ezequiel miró a su interlocutor. Parecía transformado. El ser huraño y grosero que lo había recibido, se había convertido en otro muy diferente. Incluso resultaba atractivo como persona y su voz había sufrido un cambio significativo. Estaba claro que se trataba de un hombre culto, que sabía expresarse. La cuestión de las adivinaciones continuaba siéndole indiferente, pero le atraía la idea de investigar sobre ellas y demostrar su falsedad. Se sentía muy solo desde la muerte de su querida Deborah, y sus hijos ya no estaban a su lado para acompañarlo durante las veladas, que se le hacían largas pues el sueño tardaba en llegar. Dedicaba su tiempo al estudio y a la lectura, pero la soledad pesaba cada día más y podría resultar interesante salir de la monotonía de una vida cuyo fin no tardaría en llegar. Redactar un tratado contra nigromantes, adivinos, agoreros y demás ralea lo mantendría ocupado y, tal vez, recuperaría la curiosidad por descubrir la diferencia entre lo real y lo fabulado que antaño tanto le había interesado.

—De acuerdo —dijo al cabo de un rato—. Volveré mañana con el aceite y veré si antes puedo informarme sobre ese asunto de los números.

Ambos se despidieron con un leve gesto de cabeza y el médico apresuró el paso al recordar que el hospitalero de La Abadía lo esperaba. El hombre lo vio marchar y, después, regresó a su posición delante de la ventana.

Tal y como había prometido, don Ezequiel regresó al día siguiente llevando un pote de cerámica que contenía aceite de oliva en el que había macerado durante un par de meses un buen manojo de hojas de San Juan. Dudaba que fuera de alguna utilidad porque la piel del herido se había visto muy dañada. Si se hubiese actuado con rapidez, si los miembros quemados hubiesen permanecido durante horas en agua fría... y aun así. Le llamaba la atención que el individuo únicamente hubiese sufrido quemaduras en las manos y no se advirtiesen lesiones en su rostro. Significaba que sólo ellas habían estado expuestas al fuego, aunque quizás tenía otras marcas en el cuerpo. Había preguntado al hospitalero sobre el extraño suceso ocurrido en la granja templaria.

—Corren rumores —le informó éste— de que el incendio se debió a un loco que lanzó alcancías repletas de brea ardiente al interior de la capilla en el momento en que se consagraba una hermosa imagen de la Virgen María, tallada en madera y policromada. Según un peregrino, que se hallaba allí al ocurrir el hecho, la imagen era de una belleza como él nunca antes había visto y el incendiario se había enamorado de ella, pero va se sabe que la gente tiende a exagerar y convierte en mitos las historias más simples. ¿Dónde se ha visto que un hombre se enamore de una imagen de madera?

—¿Qué fue del loco?

—Dicen que murió y que su cuerpo fue consumido por las llamas, justo destino para un sacrílego.

¿Y si el extraño personaje que acababa de dejar fuera el mismo que había prendido fuego a la capilla templaria? Así podrían entenderse las quemaduras de sus manos. Puede que se le hubiese roto una de las alcancías después de prender fuego a la brea contenida en su interior. La brea era una materia pegajosa, difícil de limpiar y más todavía si ardía.

Cuanto más pensaba en el asunto, más lógico encontraba que el hombre acogido en el monasterio fuera el propio incendiario, y ello aumentaba su curiosidad, en especial si resultaba ser cierto aquello del enamoramiento de una imagen. En su profesión, había tratado con personas enajenadas que aseguraban haber visto a Miriam, la madre de Yeshua, y había habido una mujer que creía ser ella en persona. Le había costado muchos esfuerzos convencer a sus vecinos de que se trataba de una pobre enferma y evitar que la quemasen viva por bruja y hereje. La encontraron días después flotando en las aguas del Najerilla y nunca se supo si se trató de un accidente o si alguien se encargó de ahogarla. La mente le fascinaba y hubiese deseado consagrarse a su estudio, pero sus conocimientos no estaban, desgraciadamente, a la altura de los de su compañero en la escuela de Toledo, Abraham el Alfaquín, quien, además de ser un médico excelente, conocía varias lenguas y había traducido al latín tratados árabes de medicina. Una obra del griego Hipócrates sobre la llamada «enfermedad nerviosa» y el *Policratus* de Juan de Salisbury eran todo su haber en la materia. Había leído tantas veces aquellos libros, copias adquiridas a precio de oro durante su estancia en la ciudad castellana, que se los sabía de memoria. Si el hombre acogido en el monasterio benedictino era un demente, acaso tendría oportunidad de estudiarlo con detenimiento y extraer sus propias conclusiones, aunque para ello tuviera que seguirle la corriente en el asunto del jardín de la oca. Nada más abandonar el monasterio ya había decidido no volver a verlo y enviar el aceite con Hayyim, el mozuelo que le servía de recadero, pero las palabras del hospitalero le hicieron cambiar de intención.

—¿Cómo os encontráis hoy? —preguntó con su cortesía habitual al entrar en la celda, intentado no mostrar el desasosiego que le producía la mirada de ave rapaz de su paciente.

—No mejor que ayer ni que mañana —respondió el hombre sin acritud—, pero seguiré vuestros consejos si tenéis a bien dármelos.

—Os he traído el aceite que os prometí. Dudo que pueda mejorar la inmovilidad de vuestros dedos, pero intentad utilizarlo todos los días. Los

masajes suavizarán vuestra piel herida y aliviarán la tirantez que ahora sentís. Si me lo permitís, yo mismo os daré las primeras friegas.

El hombre asintió y ambos permanecieron en silencio durante un rato, mientras don Ezequiel esparcía un poco de aceite sobre el dorso y la palma de la mano izquierda y se concentraba en el masaje.

—¿Habéis averiguado algo sobre lo que hablamos ayer? —preguntó por fin el paciente sin poder retener su interés por más tiempo.

—En efecto, lo he hecho.

El médico alzó la vista sorprendido. Hubiese jurado por lo más sagrado que había sentido tensarse los dedos que sostenía entre sus manos, y eso no era posible.

—¿Y bien?

El hombre mostraba una medio sonrisa, limitada únicamente a la boca. Su mirada continuaba siendo la de una rapaz al acecho de su víctima.

—Le he preguntado a un antiguo maestro de la Yéshiva, nuestra escuela —aclaró—, si tenía alguna idea al respecto. Nunca ha oído hablar del llamado «jardín de la oca», pero sí de la adivinación por medio de los números utilizada desde la antigüedad por los paganos, si bien desconoce su significado.

—Estamos por tanto igual que al principio.

La voz del franco expresaba decepción, y también malestar.

—Sin embargo, mi buen amigo Yucé Tob me ha recordado un par de cosas en las que yo no había caído —prosiguió don Ezequiel con tranquilidad—. Nuestros rabinos estudian la Kabalá, una palabra que en hebreo significa «tradición» y que es la ciencia que busca los misterios de la creación en la Torá, los primeros cinco libros del Libro Sagrado. No tiene nada que ver con augurios y cosas por el estilo, pero los números se utilizan en la gematría, una rama del estudio, que considera el valor numérico de las palabras de un texto para descifrar una clave o un mensaje dictado por el propio Yahvé a los autores del Libro Sagrado.

—Aquí no aparece ningún texto, excepto una frase ridícula que no significa nada —arguyó el franco señalando al pergamino y leyendo—: «*El Jardín de la Oca, la Verdad está en el Camino.*»

—Tened un poco de paciencia. Si los arcanos fueran fáciles de descifrar, no serían tales. El matemático griego Pitágoras dio un valor a cada letra del alfabeto, así, por ejemplo, el valor numérico de la palabra Roma sería veinte o, lo que es lo mismo, dos más cero igual a dos.

—¿Y?

—Que sería preciso averiguar cuál es el significado del número dos —concluyó don Ezequiel con una sonrisa.

—Y volvemos a estar igual que al principio.

—No del todo. Alguien habrá que lo sepa. Todo es cuestión de encontrarlo. Lo más importante del asunto es que, en efecto, la numerología se ha utilizado de formas muy diversas a lo largo de la historia y, sin duda, también la utilizan quienes dicen saber leer el futuro. Por otra parte, en vuestro jardín de la oca aparecen otros elementos muy interesantes. Si os fijáis bien, la forma de este... este juego, llamémoslo así, es la de una espiral, la de un caracol. Ahora bien, en los ritos paganos, la espiral estaba ligada a la idea de la muerte y de la resurrección, y a la fertilidad, que a su vez está relacionada con la creencia en la Diosa Madre, que, en el juego, podría estar representada por las figuras de las ocas.

—No entiendo a dónde queréis llegar.

—Yo tampoco entiendo demasiado todo este galimatías, creedme, pero es preciso ser paciente. Es necesario dar pequeños pasos para alcanzar la comprensión; han de encajarse las piezas si se desea llegar al total. ¿Sabíais que tanto la espiral como la pata de oca son signos de los maestros constructores y también de los monjes soldado del Templo de Salomón?

Poco después, don Ezequiel se despedía de su paciente tras prometer que continuaría dándole vueltas al asunto y que regresaría a primera hora del día siguiente, antes de ocuparse de sus enfermos.

Tras la marcha del médico judío, el hombre permaneció un rato absorto, con la mirada fija en el pergamino. Desconocía el tiempo que había transcurrido encerrado en la celda, sin apenas comer ni beber, sin relacionarse con nadie, ni siquiera con los monjes benedictinos que lo habían acogido después de dejar Navarrete porque no deseaba vivir bajo el mismo techo de los freires hospitalarios, que habían sido incapaces de curar

sus manos heridas a pesar de su fama de sanadores. Sus ungüentos no habían servido para nada. ¡Hatajo de farsantes! Se habían limitado a vendarle las manos, proporcionarle ropa y recomendarle resignación, además de advertirle de que debería proseguir su viaje cuando se sintiera algo mejor, puesto que no estaba enfermo y ellos precisaban espacio para quienes sí lo estaban. No se sentía mejor, pero decidió marcharse de allí dos días más tarde al oír decir que se esperaba la visita del maestre templario de Navarra. No podía arriesgarse y, sin duda alguna, Bertrand de Garlande, el hijo de perra, lo reconocería en cuanto lo viera. Durante un momento sintió pavor. El maestre lo daba por muerto y seguro que no le dedicaba ni un instante en sus pensamientos, pero estaría perdido si se lo encontraba frente a frente. Conocía su secreto. Sabía que, aunque se hiciese llamar Robert de Reims, su verdadero nombre era Robert Lepetit, dominico y antiguo Gran Inquisidor de la región de Champagne, también conocido como «el bugre», porque éste era el nombre que se daba a los cátaros del norte de Francia y él lo había sido durante unos años antes de arrepentirse y volver al seno de la Iglesia católica.

Utilizando ambas manos a modo de tenaza, dio vuelta al pergamino y leyó la declaración de un hereje cátaro a quien él había enviado a la hoguera once años atrás:

«El día de la Bestia ha llegado, la Bestia está aquí. Yo, Lotaire Moranis, Apóstol de la Iglesia de Dios, sé que mis días y los de mi grey están contados. El dos veces renegado y dos veces maldito ha dado rienda suelta a su odio. Pronto las llamas de las hogueras iluminarán el cielo de Francia y los puros perecerán por el fuego, pero sus almas se verán al fin libres de su envoltura carnal y subirán a la casa del Padre. No espero clemencia de la Bestia puesto que la Bestia no conoce la piedad, pero quiero aquí dejar testimonio de un hecho que presenciaron mis ojos y también de mi culpa por haber permitido la muerte de un hombre sabiéndolo inocente. El día primero del mes de febrero de este año, fui testigo de la muerte de Jean de Champagne, arcediano de la catedral de Reims, a manos del Inquisidor General de la Iglesia de Roma, Robert Lepetit, en las escaleras de piedra que llevan al lavadero junto al río. Fui

asimismo testigo de la ejecución del zapatero Michel Fournier, hermano mío en la fe, acusado del crimen. El miedo pudo más en mí que la verdad y peno cada día y pido perdón por mi pecado. Firmo hoy este documento con la esperanza de que un día se haga justicia. En Vertus, día primero del mes de mayo de 1239 de la era de Cristo.»

Había memorizado todas y cada una de las palabras del testimonio que lo acusaba de la muerte de un hombre de la Iglesia y, por ende, pariente de Teobaldo, conde de Champagne y rey de Navarra. Había matado para conseguirlo y debería haberlo destruido en cuanto llegó a sus manos, pero no quería desprenderse de la ilustración dibujada en el anverso, y menos ahora que estaba en camino de descubrir su secreto. Sin embargo, era arriesgado conservar el documento y, sin él, nadie, ni siquiera el maestre templario de Navarra, podría incriminarlo en un asesinato. Una idea le vino de pronto a la cabeza; asió el pergamino entre sus dos manos y salió del cuarto. No le fue difícil encontrar el *scriptorium* del monasterio, justo al lado de la sala capitular, y entró en él con paso decidido. No era muy grande y únicamente había allí cuatro monjes sentados a sus respectivos pupitres.

v —Copiamos las vidas de los santos de nuestra tierra —le explicó el hermano Bartolomé, el responsable del taller de escritura, un anciano cuyos dedos y uñas estaban teñidos de negro—, en especial la de Santo Domingo, a quien llaman «de la calzada» porque construyó caminos y puentes para los peregrinos. Y también la de San Millán, de gran devoción entre sus paisanos, y la de su maestro, San Félix. Pero sólo iluminamos las letras capitulares porque los colores, sobre todo el pan de oro y la plata, resultan onerosos y, todo hay que decirlo, porque ninguno de nosotros posee el arte necesario para realizar hermosas iluminaciones, a excepción del hermano Gaëtan, que lo aprendió en el propio monasterio de Cluny. El monje aludido alzó su cabeza tonsurada y sonrió.

—Lejos de mí interrumpir vuestra tarea, hermanos, pero necesito vuestra ayuda.

En un aparte y en un susurro para crear una atmósfera más acorde para las confidencias, el bugre explicó al viejo escriba que, en realidad, él era un legado de Roma encargado por el propio Pontífice de perseguir a unos

herejes francos, miembros de una secta satánica, quienes, según todos los indicios, habrían huido por el camino peregrino hacia Compostela, confundidos con los devotos caminantes. Se hallaba en Dorreaga, en la encomienda templaria, cuando ocurrió el incendio y había perdido allí sus credenciales y documentos. Sin embargo, estaba dispuesto a proseguir sus pesquisas a pesar del lamentable estado de salud en que se encontraba. Y, para subrayar las últimas palabras, extendió sus manos agarrotadas ante los ojos del monje.

—¿Y cómo podríamos serte útiles? —preguntó el copista visiblemente impresionado.

—Sólo logré salvar este documento, pero se halla en malas condiciones y temo que acabe por romperse. El hermano Gaëtan podría hacer una copia. Si fuera preciso solicitar el permiso del padre abad, yo...

—No lo es —se apresuró a responder el monje—. El *scriptorium* y los trabajos que en él se realizan son cosa mía.

—Ni que decirte tiene, hermano, que cuantas menos personas estén al corriente...

—¡Por supuesto! No se trata de ir por ahí aireando asuntos que incumben al Santo Padre.

—Espero también que me permitas estar presente durante la labor de copia. Disfruto de manera extraordinaria la atmósfera de un taller de escritura... Aquí se respira el conocimiento —añadió el bugre con afectación.

—Eres bienvenido y es un honor para nosotros colaborar en tu noble misión —respondió Bartolomé, adulado.

Poco más tarde, Robert Lepetit seguía con atención los rápidos movimientos con el cálamo del copista. En ningún momento le permitió examinar el reverso del pergamino aduciendo que se trataba de un mensaje cuyo contenido debía permanecer secreto. El iluminador estaba encantado de dejar por unas horas la para él tediosa labor de escriba y ejercitar, al fin, su pericia de artista. Lamentaba, no obstante, no poder aplicarla con total libertad y entretenerse en enriquecer los dibujos con azul lapislázuli, verde esmeralda, rojo sangre y oro. El «cliente» había pedido la mayor

simplicidad posible en la ejecución. Sólo deseaba una copia en negro y ni siquiera le consintió rellenar con pan de oro las catorce palmípedas, algunas en vuelo, otras en reposo, tal como aparecían dibujadas en el original, y que aparentaban estar dotadas de vida. El trabajo había sido concluido antes de la hora de cenar. En atención al huésped, a su prestigioso cargo y a la responsabilidad de la tarea, el hermano Bartolomé había permitido a Gaëtan ausentarse de los rezos.

De vuelta a su celda, el bugre se acercó a la cocina y, ante la mirada atónita del monje cocinero y la de su ayudante, lanzó el viejo pergamino al fuego. Lo vio deshacerse entre las llamas y no se movió hasta estar seguro de que la pesadilla había desaparecido de su vida. El testimonio del hereje no supondría un peligro nunca más; había ardido al igual que su autor.

Por fin era libre para proseguir la misión para la que, estaba seguro, había sido elegido, aunque ahora sabía que había errado. Había servido a Dios, como dominico y teólogo, al ser nombrado inquisidor; persiguió a los herejes que urdían tramas para derrotar a su Iglesia, la Iglesia de Roma; rastreó sus huellas hasta lo más profundo de sus madrigueras, los atrapó, juzgó y condenó. No se arrepentía de haber enviado a la hoguera a hombres y mujeres, a ancianos y niños: eran las manzanas podridas que había que extirpar para no corromper a las sanas. Él era el verdugo de Dios. Los herejes cátaros no tenían derecho a reposar en tierra sagrada ni contemplar el Día de la Resurrección, y el viento esparció sus cenizas. No obstante, y a pesar de su celo, la Iglesia de Roma, con su obispo a la cabeza, lo excomulgó, lo expulsó de su seno como a un apestado, y Dios no vino en su ayuda. Había peregrinado a través de toda Francia hasta llegar a Navarra emulando a Cristo, quien recorrió el camino desde Galilea a Jerusalén; había vivido de la mendicidad, rodeado de doce discípulos, predicado y combatido a los agotes, paganos, leprosos de alma, que adoraban a una diosa, y él, su Dios, no acudió en su ayuda y azuzó en su contra a sus perros, los monjes soldado, los malditos templarios, al igual que permitió que los romanos apresarán a su Hijo. A cambio de sus desvelos, lo había mancado de ambas manos, pero no había logrado acabar con él. Tal vez ésa era la señal que buscaba desde hacía tantos años.

—Tú eres el Adversario —musitó con los ojos puestos en el cielo completamente despejado que veía a través del ventanuco de la celda—, pero yo encontraré el medio de vencerte.

OceanofPDF.com

La búsqueda

Durante los siguientes meses, los dos hombres se afanaron en buscar respuestas al enigma que los ocupaba. El bugre abandonó el monasterio y fue a vivir a casa del médico para escándalo de los judíos que no entendían su presencia en la judería, hasta tal punto que el bedín de la aljama en persona acudió a la calle de La Estrella para hablar con don Ezequiel y hacerle patente el malestar que su actitud provocaba entre sus vecinos.

—Es mi paciente —respondió el médico.

—Pero eso no te obliga a cobijarlo.

—Es mi deseo hacerlo.

—Es un cristiano.

—¿Y qué? Curo a cristianos todos los días y tú comercias con ellos.

—Pero no los hospedo, ni ofendo a mis vecinos con su presencia.

—Que cada cual se meta en sus asuntos y deje en paz los de los demás.

El bedín se marchó jurando que la cosa no quedaría así y que apelaría al Consejo para obligarlo a echar de la aljama al gentil, y el médico dudó por primera vez desde que varias semanas antes había acogido en su casa al hombre que tanto lo intrigaba. Quizás su decisión había sido demasiado precipitada. Su invitado era una persona inquietante y en más de una ocasión se había llevado un susto al verlo aparecer de pronto en la cocina o en su sala de estudio. Sin embargo, no tenía queja. Limpiaba su habitación y permanecía encerrado en ella cuando él se ausentaba, de manera que ni siquiera la mujer que se ocupaba de la casa y les preparaba las comidas había tenido oportunidad de toparse con él. Además, era parco en el comer y sólo bebía agua, pero las horas que ambos pasaban juntos intentando

descifrar el significado del jardín de la oca, estudiando todas las posibilidades, consultando libros y mapas y hablando de teología compensaban con creces la animosidad de sus vecinos. De todos ellos, sólo uno compartía su secreto.

Yucé Tob acudía a su casa siempre que podía, y siempre de noche para evitar las habladurías. El antiguo maestro se aburría desde que había sido sustituido por uno más joven debido a la edad y aquellos encuentros a escondidas lo rejuvenecían, además de despertar su curiosidad. Él, como su amigo, disfrutaba adentrándose en materias de cualquier naturaleza, incluso en una tan poco ortodoxa como la de las supersticiones sin fundamento alguno. En dichas ocasiones los tres hombres permanecían hasta altas horas de la madrugada con los postigos de las ventanas cerrados a cal y canto, al igual que conspiradores, enfrascados en discusiones y elucubrando hipótesis de todo género, desde las más simples hasta las más fantasiosas.

Robert Lepetit, por su parte, despreciaba a los judíos, pero no consideraba tales a los dos eruditos. Había transcurrido mucho tiempo desde sus años de estudiante en el *Studium* de Nôtre Dame de París, cuando todo el mundo le auguraba el más brillante de los futuros y él estaba convencido de que así sería; mucho desde la última vez que había mantenido una conversación acorde con su inteligencia y preparación. Aquellos dos viejos no parecían judíos, no al menos del tipo de judíos que él tenía en mente e, incluso, les había tomado cierto aprecio. La rigurosidad de su anfitrión, su paciencia para comprobar, clasificar y calificar cada hallazgo contrastaban con la imaginativa improvisación, no exenta de lógica, del maestro, y ambos se complementaban a la perfección. Había solicitado al médico que lo acogiese en su casa porque lo necesitaba para desentrañar el secreto, si es que lo había, de un juego aparentemente pueril y también por otra razón más importante: era arriesgado permanecer durante demasiado tiempo en el monasterio benedictino. Antes o después alguien podría reconocerlo y ¿qué mejor escondrijo que un barrio judío, separado del cristiano por una muralla? A nadie se le ocurriría buscarlo en semejante sitio. Además, no tenía dinero para establecerse en otro.

Le fascinaba el asunto que se traía entre manos, tan lejano del razonamiento teológico y asimismo tan próximo, puesto que ambos buscaban la Verdad aunque por caminos muy dispares e, incluso, antagónicos. Le resultaba arduo el tema de los números ya que nunca se había interesado por las matemáticas y no acababa de entender el silogismo pitagórico y, menos aún, cómo podía interpretarse el mensaje del Antiguo Testamento por medio de ellos, pero algo iba sacando en claro de aquella complejidad. Yucé Tob había conseguido una tabla en la que aparecían el valor y significado de los números, según la cual el más perfecto y sagrado era el diez, la *Tetraktys* de Pitágoras, porque era la suma de los cuatro primeros números enteros y porque uno más cero era uno: la Creación, el origen y el fin de todas las cosas. Y su asombro no tuvo límites cuando los dos judíos averiguaron que el nombre griego de Jesús era el 2368, cifra que, sumando sus números, daba diecinueve, es decir nueve más uno, o lo que era igual diez y, de nuevo, uno. No podía tratarse de simple casualidad, aunque quizás...

—¿Y el seiscientos sesenta y seis?

Preguntó, de pronto, dejando estupefactos a los dos hombres. No esperó su respuesta y continuó:

—«*El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.*»

No era la primera vez que citaba el *Libro de la Revelación* de San Juan. Lo había hecho en numerosas ocasiones, durante su cruzada contra los cátaros del norte de Francia, y, asimismo, durante el recorrido por el camino peregrino hasta Navarra, cuando predicaba y lograba mediante sus prédicas que los fieles los alojasen y alimentasen a él y a sus doce pordioseros, además de llenar su bolsa.

—El seis es el número de Dios, pues es el valor de la letra «vav», el nexo entre el futuro y el pasado —rebatió el maestro—. Fueron seis los días de la Creación, seis son las letras en hebreo con las que comienzan las Sagradas Escrituras, seis los milenios desde la Creación, seis las direcciones del mundo: arriba, abajo, norte, sur, este y oeste, seis las alas de los

serafines, seis las puntas del *maguén*, la estrella de David, y seis los codos de las Tablas de la Ley.

—Es el número de Satanás sin lugar a dudas —ratificó el bugre.

—Disculparéis si no estoy de acuerdo con vos —insistió Yucé Tob.

Lo miró con ira, pero no respondió. No podía esperarse otra cosa de un hebreo.

—Hubo un tiempo en que me interesó el Libro de los cristianos —prosiguió el maestro refiriéndose al Nuevo Testamento y haciendo caso omiso a la mirada del huésped de su amigo—. Lo leí con mucha atención y, por cierto, encontré muchas citas y referencias a nuestra Torá, algo comprensible dado que vuestro Mesías y sus seguidores también eran judíos.

—¿Tratáis acaso de ofenderme?

—Lejos de mí tal propósito. Quería únicamente señalaros que, por supuesto, también leí el *Libro de la Revelación*, pero lo leí en su idioma original, el griego, y encontré en la cita que acabáis de enunciar algo que entonces llamó mi atención. Lo había olvidado, pero vos me lo habéis recordado.

—¿Adónde queréis ir a parar?

El antiguo inquisidor, que no habría vacilado en enviar a la hoguera a un judío sacrílego, sintió curiosidad.

—La palabra «bestia», no significa en griego cruel o feroz, como en latín, sino sobrenatural, magnífico o extraordinario.

—¿Vais a decirme ahora que los Santos Padres que tradujeron la obra la falsearon? ¿O que San Juan llamó ser «extraordinario» a Satanás?

—Una traducción es sólo una traducción y una misma palabra puede significar algo diferente en dos lenguas distintas. Quizás el autor no se estaba refiriendo a *ha-shatán*, el espía errante de Dios en la Tierra según nuestras creencias.

—¿A quién si no iba a referirse?

—No lo sé, pero no recuerdo que lo equiparase al demonio. Y otra cosa: el número de la bestia en la versión griega que yo leí no era seiscientos

sesenta y seis, sino seiscientos dieciséis, cuya suma resultaría trece, y uno más tres igual a cuatro.

—¿Y?

—El número más sagrado de la Cábala es el veintiséis, el nombre de Yahvé. Ahora bien, dos más seis son ocho, y ocho es el doble de cuatro, que es el número más significativo en la teoría de Pitágoras, después del diez. ¿No os resulta extraño?

—Casualidades.

—Cuatro son los principios elementales que conforman el Universo: fuego, tierra, aire y agua; los puntos cardinales, las fases de la Luna, los pilares de la Tierra. Y cuatro son los Evangelios cristianos —concluyó el maestro, ufano de su agudeza.

Robert Lepetit permaneció pensativo.

—¿No poseeréis un ejemplar del Nuevo Testamento por un casual...? —preguntó finalmente dirigiéndose a don Ezequiel.

Éste sonrió negando con la cabeza al tiempo que señalaba con un gesto de la mano la media docena de volúmenes y algunos rollos que se apilaban cuidadosamente sobre un arcón adosado a la pared.

—Acaso... —el maestro vaciló y calló.

—¿Tenéis vos uno? —le urgió Robert.

—No, pero conozco a alguien que podría conseguíroslo, aunque... me temo que...

—¿Qué? ¡Hablad ya!

Tenía que hacerse con un ejemplar, tenía que volver a leer el *Libro de la Revelación*. Sólo se acordaba de algunas citas, las que siempre utilizaba para amedrentar a sus oyentes durante sus predicaciones, pero recordaba que en el texto aparecían números, cifras, señales para quien supiera interpretarlas.

—Mi buen amigo teme que el precio por pagar sea desmesurado —intervino don Ezequiel—. ¿No es así, Yucé? No se trata de dineros, sino de riesgos. Es un tema peliagudo para un judío hacerse con un texto religioso cristiano. Podrían acusarlo de querer utilizarlo para hacer magia o para ultrajar vuestra fe...

—Ese hombre... el que os proporcionaría el libro...

—El hermano Bartolomé, de Santa María. A veces me presta alguno, pero siempre son vidas de santos cristianos.

—¿Tú lees esos libros? —le interrogó el médico, sorprendido.

—Leo todo lo que puedo conseguir y, desgraciadamente, aquí no hay mucho donde elegir —se disculpó el hombre antes de dirigirse al franco—. Podría decirle que es para un cristiano enfermo...

—No le deis más vueltas. Conozco al monje y yo mismo se lo pediré.

Al día siguiente, sin poder contener su impaciencia, Robert Lepetit se presentó en el monasterio y se dirigió al *scriptorium*, donde encontró al viejo escriba solo y atareado en la copia de un salmo en un pergamino de un brazo de ancho por uno y medio de alto de forma que todos los monjes pudieran leerlo a cierta distancia.

—¡Hermano Robert! —exclamó al verlo, al tiempo que se levantaba del pupitre y se limpiaba las manos en el hábito—. ¡Creía que te habías marchado de Nájera hace meses!

—Y así fue —respondió con aplomo—, pero he decidido detenerme unas jornadas en esta hermosa villa de regreso a Roma. No he de olvidar las buenas atenciones que recibí en este monasterio.

—Y... ¿lograste pillar a los herejes?

—En efecto. Se hallan a buen recaudo en la cárcel episcopal de Burgos a la espera de juicio.

—Me alegra saberlo. No es buena cosa que los lobos se mezclen con las ovejas. ¿Te hospedas entre nosotros?

—No he querido importunaros y he aceptado la amable hospitalidad de un mercader en paños a quien conocí en la ciudad burgalesa. No obstante, quería pedirte un favor, otro...

—Tú dirás.

—He de viajar ligero de equipaje debido a mi cometido y no deseo arriesgarme a llevar libros conmigo. Podrían perderse o ser sustraídos por maleantes desaprensivos. Va ya para un año que me ha sido imposible meditar la Palabra de Dios, alimento espiritual necesario para mantener la fortaleza ante el Mal, y me preguntaba —su voz adoptó un tono más

persuasivo— si no dispondrías de un texto del *Novum Testamentum* o uno del bienaventurado Juan, el discípulo amado de Nuestro Señor, que pudieras prestarme durante unos días.

Bartolomé frunció el ceño, intentando pensar, y paseó su mirada por los anaqueles repletos de códices, carpetas, cartularios, rollos y hojas sueltas, que cubrían dos de los muros del escritorio.

—No sé... ¡Ah, sí!

Se dirigió hacia uno de ellos, revolvió durante un rato y volvió con un cuadernillo, cuyas hojas dobladas habían sido cosidas con cáñamo de forma un tanto tosca y que ni siquiera estaba encuadernado.

—Fue una prueba que hice yo mismo con papel que trajo un hermano desde Valencia, pero, aunque es más liviano, prefiero el pergamino fino —explicó mientras sacudía el cuadernillo para quitarle el polvo—. El cálamo se desliza mejor y, además, puede teñirse. Ya ves que no ha sido iluminado, aunque la caligrafía no desmerece de la del códice más exquisito —añadió sin falsa modestia.

—¿Se trata del Nuevo Testamento? No parece muy grueso...

—Es el *Libro de la Revelación*, del apóstol San Juan, llamado asimismo *Apocalipsis*. No ignoras que, aun cuando está aceptado como texto canónico, no suele incluirse en un mismo volumen con los cuatro Evangelios para evitar que caiga en manos de quienes no sabrían interpretar su contenido.

A Robert Lepetit se le había secado la boca de golpe. Allí, a dos pasos, tenía el objeto de su deseo. Quería coger el cuaderno y salir de allí a toda prisa, pero escuchó con actitud cortés las explicaciones del monje.

—Es comprensible —prosiguió éste— que, con la bendición del difunto papa Gregorio, Dios lo tenga en su Gloria, los santos padres en el Concilio de Toulouse prohibiesen a los laicos poseer copias del Antiguo y del Nuevo Testamento. La Revelación no debe estar al alcance del pueblo: podría hacer mal uso del conocimiento.

—Ciertamente, hermano, ciertamente...

¿Por qué no callaba de una maldita vez y le entregaba el libro? No tenía tiempo para perder con un simple copista. Conocía de sobra las

disposiciones del Concilio, en especial aquélla que ordenaba buscar cuidadosamente a los herejes en sus escondites, ya fueran chozas o bosques, o aun en escondites subterráneos, y eliminarlos. La había obedecido, había hostigado a los herejes y los había eliminado para ser él mismo perseguido y condenado por obedecer.

—Aunque, pensándolo bien, acaso prefieras leer la vida ejemplar de nuestro San Millán...

—El texto del apóstol servirá para mi meditación.

—Ven a ver esta hermosura...

El monje depositó el cuadernillo sobre el pupitre más cercano y se aproximó al siguiente en el que reposaba una página bellamente iluminada en rojo, azul y oro, cuya figura principal era la del apóstol Santiago.

—Es el *Codex Sancti Iacobi*, escrito hace unos cien años por un monje francés que recorrió el camino peregrino y dejó constancia de su viaje. Aparecen mencionadas varias localidades de nuestro entorno y el abad desea ofrecérselo al obispo. Gaëtan, por fin, puede desplegar sus habilidades artísticas.

—¿Me equivoco o la magnífica caligrafía que aprecio es obra tuya, hermano Bartolomé?

El bugre, que había cogido el cuadernillo del pupitre y lo mantenía asido contra su pecho, observó divertido el efecto de su halago. El viejo monje se había hinchado como una gallina a punto de poner un huevo.

—En cuanto a la obra de San Juan...

—Puedes disponer de ella el tiempo que precises.

—Unos días tan sólo. Te la devolveré antes de mi partida.

—Te ruego que la ocultes bajo la capa. Nuestro abad no permite que los libros salgan del monasterio, y menos cuando se trata de textos, digamos, polémicos como lo es éste.

Hizo lo que le pedía y se despidió con una profunda inclinación de cabeza. Quería salir corriendo de allí, pero adoptó un paso tranquilo, acorde con el santo lugar e, incluso, entró en la iglesia y se detuvo para examinar las tumbas de reyes e infantes de Navarra que yacían hasta el día de la resurrección de los muertos en sus sarcófagos de piedra labrada. No se

molestó en visitar la cueva que albergaba una imagen de la Virgen, encontrada dos siglos atrás junto a una campana, una lámpara y un ramo de azucenas frescas —decían— por el rey navarro García, llamado «el de Nájera», fundador del cenobio. El hecho había sido tenido por milagroso, pero él no creía en milagros; al menos no de ese tipo. Seguramente se trataba de una estratagema del rey para alentar la devoción de los vasallos hacia su persona —ya se había hecho en otras ocasiones— o la cueva sería en otros tiempos refugio de algún eremita visionario. No deseaba ver una figura que, a buen seguro, le recordaría a otra tallada por un leproso de alma, un agote despreciable, a quien Dios, o el Diablo, había concedido el don supremo de transformar un pedazo de madera en una obra de sublime belleza, tan carnal que parecía viva, y que él se había encargado de destruir. La había visto arder a través de la ventana de la capilla de los freires. Quería olvidar un recuerdo que perturbaba su espíritu, pero no podía, como tampoco podía deshacerse de la visión de los hombres y mujeres envueltos en llamas que él había enviado al infierno, al igual que la blasfema representación de la madre de Cristo.

Salió del monasterio con el manuscrito bien sujeto bajo la capa de color negro proporcionada por los hospitalarios que le cubría el cuerpo hasta los pies. No veía el momento de hallarse a solas para leerlo y releerlo hasta encontrar la clave que, estaba convencido, le permitiría descubrir su futuro y, sobre todo, la misión para la que había nacido. Con un ademán, se cubrió la cabeza con el capuz de la capa y avanzó sin prestar atención a los viandantes, algunos de los cuales se santiguaron al verlo, convencidos de que era un servidor de la propia Muerte, si no la Muerte en persona. Suscitó parecida conmoción entre los judíos que se cruzaron en su camino al enfilear por la calle de la Estrella, en la judería, pero no se percató de ello, tan absorto estaba en sus pensamientos. Por su parte, la fámula de don Ezequiel percibió el vuelo de la capa y salió a la calle repitiendo sin cesar: «*Baruch Hashem Adonai!*», «¡Bendito sea el Nombre del Señor!», y jurando para sus adentros que no volvería a entrar en la casa mientras aquel cristiano de mal agüero no se hubiese marchado de ella.

Todavía no habían sonado las campanas del mediodía y don Ezequiel se hallaba ausente. El cuarto que ocupaba no era grande, suficiente para albergar una cama, un arcón, una pequeña mesa de trabajo y un taburete. Se despojó de la capa y la tiró sobre el lecho, se sentó y, a continuación, abriendo el cuadernillo por la primera página, comenzó a leer *«Revelación de Jesucristo, que Dios, para manifestar a sus siervos las cosas que pronto deben suceder, anunció y explicó por medio de su ángel a su siervo Juan.»*

Aquel día y los siguientes no salió de la habitación sino para hacer sus necesidades y para comer con frugalidad algunas frutas y verduras en completo silencio. El médico respetaba su mutismo, pero no le perdía el ojo, intrigado por su nueva actitud, muy parecida a la manifestada en su primer encuentro, aunque exenta de la agresividad de aquélla. El hombre parecía transformado, como si estuviese atravesando una experiencia mística. Daba la impresión de que había perdido todo interés por indagar acerca del documento que había suscitado su relación. De hecho —recapacitó— tampoco había dado ninguna explicación respecto al cambio del mismo y él no le había preguntado dónde se hallaba el original, el que había visto en la celda. Por si acaso, Yucé y él habían hecho una copia, mala, porque la Naturaleza no les había concedido el don del dibujo, pero en la que aparecían todas las casillas con su numeración y descripción de las imágenes. Aun sin la presencia del incómodo huésped, ambos continuaban reuniéndose al anochecer. El jardín de la oca se había convertido para ellos en un pasatiempo, una adivinanza con la que entretener sus veladas. A veces, se limitaban a jugar: tiraban los dados y movían sus fichas, dos peones del ajedrez. Improvisaban por pura lógica las reglas del juego a medida que caían en las casillas: el puente, la posada, los dados, el laberinto, el pozo, la cárcel, la Muerte... y las ocas. Eran sesenta y cuatro —incluida la última, la más grande, el centro del jardín—, y sus números sumaban diez. Otras veces, permanecían ensimismados en la contemplación de la lámina, intentando arrancarle su misterio, sumando números, planteando hipótesis que inmediatamente desechaban por inverosímiles.

—El secreto está en las ocas —comentó una noche don Ezequiel.

—¿No habíamos quedado en que estaba en los números? —le respondió su amigo.

—En los números y en las ocas. Dime, tú que tanto has leído, por qué alguien iba a molestarse en dibujar unas ocas con una alternancia de cinco y cuatro casillas.

—Porque el juego lleva su nombre...

—Pero ¿por qué ocas y no perros, o ciervos, o caballos...? Los ansarones no aparecen en el calendario astrológico y no recuerdo que tampoco lo hagan en ningún libro religioso, ni judío ni cristiano. Son animales gritones que dejan sus excrementos al andar y cuyo destino es acabar en la mesa de los ricos.

—Tengo entendido que algunos paganos las consideraban aves sagradas porque andan, nadan y vuelan, es decir, dominan tres de los cuatro elementos de la naturaleza: la tierra, el agua y el aire. Y eran, además, tenidas por aves protectoras porque, con sus graznidos, avisan de los peligros —afirmó Yucé, añadiendo un tanto vacilante—: ¿Crees que estamos obrando correctamente al tratar de averiguar el significado de una creencia, adivinación o lo que sea, pagana?

—Tal vez me equivoqué al decir que este... dibujo podría ser un tablero de adivinación...

—¿Por qué?

El médico no contestó y permaneció durante un rato con los ojos puestos en el dibujo.

—Hemos tirado los dados —dijo al fin—, hecho el recorrido varias veces, calculado el valor de los números y lo hemos cotejado con la tabla pitagórica, ¿y qué?

—¿Qué?

—No ha surgido nada llamativo. Las interpretaciones pueden ser de todo tipo, según nos interese.

—Quizás si hacemos al revés, si a los números les damos el valor de una letra, encontremos un mensaje secreto que...

—¿Y por qué iba a haber un mensaje? —lo interrumpió don Ezequiel—. ¿El mismo mensaje repetido en todos los jardines de la oca? Creo que

tenemos que seguir otra pista... ¿Y si se trata de un plano o algo por el estilo?

—¿El plano de un tesoro? —preguntó Yucé con la mirada expectante de un muchachuelo ante una aventura.

—Lo ignoro, pero ¿no te llaman la atención nombres como montes de Oca, Nanclares de Oca, y otros muchos parecidos? El propio nombre del río que atraviesa estas tierras, el Oja, podría ser Oca...

—Una de mis hermanas y su familia viven en Briviesca, en Burgos, que está a la vera de un río Oca y próxima al valle de Oca y a una población llamada Villafranca de Oca.

—¡Demasiados ánsares para no significar nada! Es un plano, estoy convencido, y todos los planos llevan a alguna parte.

—Aunque sea lo que tú dices, tendríamos que saber quién lo dibujó y porqué...

—Hace muchos años, cuando lo vi por primera vez, oí decir que lo habían traído los templarios de oriente.

—¿Los templarios? —había tanta extrañeza como incredulidad en el tono del maestro.

—No lo sé; repito lo que oí a uno de los nuestros que hacía la ruta hacia León y se detuvo en nuestra casa un par de noches. Tenía uno y se lo mostró a mi padre. Al preguntarle yo sobre su significado, me respondió que se trataba de un juego estúpido que le había regalado un freire, pero lo guardó inmediatamente y no había vuelto a ver otro igual hasta ahora.

Durante un buen rato ambos hombres se mantuvieron callados, intentando pensar. Se decían muchas cosas sobre los Pobres Caballeros del Templo de Salomón, los freires soldado, que de pobres sólo tenían el nombre pues era conocida su inmensa fortuna en tierras y posesiones, además de en dinero amonedado que prestaban a nobles y a clérigos. Eran también grandes banqueros, como los genoveses y los florentinos, y los acaudalados viajaban con el dinero justo pues llevaban encima pagarés, cuyas cantidades les eran entregadas en las encomiendas, granjas y fortalezas de la Orden. Así evitaban ser completamente desvalijados por los salteadores durante los trayectos. Y, por supuesto, lo mismo se aplicaba a

los peregrinos ricos que acudían a Compostela. Su popularidad era extraordinaria, pero tenían enemigos poderosos que habían hecho correr todo tipo de leyendas sobre ellos con ánimo de desprestigiarlos. Se hablaba de enormes tesoros ocultos en cuevas secretas, de ceremonias misteriosas, rituales blasfemos y pactos con el diablo. Nada de esto extrañaba a los dos amigos, conocedores de las mismas acusaciones dirigidas a los hijos de Israel y que, por la misma razón, dudaban de que hubiese algo de cierto en ellas.

En cuanto al asunto que los ocupaba, siempre había judíos en las rutas comerciales entre Oriente y Occidente, y por toda Europa. No sólo transportaban mercancías solicitadas por clientes ávidos de hacerse con tejidos de seda, especias, incienso u objetos de orfebrería; también los había mensajeros y espías de los reyes, incluso del Papa de Roma y de los príncipes de la Iglesia. No estaban seguros del todo, pero sospechaban que, asimismo, se encargaban de algunas transacciones monetarias de los templarios y no resultaría extraño que algunos trabajasen para ellos; no en vano siempre existía una judería cerca de cada encomienda templaria. Era mucho más fácil para un simple mercader judío pasar desapercibido que para un caballero de la poderosa Orden, vestido de soldado, con su capa blanca y la cruz roja sobre el hombro.

—Quizás... aquel comerciante le estaba mostrando a mi padre un plano, o un mapa del lugar adonde debía acudir para entregar lo que fuera que llevase... Sería necesario hacerse con una lista de las encomiendas más destacadas en los reinos de España y cotejarla con el jardín. Cada oca podría representar una de ellas...

—¡Eso es prácticamente imposible! ¿Dónde vamos a conseguir semejante información? —exclamó Yucé—. Además, puedo asegurarte que son más de trece sólo en el reino de Aragón.

—El viajero recorría el Camino desde el norte de Francia hasta Galicia; de eso me acuerdo porque se alojaba en nuestra casa al pasar por Nájera y nos relataba costumbres e historias de aquel reino.

—Pues tampoco es posible hacer una lista de las encomiendas francesas, porque han de ser todavía mucho más numerosas que las

aragonesas —replicó, pragmático, el maestro—. A fin de cuentas, la Orden nació en Francia y sus principales comendadores y administradores también son franceses.

—¿Y si nos limitamos al Camino que conocemos? ¿Al que atraviesa el reino de Navarra?

—¿A partir de dónde? Porque Navarra ocupa las dos vertientes de los Pirineos.

—De Valcarlos. Ciñámonos a la Península... —añadió don Ezequiel—. Y, por si acaso, también deberíamos hacer otra relación con las que se encuentran en el Camino de Aragón, a partir de Somport.

Una noche, días después de esta conversación, Robert Lepetit apareció en el cuarto de trabajo, justo en el momento en que Yucé mostraba a su amigo la información que había conseguido por medio de un tal Abraham, un comerciante de especias que hacía la ruta todos los años. Según su costumbre, el bugre llegó sin hacer ruido, como una sombra más de la noche, y permaneció durante un buen rato observando a los dos hombres que, inclinados sobre un mapa, comprobaban los lugares señalizados en la lista. Les oyó hablar durante un buen rato, los ojos entornados, la memoria pronta. Aquellos dos viejos daban palos de ciego, pero quizás no andaban del todo errados. Se retiró tan sigilosamente como había llegado y, ya en su habitación, se centró en el estudio del texto juanista que se había abierto ante él, al igual que el mar Rojo ante Moisés.

Al día siguiente, después de que su anfitrión hubo salido de la casa para dirigirse a visitar a los enfermos, entró en su dormitorio en busca de una bolsa de viaje en la que, junto al *Libro de la Revelación*, introdujo varias camisas, unas calzas y un sayo negro de terciopelo que don Ezequiel utilizaba en las grandes ocasiones. Le estaba un poco estrecho y corto de mangas, pero era una prenda bien confeccionada y con tela de sobra para poder ser ensanchada. Asimismo, registró la vivienda. El médico era un hombre austero y no encontró nada de valor, aparte de una jarrita, un plato y una *menorá*, un candelabro de siete brazos, los tres de plata, además de algunas monedas dentro de una caja de madera tallada con caracteres hebreos que se hallaba encima de la mesa del escritorio. Estaba enrollando

su copia del jardín de la oca cuando, de súbito, apareció Yucé Tob con unos papeles en la mano. El hombre lo miró, miró la bolsa abierta de la cual emergía uno de los brazos de la menorá y no le costó averiguar lo que estaba haciendo.

—¡Estáis robando! —exclamó atónito e indignado.

Se aproximó a él con intención de detenerlo. No pudo decir más; recibió un golpe en la sien con un pedazo de mármol, cuadrado y pulido, que hacía las veces de pisapapeles. Rápidamente, el bugre metió en la bolsa la copia del jardín, la lista con los nombres de las encomiendas templarias del Camino y el mapa que la víspera habían estado consultando los dos judíos y que todavía se hallaba desplegado encima de la mesa. Instantes después se encaminaba hacia el barrio de la Herrería, adquiriría una mula en una caballeriza, cruzaba el puente y tomaba el camino de Santo Domingo.

Al regresar a su vivienda, a eso del mediodía, don Ezequiel halló a su viejo amigo tendido en el suelo, sin pulso, los ojos abiertos todavía sorprendidos. Una simple ojeada a su alrededor le permitió descubrir el robo de las monedas, de los objetos de plata, y también de los documentos. Con el corazón en un puño, subió a la habitación de su huésped y la encontró vacía. Tampoco tardó en descubrir el arcón de las ropas abierto y la falta de sus mejores camisas y del sayo. Regresó al escritorio, se arrodilló junto al cadáver y pidió perdón a Dios por haber sido él la causa involuntaria de la muerte violenta de un hombre bueno. Después, fue a avisar al bedín. Los máximos dirigentes de la aljama decidieron no dar cuenta del hecho a las autoridades cristianas ya que uno de los suyos podría salir mal parado de la investigación por haber cobijado en su casa a un criminal. Oficialmente, se declaró que el maestro había fallecido debido a un mal golpe provocado por una caída, pero se notificó al médico que tendría que responder ante el Consejo.

Toda la comunidad judía en pleno, así como muchos cristianos y algunos musulmanes acudieron al funeral por el alma de Yucé Tob. Había sido un hombre querido por su jovialidad, sencillez y buen carácter y a nadie extrañó que entre las personas más conmovidas por su pérdida estuviese el hermano Bartolomé. A menudo se les había visto sentados a la

puerta del monasterio, enfrascados en largas conversaciones que siempre versaban sobre un mismo tema: los libros y la sabiduría en ellos contenida.

Don Ezequiel Falaquera, por su parte, no volvió a abrir la boca tras alertar sobre el suceso; cubrió de ceniza su cabello, desgarró su túnica en señal de duelo, rezó el *qaddish* en silencio y, al día siguiente, acompañó a su amigo al cementerio judío. Aquella misma noche, vestido como de costumbre y con la bolsa del instrumental y de las medicinas colgada del hombro, atravesó la puerta de la judería. Nadie receló al verlo salir pues a menudo acudía a atender a algún enfermo a horas intempestivas. Tranquilo, con andar pausado, cruzó el barrio cristiano, atravesó el puente, se alejó de la villa y se perdió en la oscuridad.

El burgo del camino

El burgo fundado a la vera del río Arlanzón por el conde Diego Rodríguez, «Porcelos», trescientos cincuenta años atrás para hacer frente al avance sarraceno, se había convertido en una de las principales poblaciones de Castilla y en el principal centro comercial del reino. Sus barrios, asentados en la ladera, bajo la protección del castillo, bullían de animación, habitados por gentes de las más diversas procedencias: cristianos viejos descendientes de los primeros repobladores, comerciantes de lana, aceite, vino, cuero y especias, artesanos de todas las clases, judíos, alarifes mudéjares, inigualables en el trabajo del ladrillo y el azulejo, así como un gran número de constructores, muchos de procedencia extranjera, contratados para llevar a cabo dos obras colosales: la nueva catedral y la muralla.

La archidiócesis más influyente del norte de la Península precisaba una sede acorde con su prestigio y el antiguo templo resultaba pequeño comparado con los hermosos edificios que se construían en otras partes de Europa, especialmente en Francia. Desde el comienzo de su construcción, el proyecto había sufrido varias transformaciones, pero ahora, en manos del maestro francés Enrique, se había optado por el estilo franco-borgoñón. El arquitecto dirigía asimismo los trabajos de construcción de la catedral de León, templo inspirado en el de la ciudad francesa de Reims, sede de entronización de los soberanos galos, y se había rodeado de maestros de obras, canteros, tallistas y carpinteros originarios de su país quienes, a su vez, enseñaban el arte a los nativos. Por otra parte, no podía faltar una muralla, sólida e inexpugnable, que armonizase con el ambicioso plan de hacer de Burgos una gran ciudad, reemplazase a la ya existente y abarcase

la totalidad de los barrios del burgo. Ante la posibilidad de encontrar trabajo, todos los días arribaban hombres y jóvenes, incluso familias enteras, procedentes del campo o de otras poblaciones en condiciones de penuria que malvivían a la intemperie o hacinados en chabolas en el Barrio Pobre a la espera de un primer jornal que les permitiese mejorar su situación. No era menor el número de comerciantes llegados en busca de mercados para comprar o para vender y de peregrinos que se dirigían a Compostela por el llamado «camino francés» y se detenían en uno de los hospitales durante la noche que les era permitida la estancia, vigilados por los oficiales encargados de controlar que un mismo viajero no acudiese cada día a uno distinto. Tal era la confusión que cualquiera podía pasar desapercibido a nada que su presencia fuese discreta.

Robert Lepetit decidió poner tierra por medio al abandonar Nájera. Viajó a lomos de la mula sin detenerse más tiempo del necesario en pequeñas localidades, albergues o granjas que encontró en el trayecto, procurando rodear las poblaciones más grandes donde podría ser reconocido. Habrían dado su descripción —se dijo— en cuanto se hubiese sabido que había matado a un hombre y robado a su anfitrión y que, además, se había largado llevándose el *Libro de la Revelación*. Los benedictinos poseían monasterios y hospitales en casi todas las poblaciones significativas y sabía que también disponían de una red de mensajeros muy eficaz. Alguien de sus características y con las manos tullidas no podía pasar inadvertido con facilidad. Evitó Santo Domingo de la Calzada, Belorado, Briviesca y otras poblaciones en las que, además, sospechaba que existían encomiendas templarias, cuyos mensajeros eran aún más eficaces que los de los monjes benitos, y aprovechó todas las horas del día para viajar con la mente puesta en Burgos. Respiró aliviado, un anochecer, al divisar la población y azuzó a la mula que apenas podía sostenerse en pie. Sobrepasó un monasterio, atravesó un arrabal pobremente iluminado y se dirigió a la puerta de la muralla, pero su contento se trocó en contrariedad al comprobar que estaba ya cerrada. Echó un vistazo a su alrededor; el sitio parecía tranquilo. Tendría que pedir asilo en el monasterio que había dejado

atrás, pero un cartel alumbrado por una antorcha le hizo cambiar de opinión. Dejó la mula atada a una argolla y entró en la Posada de las Almas.

—Curioso nombre para una posada... —musitó entre dientes.

El alma... ¿Tenían almas los herejes? Y los paganos que había encontrado en las montañas navarras, ¿la tenían? ¿La tenía el maestro judío que lo había pillado robando? ¿La tenía él?

El interior del local le sorprendió. Estaba limpio y repleto de gentes que comían y bebían sentadas a unas mesas largas, servidas por un par de mozos y una moza bajo el ojo atento de una matrona de carnes generosas, a todas luces, la patrona. Constató, por su apariencia, que los comensales eran personas acomodadas y con dineros suficientes para pagarse una buena cena a base de lechón o cabrito asados, acompañados de jarras de vino, verdura fresca y queso blando con miel. Había peregrinos entre ellos, pero no de aquellos míseros que arrastraban los pies por el Camino y se acogían a la caridad de monasterios y conventos. Los había visto durante el trayecto y había estado a punto de arrollar a un par de ellos que no habían querido apartarse a su paso. A pesar de que algunos de los clientes portaban la indumentaria peregrina, una simple ojeada confirmaba que los abrigos de los comensales no estaban confeccionados con estameña basta, sino con paño de calidad; que la esclavina y el sombrero de ala ancha eran ambos de buen cuero y no de pellejo escasamente curtido y que, comprobación definitiva, su calzado, aunque polvoriento, no estaba en absoluto gastado. Esbozó una mueca irónica. La devoción tenía clases, como todo.

Se dirigió a la patrona y solicitó una habitación para pernoctar. La mujer lo miró y sus carnes se agitaron en una risa tonta antes de alargar el brazo para señalar a la concurrencia y decir que no habría sitio ni para el propio arzobispo, aunque llegase con la mitra encima de su cabeza calva. Dicho comentario provocó la hilaridad de los comensales más cercanos, que no se privaron de añadir otros de su propia cosecha.

—El hospital de San Lesmes está en la puerta de al lado —añadió la patrona—. Prueba a ver si ahí tienes sitio.

—Mañana mismo informaré al arzobispo de que su persona es motivo de burla en este antro —afirmó el bugre.

Su larga y delgada figura vestida de negro, la mirada inquisitorial que recorrió a los presentes y, sobre todo, el tono amenazante de su voz acalló de golpe las risas y un profundo silencio se instaló en el ambiente, hasta entonces despreocupado y bullicioso.

—Estoy segura de que su merced sabrá disculpar una chanza dicha sin mala fe... —la mujer había palidecido y se frotaba nerviosa las manos—. Si su merced desea pernoctar en esta humilde posada, nos sentiremos muy honrados de alojarle en nuestra mejor habitación...

Una voz, en un extremo del comedor, emitió una leve queja que fue rápidamente acallada por su vecino de mesa.

—Y también —prosiguió—, si deseáis comer algo...

Robert no respondió, pero se aproximó a la esquina de la primera mesa y esperó a que le hicieran un sitio. Los ocupantes se movieron de inmediato, apretujándose en el otro extremo y dejando espacio suficiente como para tres plazas. No volvieron a escucharse risas y voceríos, sólo murmullos. La sala se hallaba casi vacía antes de que él hubiese dado cuenta de un magnífico trozo de lechón con su respectivo acompañamiento y se hubiese bebido media jarra de vino. Durmió en cama grande, en una habitación amplia, calentada por un brasero de carbón, a cuyo anterior ocupante, un mercader alemán, habían desalojado a toda prisa la patrona y su marido. No podían arriesgarse —le explicaron— a enfrentarse con el arzobispo; corrían el peligro de quedarse sin negocio puesto que la posada era propiedad de la Iglesia y ellos la tenían arrendada. El hombre protestó, pero no le sirvió de nada y tuvo que pasar la noche en una de las habitaciones comunales, durmiendo en el suelo sobre un jergón de paja.

El bugre, por su parte, se deslizó entre las sábanas de lino, abrigado por un edredón relleno de lana, el estómago caliente y la cabeza mareada, y se quedó profundamente dormido. No tuvo tiempo de pensar y, todavía menos, de repasar algunos pasajes del libro que se había convertido en su guía y que, según él, marcaba su destino.

Se despertó tarde, asomó la cabeza por la puerta y pidió a la patrona un barreño de agua caliente para tomar un baño. La mujer, que desde primeras horas de la mañana hacía guardia cerca de su puerta a la espera de que

reclamase cualquier cosa quien ella suponía ser un personaje influyente, se apresuró a obedecer y poco después enviaba a dos fornidos mozos con el barreño y una olla descomunal repleta de agua. Tras ellos entró la moza que servía en la sala de comidas con un pedazo de jabón y una esponja de esparto, dispuesta a ayudarle en el aseo. Era joven, aunque tenía el rostro picado de viruelas, y, por un instante, Robert pensó en utilizar sus servicios en otros menesteres, pero desistió. Podía pasar de los vicios humanos por ahora. Era imprescindible mostrar la apariencia de un hombre austero en todos los sentidos si quería ser convincente en su papel de hombre insobornable a los placeres mundanos. La patrona, mientras tanto, había cepillado su ropón de escolástico para eliminar el polvo y había limpiado sus botas. Descansado, bañado, vestido con una camisa limpia bajo el ropón y tras meterse entre pecho y espalda dos cuencos grandes de sopas de leche, se dispuso a proseguir su camino sin tan siquiera molestarse en preguntar a la posadera cuánto le debía. Ella no se atrevió a reclamar pago alguno.

—Espero que su merced se haya sentido a gusto... —balbuceó al acompañarlo hasta la mula.

—El arzobispo sabrá que se me ha tratado con el respeto debido y que su persona es muy apreciada en este antro —condescendió él desde su montura.

La mujer, agradecida, hizo un amago de genuflexión, pero el inquietante personaje había ya girado la montura en dirección a la puerta de la muralla y la reverencia la recibieron las ancas del animal.

El bugre tampoco abonó el peaje aduciendo su calidad de clérigo en visita al arzobispado, lo cual dicho en su tono más altivo dejó muy impresionado al guardián, que no se atrevió a insistir. Nada más traspasar la Puerta de San Juan, vendió la sufrida acémila por treinta dineros burgaleses a un tratante cuyo negocio, al parecer, consistía en no moverse de su puesto de oteo y esperar a que unos llegaran y otros se marcharan para comprarles o venderles las caballerías. Se colgó la bolsa de viaje al hombro, obvió la calle de San Juan que bordeaba el Barrio Pobre y se adentró por la de la Puebla que desembocaba en la plaza del Mercado Mayor, aneja a la del Mercado Menor, ambas centros vivos del barrio gremial y muy concurridas

aquel mediodía de otoño en que el sol asomaba tímidamente entre cúmulos blancos que permanecían estáticos por la falta de viento. Atravesó la primera sin prestar atención a los cercados circulares para caballerías y ganado, en especial ovejas, que los ocupaban casi en su totalidad, ni a la zona de granos y de venta de lana y se dirigió a la segunda plaza. Paseó entre las decenas de puestos que exponían mercancías de lo más diverso: verduras, frutas, vainas para cuchillos, flechas, cereales, cerrajas, especias, zapatos, ollas, bisutería o bolsas, y se detuvo en uno de guantes. El guantero se hallaba sentado sobre un taburete de tijera, rematando una manopla de cuero del tipo utilizado por los herreros, ajeno al vocerío que lo rodeaba y ni siquiera levantó los ojos cuando el cuerpo de Robert le ocultó la luz.

—Busco unos guantes especiales —dijo éste.

—Pide lo que quieras, que lo tengo —afirmó el hombre sin dejar de coser.

—Han de ser negros y cubrir estas manos.

Alargó sus garras hasta ponerlas entre los ojos del guantero y su labor y el hombre se echó para atrás sobrecogido; después miró al dueño y se puso de pie de un salto dejando caer la manopla al suelo.

—¿Tienes algo que me sirva? —preguntó el bugre, indiferente a su reacción.

—Aquí no, su merced, pero si tuvierais a bien acompañarme a mi taller... Está a poca distancia, cerca de la catedral...

Ante su gesto de asentimiento, el guantero dio un par de gritos y apareció un mozalbete de rostro risueño a quien encargó la vigilancia del puesto. A continuación, indicó a su posible cliente que lo siguiera y él caminó por delante, abriéndole paso, incluso a codazos.

El taller era pequeño, pero estaba bien provisto. Sobre una mesa de caballete se apilaban en orden cueros, badanas de la mejor calidad, pieles de gamuza, cordero, liebre y zorro, fieltros y telas de terciopelo de diferentes tonalidades, y en una estantería se veían encajes, pasamanerías bordadas, cordones, cajas de botones y fruslerías de adorno. El hombre conocía bien su oficio y estaba claro que trabajaba para personas de alcurnia puesto que, sobre otra mesa más pequeña cubierta con un mantel, había unos guantes

bordados con hilos de oro y de seda roja, propios de un príncipe de la Iglesia. Robert se detuvo para examinarlos.

—Son para el arzobispo Mateo —le explicó el guantero—. Un regalo personal del conde Nuño González de Lara...

No sabía quién era el tal conde, y le importaba un ápice saberlo.

—Mi encargo.

El hombre farfulló una disculpa, revolvió el contenido de una arqueta y le tendió un par de guantes de color negro. Los examinó con atención y extendió su mano derecha para que el artesano se la vistiese, cosa que éste se apresuró a hacer a pesar de no resultar fácil enguantar una extremidad tan deformada y rígida. No obstante, la badana, suave y moldeable, se ajustó a los dedos agarrotados como una segunda piel. Por primera vez en mucho tiempo, el bugre sonrió verdaderamente complacido y alargó la otra mano.

—¿Deseáis algún tipo de adorno? —preguntó el guantero—. ¿Un cordón dorado en la zona de la muñeca?

¿Acaso el mezquino pensaba que era él hombre para acicalarse como una ramera? Negó con la cabeza y abonó el importe de los guantes: los treinta dineros burgaleses que había obtenido por la mula, un precio desorbitado por dos pedazos de piel de carnero. A punto estuvo de coger las tijeras de hierro que vio a su alcance y clavárselas al ladrón, pero no lo hizo. Era más joven que él y, seguramente, mucho más rápido. Se habría puesto en guardia para cuando él hubiera logrado asirlas. Por otra parte, estaba satisfecho con la compra: sus deformidades quedaban disimuladas y hasta parecían normales. Salió del taller y buscó una taberna para comer. Un rico olorcillo a morcilla asada le llegó desde la calle de la Coronería, situada en la parte superior de la fábrica catedralicia, y se dejó guiar por él hasta lograr dar con el local, La Viña, una amplia bodega con mesas de todos los tamaños y sus bancadas correspondientes, abarrotada de canteros, tapiadores, albañiles y peones de obra fácilmente reconocibles por el polvillo de piedra que cubría sus ropas y sus cabellos. Buscó un sitio para sentarse y lo encontró en un rincón, en una de las mesas más pequeñas. Extrañamente estaba ocupada por un solo comensal que no portaba mandil

de trabajo por lo que dedujo que no era un cantero, aunque tampoco tenía aspecto de potentado.

—Sentaos, sentaos —le indicó al preguntarle si era posible acomodarse en una de las plazas vacías—. Por suerte, en una taberna no hay clases ni distinciones.

El encargado, un mozo servicial que rápidamente se le acercó para tomar el pedido, le informó que la comida del día se componía de cocido de caldo con nabos y berzas, un trozo de pan y un cuartillo de vino del año elaborado en la propia casa.

—Creía haber olido a morcilla asada... —manifestó un tanto decepcionado.

—¡Buen olfato, sí, señor! —replicó el mozo—. En efecto, también tenemos morcilla, aunque no entra en la comida del día y hay que pagarla aparte, pero se sirve con berza cocida y resulta un plato muy apetitoso.

—Morcilla entonces.

No era caprichoso a la hora de comer, pero el cuerpo le pedía algo fuerte porque no sabía cuándo volvería a alimentarse debidamente. Las monedas sustraídas al médico de Nájera estaban llegando a su fin y aún tenía que encontrar alojamiento. Lo de la víspera había sido un azar que no volvería a repetirse con facilidad. Había tenido tiempo de percatarse de lo muy poblada que estaba la ciudad, y también de los numerosos guardias que vigilaban las plazas de los mercados. En una población de la importancia de Burgos, con un considerable tránsito de personas y mercancías, tenía por fuerza que haber riqueza y la riqueza atraía a ladrones y tunantes, maleantes y estafadores, y aumentaba el celo de las autoridades por la misma razón. No podía hacerse pasar de nuevo por alguien cercano al arzobispo sin ser descubierto. De todos modos, y como último recurso, estaban los hospitales de peregrinos para sacarle del apuro mientras no encontrara algo mejor.

—¿Sois francés?

Miró al hombre que le había permitido sentarse a la mesa. Sonreía y no daba la impresión de hablar con segundas intenciones.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Por el acento... Es igual al mío.

Asintió con la cabeza y se dispuso a comer. No se había quitado los guantes y debía procurar no mancharlos, pero cada movimiento, el simple intento de asir una cuchara, le resultaba un esfuerzo. No le quedaba mucho del aceite del médico riojano y tenía que procurarse más como fuera. Si bien sus dedos continuaban rígidos, ahora al menos, y tras mucha concentración, lograban sujetar los objetos, lo cual era un gran avance respecto a su total invalidez anterior.

—¿Y de dónde sois? —le interrogó su compañero de mesa en francés.

Parecía empeñado en no dejarlo comer tranquilo y él no tenía ganas de conversación. Sin embargo, logró con cierta soltura meterse en pedazo de morcilla en la boca y dicha proeza le hizo sentirse más sociable.

—¿Y vos?

—De París.

La comida se le quedó atravesada en la garganta, ¡Dios! ¡París! Hacía una eternidad que no escuchaba el nombre de la ciudad en la que había nacido y crecido, donde estudió y se convirtió en un teólogo reputado, donde, en fin, amó a una mujer con tanto fervor que por ella renegó de su fe y se hizo miembro de la execrable secta de los cátaros, hijos del demonio, a quienes persiguió lleno de odio cuando recobró la cordura y volvió a la Iglesia de Roma. Después de tantos años tan lejos de allí, un desconocido conseguía conmoverlo con dos palabras. Bebió un trago de vino y carraspeó.

—Yo provengo de Reims —dijo al fin.

—¡Reims! ¿No tendréis algo que ver con la perla más hermosa de la cristiandad?

—¿Perdón?

—Hablo de su catedral. ¡No hay otra igual! Soy el maestro Henry, Enrique me llaman aquí, y trabajo en la construcción de la catedral de Burgos, así como en la de León. Comprenderéis mi entusiasmo al oírlos decir que venís de Reims, me inspiro en ella para mis trabajos, aunque —al maestro le brillaron los ojos de orgullo— intento dejar mi propia huella.

Durante un buen rato, el hombre habló entusiasmado sobre sus proyectos, las dificultades para encontrar buenos maestros de la piedra y la

madera capaces de esculpir sus sueños; los problemas a la hora de obtener los fondos necesarios para no verse obligados a detener las obras, algo que ocurría a menudo; la falta de comodidades a una edad en que los años empezaban a pesar; la añoranza, si bien no estaba solo, porque su mujer y sus hijos vivían en León.

—Hace ya más de dos décadas que emprendí una nueva vida. Me vine para acá puesto que en Castilla y León había trabajo para un constructor. El rey deseaba dotar a su reino de hermosas edificaciones y no me puedo quejar porque no me falta trabajo, así que, imagino, aquí descansarán mis huesos —concluyó—. ¿Y a vos? ¿Qué os ha traído a estas tierras?

El maestro llevaba mucho tiempo lejos de París, así que era del todo imposible que hubiera oído hablar de un inquisidor dominico que, mientras él y otros como él levantaban templos colosales a mayor gloria de Dios, se dedicaba a encender hogueras en el norte de Francia en nombre de ese mismo Dios. Ni sabía nada sobre su expulsión de la Orden y posterior excomunión. De todos modos, cualquier precaución era poca. Le explicó que era un simple profesor de retórica que había sufrido un terrible accidente al tiempo que le mostraba sus manos enguantadas y que había decidido emprender el peregrinaje a Compostela para agradecer al Apóstol el estar todavía con vida.

—Pero las desgracias no suelen venir solas y, en la travesía del reino de Navarra, fui asaltado por unas malas gentes que allí llaman agotes, unos paganos de la peor calaña, que me maltrataron y robaron lo poco que traía. He vivido de la caridad desde entonces y, gracias al Señor y a Santa María, no me ha faltado comida ni un lecho para descansar —concluyó en tono resignado al tiempo que extraía de su limosnera un par de monedas de vellón—. Ha sido un feliz encuentro, maestro, pero ahora tengo que ver si todavía llego a tiempo de encontrar un catre para dormir esta noche. Bien sabéis que hay mucho granuja que, haciéndose pasar por peregrino, acude a los hospitales y no deja sitio a los verdaderamente necesitados.

—¡No consentiré que un compatriota, y por ende ilustrado, pase la noche en un nido de pulgas y otros bichos! —exclamó el maestro.

No permitió que pagara la comida y lo acompañó a su alojamiento, una casa estrecha, frente a la catedral, pegada a la muralla, junto a la Puerta de Santa María. La vivienda sólo disponía de la cocina, la sala de trabajo en el piso inferior y dos pequeños dormitorios en el superior, pero era acogedora y tenía una chimenea que la mantenía caliente, un lujo en una región en la que, en invierno, la nieve llegaba a las rodillas y colgaban de los tejados carámbanos de hielo, afilados como cuchillos.

Robert Lepetit no prosiguió su supuesta peregrinación. El constructor estaba encantado de contar en Burgos con alguien con quien conversar durante las largas veladas invernales que se aproximaban. Y para que su huésped no se sintiese deudor, habló personalmente con el arzobispo Mateo y le consiguió un puesto de maestro en la escuela catedralicia donde se preparaban quienes acudirían a la Universidad de Maestros y Estudiantes de Palencia y, sobre todo, a la de Salamanca, con mayor prestigio y más exigente en los exámenes. En ambos centros los estudiantes se preparaban para hacer carrera en la Iglesia o en los oficios del Rey. Sus primeras clases las impartió a los más jóvenes, pero no tardó en encargarse también de los mayores, visto su dominio del latín, la teología, la filosofía y la retórica, a lo que se añadían lecciones particulares de francés para los hijos de un par de familias adineradas que tenían en mente enviarlos a estudiar a la Universidad de París, centro de sabiduría y «árbol de la vida del paraíso», como se referían a ella las doctas mentes europeas. A pesar de su éxito en la docencia, el bugre mantenía una actitud reservada, no permitía familiaridades, nunca aceptaba invitaciones, ni acudía a las clases impartidas por otros maestros y, aparte de su asistencia a la misa dominical y vísperas preceptivas para no dar que hablar, el único establecimiento en el que podía vérselo era en La Viña, a las horas de comer. Pronto alcanzó fama de raro y la gente dejó de interesarse por su persona. Era lo único que deseaba: pasar desapercibido y continuar preparándose para cuando llegara el momento de poner en práctica su proyecto.

El médico y el herbolario

La judería de Burgos ocupaba una amplia zona del oeste de la ciudad y lindaba con la morería, habitada por los llamados *mudayyin*, o mudéjares, musulmanes a quienes se había permitido quedarse en las tierras reconquistadas por los ejércitos cristianos. Ambas comunidades compartían dos particularidades: el pago de un impuesto especial para poder practicar sus ritos religiosos y su pericia casi exclusiva en determinados oficios como la medicina en el caso de los judíos y la farmacia en el de los musulmanes. Estos últimos, asimismo, se distinguían por su buen hacer como constructores y eran tejedores muy solicitados de paños de colores vivos e imaginativos diseños. Nada les impedía vivir en cualquier parte de la ciudad, pero amistades, relaciones y modos de vida habían fomentado la aproximación natural de cada grupo y las dos aljamas mantenían una buena relación entre ellas y los cristianos. A fin de cuentas, todos se necesitaban y el beneficio de unos siempre redundaba en el de los demás; de ahí la preocupación de los judíos burgaleses al saberse que el papa Inocencio, cuarto de su nombre, exigía a los obispos castellanos el cumplimiento de las disposiciones emitidas por el último gran Concilio de Letrán que les atañían: alejamiento de los cargos públicos, separación de barrios, marcas distintivas en las ropas... No era la primera vez, generalmente para su desgracia, que Roma se ocupaba de ellos. Veinte años atrás don Fernando había solicitado y conseguido del entonces papa Honorio la supresión de la disposición sobre las ropas especiales para los judíos de su reino, pero un rey cristiano debía obediencia al Sumo Pontífice y uno nunca sabía con seguridad a qué atenerse.

—No creo que deba preocuparnos demasiado.

—Siempre debe preocuparnos que se hable de nosotros.

—Ocurrirá como siempre: mucho ruido al principio y, luego, nada. Contamos con la protección del rey y de los nobles.

—Hasta que dejamos de contar con ella, como sucedió con el abuelo del rey actual, el de las Navas, que mandó quemar el castro de los judíos de León y esclavizó a los supervivientes.

—Eso no ocurrirá ahora; don Fernando y su hijo, don Alfonso, son amigos de los judíos.

—¿Pero en qué mundo vives, Mosse? Los reyes no son amigos de nadie; velan por sus intereses y únicamente nos protegerán mientras sirvamos a sus propósitos.

Don Ezequiel oía sin escuchar la discusión entre Samuel y su suegro, Mosse Gil, dueño de un lavadero de lana y de una tintorería, situados cerca de la Puerta de Santa Gadea, junto al cauce del riachuelo que atravesaba la zona de los mercados e iba a desembocar por el oeste al Arlanzón. Tres años atrás, el tintorero y su hija habían visitado a unos parientes de Nájera y se habían vuelto a Burgos con yerno y marido respectivamente. Aunque no quería reconocerlo, sentía una pequeña animosidad hacia ellos debido precisamente a este hecho. Samuel era su hijo pequeño y el más parecido a él. En su opinión, aquel matrimonio precipitado había malogrado la esperanza de que el muchacho se convirtiese en un buen médico, al igual que lo era su hermano mayor. En lugar de ello, había aprendido el oficio de orfebre y trabajaba para un tío de su mujer, quien le había prometido dejarle el negocio cuando decidiera retirarse. Lo observaba trabajar y se maravillaba de su precisión con el cincel al reproducir en el metal una filigrana, como un encaje, diseñada por él mismo y no podía evitar pensar en el magnífico cirujano que habría podido llegar a ser.

Llevaba en la ciudad varias semanas y no acababa de acostumbrarse a vivir de prestado en casa de su hijo, pero ¿adónde si no podría ir? Había abandonado Nájera incapaz de mantener las miradas de sus vecinos que lo culpaban de la muerte del bueno de Yucé Tob. Él también se culpaba y no pasaba un día sin que acudiera a la sinagoga a orar por su alma, pero la cosa ya no tenía remedio. Se decía que tenía que tomar una decisión sobre qué

hacer con su vida, pero no tenía fuerzas para enfrentarse a sus demonios. Había sido sincero con Samuel y le había relatado lo ocurrido nada más llegar. Tal y como esperaba, su hijo no le hizo reproches y le aseguró que su hogar también era el suyo, pero su jornal alcanzaba justo para mantenerlos a él y a su mujer; una boca más era una carga, bien lo sabía, y él tampoco podía ejercer. No tenía dinero para pagar la licencia, si es que se la concedían, y la vivienda era más bien un cuchitril con una cocina y una habitación y se veía obligado a dormir en un jergón, junto a las brasas. Además, su nuera estaba grávida; no le quedaría más remedio que marcharse en cuanto la criatura hubiese nacido. Su consuegro no había mostrado intención alguna de echar una mano, a pesar de ser un hombre acomodado y de que Sol era su única hija. Decía, siempre que se le presentaba la ocasión, que él había logrado lo que tenía a base de esfuerzo y que todo hombre honrado debía hacer lo mismo. Pero los días pasaban.

Temprano, una mañana húmeda salió a dar un paseo. Anduvo sin prisa por la calle Tenebregosa, que dividía el barrio judío en dos y que, ciertamente, hacía honor a su nombre y estaba cubierta por la niebla a aquella hora. No se veía más allá de veinte pasos y estuvo a punto de ser arrollado por un jinete que pasó por su lado como una aparición. Poco después se hallaba fuera de la muralla, en un arrabal rodeado de bosque. La niebla comenzaba a levantar y la jornada se presentaba gélida, pero diáfana; se arrebujó en su capa y continuó andando. Le gustaban los árboles de troncos poderosos y ramajes entrelazados, aunque estuviesen desnudos como en aquel momento; estaban en el mundo antes que los hombres, sus raíces se adentraban en la tierra y sus ramas ascendían hacia el cielo; eran la unión entre lo divino y lo humano, el «árbol de la vida» de su religión, y también de la cristiana y de la musulmana, y el primer mito de la Creación. No era de extrañar que los antiguos paganos se reuniesen para celebrar sus ritos bajo las copas frondosas de los árboles y que todavía perviviesen algunas de sus costumbres en las zonas rurales.

—Los pueblos del Cantábrico adoran a ciertos tipos de árboles, como el roble y el tejo —le había asegurado su querido Yucé—. Y tengo entendido

que otros pueblos, como los germanos y los habitantes de las frías tierras del Norte, los adoran igualmente.

—¡No digas simplezas! —respondió él—. Son cristianos.

—A lo mejor no lo son tanto como crees... ¿Sabías que los vizcaínos se reúnen bajo los robles para decidir sus leyes y elegir a sus representantes? ¿Y que en algunas zonas de la montaña navarra los leñadores piden perdón al árbol que van a talar?

No lo sabía y dudaba de que semejantes disparates fuesen ciertos, pero no podía asegurar que no lo fueran; a fin de cuentas su universo personal era muy reducido y sólo había viajado en una ocasión: a Toledo para estudiar medicina. Le entristeció el recuerdo de su amigo y se dispuso a regresar al burgo cuando se detuvo, alertado por unos gritos procedentes del arrabal. Se aproximó curioso y advirtió que varias personas rodeaban a un niño tirado en el suelo, cerca de una casa de madera, algo separada de las demás. Un simple vistazo le indicó que el muchacho sufría el «gran mal». Había perdido la conciencia y sus cuatro extremidades se agitaban frenéticamente y sin control; la piel de su cara empezaba a amoratarse y le salía saliva por las comisuras de los labios. Buscó rápidamente un pedazo de leño y se lo colocó entre los dientes para impedir que se mordiera la lengua; lo forzó a colocarse de costado, puso su capa bajo su cabeza, a modo de almohada, le quitó la bufanda del cuello y le abrió la camisa. Mientras, los presentes escupían sobre el enfermo.

—¡Bueno! ¡Basta ya! —gritó tras recibir un escupitajo en la cara.

Su orden produjo el efecto deseado y los escupitajos cesaron. Sabía que era una vieja superstición pensar que los salivazos evitaban el contagio y que la gente creía que el gran mal era cosa de maleficio o castigo para el pecador. También en Nájera había atendido a dos pacientes del mismo mal y se las había tenido que ver con familiares y vecinos para hacerles entender que sólo se trataba de una dolencia y que ni los exorcismos ni los rezos a San Valentín solucionaban nada. Había tenido que desdecirse en público sobre lo de los rezos porque el propio abad de Santa María lo había amenazado con dar parte al obispo si no lo hacía, y ello podría acarrearle complicaciones en el ejercicio de su profesión. Los espasmos disminuyeron

y, poco después, el niño abrió los ojos, jadeante y agotado, y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Es familiar de alguno de vosotros? —preguntó, encarándose al grupo.

—Yo soy su padre —afirmó un hombre casi sin despegar los labios—. Me llamo Ximen Ximenat.

—Tu hijo no está maldito, ni es un pecador, ¿lo entiendes? —el hombre asintió con la cabeza—. Tiene una enfermedad, como otros nacen ciegos o sordos o mudos, sólo que ésta se puede tratar. Además, es un niño y en ocasiones los ataques desaparecen con la edad.

—¿Eres médico?

Dudó si responder. Sin licencia para ejercer de físico en la ciudad, podría ser denunciado.

—Algo sé...

—¿Aceptas comida y bebida?

Observó miradas expectantes, tímidas sonrisas y el deseo de agradecer su intervención. No había comido nada desde la víspera y aceptó.

—El aceite de la raíz de la valeriana es un buen tranquilizante que puede evitar los ataques. Existen otras hierbas, como la mandrágora, pero no os la aconsejo; puede intoxicarse y sufrir alucinaciones...

Se hallaba sentado junto a un buen fuego, con un pedazo de queso de oveja en una mano y un trozo de pan en la otra, rodeado de una familia extraña, o así se lo pareció a él. Hablaban entre ellos en una lengua que no entendía; eran fuertes y casi todos tenían los cabellos claros, sin llegar a ser rubios, y los ojos entre grises y azules. «Extranjeros», pensó. Llegaban todos los días; algunos solicitados por los maestros constructores; otros, para huir del hambre y de las guerras. Algo llamó de pronto su atención. El padre del muchacho llevaba una chamarra de piel, vieja y sobada, pero, a la altura del hombro izquierdo, podía verse con claridad una pata de ánade marcada como si antes hubiese estado cosido allí un distintivo.

—¿De dónde venís? —preguntó picado por la curiosidad.

—De las montañas —respondió una mujer todavía joven que debía ser la madre del niño, aunque no lo había dicho.

—¿De los montes de Oca? —preguntó esperanzado.

—No. De más lejos.

—¿Del reino de Navarra?

—Del de Aragón. De una población llamada Jaca.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Somos talladores —respondió con un deje de orgullo el chiquillo, ya recuperado del ataque.

—¿Talladores?

—Sí, tallamos la madera para las obras de la nueva catedral.

—Somos carpinteros de obra, como casi todos los que vivimos en este barrio; construimos los andamios para levantar los arcos y las bóvedas de los edificios, una labor imprescindible que precisa de gran destreza —intervino el padre sin disimular su satisfacción—, porque un mal cálculo, un error y la obra de piedra se viene abajo al retirar la armadura de madera.

—Y somos talladores —insistió el niño.

El hombre esbozó una sonrisa y atusó con su manaza el cabello revuelto de su hijo.

—También tallamos vigas, figuras, sillerías...

Al decir esto, abarcó el interior con un gesto del brazo y don Ezequiel cayó en la cuenta de que no estaba en una vivienda al uso. La cabaña, bastante amplia, sólo tenía una pieza y más de la mitad era un taller de ebanistería, con mesas de caballete, herramientas, serrines y piezas a medio trabajar. El resto servía para cocinar, comer y dormir.

Regresó rodeando la muralla y entró en la ciudad por la Puerta de los Judíos para no tener que dar explicaciones a los guardias que cobraban el peaje a los viajeros que penetraban por la de San Martín. No fue a la casa de su hijo, sino que se dirigió a la morería y preguntó por un herbolario. Había prometido volver al arrabal con las hierbas para el niño enfermo. Un anciano le indicó una calleja sombría y se adentró por ella sin muchas esperanzas de encontrar lo que buscaba, pero, a media altura, descubrió una maceta delante de una portezuela de madera, y se detuvo maravillado ante un hermoso brezo cuyas flores violetas transformaban un lóbrego rincón en una explosión de color. No lo dudó y llamó a la puerta.

Hadi al-Suri resultó ser un doble de su añorado Yucé, incluso se le parecía en el físico: pequeño de estatura, sonriente, la barba bien recortada y los ojos amables. Los dos hombres simpatizaron nada más conocerse y el médico supo que aquel encuentro inesperado no se debía a la casualidad. Su amigo le enviaba una señal para tranquilizar su espíritu: alguien con quien hablar para aliviar su soledad. Para empezar, el herbolario le proporcionó un frasquito con un gotero para que su joven paciente tomara una gota diaria de un compuesto elaborado, entre otros ingredientes, con aceite de valeriana, tilo y cáñamo. Le sorprendió el uso de este último, el kalamo de Salomón mencionado en el Libro Sagrado, conocido como hashish entre los árabes, ya que su uso estaba prohibido tanto en los reinos de España como en Francia por sus efectos hipnóticos y por ser, según los poderes eclesiásticos, el bebedizo de magos y brujas.

—Es cierto que puede producir fantasías e, incluso, la locura si se abusa de él, pero, no te preocupes, no ocurrirá nada de eso en este caso porque la cantidad utilizada es irrisoria —afirmó el herbolario al hacerle él partícipe de sus dudas—. Con el cáñamo ocurre igual que con otras drogas: su uso controlado puede curar y el desmedido, matar.

Al cabo de un par de horas, ambos tenían la impresión de haberse conocido desde siempre, tal era su entendimiento. Los dos habían sobrepasado con creces la madurez, eran hombres de ciencia, afables y curiosos por aprender, y estaban solos. En algún momento, a don Ezequiel se le pasó por la cabeza el pensamiento de que sería feliz viviendo en aquel cuchitril, en compañía de un hombre tan parecido a él mismo, inmersos los dos en la experimentación y el aprendizaje, pero desechó la idea rápidamente. Sus respectivas comunidades no lo aprobarían y era muy duro verse rechazado por las propias gentes. No obstante, nada impedía que fueran amigos y que él acudiera a visitarlo.

—¿Qué sabes de los que viven en el arrabal que está al otro lado de la Puerta de San Martín? —le preguntó más tarde mientras bebían una tisana de romero con granos de anís en la trastienda, un espacio repleto de tarros de semillas, raíces y hojas secas en donde no faltaba un pequeño alambique

de cobre para destilar mezclas de líquidos para la elaboración de medicinas y perfumes.

—¿Los de San Pedro? Son leñadores y carpinteros, y se ocupan de los trabajos del maderamen para las obras de la catedral. Son tallistas hábiles y muy solicitados por los maestros constructores...

—Me han dicho que proceden del reino de Aragón...

—Proceden de la Jacetania, las zonas montañosas vecinas al reino de Navarra, y no están bien vistos por los cristianos viejos.

—¿Por qué?

—Por las mismas razones que no lo estamos tú y yo.

—No te entiendo...

—Por motivos religiosos, querido amigo —el herbolario sorbió su tisana antes de proseguir—. He oído decir que sus antepasados eran paganos.

—¿Y los de quién no?

—Pero éstos lo han sido durante más tiempo y, aunque ahora son cristianos, existe una reticencia hacia ellos como hacia los conversos de nuestras dos religiones. Ya conoces el tema —el médico asintió—, pero a mí me parece buena gente.

De vuelta a la casa de su hijo, don Ezequiel no dejó de pensar en las casualidades de la vida. Había salido por la mañana con el ánimo decaído, deseoso de meditar sobre su futuro, y sus pasos lo habían llevado al bosque, y de éste al arrabal de los carpinteros, y de allí al callejón del herbolario. Había tenido oportunidad de conocer a unas personas completamente diferentes y, desde luego, muy peculiares, pero él no creía en el azar; las cosas ocurrían siempre por alguna razón.

Al día siguiente recorrió el mismo camino. Llevó la medicina para el niño y volvió a compartir la comida de los artesanos; después fue a visitar a Hadi al-Suri y bebió una tisana de hierbas en su compañía. Y lo mismo hizo en las jornadas que siguieron. Ni su hijo ni su nuera mostraban echarlo en falta aunque dejó de presentarse a la hora de las comidas. Tampoco parecieron sorprenderse el día que les comunicó que se mudaba a una vivienda del arrabal de San Pedro, ni le preguntaron cómo la había

conseguido y de qué iba a vivir a partir de entonces. De hecho, creyó percibir una sensación de alivio en el rostro de Samuel y una alegría contenida en el de Sol. Su presencia durante aquellas semanas les había hurtado intimidad, y lo entendía. Prometió visitarles y les pidió que le comunicaran la noticia del nacimiento de la criatura en cuanto éste tuviera lugar. El arrabal no era grande y lo encontrarían sin problemas. Cogió su bolsa y se marchó con el corazón alegre. La vida le estaba dando una nueva oportunidad y no era cuestión de desaprovecharla.

Se instaló en una cabaña pequeña, colindante con la de la familia Ximenat, que ésta y otras habían adecentado para que él viviese en ella y le proveyeron de los muebles más esenciales: una cama, un arcón y una mesa, así como utensilios para cocinar y comer. También le aseguraron que nunca le faltaría leña para calentarse, ni caza y pesca para alimentarse. Se sintió plenamente feliz la primera noche que pasó en su nuevo alojamiento, contemplando desde su lecho el cielo estrellado a través del ventanuco por el que también entraba el frío. Disponía de postigo, pero quiso dejarlo abierto al menos aquella primera vez.

—¿Por qué no te quedas con nosotros ya que vienes todos los días a visitarnos? —le había preguntado Ximen Ximenat una semana antes mientras comían un guisado de liebre—. Mi hijo no tiene ataques desde que te ocupas de él, has curado ya varias heridas y la vieja Norma no ha vuelto a sentir ahogos desde que le diste el jarabe. Nuestras mujeres saben de hierbas, pero aquí no se dan las mismas que en nuestra tierra y necesitamos un sanador.

—No tengo licencia para ejercer en Burgos...

—El maestro Enrique, nuestro patrón, te la conseguirá.

—Tengo familia...

—¡Y poca memoria! —Rió el tallista—. ¿Ya no te acuerdas? Nos dijiste que tendrías que marcharte de su casa en cuanto naciera el hijo de tu hijo.

Era cierto. La buena compañía soltaba la lengua y él había hablado demasiado sobre asuntos que no interesaban a los extraños.

—Soy judío...

—Y a nosotros nos llaman agotes.

—¿Y eso qué es?

—Una de las razones por las que aceptamos la oferta del maestro Enrique ¡y ya llevamos con él veinte inviernos!

—¿Tiene algo que ver con esa marca? —preguntó señalando la señal en forma de pata de ánade de la chamarra.

Se mordió la lengua. No tenía por qué haberlo preguntado; ¿a él qué le importaba? Y sus amigos podían sentirse ofendidos, pero Ximen sonrió.

—Si te quedas con nosotros lo sabrás —respondió haciéndole un guiño—. No pienses que somos criminales o algo por el estilo.

—No lo pienso.

—Entonces, ¡hecho! Arreglaremos la cabañuela de al lado y podrás trasladarte a ella cuando quieras.

Todavía se preguntaba por qué razón había aceptado la oferta. La principal, probablemente, era porque se sentía a gusto entre unas gentes que lo habían aceptado entre ellos sin hacer preguntas, hasta el punto de ofrecerle un sitio a su lado. Les había tomado cariño. Asimismo estaba el hecho de que en breve tendría que dejar la casa de Samuel y no sabía adónde ir. La comunidad no lo habría abandonado y le habría encontrado un sitio, pero no quería recibir la ayuda que la aljama destinaba a las viudas, los huérfanos y los pobres. Además, había notado sobre él miradas de recelo tras la llegada de un grupo de judíos procedentes de La Rioja. A buen seguro habían contado lo acontecido y su súbita desaparición. Nadie le preguntó nada, pero advertía cierta frialdad hacia él cuando acudía a la sinagoga. Y luego estaba el asunto aquel de la pata de ánade. No había vuelto a consultar sus notas sobre el jardín de la oca desde su marcha de Nájera. Había sido la causa de la muerte de Yucé Tob y había perdido el interés por él, pero ahora sentía de nuevo el gusanillo de la curiosidad y en la pequeña cabaña, rodeada de árboles, podría volver a empezar, o continuar con su investigación. Tardó en conocer el significado de la señal que Ximen lucía en su chamarra.

—Allí, en nuestra tierra, estábamos obligados a llevarla —le explicó el artesano un anochecer, cuando ambos permanecían junto al fuego mientras el resto de la familia, la mujer y los tres hijos, dormían desde hacía un rato

y él le recordó su promesa de hablarle de la huella de ánade que lo intrigaba
—. Era un pedazo de tela roja, que arranqué en cuanto salimos de Jaca.

—¿Por qué estabais obligados a llevarla?

—Para que se nos pudiese distinguir de los «otros»...

—¿De quiénes?

—De los cristianos de siempre.

—Pero... vosotros también sois cristianos.

—Lo somos, pero, al parecer, no lo suficiente.

Don Ezequiel notó un cierto deje de ironía, aunque también de tristeza en el tono de Ximen. No quería presionarlo; únicamente era locuaz al hablar de su trabajo. Permanecieron en silencio y estaba a punto de despedirse cuando el hombre comenzó a hablar con los ojos puestos en las llamas.

—Allí vivimos en un barrio separado de los demás; en la iglesia estamos obligados a mantenernos aparte, en el fondo, y se nos da de comulgar con unas pinzas de madera; no se nos permite participar en las fiestas, ni adquirir tierras o poseer ganados, ni unirnos con hombres o mujeres que no sean como nosotros; en los juicios la palabra de seis de los nuestros equivale a la de uno solo de los «otros», y nuestros difuntos son enterrados al borde de los caminos o en cementerios no consagrados, con los malhechores. Nos llaman leprosos, cretinos, mesillos y otros nombres parecidos, y dicen que tenemos rabo como los animales y que las manzanas se pudren cuando las tocamos.

El médico escuchaba estupefacto la lista de agravios que Ximen recitaba como una lección bien aprendida mientras manoseaba una manzana, lustrosa después de tanto frote, como queriendo demostrar el infundio que se les achacaba. Jamás había oído algo semejante entre cristianos. Claro que estaban los herejes, pero no era lo mismo. A los herejes se les perseguía y, en muchas ocasiones, se les ejecutaba, pero éstas no eran personas heréticas o renegadas puesto que asistían a la iglesia. ¿Por qué, entonces, una represión tan feroz contra sus propios correligionarios? Ni judíos ni musulmanes sufrían un trato similar. Su padre le había hablado de las persecuciones en la época del visigodo Recaredo, que casi había acabado con todas las aljamas de la Península, y la posterior bonanza en

tiempos de los Abderramanes, que había finalizado bruscamente a la llegada de las hordas almohades, obligando a muchos de los suyos a huir a territorios cristianos. Desde entonces vivían en paz, a pesar de los impuestos especiales que gravaban a juderías y morerías y de los rumores que de ciento en viento se escuchaban en relación a ciertas leyes contra ellos. Y no eran pocos los hebreos médicos, científicos, secretarios y administradores que servían a los reyes, inclusive a los del reino de Aragón, de donde procedían los Ximenat. Los mudayyin, por su parte, aparte de ser excelentes alarifes y herbolarios, destacaban en la agricultura y en la confección de tejidos, y ambas comunidades podían adquirir tierras y casas en cualquier población del reino. No entendía, por tanto, que existiesen gentes, y por ende cristianas, a quienes se privaba de los mismos derechos.

—Y todo eso, ¿por qué? —preguntó sin saber qué otra cosa decir.

—Si he de serte sincero, lo ignoro, aunque intuyo que está relacionado con el hecho de que nuestros antepasados no muy lejanos fueran montañeses.

—¿Y qué tiene que ver que lo fueran?

Ximen esbozó un amago de sonrisa y le lanzó una mirada que no supo interpretar.

—¿Eres un hombre religioso?

La pregunta lo pilló por sorpresa. Suponía que sí, que era un creyente fiel, no especialmente devoto, pero que cumplía con sus obligaciones.

—Sí.

—¿Y por qué lo eres?

—¿Cómo que por qué lo soy? Porque así me lo enseñaron mis padres y a ellos, los suyos.

—Y si ellos hubieran nacido en un país sin frailes, ni curas, o lo que tengáis los judíos...

—Rabinos...

—Pues eso, sin rabinos que les enseñaran vuestra religión, ¿en qué habrían creído tus padres y los padres de tus padres?

—No sé adónde quieres ir a parar.

No le gustaban las conversaciones sobre la religión, ni sobre la suya, ni sobre las de los demás. Era un tema espinoso que no llevaba a ninguna parte puesto que cada cual estaba seguro de pertenecer a la única, verdadera y elegida religión. Por supuesto, él estaba convencido de que así era en su caso, pero jamás había intentado adoctrinar a nadie y no iba a empezar en aquel momento.

—Es muy sencillo, un hombre con tus conocimientos no debe tener dificultad alguna en comprenderlo —continuó el artesano—. Creerían en la tierra que pisaban, en los árboles, los montes y las cuevas, el sol y la luna, el día y la noche.

—Creados por Yahvé —aseveró don Ezequiel con solemnidad antes de añadir la oración que todo buen judío debía recitar dos veces cada día—: *«Oye, Israel, el señor es nuestro Dios, el señor es Uno»*.

—Creerían en lo único que les permitiría seguir existiendo —prosiguió el otro sin inmutarse.

—El Ser Supremo.

—La fertilidad.

—¿La fertilidad?

—De los campos regados por las lluvias y los ríos, de los animales y, naturalmente, de los seres humanos. Creerían en la Diosa Madre, vientre fértil, cobijo, dadora de alimentos, de medios para vestirse, para defenderse; dadora de vida.

Ximen lo observaba con los ojos entornados y aquella sonrisa que no llegaba a ser tal. Daba la impresión de que se divertía escandalizándolo.

—Eso es idolatría.

—Pues eso era en lo que nuestros predecesores creían y acaso sea la causa de que existan lugares en los que sus descendientes padecemos maltrato por parte de los cristianos viejos, aunque ni ellos ni nosotros conozcamos con precisión el motivo.

Así que Hadi tenía razón al decir que los carpinteros tenían antepasados paganos no muy lejanos. Y también Yucé, cuando aseguraba que todavía vivían gentiles paganos en las montañas.

—Pero... vosotros ya no creéis en esas cosas; quiero decir: en esa diosa de la que hablas...

—Nosotros somos buenos cristianos —reiteró el artesano. Y añadió con ironía—: ¡Qué remedio!

Esta última exclamación resonaba en los oídos de don Ezequiel mucho después de haberse metido en el lecho. Estaba fascinado. Ningún creyente fiel, fuese cual fuese su creencia, se expresaría de manera similar. Debía marcharse de allí sin falta antes de que el rayo divino cayera sobre él como sobre los pecadores que ofendían al Señor. Los paganos hacían magia y sacrificaban seres humanos; eran adoradores de Belial y Belcebú, estaban condenados al no-ser para toda la eternidad... y, no obstante... En las semanas que llevaba viviendo cerca de ellos, no había observado nada anómalo en los Ximenat ni en los demás habitantes del arrabal, todo lo contrario. Eran personas generosas y hospitalarias que trabajaban durante las horas de sol y se preocupaban por sus semejantes. Finalmente, decidió comentar sus dudas con el herbolario, y se quedó dormido a la hora en que sus vecinos iniciaban la jornada. Nada más despertarse, corrió a ver a su amigo y le confió lo que había descubierto la víspera.

—Todos los pueblos paganos han necesitado tiempo para convertirse, amigo mío. Unos más, otros menos, y cuanto más alejados de los demás han vivido, más han tardado. Puede que los carpinteros sean de estos últimos y todavía mantengan cierta forma de... pensar, heredada de sus mayores.

—Es difícil creer que después de tantos siglos haya gente que todavía siga unas doctrinas erróneas...

—Vosotros, nosotros, los cristianos... hemos sido bendecidos por las enseñanzas del Libro. No obstante, y lo sabes muy bien, cada uno de nosotros cree que la suya es la verdadera fe, pero... puede que haya algo más.

—¿No me irás a decir que dudas de tus creencias?

—¡En el nombre de *Allah*, clemente y misericordioso, mi fe es firme! —afirmó Hadi ofendido—. Sólo digo que Dios, en su infinita misericordia, se muestre, quizás, de diferentes maneras a diferentes personas. No todos

somos iguales; el color de nuestra piel no es idéntico, hablamos lenguas distintas, tenemos gustos dispares...

—Pero todos creemos en un Ser Supremo.

—También ellos... Y si lo piensas bien, la creencia en una Diosa Madre no es tan descabellada; resulta incluso natural. A fin de cuentas, vuestros profetas, nuestro Muhammad. *Allah* lo bendiga y le dé la paz, el Īsā de los cristianos... todos tuvieron una madre.

Dio un rodeo para dirigirse a la casa de Samuel. Había ido a buscarlo la víspera para invitarlo a comer y era todavía temprano. Iban a celebrar el nacimiento de su nieta, «una niña preciosa de grandes ojos asombrados», de acuerdo con la descripción del orgulloso padre. Había nacido el mismo día que había caído la primera nevada, un buen presagio. Pese al engorro que suponía para moverse y el frío en los pies, la nieve era un regalo del cielo: preparaba los campos para el cultivo, limpiaba el aire y producía los pozos de agua, tan necesarios durante el largo período del estío. Su hijo le informó que, después de mucho pensárselo y de haber consultado con el rabino, la madre y la abuela habían decidido ponerle un antiguo nombre hebreo, Anna, que significaba «la gracia de Dios». Él hubiese preferido Deborah, el nombre de su difunta mujer a la que, cuanto más viejo, más en falta echaba, pero no quiso inmiscuirse en la elección. Los hijos eran asunto de los padres y, especialmente, de la madre, transmisora del linaje y de la sangre en la tradición judía. Esto le llevó a pensar en Ximen y en su sorprendente afirmación sobre las creencias de sus antepasados. Había mencionado la fertilidad, el vientre de la diosa, dadora de vida... Puede que Hadi no estuviera descaminado al juzgar con benevolencia la fe de los antiguos paganos o... de los que todavía lo eran.

Ensimismado en sus cavilaciones, caminó un trecho sin fijarse en la dirección que tomaban sus piernas y fue a desembocar a las obras de la nueva catedral. Durante un buen rato, y junto a otros curiosos, contempló el trajín de canteros, albañiles, carpinteros, mozos de acarreo y demás trabajadores que se afanaban en la fábrica como hormigas en torno a un hormiguero antes de que el frío impidiese el trabajo. La nieve caída había trocado el piso en un barrizal que dificultaba la actividad y los trabajadores

llevaban pies y manos envueltos con paños. Iba ya para treinta años desde el comienzo de las obras y podía decirse que el templo no tardaría muchos más en ser consagrado. Los burgaleses estaban muy satisfechos del resultado; su catedral sería la más bella del reino. Comenzaba a no sentir los pies y decidió que era hora de conocer a su nieta. Echó una última mirada hacia el magnífico pórtico coronado por tres arquivoltas con figuras de músicos y ángeles, deteniéndose a continuación en la figura de Jesús, en la de los apóstoles y en la del obispo situado en el parteluz que dividía la puerta de entrada. Era una gran obra, en verdad, y sonrió al recordar las explicaciones de Ximen Ximenat sobre la importancia del trabajo de los carpinteros a la hora de construir el armazón sin el cual aquella maravilla no sería posible. La sonrisa se le heló en los labios. Allí, delante de la puerta, en conversación con un hombre cargado de planos, estaba el hombre que había destrozado su vida, le había robado la paz y el respeto de su comunidad, había mancillado su hospitalidad y asesinado a su mejor amigo. La luz del sol proyectaba la sombra alargada de Robert de Reims en la puerta de la catedral y sintió un escalofrío que no supo si achacar al frío o a la visión de Azazel, el espíritu maligno, en persona.

El agote

El viajero, un hombre de mediana edad, más viejo que joven, delgado, la cabeza rapada y la barba blanquecina, se desvió del camino que llevaba de Pamplona a San Juan de Pied de Port y tomó la ruta de Baztan. No le fue difícil encontrar la población de Arizkun, a pocas millas de Elizondo, la mayor de las quince parroquias que conformaban el valle y, al llegar, preguntó por el barrio de los agotes. El interrogado lo miró de arriba abajo con suspicacia, señaló hacia la otra parte del río y, después, escupió al suelo antes de darse media vuelta y meterse en su casa. El viajero no pareció sorprendido por la reacción del hombre; incluso esbozó una mueca, similar a una sonrisa no exenta de ironía. Se dirigió hacia el puentecillo de madera que permitía el paso sobre el río, se apeó de la mula y asió el bocal para atravesarlo. A continuación, se encaminó a través del espeso bosque de hayas y castaños que ocultaban la luz de un día soleado pero frío y se detuvo al salir de él y percibir las humildes viviendas que colgaban en la colina. Bozate, donde vivían unas personas menospreciadas y tildadas de leprosas por inciertas razones, aparecía iluminado por la luz del atardecer. No se veía un alma y daba la impresión de estar deshabitado, pero la hierba bien cortada, las pequeñísimas huertas repletas de repollos y un cerdo rollizo que encontró en su camino desmentían rápidamente la primera impresión. Se aproximó a la primera de las cuatro casas, la más grande dentro de su pequeñez, y comprobó que la puerta estaba abierta; golpeó con el puño y esperó, pero nadie acudió a la llamada. Estaba cansado, hambriento y sediento, así que se dejó caer sobre el banco de piedra adosado al muro, se echó sobre sus ojos el ala del sombrero de peregrino y los cerró. Los abrió al escuchar unas voces y se puso en pie.

Por la pendiente que ascendía desde el camino junto al río, llegaban varias personas. Aguzó la vista en un intento por reconocer a una entre ellas, pero tenía el sol de frente y, aunque no lo hubiese tenido, sería tarea vana volver el tiempo hacia atrás. Aspiró una bocanada de aire y esperó. Las voces, las risas, cesaron al descubrirlo; sus dueños se aproximaron a él en silencio y se detuvieron a varios pasos de distancia, contemplándolo sin animosidad, pero con recelo al mismo tiempo. Los examinó uno a uno y no pudo disimular su contrariedad al constatar que el hombre que buscaba no estaba entre ellos.

—¿Podemos ayudarte en algo? —le preguntó el mayor de todos en francés—. El camino peregrino se encuentra en la otra orilla...

—No busco el camino peregrino. Busco a Eder Bozat.

El recelo mostrado en un primer instante se tornó en miedo al traducir el viejo sus palabras y todos comenzaron a hablar al unísono. No entendía lo que decían, pero no le costó mucho imaginar que estaban discutiendo qué hacer.

—¿Por qué lo buscas? ¿Vienes de parte del cura o de alguno de esos campesinos que se creen señores?

Notó un deje de amargura en las palabras del hombre y recordó lo que Eder le había contado sobre sus gentes, los agotes. Rechazados, odiados, acusados de herejes y leprosos, vivían apartados sin jamás mezclarse con quienes no eran como ellos.

—Soy un amigo. Conocí a Eder durante su estancia en Pamplona.

La reacción en esta ocasión fue muy diferente: el hombre lo miró con estupor y entornó los ojos en un intento por reconocerlo, otro más joven frunció el ceño, las dos mujeres comenzaron a cuchichear entre ellas y la media docena de adolescentes y niños que estaban a su lado lo contemplaron con curiosidad.

Poco después se hallaban en una cocina minúscula, todos de pie, apretujados, menos el recién llegado quien, sentado sobre una banqueta a una mesa pequeña, comía con avidez el contenido de un cuenco de madera que, por segunda vez, había sido colmado hasta el borde con un espeso potaje de verduras. Anochecía y el habitáculo estaba oscuro. Antes de que

la oscuridad fuera completa, el hombre dijo algo a los muchachos y, casi inmediatamente, la luz de varias velas y de un candil iluminó el cuchitril. De nuevo, el huésped los examinó uno por uno. Intentó encontrar algún parecido con el aprendiz de constructor, a quien había protegido y llegado a apreciar, pero ninguno le resultó familiar. Si acaso el de más edad... pero tampoco. El joven le había dicho en una ocasión que su padre era un hombre fuerte de espaldas y de facciones nobles, si bien duras, como marcadas con una hachuela en su cara, y con una hermosa pelambrera. El hombrecillo con poco pelo que tenía ante sí era de complexión pequeña y frágil, y su aspecto no era el de un montañés. El otro hombre, sin embargo, tenía un aire que le recordaba a Eder. Quería preguntar por su amigo, su nombre le quemaba la lengua, pero no deseaba provocar una reacción contraria en sus anfitriones y acabó de comer el potaje; también comió una manzana que una de las mujeres puso delante de él después de haberle sacado brillo con el delantal.

—¿Cómo es que hablas tan bien el francés? ¿Eres acaso de allende las montañas? —preguntó al hombrecillo con ánimo de ganarse su confianza.

—Lo soy o, mejor dicho, lo fui. Hace mucho tiempo que no he vuelto a la tierra de mis padres, ni creo que vaya a hacerlo porque ya no queda allí nadie a quien visitar.

—Yo soy champenois.

—Y yo occitano.

—¿Y cómo llegaste a estos parajes?

—Es una historia larga de contar, y ya es tarde.

El hombre hizo una seña y los demás desaparecieron escaleras abajo antes de que el viajero hubiera tenido la oportunidad de desearles las buenas noches.

—Puedes dormir aquí —le informó después—. Hay dos cuartos.

—No quiero molestarte en tu propia casa. Me da igual dormir a la intemperie; estoy acostumbrado.

—Ésta no es mi casa.

—¿Pues de quién es?

—De Eder.

—¿Y él... no...?

—No está.

—¿Y cuándo volverá?

El hombre alzó los hombros, cogió uno de los candiles y desapareció por la escalera, al igual que habían hecho los demás miembros del extraño grupo, dejándolo completamente solo.

Tardó un rato en levantarse de la banqueta. Tenía los músculos de las piernas doloridos debido a la cabalgada y, por un momento, pensó en colocar los brazos sobre la mesa, apoyar la cabeza y cerrar los ojos, pero también sentía una gran curiosidad. Echó un vistazo a su alrededor. Un monje no habría encontrado lugar más desprovisto que aquél para renunciar a las pompas y vanidades del mundo. El hogar apagado y la vieja olla con restos de comida enmohecidos mostraban muy a las claras que hacía bastantes días que nadie había puesto allí los pies, o que, al menos, nadie había cocinado. Buscó un objeto, algo, que le resultase familiar, pero, aparte de la mesa, la banqueta y algunos útiles de cocina, el lugar ni siquiera parecía estar habitado. Cogió una vela y se adentró en uno de los dos cuartos separados por una cortina tejida en lana basta. Sólo apreció un jergón en el suelo, con una manta encima, y un arcón tallado junto al muro sin ventanas. A pesar de la exigua luz de la vela, pudo comprobar que la talla —espirales, soles y estrellas— era buena y bastante reciente por la blancura de la madera, y ello alegró su ánimo cansado. Penetró luego en el otro, de parecidas dimensiones, unos diez pasos de ancho por otros tantos de largo. Había una cama en lugar de un jergón en el suelo, y también un arcón cerca de un ventanuco, pero —retuvo el aliento— encima de este último, se veía una figura de madera que representaba a una mujer sosteniendo en brazos a una criatura. Estuvo a punto de caer de rodillas y la emoción atenazó su garganta. Acercó la vela a la figura y creyó que el cansancio le estaba jugando una mala pasada. Aquélla no era una representación de la Virgen María; reconocía el rostro de la mujer, así como el de la criatura, una niña, y permaneció ensimismado en su contemplación hasta que sintió la cera quemándole el dorso de la mano. Apagó la vela y se

dejó caer sobre el lecho, sin desvestirse y sin apenas fuerza para cubrirse con la manta doblada a sus pies.

Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el rayo de luz que penetraba por el ventanuco e iluminaba la figura colocada encima del arcón. No se movió, los ojos fijos en ella, los pensamientos en un pasado repleto de imágenes que el tiempo no había logrado borrar. Una sombra se interpuso entre él y sus recuerdos.

—¿Quién eres? ¿Y por qué me buscas?

Se incorporó con dificultad y aún le costó más levantarse. Los años no pasaban en balde, fue todo lo que se le ocurrió pensar antes de encararse a la razón de su largo viaje, y se tomó un tiempo para responder a ambas preguntas. Había cambiado. El muchacho delgaducho como un junco y de ojos soñadores, de cabellos claros y piel igualmente clara, había cogido músculo y se había dejado crecer la barba y los cabellos. Parecía mayor. La mirada de perro apaleado que lo había conmovido tan sólo un par de años antes se había tornado en otra, semejante a la del lobo herido que lucha por su vida.

—Soy Bertrand de Garlande —dijo por fin.

La sorpresa se reflejó en los ojos del hombre, pero la ilusión fue breve y, nuevamente, se adueñó de ellos la desconfianza. Se pasó la mano por el abundante cabello que le caía sobre los hombros y salió del cuartucho seguido por el inesperado visitante, retiró un pucherillo del fuego de la chimenea y sirvió la leche caliente en dos cuencos de madera que esperaban sobre la mesa, junto a una hogaza y medio queso de oveja. Señaló la banqueta a Bertrand y él se sentó sobre los leños apilados al lado de la chimenea apagada. Transcurrió un rato mientras el comendador acariciaba el cuenco sin quitarle la vista de encima.

—¿Y esas ropas? —preguntó por fin Eder Bozat en referencia a la vestimenta peregrina del visitante.

—Para evitar problemas. Nuestro uniforme es demasiado llamativo.

—¿Y por qué me buscáis?

—Por varias razones que te explicaré si aceptas venir conmigo.

—Decid sólo una.

—Tu hija. ¿No quieres verla de nuevo?

El montañés parpadeó varias veces, como si no entendiera lo que acababa de escuchar, como si no recordara a la hija que le había sido arrebatada precisamente por aquel mismo hombre que ahora, después de dos inviernos, reaparecía en su vida para hablarle de ella.

—Yo no tengo ninguna hija —acertó a decir, mientras bebía de su cuenco de leche en un intento por no mostrar su zozobra.

—Sabes que sí.

—Como si no la tuviera.

—Pero la tienes.

Sintió un dolor en el pecho, el mismo que sentía siempre que pensaba en la niña y en la mujer que amaba. Procuraba no hacerlo porque sufría con su recuerdo, y ya no tenía remedio. Su único consuelo era acariciar la talla que las representaba, por esa razón no la había destruido, aunque hubiese querido hacerlo en más de una ocasión para conjurar su pena.

—Os las llevasteis —dijo por fin.

—Envié a por la niña —respondió Bertrand sin inmutarse al escuchar el reproche—. Ella la acompañó por propia voluntad; nadie la obligó a hacerlo.

—Yo habría impedido que se fuera.

—Tú no estabas aquí y tu familia no sabía si volverías.

Eder calló. Se vio a sí mismo huyendo de noche como un furtivo para ocultarse en el bosque de su niñez, al otro lado del puerto, intentando escapar de sí mismo, aturdido, desesperado. Tardó semanas en recuperar el dominio de sus sentimientos, y regresó renacido con el fruto de su gestación, la talla, entre las manos. Pero era ya demasiado tarde. La mujer a quien amaba, a la que por fin se había dado cuenta de que amaba, no lo había esperado. Estaba cansado, herido en lo más profundo de su ser; se sintió como un anciano que ha recorrido un largo trayecto y que, al final de su existencia, tiene las manos y el corazón vacíos. Así habían transcurrido más de dos inviernos, sin alicientes, sin deseos, encerrado en sí mismo. Y ahora, como un espíritu llegado de ultratumba, aparecía el hombre a quien

debía aquella vida que le era indiferente desde que habían desaparecido de ella las dos personas que más necesitaba.

—Quiero que vengas conmigo —le oyó decir—. He recorrido un largo camino para llegar hasta ti.

—¿Para qué me queréis?

—¿Continúas trabajando?

—Construyo.

—¿Construyes? —el asombro del francés era real.

—Soy leñador y carpintero. Mi maestro, Geoffroi Bisol, ¿lo recordáis?, me enseñó lo que sé y yo lo pongo en práctica.

El hombre miró a través de la ventana, más bien una abertura, que se abría a un campo teñido de verde, brillante por los rayos del sol. ¿Cómo no recordar a su amigo Geoffroi, descendiente de uno de los fundadores de la Orden del Temple y magnífico constructor? Lo había conocido en Champagne, cuando trabajaba para el conde y luego rey de Navarra, Teobaldo. Lo había visto edificar castillos e iglesias, admirado y respetado hasta aquel fatídico día, iba para once años, en que su mujer había sido quemada junto a otras ciento ochenta y dos personas acusadas de herejía. Él estaba por entonces en la encomienda de Gares y no se enteró del asunto hasta un par de meses después. Le informaron de que el maestro había desaparecido junto a su pequeña hija. No supo nada de él hasta años después, cuando lo encontró en la población de Estella, malherido tras la terrible paliza que el monje renegado Robert Lepetit —Dios lo tuviese en el infierno— le infligió para conseguir el documento que lo incriminaba en el asesinato de un eclesiástico en Reims. Y allí también había conocido al hombre que tenía delante. Desvió la mirada de la ventana y la fijó en Eder.

—Te preguntaba si continuas tallando.

—No.

Fue un «no» rotundo, pero él insistió.

—¿Por culpa de tu hombro?

De forma instintiva, Eder se frotó el hombro derecho con la mano izquierda. Cada vez que lo hacía, cada vez que sentía un dolorcillo en su miembro inmovilizado, le venía una imagen que desearía borrar de su

memoria y que, no obstante, no podía. La de una figura tallada en la desesperación a la que había dado el rostro de las mujeres que habían significado algo en su vida y que había desaparecido entre las llamas. La vio arder, consumida por el fuego; el mismo fuego que el pueblo del bosque encendía para incinerar los cadáveres de sus seres queridos, el mismo que los «otros» encendían para acabar con la vida de personas inocentes. No había vuelto a recuperar la movilidad desde el incendio de Dorreaga, aunque sentía dolores cuando el tiempo amenazaba lluvia, pero no tenía problemas a partir del codo.

—No —respondió.

—¿Por qué entonces?

—Hace falta una razón para tallar, y yo no la tengo.

—He visto la figura que está encima del arcón...

—Fue la última.

—¿Y las arcas?

—Las hizo mi padre.

—El hombre que me recibió no se parecía a la descripción que me hiciste de él...

—Ése es Raymond Gauti. Mi padre está en Xuhitoa.

—¿Xuhi...?

—En Baigorri, nuestro antiguo hogar.

Bertrand sorbió la leche que quedaba en su cuenco, aspiró una bocanada de aire y fijó la mirada en el exuberante paisaje que divisaba a través del ventanuco. Le llegó con claridad el sonido de las aguas del río y, durante un breve momento, imaginó una vejez tranquila en aquel paraje hermoso y misterioso, lejos del mundo que conocía y cuyos moradores, los despreciados agotes, creían en la Naturaleza, en la Diosa Madre de los antiguos —había olvidado su nombre—, tan similar en muchos aspectos a la Virgen de su devoción. Después, volvió a mirar a Eder. Resultaba difícil mantener una conversación con él. Si ya antes lo recordaba como a una persona parca en palabras, estaba claro que en el tiempo transcurrido se había convertido en un ser aún más lacónico. La herida continuaba abierta y el joven se había encerrado dentro de su concha. La única forma de llegar a

él era la verdad; se lo debía. El montañés pagano que creía en una diosa para quien la mayor ofensa era la mentira no entendería, ni perdonaría, que no fuese sincero con él.

—Han pasado dos años y medio, van para tres, tres inviernos como tú los cuentas, desde que envié a mis hermanos freires a esta tierra en busca de tu hija —comenzó diciendo—. Su madre encontró lo que buscaba: el matrimonio con un ricohombre, que le dio su nombre. Quería olvidar que la suya había muerto en la hoguera; que, además de ser hija del maestro Bisol, también lo era de una hereje cátara. Quería dejar atrás su pasado, y el fruto de una relación que...

—La rebajaba.

Eder tenía los ojos clavados en él y el color gris claro de su mirada se había tornado oscuro, como el del cielo que amenaza tormenta.

—Te amaba a su manera...

—Sólo hay una manera de amar.

La suya había sido leal. Le entregó su cuerpo y su espíritu; no hubo engaño; nada ocultó y nada pidió, excepto ser correspondido. La amó desde el instante mismo en que la conoció, creció junto a ella bajo el ala protectora del maestro, reflejándose en su mirada y esperando el día en que ambos serían uno. Y lo fueron, dos veces. Robaron tiempo a la noche, a escondidas como fugitivos, y él fue inmensamente feliz, pero ella no era el ser excepcional que él creía. Le rompió el corazón y, lo que era más grave, su fe en los demás.

—El caso es que no pasó mucho antes de que se arrepintiese y reclamase a su hija —prosiguió el francés—. Por eso envié en busca de la niña. Ignoraba que también era tu hija, te lo juro. Lo supe hace poco, cuando estaba a punto de emprender el viaje para venir a buscarte; Alazaïs me lo dijo.

Bajó los ojos para que el templario no percibiese su desasosiego. Creía que ya lo había superado, pero la simple mención del nombre de la mujer cuyo amor no había sabido reconocer a tiempo lo golpeó con tanta fuerza que le hizo daño.

—¿Para qué habéis venido? —preguntó con voz ronca.

—Quiero que talles una Virgen, como la que esculpiste para nuestra casa de Dorreaga, como aquella hermosa Virgen de la Esperanza que ardió en el incendio.

—No.

—Y la quiero negra —insistió el hombre sin considerar su negativa.

Muy a su pesar, Eder levantó la vista interesado.

—¿Por qué?

—Porque eres el mejor artesano que conozco. Nadie como tú sabe dar vida a la madera y a la piedra; logras que tengan voz.

—Pregunto por qué la queréis negra.

—¿Ya no la recuerdas? La viste en Gares, en el Puente de la Reina, y también en Estella. El negro es el color de la Tierra, el de la sabiduría perdida de un tiempo en que el ser humano creía en la vida. María es la Madre que tú y los tuyos veneráis.

—Nuestra diosa es *Amari*, la que es madre.

—Es la misma, da igual cómo se la llame.

No había olvidado la figura de la hermosa Virgen embarazada tallada por el hombre que tenía delante y cuya visión lo había perturbado hasta el punto de poner en peligro su fe. ¿Y si el vientre divino que había dado a luz al Salvador era también el Principio de todas las cosas, la Creación misma? ¿Y si Dios era mujer? Procuraba pensar en otra cosa cuando le asaltaba dicho pensamiento. Era herejía y él era un hijo fiel de la Iglesia.

—Ya no estoy en Navarra —le informó para no pensar en un asunto que lo desasosegaba y, al constatar que su declaración no producía ninguna reacción, continuó—. Dejé de ser maestro, ahora soy comendador de la encomienda de León. Poseemos varias casas allí y la mayor fortaleza de la Orden en tierras hispanas. Me ocupo de supervisar los trabajos de construcción y he venido en busca de una partida de canteros que han aprendido el oficio en nuestra encomienda de Sangüesa; son los mejores. De paso, se me ocurrió venir a verte para pedirte que trabajes para nosotros. También necesitamos buenos artesanos.

—Ya tengo trabajo aquí.

—¿No cambiarás de opinión?

—No.

El freire se atusó la barba. ¿Qué más podía decirle? Le había asaltado el deseo de verlo. Lo echaba en falta, como a un hijo a quien no se ha visto durante demasiado tiempo y esperaba que él sintiese lo mismo, aunque no parecía que fuese así. Definitivamente, se estaba haciendo viejo.

—De todos modos, si cambias de opinión, ven al Ponteferrato. Se encuentra a dos jornadas de marcha desde la ciudad de León hacia el oeste, siguiendo la ruta de las estrellas que conduce al poniente. Cualquiera te dará razón. Ahora tengo que marcharme.

Se levantó y Eder hizo otro tanto. Hubiese deseado darle un fuerte abrazo, al igual que había hecho en Dorreaga, pero el joven desvalido, herido en el cuerpo y en el alma, a quien había despedido, era sólo una sombra del hombre que ahora tenía delante. Salieron de la casa en silencio y se acercaron al río para recoger la mula que pastaba en las cercanías.

—¡No lo olvides! —gritó antes de espolpear al animal—. ¡Te espero en el Ponteferrato!

El montañés lo vio partir y permaneció inmóvil con la vista fija en el caminejo que se perdía en el bosque, presa de sentimientos contradictorios.

—¿Quién era?

No lo había oído llegar y se giró. Raymond Gauti, quien en ausencia de su padre era el guía de la pequeña tribu de parias que habitaban las tierras del señor de Ursua, se hallaba a su lado y seguía la dirección de su mirada.

—Bertrand de Garlande era el maestro templario de Navarra. Él fue quien envió a los freires a por la niña.

—¡Me robaron a mi hija y a mi nieta!

—Sabes que la niña no era tu nieta y que Alazaïs se fue con él por propia voluntad... y por mi culpa —añadió tras una breve pausa.

—¿Le has preguntado que tal están mi hija y mi nieta? —reiteró el hombre como si no hubiese escuchado sus palabras.

—Están bien —le mintió.

—Quiero que vuelvan, quiero verlas a las dos antes de que me llegue el turno de dar cuentas a mi Creador.

Eder lo miró con cariño y le pasó el brazo por encima del hombro.

—Las verás. Yo mismo te las traeré.

Al día siguiente, se presentó en la casa de Juanes Lopiz de Garaia, el mayor propietario de ganado del valle, y le exigió el pago adeudado por la construcción de su nuevo establo.

—Te pagaré cuando venda las reses —le respondió éste en el tono desabrido que acostumbraba para dirigirse a los pobladores del barrio de Bozate.

—Me pagarás ahora. Necesito los dineros.

—Pues tendrás que esperar a que yo decida pagarte.

—No esperaré, y tú cumplirás el trato que hiciste conmigo.

—¿Cómo te atreves a reclamarme nada?

Había tenido que aceptar la presencia de unos paganos leprosos porque el de Ursua había amenazado con quemarle la casa si persistía en sus ataques contra el pequeño grupo, y no era hombre que amenazase en vano. Incluso había claudicado y contratado al arrogante que tenía delante para que le construyera el establo antes de la llegada del invierno. Era el mejor constructor de la zona, de eso no había la menor duda, pero no permitiría que le viniese con exigencias. Él era un hidalgo, un baztanés cuya familia se remontaba a los tiempos del rey Sancho, y aquel muerto de hambre, sólo un miserable agote llegado del otro lado del puerto para servir como criado en la casa-torre, un mezquino que se ganaba la vida trabajando con las manos.

—Reclamo lo que me pertenece —insistió Eder.

—¡Lárgate de aquí o te echo yo a patadas!

El artesano mantuvo su mirada y, después, se dirigió al establo; cogió un hacha clavada en una pila de troncos y, antes de que Juanes pudiese reaccionar, descargó un fuerte golpe contra uno de los pilares que sostenían la tejavana. La madera crujió, el ganado se agitó nervioso y su propietario se echó las manos a la cabeza.

—¿Qué haces, desgraciado?

—Mientras no pagues, mi trabajo me pertenece y hago con él lo que me place.

—¡Te denunciaré al Concejo!

—Hazlo, pero sin establo.

Alzó de nuevo el hacha, pero se detuvo cuando el hidalgo prometió pagarle, y no soltó la herramienta hasta que Juanes hizo efectiva la deuda.

Durante los siguientes días, recorrió el valle reclamando los pagos que se le debían: tejados, casas, cobertizos, molinos. La noticia corrió rauda: el agote se había vuelto loco y estaba dispuesto a destruir lo edificado, o a quemarlo. Se escucharon voces que reclamaban su apresamiento, pero tampoco eran tantos los deudores y el resto no quería verse envuelto en la disputa. El artesano había realizado los trabajos y era de ley que se le abonase lo debido. Por otra parte, conocedor del hecho, el señor de Ursua hizo saber que si le ocurría cualquier percance a un servidor de su casa, él mismo se encargaría de saldar las cuentas con sus agresores. No es que sintiese un aprecio especial por el hijo de Manex. El viejo montañés era un hueso duro de roer, sobre todo a partir del momento en que se había negado a asistir a la iglesia para no tener que sufrir insultos y humillaciones, y el hijo era igual de tozudo que él, pero estaba en juego su honor y ¡por Dios! que nadie lo ultrajaría. Eder pudo, por tanto, cobrar y disponer la marcha.

No tenía muy claro por qué había decidido cambiar de parecer. Se decía que era la desolación del buen Raymond, su segundo padre, lo que lo empujaba a echarse al camino. Se sentía culpable de su pena, puesto que Alazaïs no se habría marchado si él hubiese estado a su lado. Pero había algo más. Echaba en falta la libertad para moverse sin trabas, sin que alguien lo mirase con recelo o lo señalase con el dedo; para no tener que dar cuenta de sus actos, tomar sus propias decisiones o mezclarse con gentes desconocidas, siendo él mismo un desconocido. Era feliz en Bozate y adoraba el entorno, siempre verde, siempre vivo; disfrutaba perdiéndose en un bosque o trepando como un gamo por la pared rocosa de una montaña, pero también añoraba las calles repletas, los edificios de piedra y las maravillas que no había tenido oportunidad de contemplar y que sabía que estaban allí fuera, esperándolo. Tenía que probar de nuevo, porque su regreso había sido forzado por las circunstancias, la decepción y la amargura. Había madurado desde entonces; ya no era el joven aprendiz de constructor que, entre expectante y asustado, había seguido a su maestro

como en una aventura. Ahora nadie volvería a hacerle daño. No obstante, quedaba algo pendiente antes de partir.

Se encaminó hacia Baigorri con las primeras luces de una mañana fresca de otoño y por enésima vez ascendió y descendió el alto de Izpegi. No podía ausentarse sin despedirse del padre. Había envejecido en los últimos tiempos; su espalda, recta como el tronco de un árbol joven, se había encorvado; ya no cogía el hacha, ni caminaba a grandes zancadas, sus silencios eran más largos y a menudo se cobijaba en aquel rincón perdido donde había sido feliz junto a su compañera. No sabía cuándo volvería, y si lo haría, y no quería cargar con otro remordimiento más sobre su conciencia. Los encontró, a él y a sus dos hermanos, sentados a la puerta de la vieja cabaña de Xuhitua. Ellos no lo vieron y se solazó en la contemplación de una estampa que recordaría cuando estuviese lejos de allí. Eran tres supervivientes, tres hombres que habían vivido lo suficiente para recordar los buenos y los malos momentos, y esperaban con serenidad el final de su existencia en la seguridad de que siempre habían obrado con rectitud. Hablaban y se reían. Hacía tiempo que no había visto reír al padre; también él rió, sorprendido. Pasó en su compañía varias jornadas durante las cuales olvidó sus intenciones y sus promesas, recuperó los olores y sonidos de su infancia y, sobre todo, la confianza en sí mismo. Y entendió por qué los «otros» los trataban con desprecio.

—No lo saben —afirmó el tío Aner— pero, en el fondo, nos envidian.

—¿Por qué iban a envidiarnos? —preguntó él atónito—. Ellos lo tienen todo y nosotros, nada.

—Por eso mismo, hijo, por eso mismo —intervino el tío Beñat—. Cuanto más tienen, más envidia sienten hacia quienes no necesitan nada para ser felices. Dime, ¿sabes lo que es la felicidad?

Se alzó de hombros. No estaba seguro de haber sido completamente feliz en alguna ocasión. Quizás lo fue las dos únicas veces que descubrió la maravillosa sensación de entregarse, de dejarse arrastrar por el amor y el deseo hasta casi perder el conocimiento, pero duró tan poco...

—No confundas la felicidad interior con los instantes felices que nos depara la vida de tanto en cuanto —su padre lo observaba sonriente—.

Únicamente existe una manera de ser feliz: conocerte a ti mismo, conocer a los demás y no temer a la muerte. Nosotros nos conocemos, sabemos quiénes somos, que venimos de la Tierra y a ella volvemos, por eso no tememos a la muerte. Y conocemos a los demás, a los que nos son cercanos y a los «otros», aunque lo esencial es saber discernir a las personas honradas de las que no lo son. Sus creencias y su color o procedencia no tienen importancia, son sólo la corteza del árbol, la vaina de la legumbre. Lo verdaderamente primordial se encuentra en el interior de cada uno.

Lo miró desconcertado. ¿Por qué nunca le había oído hablar de aquella manera? ¿Por qué había esperado toda una vida para comunicarse con él? Pocas veces le había escuchado decir más de dos frases seguidas, a menudo para dar órdenes, y de pronto se mostraba como un hombre lleno de sabiduría, ahora, cuando estaban a punto de separarse quizás para siempre.

—Nunca te había oído expresarte de esa manera —le reprochó.

—Eras demasiado joven o, quizás, no sabías escuchar —respondió Manex.

—Estabas ocupado en conquistar el mundo —terció el tío Aner con ironía.

—Tenías que aprender por ti mismo —añadió el tío Beñat.

Le habría gustado permanecer en Xuhitoa, donde el rumor de las hojas de los árboles agitadas por el viento despertaba en él la memoria de la infancia y las caricias de la madre; donde únicamente la voz de las aves y los ruidos del bosque rompían el silencio y el hombre era parte de la Naturaleza, como ésta lo era de él. Pero no podía huir otra vez. Haría lo que tenía que hacer y, de paso, colmaría su curiosidad y regresaría en paz a su tierra para esperar el final con la misma tranquilidad de aquellos tres hombres a quienes admiraba, y quería.

Volvió a Bozate, entregó a los suyos la mayor parte del dinero obtenido por las obras —una buena cantidad que les permitiría hacer frente a cualquier eventualidad— y regaló la talla a los Gauti. Él no la necesitaba, les dijo, y a ellos les alegraría tenerla hasta que su hija y... su nieta estuviesen de vuelta. Sabía que le sería imposible cumplir su promesa. Ninguna mujer esperaría tanto e, incluso en el improbable caso de que ella

no se hubiese unido a otro hombre, quedaba por ver si todavía seguía queriéndolo. En cuanto a la niña... su madre jamás permitiría que se fuese con él. El comendador había asegurado que había matrimoniado con un richombre y se vería obligada a explicarle ciertas cuestiones que seguramente ignoraba. Estaba convencido de que negaría cualquier relación entre ella y un despreciable agote. De todos modos, su decisión estaba tomada.

OceanofPDF.com

La iglesia oculta

Tras abrazar a cada uno de los miembros de su pequeña familia, Eder partió una madrugada, cuando las hojas se desprendían de las ramas y cubrían el suelo de colores. Tomó el camino de Doneztebe para ganar al puente de Sunbilla y, de allí, dirigirse hacia la costa, siguiendo el curso del río Baztan hasta su desembocadura. Su hermano Donat había afirmado con rotundidad que el pueblo llamado León se hallaba cerca del mar.

Se quedó desconcertado al llegar a la población de Irún-Uranzu al día siguiente, tras haber dormido en una chabola deshabitada, y ser informado de que el lugar que buscaba se hallaba muy lejos y, desde luego, no cerca del mar.

—Alguno de éstos que cruzan el Bidasoa se dirigirán a la población que buscas.

Su informante señaló a un grupo de peregrinos que atravesaban el puentecillo de madera que unía las dos orillas de la desembocadura del río. Podía jurar que no se había separado en ningún momento de la orilla de «su» río Baztan, pero no quiso discutir. Su única preocupación era encontrar un sitio para comer y dormir, y enterarse de por dónde se iba al dichoso León. Encontró acomodo en la casa de acogida para caminantes y pobres; recobró las fuerzas gracias a una espesa sopa de ajos, un pedazo de pan y un pote de vino y durmió apretujado entre dos hombres después de rezar con los monjes que les habían dado de comer. Él no sabía nada de oraciones, así que bajó la cabeza y movió los labios durante el tiempo que duró el rezo para no llamar la atención. No pasó frío, pero le costó dormirse a pesar del cansancio, debido al olor y a los soplidos de sus compañeros de jergón. Se

arrepentía de haber iniciado un viaje hacia tierras extrañas y todavía más, cuando el monje, después de la oración, les animó a proseguir su camino «hasta el fin del mundo», asegurándoles que allí encontrarían la dicha de los bienaventurados. Creyó no haber entendido bien, pues el monje se expresaba en francés, lengua que llevaba tiempo sin practicar, pero luego preguntó a uno de los viajeros, un individuo de cabellos largos y sucios y barba de igual aspecto, qué era aquello del «fin del mundo».

—El Finis Terrae —le respondió el hombre en un batiburrillo, mezcla de francés, navarro, romance y latín—, allí donde acaba la tierra conocida y comienza la mar tenebrosa que no tiene término, habitada por monstruos marinos capaces de engullir una nave entera y por seres mitad mujeres, mitad peces, que encandilan a los marineros con sus cantos para que encallen sus naves y así poder chuparles la sangre.

—¿Y tú vas a ir hasta allí? —preguntó atónito.

—Ya he hecho la peregrinación completa en cuatro ocasiones; ésta será la quinta —afirmó el hombre orgulloso—. Es una forma como otra cualquiera de pasar la vida para alguien como yo, sin familia, bienes, ni oficio. Me dan cama y comida de balde, me cuidan si enfermo y conozco gente. Me detengo acá o allá, según las épocas del año; ayudo a los campesinos en la siembra o en la recogida a cambio de alguna moneda, pieles o lo que sea, e hiberno como los osos en cualquier pueblo del Camino cuando llegan las nieves. Hay muchos que hacen lo mismo que yo.

—Creía que ibais a ver la tumba de un hombre santo...

—¡Y vamos! Y besamos el suelo del templo que guarda sus restos. Siempre es bueno tener a los santos del lado de uno por lo que pudiera pasar.

—¿Conoces una ciudad llamada León?

—¡Naturalmente! Está a medio camino entre Burgos y Compostela; es un buen sitio para pasar el invierno.

—¿Y otro que se llama Ponteferrato?

—Sí, claro. Está más allá de León.

Quería seguir preguntando, pero el peregrino de oficio no parecía tener ganas de proseguir la conversación; se envolvió en la manta prestada por

los monjes sin siquiera quitarse la esclavina y el abrigo y comenzó a roncar de inmediato. Antes de quedarse, por fin, dormido, Eder decidió que se uniría al grupo. Aquel hombre conocía bien la ruta y él estaba dispuesto a aguantar su olor a suciedad con tal de no perderse.

Al día siguiente se pusieron en marcha nada más clarear porque, según le informó el hombre, que dijo llamarse Ugo, cuanto antes echasen a andar, mejor. El frío y la nieve podían matar a un ser humano con la misma facilidad que el acero más afilado —aseguró—, y era preciso hallarse en lugar poblado antes de que comenzaran las grandes heladas. Enseguida dejaban atrás al resto del grupo y caminaban sin hablar, controlando la respiración para ahorrar fuerzas. Seis jornadas más tarde entraban en Balmaseda, activa villa a medio fortificar y paso obligado entre los pueblos costeros y la meseta castellana, rodeada de una vegetación exuberante de bosques, huertas y viñas que cubrían las laderas del cerro sobre cuya cima se estaba construyendo un castillo. La población era un hervidero de gentes, comerciantes, artesanos, mesoneros, ferrones y viajeros repartidos por tres calles y varios cantones edificadas a sus pies, a orillas de un río caudaloso y nombre atractivo, el Cadagua. También había hombres de armas dispuestos a mediar en las disputas y a desenvainar las espadas a nada que las riñas tuviesen visos de acabar en trifulcas.

A pesar del barullo, a Eder le dio la impresión de ser una localidad segura. Estaba muy cansado, tenía heridas en los pies que precisaban de un poco de reposo y esperaba que su compañero de viaje no tuviese demasiada prisa por reanudar la marcha. No cabía duda de que era un caminante avezado, insensible a la fatiga, a la lluvia y, también, a la belleza. Los días se acortaban al final del otoño. En su primera jornada de viaje, se habían detenido a pasar la noche en San Sebastián, un monasterio que Ugo conocía bien y donde, además de los consabidos rezos, cenaron un guisado excelente, del que, incluso, pudieron repetir. Su asombro no tuvo límites a la mañana siguiente, al disponerse a partir y encontrarse de golpe con la mar. El monasterio se hallaba encaramado en un promontorio, a poca distancia de un poblado de pescadores, y sobre un arenal que las olas batían sin cesar. Permaneció alelado durante un largo rato, el rostro azotado por el

viento con sabor a sal. Su compañero se rió de él, echó a andar y le advirtió que la mar era siempre igual y que acabaría harto. Le costó un gran esfuerzo mover las piernas, pero lo hizo sin despegar sus ojos del agua hasta que la visión desapareció tras una colina para reaparecer más adelante y ocultarse de nuevo. Y así cuatro jornadas, durante las cuales no se alejaron de la costa y se detuvieron en pequeños pueblos de pescadores, compartiendo la comida de sus habitantes y durmiendo arrullados por el sonido de las olas. Al llegar a una aldea de nombre Lekeitio, tomaron una vereda hacia el interior. Anduvieron durante otros dos días más por valles y montes de una belleza extraordinaria hasta una puebla de nombre Bilbao, situada a orillas del estuario de un río que iba a parar a la mar, aunque ya no fue lo mismo. Durante un trecho los acompañaron las gaviotas, pero sus graznidos fueron haciéndose más lejanos hasta que dejaron de oírlos. Se prometió que, a su regreso, realizaría el mismo recorrido, y contemplaría de nuevo la mar. Había disfrutado tanto como cuando ascendía a los montes de su tierra y en cada ocasión descubría un paisaje diferente. Llegaron a la villa de Balmaseda tras dejar atrás aldeas y caseríos dispersos. Ugo le informó de que no se alojarían en el hospital para pobres y caminantes, un antro inhóspito incluso para él —afirmó muy serio—, ni tampoco en alguna de las hospederías de la localidad, porque les tomarían por peregrinos y les cobrarían más de lo debido. Lo hicieron por un par de monedas, pagadas por adelantado, en el hogar de un matrimonio anciano a quien conocía de sus otros viajes. La pequeña ventana de su minúscula habitación bajo el tejado se abría al Cadagua y el ruido de sus aguas palió de algún modo la añoranza que, de pronto, sentía por la inmensidad que acababa de conocer, y de perder casi al mismo tiempo.

Para alivio de sus pies heridos, su compañero no dio muestras de tener prisa por proseguir la ruta mostrada hasta entonces. Conocía a varias personas de la localidad, en especial al propietario del Zubia, el puente, un garito situado en el otro extremo de la villa, en la calle Vieja, a un tiro de piedra del puente de tres arcos recién construido que había reemplazado al viejo y enlazaba con el camino de Burgos. Ugo acudía al local a mediodía a jugar a los dados y no lo abandonaba hasta la hora del cierre. Eder

sospechaba que él y el tabernero compartían las ganancias del juego, pues su extraño camarada ganaba con mucha soltura, demasiada. Si algún otro jugador ponía en duda su fortuna, era inmediatamente arrojado fuera de la taberna por el propio dueño, un hombrachón con quien más valía tener buenas relaciones, alentado por la tabernera, una mujer pequeña y redonda de voz chillona. El primer día lo acompañó, pero se cansó pronto. Él apenas bebía y, además de estar prohibido, no le gustaba el juego; era absurdo jugarse los dineros a la suerte. Guardaba los suyos en el saquillo interior de sus calzones y no pensaba malgastarlos. Aún le quedaba un largo camino por recorrer y no estaba dispuesto a mendigar como un pordiosero. Mientras Ugo jugaba, él recorría las calles, se detenía ante los puestos de los artesanos y contemplaba la habilidad de los cesteros que trenzaban cañas a gran velocidad y confeccionaban cestos para el transporte de piedras y mineral de hierro; la de los albarderos que, además de albardas, producían arneses y sillas de montar, o la de los herreros que forjaban herrajes y fabricaban herramientas, clavos, cerraduras con sus respectivas llaves, armas y aperos de labranza. Pero era, sobre todo, la labor de los carpinteros la que más le interesaba. El ruido de serruchos y azuelas, mazos y gubias, el olor de resinas y barnices lo atraían como el néctar a las abejas. La actividad era continua y los artesanos apenas cerraban para descansar unas horas. La villa estaba creciendo. Las obras del castillo y de la muralla precisaban manos; los artesanos y sus familias necesitaban casas donde vivir, y los señores solariegos que abandonaban el campo ordenaban construir torres como muestra de su poder y de su riqueza. Había trabajo, y eso se notaba.

La tercera noche de su estancia en Balmaseda, su compañero no apareció a la hora acostumbrada y fue a buscarlo. Llovía a mares. La taberna estaba cerrada y no se veía un alma transitando por las calles y menos en aquella zona, algo alejada del centro de la población y todavía poco habitada. Golpeó en la puerta del local pensando que quizás se encontraría dentro jugando una de sus interminables partidas de dados, pero nadie respondió. Los golpes resonaron en el silencio y temió ser interceptado por una de las patrullas de vigilancia que hacían la ronda, así

que decidió regresar a su alojamiento por la calle del Medio. Muchos artesanos mantenían taller en dicha calle y trabajaban hasta muy tarde alumbrándose con hachones y lámparas de aceite, a pesar de la prohibición de hacerlo, entre otros motivos, por la posibilidad de provocar incendios o realizar mal los trabajos encargados. Había menos peligro de toparse con gente peligrosa transitando por ella. La lluvia continuaba cayendo en forma de chaparrón y echó a correr, al tiempo que escuchaba el chapoteo de sus propias pisadas y maldecía su ocurrencia de salir en busca de su compañero con un tiempo tan malo. Tropezó con un hombre que, al igual que él, corría con la cabeza baja, y ambos fueron a parar al suelo.

—Lo siento —se disculpó—. No te había visto.

—Yo tampoco —le respondió el otro.

Se miraron y se echaron a reír al contemplarse sentados en medio de un charco inmenso en plena noche.

Poco después se hallaban en la bajera de una casa, envueltos en sendas mantas mientras las ropas se secaban junto al fuego y abroncados por igual por la mujer del hombre que no dejaba de repetir que tenían la cabeza en los pies por salir con semejante temporal, sobre todo su marido. Entre reproche y reproche, entre cazo y cazo de una sopa espesa que Eder no se atrevió a preguntar de qué estaba hecha, la mujer también repetía una frase que llamó su atención.

—Señora, que el río no se desborde...

—¿Puede desbordarse el río? —acabó por preguntar.

—Puede. No será la primera vez... —respondió su anfitrión—. Ya veo que no eres de por aquí, ¿de dónde eres?

—Vengo de Navarra.

—¿Y hacia dónde te diriges?

—A un lugar llamado Ponteferrato... Me han dicho que está cerca de León, pero, si he de decir la verdad, no tengo ni idea dónde están ninguno de los dos.

—¿Eres peregrino?

—No... busco... trabajo —no quería dar explicaciones y menos a unos desconocidos—. Soy carpintero.

No le pasó desapercibido el intercambio de miradas que se cruzó la pareja; fue sólo un guiño, un destello en el oscuro habitáculo iluminado por las llamas del hogar.

—¿De qué parte de Navarra dices que vienes? —preguntó el hombre.

No lo había dicho y notó una sensación molesta.

—De... Pamplona.

—Cualquiera diría, por tu aspecto, que eres montañés. Nosotros vinimos aquí hace años, procedentes de la montaña aragonesa que linda con la navarra... —el hombre hizo una pausa antes de continuar— y también somos carpinteros.

No supo cómo interpretar sus palabras y permaneció callado.

—Éste no es un mal sitio —prosiguió el hombre—. Hay trabajo y a nadie le importa demasiado de dónde sean los demás, aunque, claro, nunca se sabe y es mejor ser discretos.

—La Señora vela... —añadió la mujer.

Ambos le sonreían, pero él seguía sintiendo una comezón molesta en la nuca, como una advertencia.

—Es ya muy tarde y tengo que marcharme —dijo, levantándose y poniéndose su ropa, aún húmeda—. Gracias por la sopa.

—Tengo un hermano en la ciudad de Burgos —el hombre no se había movido de su sitio—, o allí estaba hace unos años. Uno de los nuestros me informó que trabajaba en la fábrica de la nueva catedral. Puede que pases por Burgos para ir a León. Si es así, y no te es mucha molestia, ve al barrio de los carpinteros y salúdale, a él y a su familia, de nuestra parte.

—Así lo haré...

—Recuerda: pregunta por el barrio de los carpinteros —insistió el hombre—. Busca a los nuestros allí donde se construyen grandes obras.

—La Señora vela —añadió de nuevo la mujer—. Siempre vela por su pueblo.

—Sí... bueno, me voy —definitivamente, no se sentía a gusto—. Os reitero mi agradecimiento por vuestra hospitalidad.

A punto de salir por la puerta, se giró.

—¿Y por quién tengo que preguntar? —inquirió.

—Por Ximen Ximenat.

Aturdido, recorrió la distancia hasta la casa junto al río y ni siquiera se dio cuenta de que pasaba por delante del sayón de la villa y de otros dos hombres armados, quienes se le quedaron mirando vigilantes hasta que penetró en la vivienda. ¿Eran imaginaciones suyas o acababa de compartir una sopa de vete tú a saber qué con gentes como él? ¿A qué venía aquello de «los nuestros» que el hombre había repetido dos veces? ¿Y lo de la Señora que vela? ¿Qué Señora? ¿Acaso le habían querido decir que ellos también eran parte del pueblo del bosque? Subió al cuarto y se quitó la ropa. Sentía frío y no tenía otra para cambiarse; incluso tenía agua dentro de las abarcas. Se enrolló en su manta y cogió la de su compañero para cubrirse. No había vuelto y por él podía irse al infierno del que hablaban los curas. Le costó conciliar el sueño, pero decidió que al día siguiente iría a ver al hermano del hombre llamado Ximen Ximenat y le preguntaría si ellos también eran... eran...

—¡Despierta! ¡Despierta!

Un hombre vestido con un sayo negro y calzas del mismo color lo sacudía con fuerza. Tenía la cabeza cubierta con una capucha y portaba en la mano una antorcha pequeña. Ni en la peor de sus pesadillas habría imaginado encontrarse cara a cara con la muerte en persona, con el asesino de su tía Elaia y de su maestro Bisol, el cuervo negro con ojos de alimaña.

—¿Vienes a matarme? —preguntó intentando despejarse y mostrarse valeroso.

—¡No digas sandeces! ¡Tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes o nos cuelgan! ¡Levántate y vístete, maldita sea!

Por fin reconoció al espectro y se levantó rápidamente. Miró a través del ventanuco; seguía siendo de noche. El hombre debía de estar loco; o borracho, pero no preguntó y se vistió con un gesto de desagrado; la ropa no se había secado y las abarcas tampoco. Juró que se compraría una muda y calzado en la primera ocasión que se le presentase y siguió a Ugo escaleras abajo. Nada más salir a la calle, éste apagó el hachón, le recomendó que no abriese la boca y lo condujo por el borde de la muralla hasta el portillo de los atrancos que daba paso a una pasarela de piedras colocadas en el río

para unir las dos márgenes. No podían atravesarlo por el puente porque allí siempre había centinelas que vigilaban las entradas y las salidas, y harían preguntas. Un par de veces estuvo a punto de caer al agua, pero su acompañante lo sujetaba con fuerza por un brazo y no lo soltó, aunque escupió más de un juramento. Tras alcanzar la otra orilla, caminaron entre zarzas y escollos un trecho en la oscuridad hasta dar con un caminejo que enlazaba con otro suficientemente ancho para las carretas y continuaron en silencio. Había dejado de llover, pero Eder no las tenía todas consigo; reconocía el olor de la lluvia en el aire y no tardaría en caer una buena chaparrada. Antes de que esto ocurriera, habían encontrado cobijo en la iglesia de una aldea de cuatro casas. Comenzaba a amanecer. Para su sorpresa, Ugo le tendió una manta y él se arrebujó en otra. A punto de quedarse dormido sobre el suelo de piedra de la iglesia, con la cabeza apoyada en su bolsa de viaje, se dio cuenta de que las mantas eran las de su hospedaje en Balmaseda. Su compañero las había afanado. Sólo descansaron un par de horas y reemprendieron el camino antes de que el sol, que aparecía y desaparecía jugando entre las nubes, estuviese sobre sus cabezas. Al mediodía se hallaban en Villasana, población del hermoso valle de Mena, tierra de bosques tupidos, praderas y agua.

Al igual que había ocurrido en Balmaseda, Ugo parecía conocer muy bien el lugar y pasó sin detenerse por delante de una casa en la que, sentados delante de la puerta, pudieron ver a unos peregrinos de rostros rubicundos y aire desorientado.

—Son extranjeros —informó a Eder—, ingleses o franceses que van a Compostela. Llegan por el puerto de Castro y se dirigen tierra adentro sin saber ni una palabra de la lengua, sin tener idea de adónde van y la cantidad de peligros que corren, cuando deberían encaminarse por la costa que es más rápido, aunque haya menos albergues.

—¿Y nosotros? ¿Por qué no hemos ido por la costa?

—Porque ese recorrido únicamente lo he hecho una sola vez y no conozco a nadie. Y porque tú quieres ir al Ponteferrato ¿no?

Lo miró con atención. Se había quitado la capucha y parecía otro: ni greñas, ni barba. Se había rapado, y estaba limpio. Se acercó a él y lo olió

como un perro rastreador husmeando la pieza.

—Pero ¿qué haces? —el hombre le dio un empujón y se echó para atrás.

—Quería saber si mis ojos no me engañaban y si es verdad que te has quitado la peste que llevabas encima desde que nos encontramos.

—¿Tan mal olía?

—Peor.

—¡Pues hoy te toca a ti!

Se echó a reír y le dio un manotazo que a poco lo tira al suelo. Al rato se hallaban alojados en la única posada de la localidad, propiedad de una viuda de buen ver, de nombre Justina, que los recibió rodeada de niños y con una sonrisa de oreja a oreja dirigida a Ugo. El hombre respondió dándole una palmada en el trasero y besándola después en los labios con tanta intensidad que Eder se sintió incómodo. Las efusiones amorosas eran cosa de la intimidad, no para demostrar ante extraños. Recordó otros besos, otras caricias y se humedeció los labios. No había tenido ninguna relación con mujer alguna desde entonces, a pesar del tiempo transcurrido y de la natural necesidad que, en ocasiones, aguijoneaba su cuerpo con tanta fuerza que lo obligaba a aliviarse para no volverse loco. Sin embargo, nunca se le había pasado por la cabeza ir en busca de una hembra en dichas ocasiones. No quería engendrar otra criatura a la que no podría ver crecer.

La posada de la viuda resultaba un buen negocio. El trasiego entre la meseta y la costa era continuo: arrieros, mercaderes, repobladores, todo tipo de gentes iban y venían durante todo el año, excepto en pleno invierno en que la nieve hacía intransitables los caminos y los lobos bajaban de los montes a por comida. Se contaban pavorosas historias de viajeros que habían sido atacados por manadas enteras que no habían dejado de ellos sino cabellos y dientes. No era ése el caso y la posada tenía ocupadas todas sus camas: diez camastros, instalados en lo que antaño, cuando la viuda todavía no lo era, había sido el establo, más dos lechos en una habitación cuyo precio, por supuesto, era cuatro veces más elevado. Aquella noche, Eder fue instalado en ella con un comerciante en lanas que había llegado la víspera y a cuyo criado enviaron a dormir al antiguo establo.

—¿Y tú? —preguntó a Ugo.

—Estaré bien, no te preocupes —respondió éste guiñándole un ojo.

—¿Por qué hemos salido tan precipitadamente de Balmaseda? —preguntó de nuevo cuando el otro se marchaba para entrar en la habitación contigua, la de la viuda.

—Porque pagué en la casa de baños con una moneda de plata desbastada, y ya sabes que, si te pillan, te cuelgan —repitió.

—¿Qué es una casa de baños?

—¿Nunca has estado en una?

—No. Y ¿qué es una moneda desbastada?

Ugo desanduvo los pasos dados y lo miró con atención.

—¿Qué edad tienes?

—No sé... menos de treinta desde luego.

—¿Y de dónde has salido?

Cayó en la cuenta de que ninguno sabía apenas nada del otro. No habían hablado sobre sus respectivas vidas, familias u orígenes en las jornadas que llevaban juntos.

—Soy navarro.

—¿Y acaso en Navarra los hombres no juegan, ni beben, ni fornican, ni saben desbastar monedas?

No respondió, entró en el cuarto y cerró la puerta. El comerciante en lanas roncaba a pierna suelta, pero estaba tan cansado que enseguida se quedó dormido y no se enteró de los ronquidos, ni de los ruidos, gritos y jadeos que, procedentes de la habitación de al lado, llenaban la casa y desvelaban a sus ocupantes.

A la mañana siguiente no se levantó; temblaba de pies a cabeza, no podía abrir los ojos, le dolía el estómago y tenía mucha fiebre y la impresión de que la cabeza le iba a estallar en cualquier momento. El comerciante alertó a la viuda y enseguida ella y Ugo se apresuraban a su cabecera. Durante muchos días los sintió revolotear a su alrededor. Oía sus voces, pero no distinguía sus palabras; notó que lo desnudaban y frotaban su cuerpo con paños húmedos; que lo obligaban a abrir la boca y le hacían beber agua, tisanas con sabor a verbena, manzanilla y menta y algo más que su paladar no supo discernir. Luego supo que se trataba de propóleo, una

sustancia utilizada por las abejas para recubrir las paredes de los panales y usada por los lugareños para combatir las infecciones. Se sentía indefenso y, en su estado de semi inconsciencia, era incapaz de poner en orden sus pensamientos. La visión del espectro negro se mezclaba con la de la sopa que había tomado antes de caer enfermo, las imágenes del padre y de los tíos sentados delante de la cabaña de Xuhitoa, la de la talla de una mujer embarazada envuelta en llamas y la de él mismo colgando de un precipicio. Por fin las fiebres desaparecieron y una inmensa lasitud se adueñó de su cuerpo. Había perdido peso y no tenía fuerzas para sostener un cubilete ni para levantarse sin ayuda. Continuó unas cuantas semanas en el lecho. Ugo le informó que, debido a su calentura, causada sin duda alguna por la mojadura de aquella noche de perros en Balmaseda, se veían obligados a posponer el viaje, ya que las nieves no tardarían en caer y no era juicioso echarse a los caminos hasta pasado el invierno. No parecía lamentarlo. Dormían en el mismo cuarto, pero se escabullía a menudo cuando lo creía dormido y, poco después, escuchaba ruidos y jadeos al otro lado de la pared.

Una mañana se despertó y supo, sin entender muy bien cómo, que ya podía levantarse solo; sus piernas debilitadas soportarían su peso y no le daría vueltas la cabeza al ponerse de pie. Todo estaba allí; la bolsa de viaje con sus herramientas, la ropa e, incluso, sus monedas, apiladas en dos montoncitos. Se vistió los calzones y la camisa que esperaban lavados y planchados encima de un arcón y el sayo de cuero oscurecido forrado de piel de oveja, heredado del padre: introdujo sus pies en unas gruesas medias de lana áspera y se calzó las abarcas, que una mano amiga había limpiado de barro y frotado con sebo y saltó de la habitación. Amanecía y la casa estaba silenciosa. Sonrió. Al igual que en Bozate, los maneses no tenían prisa por comenzar la jornada en los meses fríos; la Naturaleza descansaba y ellos también. Una ráfaga de aire frío llenó sus pulmones al abrir la puerta, pero no se amilanó y salió.

La alberguería se hallaba en una calle bordeada por casas construidas con tejados de dos aguas y entramado de madera relleno con piedras y adobes. Aunque había un par de ellas de buena piedra, todas eran muy

similares en apariencia, como si fuesen de nueva construcción. Dio una vuelta y observó que se estaba levantando una muralla para abarcar tanto las viviendas como las huertas que se veían detrás de ellas y también una torre de buenas proporciones en uno de los ángulos. Fuera del recinto, en un alto, se alzaba una iglesia con varias casas a su alrededor y supuso que se trataba del burgo viejo. Lo había visto en otros lugares: las viejas construcciones daban paso a otras, mejor edificadas, para albergar a nuevos pobladores. Regresó sobre sus pasos y se dirigió al otro extremo. Caminó durante largo rato sin sentir cansancio. Los árboles habían perdido las hojas, pero él no necesitaba verlas para imaginar las montañas repletas de robles, hayas, fresnos o castaños. Eran parte de su vida, había nacido y crecido entre ellos, los conocía con los ojos cerrados con tan sólo acariciar su corteza, palpar sus hojas u oler su madera. Se abrazó a un enorme roble que se alzaba majestuoso al borde del camino y recordó las palabras de la tía Elaia:

—Recuerda, Eder, que eres parte del pueblo del bosque. Cuando te sientas débil, abraza el tronco de un árbol; su savia es como nuestra sangre y sentirás su fuerza penetrar en ti.

Nunca lo había hecho porque nunca se había sentido débil, excepto después del incendio que había inutilizado su hombro derecho, pero entonces tenía otras cosas en que pensar y no se acordó de los consejos de la tía. Por otra parte, no estaba muy seguro de creer en todo lo que ella decía. A fin de cuentas, era una mujer. ¿Qué podía saber una mujer de las pesadumbres de un hombre? Permaneció largo rato abrazado al árbol, con la mejilla apoyada en el tronco, la mente vacía y los ojos cerrados, pero no sintió nada especial. Se separó de pronto con un sentimiento de vergüenza. Esperaba que nadie lo hubiese visto; iría a contárselo a Ugo y éste se reiría de él. No había olvidado las palabras que le había dirigido antes de caer enfermo y su mirada irónica al decirlas. No volvería a preguntarle nada y ya se enteraría por sí mismo de lo que eran una casa de baños y una moneda desbastada. Regresó con la idea de continuar explorando la región en los días sucesivos. Algo más lejos se percibía una iglesia, y sentía curiosidad por comprobar si sus muros custodiaban una imagen de la Diosa. No había

tenido tiempo de visitar las iglesias de los pueblos que habían atravesado, ni tampoco las ermitas encaramadas en cerros y colinas, porque su compañero de viaje sólo se detenía para comer y dormir y él no quería perder a su guía. No encontró a *Amari* en Balmaseda, pero ahora, sin embargo, tenía el convencimiento de que la hallaría en aquel paraje donde la Naturaleza desbordante señoreaba sobre todos los seres vivos, al igual que en la tierra de sus padres.

—¿Dónde diablos te habías metido? —fue el saludo de Ugo al verlo llegar—. ¡Te hemos buscado por todas partes!

Estaba apilando leños, estorbado por media docena de críos que corrían y chillaban a su alrededor y a quienes perseguía gritando que se los iba a comer. Eder sonrió. Su compañero —todavía no se atrevía a llamarlo amigo— era un personaje extraño que no dejaba de sorprenderle.

—¡Si ya estás bien para vagabundear, también lo estás para echar una mano! —le gritó mientras agarraba a uno de los chiquillos, se lo echaba al hombro y daba vueltas entre grandes risas—. ¡Hay que pagar el alojamiento!

Las nieves llegaron antes de lo previsto. Una mañana, la villa, los campos y montes que encerraban el valle aparecieron cubiertos por una espesa capa de copos helados; los ganados permanecieron a resguardo y los meneses hicieron otro tanto. Eder, sin embargo, salió de la casa como cada mañana, nada más clarear. Tenía un trabajo que hacer. Unas semanas antes, siguiendo el curso de un riachuelo, sus paseos lo habían llevado hasta un caserío algo apartado. Lo componían un par de casas de madera más bien modestas y unas chabolas. No vio a nadie por los alrededores, pero le llamó la atención la presencia, en un enclave aislado y poco habitado como era aquél, de una iglesia de piedra que se alzaba sobre un promontorio. Subió la pequeña pendiente y empujó la puerta, no estaba cerrada y entró. La luz del levante penetraba por cuatro ventanas que se abrían en el ábside e iluminaban un espacio sagrado, incluso para los no creyentes. Sonrió. Allí estaba ella, la Madre con el niño en su regazo.

No había dos capillas iguales, ni dos arcos ni dos capiteles que mostrasen el mismo dibujo. Los rayos de luz iluminaban hipogrifos con

piedras en sus picos, perros, demonios, serpientes, toros y leones alados, hojas, cabezas humanas barbadas, conchas, caballeros armados, piñas, monstruos, flores, orlas, círculos, dientes de sierra, santos y santas. Era tal la profusión de figuras que Eder no sabía hacia dónde mirar, pero, sobre todo, quería entender su mensaje, seguro de que algo significaban. Tan ensimismado estaba que no oyó abrirse la puerta ni el sonido de pasos que se acercaban a él, y se llevó un susto de muerte cuando una mano se apoyó sobre su hombro. Se giró con brusquedad. Un hombre mayor que él, de cabeza rapada y barba espesa, le sonreía. Por un momento, creyó que era el comendador templario y estuvo a punto de preguntarle qué hacía allí.

—¿Te gusta nuestra Santa María de Siones? —preguntó el hombre con un tono aflautado de voz, impropio de su aparente edad.

—La puerta estaba abierta y...

—No te disculpes; la casa de Dios no tiene cerrajas y todos somos bienvenidos en ella. ¿Eres peregrino?

—No.

—Pero tampoco eres de por aquí...

—Soy navarro.

—¿Y qué hace un navarro tan lejos de su tierra?

—Me dirijo a Ponteferrato. Soy escultor. Bueno, algo parecido...

Se sentía obligado a dar explicaciones al desconocido. Había algo en él, en su modo de mirarle, que lo atraía.

—En realidad, tampoco soy escultor —continuó—. Soy un pequeño constructor y a veces tallo madera, piedra, imágenes...

—¿Por eso estabas tan absorto contemplando los muros de nuestra iglesia?

—Me preguntaba si las figuras quieren decir algo.

—Naturalmente que sí. Ahí, por ejemplo, vemos al Señor tentado por el demonio —el hombre señaló la figura— y, más allá, la lucha entre David y Goliath; y ahí tienes a María enfrentada a Satanás, a quien doblega con la ayuda del Espíritu Santo... Todas representan lo mismo: la lucha del Bien contra el Mal. Son un libro para quien sabe y quiere leerlo.

Aquellos nombres no le decían nada, y no era capaz de leer su mensaje, pero el hombre parecía muy seguro de sus palabras, así que sería cierto.

—Quienes esculpieron la piedra fueron, en verdad, grandes artesanos —dijo impresionado.

—Todavía hay espacio para uno más.

El hombre señaló hacia tres columnas, en el lado norte del ábside, que soportaban dos arcos ciegos.

—Si las quieres, tuyas son.

—¿Me estás diciendo que puedo trabajar en esas columnas? ¿Y cómo sabes que sabré hacerlo, que mi trabajo no desmerecerá la obra de los canteros que edificaron este templo?

—Eres tú quien ha de saberlo...

El hombre sonrió, le palmeó suavemente en la espalda y salió de la iglesia dejándolo solo. Se aproximó a las columnas y acarició la que se encontraba en el centro y en cuyo capitel aparecían tres arpías, genios maléficos alados de afiladas garras. Había visto figuras similares, aunque no sabía dónde, pero sí que significaban algo malo. A él le recordaban a las lechuzas que, según su tía, anunciaban con su siseo una muerte o una enfermedad. Pensó en las palabras del hombre; eran un reto que no estaba seguro de querer aceptar. Llevaba tres inviernos sin manejar sus herramientas y, en todo caso, dominaba más la madera que la piedra. No obstante, el maestro Bisol le repetía a menudo que él poseía el don natural de los artesanos escultores para transformar un pedazo de madera, de piedra o de cualquier otro material en una obra de arte.

—No todo el mundo lo tiene, hijo, pero tú sí —le decía—. Y aunque no lo utilices, siempre hará parte de tu ser, al igual que tus sentimientos y tus angustias.

No volvió a Santa María durante varios días. Deambuló por otras zonas del valle: subió al nacedero del Cadagua, se adentró por espesuras boscosas entre encinares y hayedos, descubrió cascadas de pozas cristalinas en las que nadaban pececillos de plata, ascendió a varias de las cimas y contempló desde ellas un horizonte de montañas y ventores que, irremisiblemente, evocaban una tierra a la que ya había empezado a añorar. Pero la atracción

era demasiado fuerte, y el desafío también. Una mañana clara de luz, cogió el candil de aceite de la habitación y su bolsa de herramientas y se encaminó a la iglesia que parecía llamarlo desde su recóndito emplazamiento.

Trabajó sin descanso, invadido por un ansia febril que no había sentido desde hacía tres inviernos. No hizo un dibujo previo, no moldeó su idea en barro; no lo necesitaba. Sus manos trabajaban solas. Comenzó por la parte baja de la columna del centro, realizando una orla de espigas; desbastó la piedra con golpes rápidos y certeros ayudándose del puntero y continuó con el cincel y la gubia. A la orla le siguió el lateral derecho. Esculpió una cenefa vertical de hojas o, más bien, olas recogidas sobre sí mismas, como las que había visto en la costa, adentrándose las unas en las otras. Le siguió el lateral izquierdo: lazos entrelazados, remolinos, laberintos en forma de ocho, la figura infinita sin principio ni fin. Un ave, el único ser vivo capaz de andar, nadar y volar, guardián del tesoro, representación de la Diosa; una figura femenina de largos cabellos envuelta en nubes o, tal vez, en fuego, Amari en su morada de las profundidades, y un hombre y una mujer, la dualidad, lo masculino y lo femenino, ocuparon de arriba abajo la parte central del fuste, rodeados de laberintos y unidos, atados, por un cordón semejante a un largo ofidio. Labró el fuste de arriba abajo, sin dejar un espacio libre, y lamentó que no fuese más ancho para esculpir en él sus dudas y sus ansias. El maestro tenía razón, siempre la tenía: ni la madera ni la piedra tenían secretos para él, brotaban de la Tierra; eran creación de la Diosa, así como él.

No volvió a ver al hombre que lo había incitado a coger las herramientas, pero, a veces, sentía la presencia de alguien observándolo mientras trabajaba. Giraba la cabeza, pero no había nadie, y continuaba hasta que la luz natural desaparecía y la del candil no era suficiente para alumbrar su tarea. Regresaba entonces a Villasana y no respondía a las preguntas de su compañero cuando éste insistía en que le revelara dónde había estado durante la jornada y por qué volvía exhausto y cubierto de polvo hasta las cejas.

Un mediodía en que nevaba copiosamente, la puerta de la iglesia se abrió de pronto y Ugo apareció en el umbral.

—¿Pero qué diablos haces? —preguntó en un tono que no ocultaba su sorpresa.

Había dejado de trabajar al oír el ruido, pero recommenzó al reconocer al invasor de su secreto y no se detuvo ni siquiera cuando sintió su aliento en el cogote. Sólo había tallado la mitad central del fuste y continuó desbastando con el puntero la piedra virgen, ajeno a su presencia. Transcurrió un rato antes de detenerse para limpiarse con un trapo las gotas de sudor de su frente y asir, después, la gubia.

—¿Esto lo has hecho tú solo?

Miró a Ugo y percibió en sus ojos estupor y admiración a partes iguales.

—¿Qué significa?

—No lo sé, aunque, imagino, tendrá algún significado para quienes acuden aquí a orar ante ella —respondió señalando la imagen de la Virgen.

A partir de entonces, Ugo aparecía por Santa María cuando menos lo esperaba. No decía nada; se sentaba en el suelo y miraba. Por lo general llegaba a media mañana con un cestillo en el que traía pan, queso y algo de embuchado. Comían sin apenas intercambiar palabra y regresaban a Villasana cuando la luz comenzaba a desaparecer y en la nieve brillaban las estrellas. Notó un cambio sustancial en su trato hacia él; se volvió más paciente y no volvió a mofarse de su ignorancia. A veces lo pillaba observándolo con atención, como si tratara de averiguar quién era en realidad, como si quisiera interpelarlo. Clavaba entonces la mirada en sus manos de artesano y permanecía callado.

Las neviscas disminuyeron hasta desaparecer, los días se alargaron y el clima se atemperó; el deshielo llenó las cuencas del Cadagua y del Ordunte y, aunque las zonas sombrías y las cumbres permanecieron blancas, los caminos se despejaron, la hierba reverdeció en sus ribazos y en las ramas aparecieron los primeros brotes. Era hora de partir. Eder apenas tuvo tiempo de pasar la piedra, alisar las aristas de la talla y dar por concluido el trabajo. Sintió pena por no poder realizar uno parecido en las otras dos columnas; quizás a su regreso... Le pesaba el ánimo el día que recogió sus útiles. Al

bajar la pendiente, echó una última mirada atrás y creyó ver al hombre que le había hecho el regalo de recuperar su arte olvidado agitando la mano en señal de despedida desde la colina, pero había desaparecido cuando de nuevo giró la cabeza.

Con harta pena por parte de Justina, que perdía un par de brazos fuertes y un amante diligente que le había calentado la cama durante casi tres meses, se despidieron y continuaron su viaje hacia Montija para, desde allí, proseguir hacia Burgos. Se encontraron frente a la puerta de San Gil el anochecer del segundo día. Estaba fuertemente custodiada al tratarse de una torre defensiva que guardaba la prisión de la ciudad y los soldados les ordenaron dirigirse a la del arrabal de San Juan, pero Ugo se aproximó al capitán y le habló al oído. Poco después penetraban en la ciudad.

—¿Qué le has dicho? —le interrogó Eder.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? ¡Al oficial de la guardia!

—Nada... Somos viejos conocidos, aunque no me había reconocido...

No le creyó, pero no insistió. A pesar de la intimidad establecida entre ellos durante sus meses de estancia en el valle de Mena, ninguno de los dos había roto su reserva respecto al otro.

—¿Y dónde vamos a dormir esta noche?

—Aquí nos despedimos, amigo mío. Tú querías llegar al camino que lleva al Ponteferrato y en él estás. No tienes más que seguir la ruta peregrina, cualquiera te dará razón. Ahora que lo peor del invierno ha pasado, encontrarás decenas de peregrinos que se dirigen a Compostela. Únete a un grupo y no tendrás pérdida.

No supo qué decir. Se había acostumbrado a tenerlo cerca y, si bien Ugo nunca lo había mencionado, ni él se lo había preguntado, confiaba en que llegarían juntos al lugar donde lo esperaba el comendador Garlande.

—Tienes dineros para pagarte una cama esta noche —lo oyó decir— y mañana podrás proseguir tu viaje.

—Sí...

—Adiós. Cuídate.

Lo vio desaparecer por la primera calle de la derecha y todavía permaneció abstraído durante un rato. Aquella tenía aspecto de ser una gran población, más grande aún que Pamplona, y él no se orientaba bien en las urbes. No tardaría en ser noche cerrada y la helada se dejaba sentir. Tenía que encontrar un sitio para pernoctar. Un nombre le vino a la mente e interpelló al primer viandante que encontró.

—¿Sabes dónde está el barrio de los carpinteros?

—En la otra punta de la ciudad —respondió el hombre sin dejar de andar al tiempo que se frotaba las manos para entrar en calor—. Sigue esta calle hasta el final.

Podía distinguir el relincho de una yegua del de un caballo, el graznido del ganso y el chillido de la liebre, pero había olvidado los ruidos nocturnos de una población grande, las sombras proyectadas por las antorchas en los muros, el vocerío que emergía de tabernas y garitos, las miradas desconfiadas de las gentes con quienes se cruzaba y echó a correr calle abajo, asiendo fuertemente su bolsa y sin mirar a derecha ni a izquierda. Respiró aliviado al toparse al fin con un portal en medio de dos enormes cubos.

—¿Adónde vas con tantas prisas? —le gritó uno de los guardas.

—Al barrio de los carpinteros —resopló.

—¿Para qué?

—Tengo... mi hermano vive allí...

—¿Cómo se llama?

—Ximenat...

—¡A ver esas manos!

Obedeció como un ladrón cogido en falta, como un niño ladrón de manzanas, y mostró sus manos. El guarda les echó un vistazo y lo dejó pasar tras hacer un comentario sobre la miserable vida de los artesanos que trabajaban manualmente para ganarse el pan. No era un trabajo de hombres, le oyó farfullar. Llamó a la puerta de la primera casa, pero no vio el rostro de la mujer que la entreabrió en la oscuridad y le informó de que los Ximenat vivían en la última del sendero protegido por las ramas de los árboles a modo de arquería. ¿Y qué haría si no lo recibían? No podría

volver a entrar en la ciudad y tendría que buscar un refugio, pues corría el riesgo de convertirse en carámbano de hielo si pasaba la noche a la intemperie.

—¿Ximen Ximenat? —preguntó al hombre barbado que le abrió la puerta de la última casa.

—¿Quién pregunta por él?

—Le traigo saludos de su hermano que vive en Balmaseda, en Vizcaya.

Al rato se hallaba sentado junto a un fuego crepitante con un tazón de leche caliente entre las manos, rodeado por un hombre, una mujer y dos niños, quienes, por absurdo que pudiera parecerle, le recordaron a su hermano Donat y a su familia. Y se sintió en casa.

OceanofPDF.com

El tablero de adivinación

En unos meses, Robert Lepetit o, mejor dicho, el maese Robert de Reims se labró fama de erudito y de ser una persona muy austera; poseía su propia vivienda en el barrio cristiano y pagaba a una mujer que se encargaba de la limpieza, las ropas y la comida. Era un hombre respetado a quien se acudía en busca de docencia, tutoría o simple asesoría; no obstante, mantenía la distancia en sus relaciones y, a pesar de la insistencia del canciller de la escuela catedralicia, no aceptó formar parte del grupo de estudiosos del reino que acudiría a un encuentro con el mismísimo recién coronado rey Alfonso, décimo de su nombre. Su padre, el extinto don Fernando, había fallecido de un súbito ataque de hidropesía meses atrás en Sevilla cuando se disponía a atacar el reino de Marruecos. El nuevo rey se hallaba ahora en Toledo y deseaba reunir a su alrededor a todos los hombres sabios de su reino. Siendo él mismo un erudito, llamaba a consulta a todo aquél que pudiese aportarle algún conocimiento particular, visión o interpretación legal, científica, moral o religiosa sobre todo tipo de temas. Su corte itinerante recorría las ciudades y burgos castellanos, su *scriptorium* iba con él y raro era el día que no dictase o escribiese reflexiones filosóficas, poemas o anotaciones científicas. Por supuesto, al bugre le habría gustado asistir al encuentro para tener la oportunidad de consultar a los nigromantes, astrólogos y hermeneutas que, sabía, rodeaban al monarca a quien muchos comenzaban a denominar «el sabio», pero alguien podría reconocerle y era un riesgo que no pensaba correr. Adujo que sus conocimientos escolásticos eran humildes, indignos de emular los de los grandes maestros. Y, por si acaso no fuera suficiente, alegó problemas de salud que requerían reposo y un régimen muy severo. Su natural palidez y

sus ojos hundidos daban veracidad a su declaración y el canciller no insistió.

Ocupaba el tiempo que no dedicaba a la docencia en practicar la caligrafía. Con mucho esfuerzo y no menos paciencia, había logrado por fin mantener el cálamo entre los dedos pulgar e índice de su mano derecha. Al principio, las letras resultaban garabatos y los folios acababan llenos de salpicaduras de tinta, pero, poco a poco, fue mejorando y se dio por satisfecho aun reconociendo que nunca recobraría su habilidad anterior. Asimismo, dedicaba gran parte de su tiempo a estudiar el *Libro de la Revelación*, a consultar las anotaciones de los dos judíos de Nájera y el mapa en el que éstos habían señalado los lugares más destacados del camino peregrino. También permanecía absorto durante horas en la contemplación del jardín de la oca, intentando descubrir el arcano que ocultaba, el enigma que estaba convencido contenía. Pero, así como tenía muy claro el mensaje encerrado en el libro de San Juan, el tablero continuaba siendo un misterio para él. No conocía a nadie que supiese interpretar los números y no se atrevía a acudir a la morería donde, según se había informado, vivían gentes que leían en las manos, interpretaban los posos de las hierbas de las tisanas o reconocían todo tipo de agüeros en el vuelo de las aves, fabricaban talismanes, elaboraban filtros mágicos y muchas otras cosas que los cristianos ignoraban. Su presencia en el barrio musulmán no pasaría desapercibida y no era cuestión de pagar a un recadero, pues todo el mundo sabía que los recaderos eran unos chismosos. Además, tampoco se trataba de ir preguntando puerta por puerta. Alguien habría que pudiera informarle, pero tuvo que reconocer que, excepto el maestro Enrique, que se hallaba en León desde hacía unas semanas, no tenía suficiente confianza con nadie más. Luego recordó a la sirvienta que atendía la casa, una campesina con un marido enfermo y un montón de hijos.

—¿Conoces el nombre de algún moro que sepa de hierbas? —le preguntó en cuanto la mujer apareció.

Ante su mirada extrañada, más por el hecho de que se dirigiese a ella que por la pregunta en concreto, el bugre se sintió obligado a dar una

explicación.

—El médico me ha recetado unas hierbas que, al parecer, sólo los moros conocen.

—Hay unos cuantos en la morería, su merced, pero Hadi al-Suri es el mejor de todos —respondió la sirvienta halagada por ser de utilidad al maestro catedralicio a quien servía y que únicamente le dirigía la palabra si no le quedaba más remedio—. Cuando mi Martinico enfermó de paperas fue el único capaz de bajarle las fiebres, y cuando la pequeña Isabelita anduvo con la diarrea...

—¿Dónde vive? —la atajó, asqueado.

A su parecer, los pobres se ayuntaban como las bestias y nada bueno podía salir de ello. No era sorprendente que las calles estuviesen repletas de mendigos y de gente oscura y repugnante.

—En el pasaje del Brezo, su merced, entrada por la calle Tenebregosa...

Pensó en enviarla en busca del tal Hadi al-Suri, pero decidió ir él en persona. No sería prudente que viesen entrar a un musulmán en su casa. Esperó impaciente a que oscureciese para echarse encima la capa con el capuz, limosna de los Hospitalarios de Navarrete de la cual no se había desprendido porque era una prenda de poca calidad y podía servirle para mezclarse con el vulgo, y salió. La calle Tenebregosa, a la altura de la judería y de la morería, estaba poco transitada a aquellas horas pues sus moradores acostumbraban a recogerse pronto y tardó en encontrar a alguien que pudiera informarle sobre el establecimiento del herbolario. El hombre, un vendedor de cestos que había comenzado a recoger la mercancía, le señaló el lugar sin abrir la boca, sobrecogido por su inquietante apariencia.

—¿A quién diablos se le ocurriría ponerle semejante nombre a un callizo de mala muerte? —masculló al adentrarse en el pasaje del Brezo.

Sólo se veía una luz encendida, la de un candil de aceite que colgaba encima de una puerta sin nombre e iluminaba un hermoso brezo plantado en una maceta.

—¿Eres el herbolario? —preguntó, sin responder al saludo del hombre que le abrió la puerta.

—Así es. ¿En qué puedo servirte?

El bugre torció el gesto al oírse tutear, pero no dijo nada. Los moros tuteaban a todo el mundo.

—He de hacerte una consulta.

Entró en el local sin esperar a ser invitado y sonrió. Aquél era, sin duda, el sitio que buscaba, la covacha de un nigromante infiel, un hijo de Satanás, conocedor de las propiedades de las plantas para sanar o matar, de las raíces para provocar sueños y visiones, de las semillas y granos para adivinar el porvenir.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó a bocajarro mostrándole el jardín de la oca.

—Un tablero de adivinación.

—¿Sabes interpretarlo?

—Así es.

El bugre se quedó mudo. El médico judío estaba, por tanto, en lo cierto y él tenía a su alcance la solución que con tanto ahínco había buscado.

—Enséñame —ordenó.

—El conocimiento no se adquiere ni se transmite en un instante —replicó el herbolario con calma.

—Te pagaré bien.

—Sólo las aves pueden volar, pero antes han de aprender.

—Soy maestro.

—Pero no adquiriste tus conocimientos en una noche.

Estaba claro que el maldito moro no tenía ninguna intención de revelar el secreto del tablero y él no podía obligarlo, aunque sí amenazarlo. Una tos queda proveniente de detrás de una cortina le advirtió de que allí había alguien más y optó por cambiar de táctica.

—Si se trata de un método de adivinación y tú puedes interpretarlo, no tendrás inconveniente en leerlo para mí.

—Tendrá que ser otro día; hoy estoy ocupado.

—¿Cuándo? —preguntó a punto de perder la paciencia.

—Vuelve dentro de siete días, a la misma hora.

—Lo haré.

—Y no olvides traer cincuenta maravedíes.

—¿Acaso piensas que nado en la abundancia?

—El conocimiento tiene su precio —replicó el musulmán con tranquilidad.

Salió del local sin despedirse. El hijo de Satanás tendría sus cincuenta maravedíes y otros cincuenta si fuera preciso, pero, en cuanto supiese lo que quería, lo denunciaría por adivino, o lo haría callar para siempre.

Hadi esperó a que el visitante desapareciera de su vista para apagar la luz del candil, cerró la puerta con el pasador y entró en la trastienda.

—Era un loco que quería que le leyera el futuro...

—Era el asesino, el hombre del que te he hablado en repetidas ocasiones...

Don Ezequiel estaba pálido y todavía turbado por la aparición de su Azazel particular. Había sido tal su impresión al verlo a la puerta de la catedral en construcción que no había podido pegar ojo aquella noche. Su primer propósito fue abandonar Burgos en cuanto amaneciese. Era peligroso para su salud permanecer allí; podía toparse con el asesino de Yucé cualquier día, en cualquier parte, y sufrir el mismo destino que su añorado amigo. Pero ¿adónde podría ir? Era invierno, estaba a gusto con los carpinteros, no le faltaba de nada y sería harto difícil encontrar otro refugio seguro. Luego pensó en denunciarlo, pero recordó que, al igual que les ocurría a los Ximenat en su tierra, eran necesarios seis testimonios judíos para contrarrestar el de un cristiano. Él no tenía más que su palabra y el homicida negaría su participación en la muerte de un maestro hebreo. No le quedaba otra solución que esconderse como una liebre asustada, pero antes era necesario conocer los pasos del cazador. Acudió a las obras a la mañana siguiente, y a la otra, y a la otra... El frío ayudó. Ocultaba su rostro en una bufanda ancha que la mujer de Ximen había tejido para él y sólo dejaba los ojos al descubierto, de manera que pasaría inadvertido en el improbable caso de que se cruzase en la calle con su enemigo. Desesperaba cuando volvió a verlo y sintió un estremecimiento. Pasó por delante de él, tan cerca que casi pudo tocarlo, y lo siguió hasta una vivienda del barrio cristiano. Esperó un rato, vigilando desde una esquina, pero el individuo no volvió a salir. Regresó al día siguiente, más o menos a la misma hora, y lo vio de

nuevo. Así durante varias jornadas hasta que estuvo seguro de que aquélla era, sin duda, la morada de su pesadilla. Al menos le llevaba esa ventaja.

—No temas —lo había tranquilizado el herbolario al explicarle el asunto—, los cristianos raramente aparecen por la morería y, de todos modos, a judíos y musulmanes nos miran sin vernos...

—Éste no —le aseguró—; éste es de los que no olvida y, además, recuerda que vivió varios meses en mi casa, y no hace tanto tiempo de ello.

No había vuelto a pasear por los alrededores de la catedral desde entonces, limitándose al barrio de San Pedro y al callejón del Brezo. No obstante, y por si acaso, procuraba embozarse el rostro siempre que acudía al establecimiento de su amigo. Casi había llegado a olvidar que el pájaro negro y él vivían en la misma ciudad, pero, de pronto, reaparecían su desazón y sus miedos.

—¿Y cómo quería que le leyese el porvenir? —inquirió curioso—. ¿Por medio de las hojas de té?

—No. Ha traído una «piel de la serpiente».

—¿Qué es eso?

—También se conoce con el nombre de jardín de la oca; es un tablero de adivinación.

—¡Después de todo yo tenía razón! —exclamó el médico exultante.

No había hablado a su amigo de aquella parte de la historia y, al observar que lo miraba sorprendido, pasó a relatarle lo referente al jardín desde que lo había visto en la celda del monasterio de Nájera.

—¿Y por qué le has llamado tú piel de la serpiente? —le preguntó cuando hubo acabado con las explicaciones.

—Porque es así como se llamaba en el antiguo Egipto. Se trataba del dibujo de una serpiente enroscada en forma de espiral y el cuerpo dividido en casillas numeradas. La serpiente, no lo ignoras, no tiene buena fama en las tres religiones del Libro y probablemente fue el motivo de que se eliminase, pero la finalidad es la misma.

—¿Y tú sabes interpretarlo?

—Sí. Lo aprendí de mi abuela, quien, a su vez, lo había aprendido de la suya. Aunque ellas sí creían en su eficacia, yo tengo mis dudas. El porvenir

está en manos de *Allah*, clemente y misericordioso, pero los seres humanos se empeñan en descubrir su futuro, creyendo que podrán modificarlo o influir en él.

—Y tú no crees que eso sea posible...

—No. Puede que haya algún medio de conocer acontecimientos que todavía están por llegar, pero no existe potestad en la Tierra capaz de cambiar lo que ya está escrito.

—Sin embargo, tú mismo has dicho que tu madre y tu abuela creían en la eficiencia del tablero...

—Las mujeres creen en cosas diferentes que los hombres...

—Pero... el asesino también parece creer en ellas...

—Ese hombre quiere creer, que no es lo mismo. Quiere que le digan que sus proyectos, cualesquiera que sean, llegarán a buen fin; que el hado está de su parte; que sus crímenes están justificados.

—¿Y qué le dirás cuando vuelva?

—Lo que desea oír —Hadi soltó una risita divertida—. Un buen agorero siempre dice lo que el cliente espera.

—Eso es engañar...

—No hay engaño cuando el engañado quiere serlo.

—De todos modos, tú sabrás la verdad.

—La sabré, no te quepa la menor duda. Hace ya mucho tiempo que no he leído el futuro en una piel de serpiente, pero es una de las cosas que, aprendida, no se olvida jamás. El destino guía la mano del consultante. Los humores internos, la sangre, la fuerza o la falta de ella, los sentimientos, la bondad o la maldad... todo incide cuando una persona lanza la taba, al igual que cuando toma un camino determinado en lugar de tomar otro.

—Mi pobre amigo Yucé y yo creíamos que el jardín de la oca podría asimismo ser un plano.

—¿Un plano de qué?

—De las encomiendas templarias.

—¿Y por qué iba a serlo? Están ahí, a la vista de todos; no es necesario plano alguno para encontrarlas.

—Sí... pero podría tratarse de uno que señalase enclaves singulares cuya razón de ser se me escapa.

El herbolario permaneció durante unos minutos en silencio.

Sus antepasados procedían de las tierras bañadas por el río Éufrates. Había ocurrido mucho tiempo atrás, pero su familia no lo había olvidado. Los cristianos llamaban «moros» a los musulmanes, a los no bautizados, pero no todos eran iguales, así como tampoco lo eran todos los europeos aunque adorasen a un mismo Dios. El Islam lo conformaban decenas de pueblos, razas, lenguas y costumbres diferentes. Ellos, los al-Suri al-Halab, descendían de la tribu que había dado nombre a la población ahora denominada Aleppo, la perla de Siria, la ciudad más antigua del mundo. Su abuela siempre decía que un día pasado fuera de Aleppo era un día que no contaba en la vida, pero ni ella ni la madre de su madre habían estado nunca en el país que tanto añoraban sin conocerlo. Él no lo añoraba. Había nacido en Burgos y en Burgos moriría, aquélla era su tierra, aquél su país; era castellano de los pies a la cabeza y, exceptuando sus creencias religiosas, en nada se diferenciaba de cualquiera de sus vecinos. Sin embargo, no podía negar que había heredado unos conocimientos peculiares, transmitidos de padres a hijos, que los cristianos no poseían, como aquél de leer el futuro.

El tablero, la piel de la serpiente, era conocido en el Creciente fértil antes de que los francos llegaran allí y lo rebautizaran. Su abuela, siempre su abuela, aseguraba que habían sido los freires quienes lo habían traído a Europa, pero que nunca habían sabido interpretarlo correctamente porque carecían de la sabiduría necesaria para ello. Él no estaba muy seguro de que hiciese falta un saber especial; bastaba con conocer el significado de los números, del uno al nueve, y aplicarlo a cada persona según su carácter, sus propósitos o sus creencias. En su opinión, en la lectura del tablero había más de entendimiento de la naturaleza humana que de adivinación. Las palabras de su amigo no hacían más que reafirmar su parecer; ¿dónde mejor para ocultar un plano, o un mensaje, que en una lámina que circulaba libremente por el Camino? No era frecuente ver un jardín de la oca, pero tampoco se trataba de algo insólito. Tendría un significado para aquéllos

que estuvieran en el secreto; para el resto, sería un simple juego o un dudoso medio de predicción.

Al día siguiente, don Ezequiel se presentó llevando consigo el cartapacio de cuero con los mapas, las anotaciones y la copia del jardín, y su amigo le hizo una pequeña demostración sobre las supuestas virtudes adivinatorias del mismo. Colocó sobre la primera casilla una jamsa, una «mano de Fátima» de azabache, talismán poderoso contra el mal de ojo y, a continuación, extrajo con mucho ceremonial de un arcón pequeño una cajita de madera forrada de tela bordada y, de ella, uno de los siete huesos del tarso derecho de Judas Tadeo, un santón para los musulmanes, y también hermano de Santiago el Menor y de Īsā, el Jesús de los cristianos —aseguró con seriedad—, y se lo tendió al médico.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó éste atónito examinando el huesecillo que tenía un punto pintado en una de las caras, dos en otra y tres en la última.

—Primero preguntar aquello que en verdad deseas saber. Sólo los limpios de corazón pueden iniciar el trayecto por el Camino de los Guardianes del Paraíso.

—No sé...

—Algo habrá que quieras saber... —le animó el herbolario.

—Pues... cuál es mi futuro...

—Lanza tres veces el hueso.

Don Ezequiel lanzó el hueso, la suma de las tres tiradas dio cinco y Hadi colocó la mano de Fátima en la casilla correspondiente.

—El cinco, un número masculino —dijo—, simboliza la libertad, el movimiento, los viajes, y también... la primera oca del jardín.

—¿Y?

—Una sola tirada no aclara nada, amigo mío; es preciso continuar para tener una visión general de lo que, en principio, te espera. Sí puedo decirte que buscas algo, pero que has de ser precavido, vigilante. Has de meditar con cuidado los pasos que vayas a dar, pues la precipitación sería causa de tu infortunio y, tal vez, de tu muerte, Allah, clemente y misericordioso, no lo quiera.

El médico movió los hombros en un ademán por quitarse de encima una sensación molesta. Definitivamente, no le gustaban los enigmas. Pudiera ser que, en efecto, existiese la probabilidad de leer el porvenir, pero él no tenía deseo alguno de conocer el suyo. Lo que tuviera que ocurrir, ocurriría, y más valía ignorarlo de antemano. Rechazó con un gesto la invitación de Hadi para tirar nuevamente el hueso y extrajo del cartapacio los demás documentos. Estaba convencido —le manifestó— de que, aparte de lo de la adivinación, el jardín de la oca ocultaba otros secretos. La investigación recomenzó y el herbolario ocupó el sitio del maestro asesinado, aunque ninguno de los dos tenía la más mínima idea de lo que buscaban.

Eran muchas las encomiendas y los castillos templarios en los reinos del norte peninsular. Los había por todas partes: en Cataluña, en Aragón, en el reino de Navarra y, por supuesto, en el de Castilla. Ambos estuvieron de acuerdo, al igual que antes lo habían estado don Ezequiel y su difunto amigo, en centrarse en el tramo que se extendía desde los montes Pirineos hasta Compostela. Si bien la ruta de las estrellas era visible desde cualquier punto habitado por el ser humano, también era cierto que únicamente a lo largo de dicho recorrido la Vía Láctea tomaba el nombre de Camino de Santiago, pues, según una tradición francesa, San Yago en persona se había aparecido al gran Carlomagno y le había indicado el itinerario para llegar hasta su tumba siguiendo la estela celeste. Si el jardín guardaba un secreto, sin duda se encontraba en el camino peregrino por tierras hispanas.

Los maestros de la madera

Los Ximenat acogieron a Eder Bozat como uno de los suyos, y así se sintió él en su compañía. Tenía la impresión de que los conocía desde siempre, a ellos y al resto de los pobladores de San Pedro. Al contrario que él, eran buenos cristianos y acudían a la iglesia todos los domingos, vísperas y fiestas; eran generosos con sus limosnas, pero vivían apartados, fuera de las murallas, y raramente se mezclaban con otros artesanos y, menos aún, con quienes no lo eran. Sin embargo, nadie los insultaba o atacaba, nadie los llamaba leprosos o les prohibía moverse con libertad y no se les obligaba a matrimoniar con los de su «clase», cualquiera que ésta fuera.

—Pero en nuestra tierra, sí que sufríamos la diferencia —le informó Ximen—, por eso la abandonamos con hartó dolor, si bien no podemos quejarnos de cómo nos ha ido. Nunca nos ha faltado trabajo gracias a los freires.

—¿Los freires?

—Sí, los monjes soldado, los templarios y los hospitalarios, sobre todo los primeros. Son grandes constructores y emprenden obras en los lugares donde se establecen: caminos, puentes, encomiendas, granjas, fortalezas...

Lo sabía muy bien. Había visto la encomienda de Gares y la granja de Dorreaga; había vivido entre ellos tan sólo tres inviernos atrás, aunque aquella época le pareciera ahora tan lejana.

—Pero vosotros trabajáis en las obras de la catedral... ¿También la construyen los templarios?

—No, pero el maestro Enrique tiene una relación estrecha con la Orden, consulta a los freires cuando precisa carpinteros y canteros, y ellos nos

mandan recado para que acudamos a donde se nos necesita. Los nuestros están allí donde se construyen obras, grandes o pequeñas. Si te hallas perdido, pregunta por un maestro de la madera y encontrarás a un amigo.

No le pasó desapercibido aquel «los nuestros», dicho en el mismo tono que había utilizado el otro Ximenat, el de Balmaseda. Cualquier tipo de reticencia hacia su persona por parte de sus anfitriones desapareció al poco de su llegada, en el momento en que les informó que procedía de la montaña navarra y demostró su oficio tallando para su pequeña hija un caballito, su animal favorito, una de las representaciones de la Diosa. No dejaba de sorprenderle que, siendo un desconocido, lo acogieran con tanta familiaridad, que lo tratasen como a un pariente. Después recordó que la hospitalidad era sagrada entre los suyos.

—Pero sólo para quienes vienen con buenas intenciones —afirmaba la tía Elaia al colocar encima de la mesa una escudilla de sopa caliente para un forastero—. A los que buscan algo, menosprecian a sus semejantes y hacen distinciones: ¡ni un cuscurro de pan!

No obstante, había algo más en su trato con él, una complicidad expresa que iba más allá de la simple acogida al visitante. Era como si entre ellos existiese un secreto, como si formaran parte de una misma hermandad. De todos modos, y por si acaso, no se atrevió a mencionar el calificativo con el que los «otros» los denominaban y que su padre tenía expresamente prohibido decir en su presencia. La palabra «agote» era un insulto, una humillación que sufrían muy a su pesar, y la única forma de defenderse era ignorándola. Además, no estaba seguro de que los Ximenat lo fueran. Lo que de verdad diferenciaba al pueblo del bosque del resto era la creencia en la Diosa y, tras varias jornadas en compañía de sus nuevos amigos, todavía no la había oído mencionar, ni siquiera veladamente. También le resultaba muy extraño el individuo con quien compartía la cabaña vecina.

—Es nuestro médico —le informó Ximen—, un buen hombre. No hay sitio para uno más en nuestra casa y él ha aceptado acogerte en la suya ya que sólo vas a quedarte aquí unos días. Es judío.

Había oído hablar de los judíos en Pamplona y en Estella, si bien no había conocido a ninguno, al menos que él supiese. Pensaba que vestirían

de manera diferente, que se les notaría en la cara, pero lo cierto era que aquel hombre de cabellos y barba sembrados de canas, sonrisa agradable y mirada bondadosa, en nada se diferenciaba de cualquier cristiano de parecidas características. Es más, incluso le recordó a su maestro Bisol. Dicha constatación le hizo sentir una simpatía inmediata hacia su anfitrión. Era un gran conversador y a él le gustaba escuchar. Por él supo algo sobre la tierra que pisaba, el reino de Castilla y de León, gobernado por el rey Alfonso, hijo de don Fernando, tercero de su nombre, piadoso y batallador, dos veces matrimoniado y padre de quince hijos.

—No quería descansar hasta conquistar todos los territorios administrados por los musulmanes. De hecho, se pasó la vida a caballo yendo de un lado a otro. No sé cuándo tuvo tiempo de hacer hijos —añadió don Ezequiel con ironía—. ¿Y tú? ¿Tienes mujer? —la pregunta lo pilló por sorpresa y negó bruscamente con la cabeza—. Pues deberías tenerla. No es bueno que el hombre esté solo. Lo dijo el Señor al crear el mundo.

Sonrió. No pensaba discutir sobre sus creencias con alguien mucho más viejo que él, ni intentar convencerlo de que no había sido el Señor, sino la Señora quien había creado el mundo. Esas cosas se sentían en lo más profundo o no se sentían y, por otra parte, daba igual. Su padre había afirmado que lo importante era discernir a las personas honradas de las que no lo eran, y aquél tenía aspecto de ser un hombre honrado.

Dos días después de su llegada, acompañó a Ximen y a otros moradores del barrio de San Pedro. Desde la noche de su llegada a Burgos, no había salido del barrio, pero no había perdido su interés por las construcciones. Había visto las hogueras junto a las que se calentaban los vigilantes de la obra, pero era de noche y sólo apreció una enorme mole en la oscuridad. Sentía curiosidad por comprobar si el edificio sobre el que su anfitrión hablaba con tanta pasión era, como éste aseguraba, la mayor maravilla del reino de Castilla.

—¡Vas a ver lo que es una construcción grandiosa! —le advirtió un Ximenat entusiasmado—. Tiene tres veces la altura de la antigua catedral y el interior es por lo menos cinco veces más grande.

Hacía tiempo que había perdido la costumbre de quedarse con la boca abierta cuando algo lo sorprendía, pero no pudo evitar una exclamación de asombro al contemplar la majestuosidad de la fábrica que se alzaba por encima de las casas que la rodeaban. Jamás había contemplado algo similar. La primera imagen que le vino a la cabeza fue la del Basojaun, el mítico señor del bosque, más alto y más fuerte que él más alto y más fuerte de los robles de Baigorri: un gigante entre enanos. A Ximen le entró la risa al ver su gesto de incredulidad y le dio un empujón para que siguiera avanzando. Pasó toda la mañana subido en el andamio ayudando a los carpinteros que construían el maderamen, el esqueleto de una parte del triforio, el pasadizo estrecho con arquerías situado sobre las arcadas de las naves laterales. Más tarde se encaramó a una de las torres, asomó la cabeza por un vano y permaneció allí un rato, contemplando extasiado el mundo diminuto que se agitaba abajo. Aquello era lo que el maestro Bisol imaginaba cuando trazaba plano tras plano las noches que el recuerdo de su mujer asesinada desvelaba su sueño. Al mediodía compartió la comida de los carpinteros, les oyó contar historias exageradas de tareas imposibles que le hicieron sonreír, repartirse el trabajo y discutir sobre las ordenanzas de su cofradía, la de San Pedro, que agrupaba a maestros del muro y de la madera.

—¿Qué es una cofradía? —preguntó.

Lo miraron como quien mira a un bicho raro y se echaron a reír.

—Pero... ¿tú no trabajabas para un maestro constructor francés? —inquirió Ximen, a quien él le había relatado algo sobre sus años de aprendizaje.

Era cierto, aunque no recordaba haber oído hablar nunca acerca de algo parecido. Le costó entender lo de las normas que debían acatarse para evitar ser expulsado o verse obligado a pagar una multa, elaboradas para proteger a sus miembros, defender el derecho al trabajo y, de paso, impedir la competencia. Quizás las cofradías eran cosa de las grandes ciudades. Las obras de su maestro en Baztan no precisaban de tal cantidad de mano de obra y, en todo caso, siempre habían sido los Bozat y gentes como ellos quienes se habían encargado de llevarlas a cabo. No necesitaban leyes para trabajar. El padre reunía a los hombres y repartía las ganancias. Dispuestos

a instruir al recién llegado, los artesanos se lanzaron a darle mil y una explicaciones sobre los deberes de los maestros del muro y de la madera, oficiales y aprendices; los años que necesitaba un oficial para convertirse en maestro y la casi nula posibilidad de los aprendices para llegar a ser oficiales; la obligación de asistir a las reuniones y cumplir con los deberes religiosos, el pago de una cantidad al año para sus miembros enfermos, los ancianos, las viudas y los huérfanos, así como para cirios y misas por los difuntos... En total, según le informaron sin llegar a detallarlas todas, eran más de sesenta ordenanzas. Eder los escuchaba atónito.

—¿Y si uno no pertenece a una cofradía? —preguntó temiéndose la respuesta.

—Entonces, mejor que se vuelva al campo y destripe terrones para un propietario o un noble —respondió un hombre musculoso a quien había visto introducir los clavos en la madera de un solo golpe de maza.

—O para un monasterio —apostilló otro.

—O que lleve las vacas a pastar —añadió un tercero— porque, al menos aquí, no podrá trabajar en este u otro oficio por mucho que se empeñe.

No insistió. Estaba claro que tendría que continuar su viaje. Los dineros se le acababan y, de acuerdo con lo escuchado, le sería imposible encontrar trabajo en Burgos. Los aprendices se hallaban en la escala más baja del oficio y eran contratados por los maestros por un periodo no menor a catorce años. No tenía intención alguna de ser criado de nadie. Él no habría pasado el examen, pero dominaba el arte igual o mejor que muchos maestros de la madera a los que había observado trabajar durante la mañana y, además, era un buen tallista. Dicha comprobación enfrió su ánimo y desistió de acompañarlos también por la tarde. Iba a abandonar el grupo cuando vio a un individuo a quien reconocería en cualquier parte por muy alejada de su tierra que estuviese, y se quedó pegado al suelo. ¿Cómo podía ser? ¿Qué hacía allí el asesino de su tía y de su maestro? Bertrand de Garlande le había asegurado que el malnacido había sido ejecutado en una fortaleza del rey Teobaldo de Navarra. Cruzó por delante sin dignarse dirigir una mirada a los artesanos y penetró en un edificio cercano. Le costó

levantarse y, cuando finalmente lo consiguió, se despidió de Ximen y de los otros con un gesto de cabeza y salió corriendo hacia el barrio de San Pedro. Entró en la cabaña y permaneció largo rato con la espalda apoyada en la puerta, intentando recobrar el aliento.

—¿Ocurre algo?

Don Ezequiel estaba a punto de salir, como cada tarde, para ir a reunirse con el herbolario del pasaje del Brezo.

—¿Creéis en los espíritus malignos? —le preguntó él a su vez.

—Imagino que sí, ¿porqué?

—Acabo de ver a uno.

—¿Tiene nombre tu espectro?

Necesitaba confiarse a alguien y el tono amable del médico invitaba a las confidencias.

—Se llama, o se llamaba, Robert Lepetit, también conocido por Robert de Reims y por «el bugre». Asesinó a mi tía Elaia, a la mujer de mi maestro y al propio maestro. Lo apresaron y lo ejecutaron hace tres inviernos o algo más, pero o logró escapar o es su espíritu el que acabo de ver pasar a un palmo de mí —recitó de corrido.

Don Ezequiel abrió los ojos interesado. Así que él no era el único en conocer la identidad del maligno personaje con quien había tenido la desdicha de toparse.

—Cuéntame...

A grandes rasgos, Eder le narró su historia. Le habló de Geoffroi Bisol, cuya esposa había sido ejecutada en algún pueblo del norte de Francia, acusada de hereje por aquel criminal; del robo de un pergamino que su maestro le había confiado; del ataque sufrido por el constructor y de la presencia del infausto personaje en su funeral.

—Creía que estaba muerto... —concluyó desalentado.

—Para nuestra desdicha, no es así.

—¿Acaso vos también lo conocéis?

—En efecto.

Fue el turno del médico de relatar su encuentro con el bugre en el monasterio de Nájera y de las consecuencias de tan aciago azar del destino.

Y, una vez más, se preguntó, aunque no lo expresó en voz alta, por qué el Señor, en su infinita justicia y misericordia, había permitido que un individuo execrable mancillase su casa y apareciese de nuevo en su vida. Luego observó al joven meditabundo que apretaba los labios con fuerza y tenía fija la mirada en un punto que no veía. No se lo había preguntado, pero sospechaba que era un agote; sólo así podía entenderse que Ximen Ximenat lo hubiese aceptado entre ellos, pero recapacitó. Él no lo era, y también había sido aceptado. Algo unía a las personas que sufrían una marginación del tipo que fuese: religiosa, civil, de raza, de clase... De alguna manera, se buscaban y encontraban para hacer frente a situaciones que únicamente se explicaban debido a la natural fragilidad de los seres humanos, temerosos de los cambios, de lo desconocido, de las minorías. Cual rebaño de ovejas, seguían a un mismo pastor y no aceptaban a quienes no eran sus iguales, tenían otro color de piel, otras creencias o costumbres. Su huésped era más o menos de la edad de Samuel y podría ser su hijo, pero era reservado y había sido herido en lo más profundo; captaba su dolor con sólo mirarlo. En los días que llevaba cohabitando bajo su mismo techo, no había podido sonsacarle mucho respecto a su familia y, sobre todo, a las razones que lo habían llevado tan lejos de su hogar, pero estaba convencido de que existía un motivo, que quizás tuviese que ver con Robert de Reims, o Lepetit, o lo que fuese.

—El pergamino que te había confiado tu maestro, el que el hijo del Diablo te robó, ¿cómo era? —le preguntó por fin.

—Por una cara estaba escrita una declaración que lo acusaba de un homicidio y, por la otra, aparecía un dibujo extraño...

—¿Cómo era?

—Una especie de... —Eder trazó unos círculos en el aire.

—¿Una espiral? ¿Como una escalera de caracol?

—Sí. ¿Cómo lo sabéis?

Don Ezequiel sonrió, extrajo de un cartapacio de cuero la copia que Yucé y él habían realizado del jardín de la oca y se lo tendió.

—¿Era así?

—En efecto... sólo que aquel tenía colores y los animales estaban mejor dibujados, pero también tenía números como éste. ¿Qué es?

—Un amigo mío sostiene que es un tablero de adivinación.

—¿Un tablero de qué?

—De adivinación. Los hombres siempre han querido conocer lo que el futuro les depara y creen averiguarlo por medio de los tableros, los dados, los huesos, leyendo las piedras, las hojas de té, observando el vuelo de los pájaros o escuchando el sonido del viento... Existen muchos modos diferentes.

—Los míos creen que alguien morirá si los cuervos vuelan tres veces alrededor de una casa o si se escucha el ulular de la lechuza... Y ese dibujo... ¿funciona?

—Primero hay que creer que funciona... Pienso que nuestro adversario común lo cree, y nosotros debemos averiguar qué pretende.

—Tengo pensado marcharme mañana en cuanto amanezca. Los dineros se me están acabando y me esperan en otro sitio.

—¿No te gustaría descubrir lo que está tramando el tal Robert Lepetit?

—¿Para qué?

¿Para qué intentarlo? Era un enemigo poderoso, demasiado poderoso para un viejo judío y un artesano sin medios. Lo vio en Baigorri, arrogante, acompañado por una docena de seguidores, persiguiendo a los suyos, asesinando a una mujer indefensa; lo vio en Pamplona, predicando a las masas que lo seguían con fervor; en Gares, tras el funeral del maestro, amenazándolo con su mirada de depredador. Tenía dominio sobre los demás, estaba claro, y más valía no correr el riesgo de ponerse a su alcance.

—Para evitar que vuelva a matar —oyó decir a don Ezequiel— y conseguir que pague por lo que les hizo a tus seres queridos y a mi buen amigo Yucé Tob.

—No sé qué podríamos hacer vos y yo —se resistió—. Nadie nos hará caso.

—Pero habrá más... habrá otras personas que tengan cuentas pendientes con él.

Pensó de inmediato en Bertrand de Garlande. Estaba sólo a unas jornadas de viaje desde Burgos y le interesaría saber que el hombre a quien creía ejecutado continuaba vivo. Si alguien tenía en su mano detener al criminal, ése era el monje soldado.

—Conozco a un amigo con poder, un comendador de la Orden del Temple que lo detuvo y lo metió en prisión. Es él a quien voy a ver en el Ponteferrato.

El médico miró con curiosidad a su compañero de alojamiento y de tristezas. No es que los templarios viviesen aislados del resto de los mortales, pero no era habitual que un joven artesano tuviese amistad íntima con ellos, y menos aún con un comendador. Su actitud solía ser distante, si bien, todo había que decirlo, mostraban hacia judíos, musulmanes y otros grupos marginados una disposición poco corriente entre los cristianos. Su consuegro, el tintorero, le había hablado de la rica aljama del Ponteferrato, situada justo al lado de la fortaleza templaria, la mayor del reino de Castilla y de León, y de las buenas relaciones existentes entre los hebreos y los monjes soldado. Asimismo, había escuchado decir que compartían saberes con los sabios musulmanes y que habían acogido en sus encomiendas hispanas a los herejes cátaros huidos de las persecuciones en el sur de Francia. Y Ximen Ximenat le había asegurado que los templarios se valían de carpinteros y canteros agotes para la realización de sus obras. Quizás no era tan extraño que su huésped mantuviese amistad con uno de ellos.

—¿Podría acompañarte? —le preguntó.

—Sois...

—¿Viejo?

—Quería decir que sois el médico de San Pedro y que los carpinteros os necesitan...

—Sólo me ausentaría durante unas jornadas, las suficientes para testimoniar ante el comendador del que me has hablado. De paso, visitaré a mi hijo mayor, Isaías, que vive en León y a quien hace mucho que no veo. ¡Ni siquiera conozco a sus hijas! Pero, antes, quiero que vengas conmigo a visitar a un amigo.

Poco después, ambos se hallaban en la trastienda de la herbolería.

Tras haber bebido la consabida tisana de hierbas, los dos hombres desplegaron los documentos sobre la mesa en la que Hadi elaboraba sus preparados y permanecieron en silencio, absortos en su contemplación, cotejando nombres, lugares, elucubrando mentalmente las diversas posibilidades. Al principio, Eder los observó intrigado. Nunca había conocido una pareja tan antagónica y, al mismo tiempo, tan próxima. No sabía mucho acerca de los judíos, pero todavía menos acerca de los musulmanes, sólo lo que Bisol había comentado cuando proyectaba el castillo de Tiebas para el rey de Navarra. El recuerdo ensombreció sus ojos. Fue el primero de los grandes proyectos con los que soñaba su maestro desde su llegada a las tierras de Teobaldo, y el último. No pudo verlo siquiera empezado.

—Los montañeses son buenos canteros —le había dicho en aquella ocasión— y mejores carpinteros, pero los mudéjares son, sin duda, los mejores alarifes. Construyen con ladrillo y azulejo y no hay quien los supere en rapidez.

—¿Mudéjares?

—Sí, los musulmanes a quienes se ha permitido la permanencia en territorios cristianos tras su conquista. Están autorizados, como los hebreos, a practicar su religión a cambio del pago de un impuesto especial.

—¿Y en qué creen? —le había preguntado él.

—En lo mismo que los cristianos y los judíos: en la existencia de un solo Dios, creador del Universo.

—Y si todos creen en lo mismo, ¿por qué se hacen diferencias entre ellos?

El maestro no respondió a su pregunta porque no quiso, o porque no supo.

Los dos hombres continuaban pensativos y él empezaba a cansarse de estar allí, sin participar en lo que fuera que tanto los atraía. Echó una mirada al esbozo numerado que ya conocía y sonrió divertido. Las ocas dibujadas, en unos casos más grandes que en otros, no tenían los cuerpos proporcionados y recordaban más a patos que a gansos, si bien estaban lejos de asimilarse a los unos y a los otros, excepto por sus picos y patas

palmeadas. De forma inconsciente comenzó a contar las casillas que las separaban y se alternaban en cadencias de cinco y cuatro, y las que separaban a las grandes de las pequeñas. Luego sus ojos recorrieron la lista de las encomiendas templarias que don Ezequiel había colocado entre su amigo y él, para que ambos pudieran consultarla sin molestarse. Y volvió a examinar el dibujo.

—¿Qué tiene que ver esta lista de nombres con el dibujo? —preguntó —. ¿Por qué aparece el *Ponte Regina* en ella?

Los dos, herbolario y médico, levantaron la cabeza al unísono y se le quedaron mirando.

—¿Sabes leer el latín? —inquirió el primero.

—Sí, y también escribirlo. Mi maestro me enseñó.

—¿Enseñó latín a su aprendiz? —interrogó el segundo, estupefacto.

—Sí, y también francés y romance.

—Debió de ser un hombre extraordinario...

—Lo era, pero no habéis respondido a mi pregunta...

—Se trata de una lista de las encomiendas del Temple en los reinos hispanos —le aclaró don Ezequiel—. Creemos que existe una relación entre ellas, el «jardín» y el Camino Francés, pero no sabemos por dónde empezar. No coinciden en el número.

—Tenéis que comenzar en la de Gares.

—Aquí no está marcada —aseveró Hadi tras consultar los nombres.

—Es *Ponte Regina*, el Puente de la Reina.

—¿Y por qué tendríamos que empezar allí? Lo lógico sería hacerlo en Roncesvalles o Somport...

—Porque el comendador me dijo que, a partir de ese punto, los caminos eran uno. Por cierto, añadió que los tres caminos formaban una pata de oca y Gares era la canilla.

Un rápido intercambio de miradas y los dos hombres se lanzaron sobre el mapa. No era exactamente así y era preciso echar mano a la imaginación para apreciar una forma palmípeda en la maraña de líneas que lo cruzaban, pero una cosa era cierta: los tres caminos principales procedentes de Francia, al igual que tres dedos, se unían en la proximidad de la población

mencionada por su joven camarada. La encomienda del Puente de la Reina era, por otra parte, la más sobresaliente del reino de Navarra.

—Nada se pierde con probar... —adujo el herbolario, hombre más práctico que su amigo—. Adjudiquemos por tanto el número cinco, el de la primera oca, al Puente de la Reina y, si nuestro querido Ezequiel tiene razón, ahora tendremos que situar las encomiendas más influyentes en las demás casillas. Vayamos pues a la segunda, la que corresponde al número nueve.

Estaban tan ensimismados en la tarea que no se percataron de que las horas pasaban. En el tugurio, sin ventana e iluminado por un candil, siempre era de noche. Los sobresaltaron unos golpes en la puerta de la tienda.

—Es él —afirmó don Ezequiel con un ligero temblor en su voz.

—Probablemente —respondió el herbolario asiendo el candil y dejándolos a oscuras—. Permaneced aquí, quietos como los muertos.

—¿Quién...?

—No digas ni una palabra y no hagas el mínimo ruido —advirtió el médico a Eder.

Oyeron el ruido de la puerta y unas voces, más nítidas a medida que se aproximaban a la cortina que separaba los dos habitáculos. El montañés se estremeció al reconocer la del recién llegado —el tono bronco y el acento marcadamente francés, en especial la pronunciación de las erres y el siseo de las eses eran inconfundibles— y se aferró al brazo de don Ezequiel, quien colocó una mano sobre la de él para tranquilizarlo y, de paso, calmarse él también. Mantuvieron la respiración y aguzaron el oído.

A lo largo de una hora, que se les hizo una eternidad, escucharon el ruido del hueso al golpear la mesa y las explicaciones de Hadi. Robert Lepetit no hablaba, de forma que, de no haber sabido que el infame personaje se hallaba al otro lado de la cortina, hubiesen jurado que el herbolario hablaba solo. Ambos tuvieron un sobresalto al escuchar de nuevo su voz.

—Volveré mañana.

—Mañana es viernes —afirmó el herbolario—, un día inmenso para el Islam, jornada de intensidad espiritual para los musulmanes al igual que lo es el sábado para los judíos y el domingo para los cristianos.

—El sábado entonces.

—De acuerdo, aquí estaré.

Todavía tuvieron que esperar un rato antes de oír cerrarse la puerta y de que el herbolario entrase en la trastienda.

—He tenido que acompañarlo con el candil hasta la salida del pasaje —les explicó— porque ha dicho que no se fiaba, que éste era lugar de infieles, peligroso para andar de noche. Caiga sobre él la maldición de *Allah* —añadió sin acalorarse, convencido de que su condena tendría el desenlace deseado.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó su amigo—. No hemos podido escuchar todo con claridad.

—Ese sujeto es una amenaza, un ser desequilibrado que continuará haciendo el mal a sus semejantes y no se detendrá hasta lograr sus fines. Lo he leído en el tablero.

—¿Te has atrevido a decírselo?

—Por supuesto que no. Las gentes interesadas en conocer su futuro sólo desean escuchar cosas favorables sobre ellas. Le he dicho que son necesarias dos consultas: la primera para dilucidar el presente del consultante y la segunda su futuro.

—¿Es cierto?

—No del todo, sólo cuando no se conoce a la persona. La lectura sería diferente para él que para ti, aunque ambos cayeseis en las mismas casillas; pero, en su caso y por lo que tú me has contado, sé lo suficiente sobre él para no necesitar una segunda interpretación.

—Y entonces... ¿por qué le has pedido que vuelva?

—Necesito tiempo para decidir qué hacer. «*Del árbol del silencio pende el fruto de la seguridad*», es un proverbio árabe. Ignoro lo que se propone, pero su futuro está ya trazado, y es perverso.

—¿No me aseguraste que no creías en adivinaciones? —el médico estaba sorprendido, y asustado, por la seriedad que percibía en las palabras

de Hadi.

—No. Sólo dije que tenía mis dudas respecto a la posibilidad de cambiar el futuro ya trazado, porque...

—Hay que avisar a Bertrand de Garlande cuanto antes —lo interrumpió Eder.

Había permanecido callado durante el diálogo de los dos hombres. No entendía muy bien a qué aludían al hablar de futuros y adivinaciones, pero había decidido partir hacia el Ponteferrato sin esperar al día siguiente antes de que Lepetit abandonase la herbolería. Tener a dos pasos al causante de tantas desdichas le había provocado un sentimiento de terror que se había trocado en otro de ira mientras esperaba en la oscuridad y pensaba en su tía Elaia, en su maestro Bisol y en las personas desconocidas asesinadas por él. En pocas palabras explicó al herbolario lo que sabía del infame personaje y quién era el comendador, el único que, a su parecer, podría apresarle y llevarlo a juicio.

—No perdamos tiempo entonces —respondió Hadi, al tiempo que cogía una bolsa y metía en ella algunas cosas, la alfombrilla de los rezos entre otras—. Me voy con vosotros.

—¿Y eso? —inquirió don Ezequiel.

—Ese individuo no es de los que deja testigos; acuérdate de tu amigo. Aun en el supuesto de que le mienta y le diga algo diferente a lo que he leído en su futuro, sabe que yo sé que posee el tablero y, peor todavía, que conozco su cara.

Salieron y avanzaron a paso rápido hacia la Puerta de los Judíos para no tener que dar explicaciones a los guardas de la de San Martín y evitar que alguien pudiera verlos. Nadie debía saber que el herbolario se había marchado de la ciudad, ni en qué dirección. Pasaron por la cabaña del barrio de San Pedro para recoger las bolsas de los otros dos y el médico escribió una nota dirigida a Ximen Ximenat. En ella aducía una necesidad perentoria para su marcha: su nuera estaba de parto y el niño venía mal. Acababa de recibir aviso para que acudiese urgentemente a su lecho y regresaría en cuanto todo hubiese acabado. El joven Eder Bozat se había ofrecido a acompañarlo vista su edad y los peligros que acechaban en el camino. Dejó

la nota encima de la mesita tocinera que igualmente le servía para comer que para estudiar. El carpintero no sabía leer, pero ya encontraría quien lo hiciese por él.

—¿Y cuál es el futuro de nuestro adversario? —preguntó a su amigo cuando ya llevaban un rato andado como tres sombras fugitivas.

—Servir a *Al Dajjal*.

—¿A quién?

—Al Impostor, al falso Mesías.

Era noche cerrada y hacía frío, pero no necesitaban luz para alumbrarse. La luna llena iluminaba los campos y una línea blanquecina de estrellas señalaba el camino del oeste, la ruta peregrina que conducía hasta el Mar de los Muertos del que nadie regresaba: el *Finis Terrae*.

OceanofPDF.com

El sirviente

Durante el viernes y la mayor parte del sábado, Robert Lepetit aguantó su impaciencia como pudo. El moro sabía interpretar el tablero. Le había dicho cosas sobre su vida pasada y presente que era imposible que un desconocido supiese. Le dio la impresión de saber más de lo que decía, pero no lo vio vacilar y ello era prueba suficiente de que conocía los arcanos del jardín de la oca. Estaba convencido de que su futuro se hallaba en el curioso dibujo que los patanes tomaban por un juego, ignorando su verdadera finalidad, y era fundamental prevenir las dificultades de la empresa que tenía en mente. Para gran contento de sus alumnos, acertó su última clase con un lacónico «continuaremos el lunes» y, a media tarde, salió de la escuela catedralicia con ánimo de acercarse al pasaje del Brezo, pero el resolillo apuraba sus momentos postreros y había demasiada gente en la calle: ancianos en busca de un poco de calor para templar sus viejos huesos, niños correteando por doquier, mujeres de cháchara y comerciantes de verduras y carnes que animaban a gritos a los viandantes a fin de liquidar las existencias. Le molestaban los ruidos, la concurrencia vulgar, la proximidad de mendigos, de peregrinos desfallecidos que preguntaban por el Hospital del Rey o cualquier otro de los muchos que había en la ciudad, ricos mercaderes y sus mujeres cubiertos con mantos forrados de piel de zorro o nutria, judíos y moros, artesanos polvorientos, extranjeros que hablaban jergas ininteligibles, mujeres pintarrajeadas ocultas bajo chales de color naranja, indicativos de su oficio... En una palabra: le molestaba todo el mundo. Los nobles no se dejaban ver entre la plebe y pasaban la mayor parte del año en sus propiedades campestres, y los canónigos y demás maestros de la escuela

eran unos ignorantes o unos fatuos a quienes se les llenaba la boca hablando de la misión seráfica que Dios había encomendado a la Iglesia de Roma para la salvación del mundo. Estaba cansado de Burgos y deseaba emprender su particular peregrinaje, cuya meta no sería precisamente la tumba de un apóstol decapitado. Decidió entrar en La Viña y pedir un caldo que tomó sentado en el rincón más oscuro del local.

El atardecer declinó por fin; la temperatura descendió veloz y la escarcha hizo su aparición al mismo tiempo que los comerciantes echaban el cerrojo a sus negocios y los últimos viandantes corrían a refugiarse en sus hogares o en los mesones caldeados a base de braseros, chimeneas y humanidad. Se deslizó como una sombra pegada a la pared y se escabulló de la taberna aprovechando un conato de riña entre dos hombres por culpa de un empujón. El suelo de la calle, mezcla de piedrilla y tierra, empezaba a helarse, en especial en las zonas sombrías durante el día, y no podía caminar deprisa como deseaba; penetró en el pasaje del Brezo y buscó con la mirada la planta colocada junto a la puerta del herbolario. El candil que la iluminaba dos noches atrás estaba apagado y el callejón, ya de por sí oscuro, se hallaba envuelto en una completa oscuridad. Avanzó tanteando muros y puertas hasta tropezar con la maceta y soltó un juramento. ¡El maldito agareno podría haber encendido una luz conociendo su visita! Golpeó la puerta con el dorso rígido de su mano derecha, pero nadie acudió a abrirle. Volvió a golpear una y otra vez durante un buen rato y tuvo que rendirse finalmente a la evidencia: el herbolario no se encontraba dentro. Regresó al día siguiente, y al otro, y al otro: así durante toda la semana. Se presentaba en la tienda de hierbas a cualquier hora de la mañana o de la tarde, abandonando sus clases en medio de una lección y corriendo el riesgo de ser visto y reconocido, pero no tuvo éxito. El hombre había desaparecido. Incluso se sobrepuso a la natural repugnancia que sentía por los seguidores de Mahoma y preguntó en varias casas del pasaje. Todos los vecinos coincidieron en su respuesta: ignoraban su paradero y, que ellos supiesen, Hadi al-Suri no tenía familia, al menos en Burgos.

Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que su desaparición estaba motivada por algo que había visto en el tablero de

adivinación relacionado con su persona. Dicha certeza le quitaba el sueño y le sumía en una ira tan profunda como la que lo había llevado a lanzar las alcancías de brea ardiente al interior de la capilla de los templarios de Dorreaga, repleta de freires y campesinos, después de haber atrancado sus puertas. De todos modos, aquella contrariedad no modificaría sus planes y, por otra parte, se congratulaba satisfecho. Había hecho bien en no dejar su jardín en manos del despreciable moro cuando se lo pidió para estudiarlo, según afirmó. Encontraría a otro agorero, no aceptaría dilaciones y lo obligaría a leer su futuro aunque tuviese que atenazarle el cuello con sus garras.

El maestro Enrique estaba de nuevo en Burgos desde hacía un mes y su presencia paliaba en cierto modo su frustración. Todos los días comían juntos en La Viña y, a veces, incluso cenaban. Era bueno disponer de la confianza de un hombre respetado por todos, ricos y pobres. Creaba trabajo para éstos y era capaz de hacer realidad los sueños de aquéllos; sueños que poco tenían que ver con la piedad y sí mucho con la vanidad, sobre todo con la de los grandes comerciantes que costeaban las obras, orgullosos de igualarse, e incluso superar, a los nobles, ostentadores de rancios privilegios obtenidos siempre mediante las armas. Los poderosos burgueses castellanos querían catedrales que equipararan a sus ciudades con las más importantes de otras partes de Europa: París, Londres, Colonia, Reims, Florencia... y estaban dispuestos a contratar a los maestros constructores más afamados, a pagarles un tanto alzado por año, además de un jornal por día de trabajo, dos gratificaciones extraordinarias y una buena casa. También les proporcionaban leña para el fuego, gallinas, harina de trigo y leche, y costeaban un banquete para ellos y para los trabajadores al concluir una fase significativa de la construcción. Todo con tal de realizar monumentos grandiosos para la gloria de Dios, y la suya propia.

El arquitecto no dejaba de hablar de «su» catedral de León.

—No será grandiosa como la de Burgos, pero será bellísima, ¡ya lo es! —aseguraba entusiasmado mostrándole algunos de los planos que siempre llevaba con él—. Si bien se inspira en la de Reims, hace unos meses hice un viaje a París y pude ver con mis propios ojos la Santa Capilla, un milagro

levantado por orden del buen rey Luis para cobijar la corona de espinas de Nuestro Señor, así como un pedazo de la cruz y otro de la lanza que le atravesó el costado. Será un relicario como no habrá otro en el mundo por la importancia de sus reliquias, pero un constructor también sabe apreciar otros aspectos de la obra. Sus vidrieras son magníficas, inigualables; inundan el recinto de claridad y uno tiene la impresión de hallarse en el propio Paraíso. Quiero que mi catedral de León sea la catedral de la luz y he proyectado para ella setecientas treinta y siete vidrieras, tres rosetones de unos veinticinco pies de diámetro, treinta y un ventanales de treinta y ocho pies de altura. Además, preveo unas cinco decenas de huecos de diversos tamaños. La luz del sol se desplazará por el interior a lo largo del día e iluminará los grandes hechos y a los santos del cristianismo. Será como si el propio Dios narrase la historia de su Iglesia.

—¿Por qué exactamente setecientas treinta y siete vidrieras? —interrogó el bugre.

Sus sentidos se habían aguzado desde que los dos judíos de Nájera le habían hablado de la interpretación de los números, y había emprendido el estudio de las tablas pitagóricas con igual afán que el *Libro de la Revelación*. Había encontrado un par de tratados en la biblioteca de la escuela catedralicia que, también, tenían que ver con cifras y significados, y los había sustraído con toda tranquilidad.

—Ah... —el maestro Enrique sonrió—. Todo tiene una razón de ser en el Universo y nosotros formamos parte de él. Llevo mi vida dedicado a la construcción, sigo los pasos de mi padre como él siguió los del suyo. A lo largo de generaciones, mis antepasados construyeron y transmitieron sus saberes a sus descendientes.

—No os entiendo...

—Tampoco es algo que pueda explicarse en dos palabras. Son necesarios muchos años de estudio para llegar a comprender una ínfima parte del misterio. Basta con que sepáis que el Universo es matemática pura; y lo son los latidos del corazón, las estrellas, el movimiento del sol y de la luna, y la arquitectura. Las medidas y el emplazamiento para la construcción de mis catedrales y, naturalmente, las de todos los maestros

constructores del pasado y del presente tienen un motivo. Ambas, la de Burgos y la de León, por ejemplo, están siendo levantadas sobre antiguos templos, que, a su vez, lo fueron sobre otros y éstos, sobre otros... así, hasta llegar a un tiempo remoto del que nada sabemos, pero en el que, al igual que hoy, el ser humano se cuestionaba el misterio de la existencia.

—¿Habláis de los paganos?

—Y de los egipcios, griegos, romanos, cristianos, judíos, musulmanes... El ser humano ha tenido siempre la misma preocupación: saber de dónde viene y adónde va. Una cuestión cuya respuesta es ciertamente complicada. De todos modos, ¿por qué los antiguos pobladores de estas tierras construyeron un templo a su divinidad, cualquiera que fuese, y después los romanos hicieron otro tanto, y los musulmanes, y los cristianos... siempre en la misma ubicación.

—Decídmelo vos.

—No es una certeza científica y, en el fondo, lo ignoro, pero pienso que los antiguos conocían mejor que nosotros la ruta de las estrellas y situaron sus tabernáculos en lugares propicios a los prodigios. De todos modos, tened clara una cosa: nada ocurre por casualidad.

—¿Y el número de las vidrieras? —Lepetit retomó su pregunta inicial.

—El siete, el tres y el siete, juntos suman diecisiete y uno más siete son ocho, el número infinito sin principio ni fin, que se divide en dos partes iguales de cuatro, y éstas, en dos doses que se dividen en dos unos. Significa el equilibrio sin el cual no hay belleza, ni tampoco seguridad. Si añadimos a las vidrieras los tres rosetones, obtendremos el número veinte, es decir, dos más cero, igual a dos, la dualidad, el principio femenino, el Bien y el Mal, la luz y la oscuridad... y podemos continuar de la misma manera con el resto de los ventanales, las columnas, los arcos... todo se reduce a los números y a su interpretación, naturalmente.

Le entretenían las conversaciones con el constructor, si bien también le cansaban. Sabía mucho de números, de planos y edificaciones, pero ignoraba todo acerca del alma humana y el futuro de los hombres. Él quería respuestas claras a sus preguntas; necesitaba a alguien prosaico que le hablase en su mismo lenguaje, como el condenado herbolario que había

acercado la miel a sus labios para no dejársela catar, y no se atrevía a iniciar su misión sin estar seguro de que los astros le eran favorables.

Un mediodía, al salir de sus clases y pasar por delante de la fábrica catedralicia, descubrió al constructor parado delante de la llamada Puerta del Sarmental, situada en la fachada sur del edificio. Se hallaba en compañía de otros hombres, admirando el rosetón compuesto por dos coronas de veinte pétalos y otros dos de diez cuyos vidrios coloreados acababan de ser colocados. Los observó entrar y salir un par de veces y supo, por sus gestos y rostros sonrientes, que estaban muy satisfechos con el resultado. Se acercó, incitado por la curiosidad. El maestro Enrique lo vio llegar y lo invitó a acompañarlos al interior del templo. Los rayos del sol penetraban a través del rosetón iluminando la cabecera del crucero y proyectando sobre los muros y el suelo luces de tonalidades irisadas que dotaban al espacio de una atmósfera mística, a pesar de los cuerpos sudorosos y los juramentos de unos obreros que jalaban de una gruesa maroma para alzar un bloque de piedra hasta la tercera altura de la construcción.

Un hombre los estaba esperando cuando salieron. El arquitecto lo saludo con verdadero afecto y le propinó unas palmadas en el hombro.

—¡Maestro Ximenat! No te había visto desde mi llegada...

—Hemos estado talando los árboles y preparando los puntales que habíais solicitado, pero, si lo permitís, estoy aquí para pedirlos un favor...

—¿Algún problema?

—No, imagino que no... Nuestro médico, ¿lo recordáis? Vos mismo solicitasteis la licencia para que pudiera ejercer en San Pedro...

—Lo recuerdo.

—Se marchó hace unos días sin decir nada, pero dejó esta nota. El problema es que ninguno de nosotros sabe leer más de algunas letras, y esta escritura es difícil de desentrañar...

El maestro Enrique tomó el pedazo de papel de lino que el carpintero le tendía y le echó un vistazo.

—Me parece, querido Ximenat, que has ido a consultar a la persona equivocada. ¡No hay quien entienda este galimatías! Pero quizás mi amigo,

aquí presente, pueda echarle una mano. ¿No es así, maestro Roben? Seguro que estáis acostumbrado a descifrar escritos enrevesados.

—Lo estoy, en efecto. Dejadme ver...

El constructor colocó el papel a la altura de los ojos del bugre.

—Quien esto escribe...

—Don Ezequiel Falaquera de Nájera —se apresuró a informarle Ximen.

—Deja dicho que ha ido a la cabecera de su nuera, que está de parto, pero que regresará en cuanto todo se solucione. Dice también que un tal Eder...

—Eder Bozat —volvió a informarle el artesano.

—Lo acompañará en el viaje para evitar los peligros del camino...

—Ah, me quedo más tranquilo —afirmó Ximen al tiempo que recuperaba la nota, la arrugaba y la tiraba al suelo—. Probablemente recibió aviso y no tuvo tiempo de informarnos. Es un médico excelente —añadió dirigiéndose al constructor— y los míos y yo le tenemos en gran aprecio.

—Me alegra saberlo. Y al otro, ¿lo conozco?

—No. Llegó hace unas semanas procedente de Navarra estando vos ausente.

—¿Es también maestro de la madera?

—Es tallista, y bueno, pero no pertenece a la cofradía. Ya sabéis que aquí no se puede trabajar sin pertenecer a una y hay que comenzar desde abajo. De todos modos, no creo que pensara quedarse durante mucho tiempo. Dijo que se dirigía al Ponteferrato.

—No obstante, si vuelve, le haré una prueba y ya me encargaré yo de que lo acepten si es tan bueno como aseguras.

Los dos hombres se habían alejado mientras hablaban, dejando atrás al bugre que permanecía inmóvil con los ojos puestos en el papel arrugado tirado al suelo. Al principio, no había prestado atención a los nombres mencionados por el artesano, pero antes de acabar de leer la nota sabía de sobra a quiénes se estaba refiriendo. ¿Qué hacían el médico judío y el maldito pagano juntos en Burgos? No lograba ordenar sus pensamientos. Era imposible que supiesen que él se hallaba en la ciudad.

—¿Nos acompañáis?

El maestro constructor se dirigía hacia La Viña asiendo por el hombro al carpintero.

—¡Os sigo! —le gritó.

Se agachó como para arreglarse el calzado, recogió el papel manchándose los guantes con el barro del suelo, y lo guardó en la limosnera; después, se encaminó a la taberna.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, intentando pensar. No había querido, durante la comida con el maestro Enrique y el llamado Ximenat, mostrar su desazón, pero tenía que saber algo más sobre las dos únicas personas, además de un templario hijo de mala madre, que podían reconocerlo y denunciarlo. Aunque no los creyeran, se abriría una investigación y las cosas podrían ponerse muy feas. Durante la comida, y sin aparentar un interés especial, preguntó al artesano por su médico y, de paso, mostró su extrañeza por el hecho de que los carpinteros pudieran disponer de uno sólo para ellos. El hombre no era un gran conversador, pero, con la ayuda del constructor y un pote de orujo, logró sonsacarle algo de información. El galeno había aparecido un buen día en el barrio y había sanado a su hijo. En los días sucesivos atendió a otros vecinos y por esa razón decidieron pedirle que se quedara con ellos. Sí, tenía parientes en la judería, pero, al parecer, su hijo y su nuera habían tenido familia y no había sitio en la casa para uno más. En cuanto al otro, el joven navarro, había llegado a San Pedro con un recado de su hermano, el que vivía en Balmaseda, decía ser artesano de la madera y había demostrado su oficio tallando un precioso caballo para su hija pequeña, pero, como ya había comentado, únicamente estaba de paso por Burgos.

Así pues, el maldito pagano no había muerto en Dorreaga, abrasado junto a la imagen idólatra de una Virgen preñada. El papel le quemó en la limosnera durante toda la tarde y corrió a su vivienda en cuanto acabó las clases. Leyó la nota varias veces, pero no había en ella ninguna pista que pudiera indicarle la dirección que habían tomado y a qué villorrio, pueblo o ciudad se habían dirigido. ¿Y si acaso uno u otro, o ambos, lo habían descubierto? ¿Y si habían ido a avisar a Bertrand de Garlande, el maldito templario? El carpintero del maestro Enrique no había mencionado los días

que el médico faltaba del barrio. Lo paralizó una sensación similar al pánico. Debía abandonar Burgos cuanto antes, desaparecer. Amanecía cuando finalmente se serenó. Según Ximenat, el pagano tenía la intención de ir al lugar llamado Ponteferrato, que estaba en dirección contraria al reino de Navarra, donde se encontraba el monje soldado. Era preciso mantener la calma y averiguar algo más antes de aventurarse por los caminos debido a una remota casualidad.

No perdió el tiempo y, en cuanto se levantó, se dispuso a investigar lo que pudiera sobre el médico riojano. Ximenat había hablado de un hijo en la ciudad, padre reciente. Acudió a la aljama y preguntó por la familia Falaquera a la primera persona con quien se topó. Encontró a Samuel a punto de salir para la orfebrería y a su mujer dando de mamar a la niña. Ninguno de los dos ocultó su sorpresa, y temor, al verlo asomar por el quicio de la puerta a una hora intempestiva, porque los clérigos cristianos raramente aparecían por la judería y, mucho menos, por los domicilios particulares. El bugre esbozó una de sus raras sonrisas que, en lugar de confianza, provocaban todavía más desconfianza si cabía y preguntó por don Ezequiel, «el buen médico de quien le había hablado el maestro Enrique». Lo buscaba, les informó, porque un maestroescuela y varios estudiantes se hallaban enfermos sin que se supiera el origen de su mal.

—Todos los médicos de Burgos están siendo consultados por orden del arzobispo —añadió para dar más credibilidad a sus palabras— y vuestro padre es el último a quien recurrimos antes de enviar mensajeros a otros lugares. Esta ciudad es sitio de paso de gentes muy diversas que, en algunos casos, propagan graves enfermedades. No podemos arriesgarnos a sufrir una plaga.

Sol cubrió la cabeza de su niña con el mantón, como para ahuyentar la amenaza, y lanzó a su marido una mirada aterrorizada.

—Mi padre vive en el barrio de San Pedro...

—Así nos habían informado, pero hemos ido en su búsqueda y nos han dicho que ya no está allí.

La pareja mostró su desconcierto; estaba claro que ignoraban su paradero.

—Algún otro familiar...

—Sólo nos tiene a nosotros en Burgos —aseveró Samuel, todavía bajo la impresión causada por la noticia de la desaparición de su padre.

—Puede que haya vuelto a...

—¿A Nájera? No; habría venido a despedirse.

—¿Y no se os ocurre adónde ha podido ir?

—Quizás a visitar a Isaías... —apuntó Sol que continuaba ocultando a su hija bajo el mantón.

—Nos lo habría dicho... —afirmó Samuel convencido.

—¿Isaías?

—Mi hermano mayor. También es médico y vive en León.

—Bien... —Robert asintió con aire pensativo—, teníamos intención de enviar un mensajero a León para solicitar la opinión de los médicos de aquella ciudad. Con suerte, también recabaremos la de vuestro padre. Quedad con Dios.

Salió de la casucha un poco más tranquilo. No era mucha la información obtenida, pero al menos era algo. La mente jugaba a veces malas pasadas y hacía creer en cosas que no eran reales. Casi podía asegurar que los dos hombres no habían regresado a Navarra. El judío tenía un hijo en León y el pagano había mencionado su intención de ir en aquella dirección; uno más uno, dos. Lo lógico era que ambos se hubieran encaminado hacia el oeste. Antes de acudir a la escuela, pasó por el pasaje del Brezo, pero la puerta del herbolario continuaba cerrada. Una idea le vino de pronto a la cabeza: era improbable que él y don Ezequiel se conocieran, mas no imposible. A fin de cuentas, el uno era médico y el otro elaboraba compuestos y medicinas. Se humedeció los labios; tenía un mal presentimiento y llamó a la puerta del edificio contiguo. La vecina, una mujer vieja y arrugada, no pareció sorprenderse al abrir y encontrárselo parado delante de la puerta, lo cual le indicó que lo había visto merodear por allí en las otras ocasiones. Apenas le dio los buenos días y le preguntó directamente si conocía a Ezequiel Falaquera, un médico judío ya mayor, de barba y cabellos canos, amigo del herbolario.

—Ignoro si ése era su nombre y si era judío, pero un hombre de edad lo visitó todas las tardes durante varios meses. No lo he vuelto a ver por aquí desde que Hadi al-Suri se marchó.

Ni siquiera se despidió de la vieja, que observó con curiosidad cómo su pálido rostro se tornaba cadavérico. No podía ser una casualidad. El azar había hecho que tres sujetos coincidieran y la mala fortuna, que los tres lo conocieran. Algo tramaban; no era natural que hubiesen desaparecido al mismo tiempo. Tenía que encontrarlos y, esta vez, no dejaría cabos sueltos. Estuvo dándole vueltas y más vueltas al asunto, intentando encontrar una solución ya que no era cuestión de ir tras su pista sin más. Necesitaba ayuda y hora era ya de poner en práctica su plan.

—¿Cuándo regresaréis a León? —preguntó al arquitecto mientras compartían un succulento asado de cordero lechal con una costra de cebollas y miel.

—De aquí en diez días. Hemos iniciado las obras de la cabecera y quiero estar presente por si hay problemas. Es muy fatigoso trabajar en dos construcciones al mismo tiempo —añadió—. Pierdo demasiado tiempo desplazándome de una a otra.

—Después de todo lo que me habéis contado, siento un gran deseo de visitar la fábrica de León.

—¡Venid conmigo entonces! —exclamó el maestro Enrique, impulsivo como de costumbre.

—Tentado estoy...

—Pues no lo penséis más y aprovechad la ocasión.

—Pero mis clases...

—Dejadlo en mis manos. Hablaré con el arzobispo; le diré que os necesito durante unos meses. No pondrá ningún inconveniente; nunca los pone cuando le pido un favor. Es una de las ventajas de ser un constructor solicitado —añadió con sorna.

La espera se le hizo muy larga. Cada jornada era una ventaja para los tres hombres que, estaba convencido, buscaban su perdición, pero debía tener paciencia. No malgastó, sin embargo, los días que todavía le quedaban en la ciudad de Burgos. Llevaba tiempo observando a un sujeto mal

encarado, apostado junto a la choza de las herramientas de los canteros. Siempre lo veía en el mismo sitio cuando acudía a la escuela catedralicia, tanto por la mañana, como por la tarde, y se preguntaba, intrigado, cuál sería su cometido puesto que no trabajaba ni tenía aspecto de artesano.

—Es uno de los guardas pagados por los ricos comerciantes que sufragan las obras —le informó el maestro Enrique—. Están por todas partes y se encargan de vigilar que no haya ladrones ni trifulcas.

—No da la impresión de estar muy ocupado...

—Pues es una impresión falsa. Yo mismo lo he visto actuar con contundencia y enviar a más de uno al hospital.

Comprobó la eficacia del vigilante con motivo de una riña entre dos aprendices, hombres hechos. Antes de que pasaran a las manos, los había acogotado y lanzado al suelo, a ambos al mismo tiempo. No dijo una palabra; se limitó a mirarlos. Los aprendices permanecieron acoquinados durante unos segundos y, después, se levantaron y tomaron direcciones opuestas. Le hacía falta a su lado alguien como aquél y lo abordó de inmediato. Había tenido ocasión de admirar su fuerza y aplomo —le aseguró— y deseaba ofrecerle un acuerdo beneficioso para ambos, si bien antes debía responder a una serie de preguntas, pues tenía que estar seguro de que, en efecto, era la persona que buscaba. El hombre, que dijo llamarse Ferrán, vaciló. La inquietante apariencia de su interlocutor no le infundía confianza alguna y su mirada inquisitoria le hacía sentirse incómodo. Estuvo a punto de dejarlo plantado allí mismo, no obstante... había algo en el individuo que le producía cierta fascinación. Estaba harto de lidiar con trabajadores toscos, canónigos arrogantes y comerciantes despectivos que lo consideraban un mero esbirro encargado de imponer el orden. Quizás el extraño sujeto le brindara la oportunidad de escapar de su miserable vida. Asintió y se dispuso a responder al interrogatorio.

Procedía de una familia campesina originaria de Matalindo, un poblacho a unas ocho leguas de Burgos, perteneciente al alfoz de Santa Cruz de Juarros. Tenía mujer y cuatro hijos, pero no sabía nada de ellos. Los había dejado en Matalindo cuando la última gran sequía, iba ya para unos cuantos años, con la idea de volver a por ellos en cuanto tuviese un

trabajo y una casa en la ciudad, pero no lo había hecho. En el campo estaban bien —adujo— y él nunca había dispuesto de dineros suficientes para cumplir su promesa; vivía en un cuchitril y saciaba sus necesidades viriles en la casa de una alcahueta ubicada en el Barrio Pobre. Por lo demás, no jugaba a los dados, bebía justo lo necesario, comía con mesura y asistía a la iglesia todos los domingos y fiestas de guardar como buen cristiano que era.

—Trabaja para mí —le dijo Robert, satisfecho con sus respuestas. El hombre era un bruto, pero no tonto; era del tipo que obedecía sin cuestionar las órdenes—. Tendrás dinero, conocerás otros lugares y ocuparás un puesto de importancia llegado el momento.

Fernán no entendió la última afirmación, pero tampoco tuvo interés en preguntar. Un quinto sentido le aconsejaba ser prudente.

—Vos mandáis —se limitó a decir.

El bugre le entregó varias piezas de plata para que se pagase un baño y una rapada de cabellos y comprase ropa nueva y «discreta» —le advirtió—. Debía adquirir dos mulas y esperarlo al día siguiente, nada más clarear, en la puerta de San Martín. Viajarían en compañía del maestro Enrique y él explicaría su presencia alegando una visita a unos familiares de León. El maestro era un hombre confiado, pero ellos no tenían por qué informarle acerca de su acuerdo.

El hombre hizo lo que se le ordenó. Compró una camisa de lino, unas bragas de cuero hasta debajo de la rodilla, una sobrevesta de grueso paño negro forrado con piel de oveja, medias de lana también negras y unos zapatos, más bien botas, de segunda mano en bastante buen estado. No tenía tiempo de encargarse al zapatero unos nuevos. No le gustaban los gorros, así que no compró ninguno, pero sí una larga bufanda que podía enrollarse alrededor de la cabeza y del cuello en los días más fríos. Fue a continuación a una casa de baños y se lavó con jabón, se dejó frotar con una esponja de esparto que le levantó la costra de mugre que recubría su piel, se cortó el pelo y se arregló la barba. Adquirió las dos mulas y ocupó una habitación para él solo en una hospedería de la calle Real, pero, antes, pasó por la mancebía del barrio de Santa Gadea. Por cinco maravedíes el servicio,

manta incluida, se desfogó a gusto y solicitó después otra mujer y otro servicio. Fue lo más cerca que jamás estuvo de lo que él suponía era la vida de los ricos.

A la mañana siguiente, nada más clarear, estaba esperando a su nuevo patrón junto a la puerta de San Martín. Robert Lepetit no tardó en llegar y aprobó con un gesto del mentón el aspecto de su sirviente. Poco después aparecía el maestro Enrique acompañado por un criado y dos aprendices y todos juntos emprendieron la ruta hacia León.

OceanofPDF.com

León, año 1254

El grupo llegó a León a media tarde del quinto día. No había duda de que el maestro y sus acompañantes estaban acostumbrados a recorrer las cerca de novecientas leguas que separaban la ciudad castellana de la leonesa. Cabalgaron sin detenerse más de lo necesario, iban ligeros de equipaje y el criado portaba una talega con pan, queso, jamón y un par de botas de vino que apuraron sin apearse de las caballerías. Además de encargarse de las vituallas, el sirviente iba bien pertrechado con un arco pequeño y su correspondiente carcaj repleto de flechas, así como con una daga de buen tamaño y un hacha franca de una mano. Los dos aprendices también portaban dagas en previsión de un asalto por parte de una de las numerosas partidas de malhechores que se ganaban la vida atracando a viajeros y peregrinos. Robert intercambió una mirada con Ferrán y éste abrió su sobrevesta con disimulo y le mostró una gumia, un cuchillo sarraceno de hoja curva. Dejaron las mulas en la caballeriza situada junto a Nuestra Señora del Mercado y el antiguo vigilante se despidió para no levantar sospechas. Afirmó que iba a casa de sus supuestos parientes y prometió pasarse por las obras; se alejó unos pasos, lo suficiente para que no se apercibiese su presencia, y los siguió a una distancia prudencial hasta un mesón en la rúa de los Francos. El local era una casa de dos plantas construida en piedra y ladrillo. Las dos antorchas encendidas encima de la puerta, una a cada lado de un cartel, el bullicio que se escuchaba dentro y el olor a comida que llegaba a la calle mostraban que aquél era un ámbito muy frecuentado.

—Dormiréis aquí esta noche, maese Robert —oyó decir al maestro Enrique—. Es un lugar acogedor, la pitanza es de lo mejor y los dueños son

amigos. Mañana os buscaré un alojamiento más tranquilo. Ignoraba que me acompañaríais en este viaje y no he tenido tiempo de enviar un mensajero para que mi mujer se encargase de vuestro hospedaje.

—Seguro que estaré bien —respondió el bugre—, no os preocupéis por mí.

—Mañana enviaré a mi criado para que os escolte hasta la catedral.

—Sabré ir solo...

—Insisto.

Ferrán vio entrar a los dos hombres mientras los aprendices y el criado esperaban fuera. Poco después salía el maestro Enrique y los cuatro desaparecieron en la oscuridad de la noche. Entró en el mesón. Su patrón estaba sentado a una mesa en la sala de comidas, esperando a que le sirvieran, y le hizo una seña para que se acercara y tomara asiento a su lado. Cenaron en silencio y a continuación subieron a la habitación, Robert por delante y Ferrán tras él cargando con la bolsa de viaje del primero; él sólo tenía lo que llevaba puesto. El cuarto era pequeño, pero estaba caldeado con un brasero, disponía de una buena cama con dosel y cortinas, sábanas limpias, edredón y sobrecama, palangana y jarra con agua y lienzos para el aseo. El sirviente desvistió al señor y no se le movió un solo músculo de la cara cuando le quitó los guantes y contempló sus manos descamadas, pasó el calentacamas sobre el colchón y esperó a que se acostara para cerrar las cortinas y tumbarse él a ras de suelo, con la cabeza apoyada en su brazo derecho.

Al día siguiente, antes de ir a encontrarse con el constructor, su criado acompañó a Lepetit a la vivienda de don Marcelo Íñiguez, un canónigo ya anciano, situada frente a las obras. El clérigo estaba dispuesto a cederle una amplia habitación debido a la gran amistad que lo unía al maestro Enrique, le informó al recibirlo en su casa. Estaba asimismo presto a recibir a sus sirvientes, si es que los tenía, ya que la cocina era espaciosa y podían compartirla con sus propios criados. Cerca del mediodía, el bugre se dirigió a la fábrica de la nueva catedral y se quedó atónito. Sólo se habían levantado los cimientos y poco más. El nuevo obispo, Martín Fernández, amigo del también recién coronado rey Alfonso, estaba dispuesto a relanzar

los trabajos que languidecían desde su mismo inicio, cincuenta años atrás. No solamente se había encargado de contratar al maestro, sino que también estaba dispuesto a pagar los trabajos con su fortuna personal, cuantiosa por otra parte. Después de haber oído al arquitecto hablar tanto y repetidamente sobre su bellísima obra, imaginaba que estaría al menos igual de avanzada que la de Burgos y no era ése el caso. Sin embargo, el entusiasmo del constructor era genuino: le mostró los planos, lo obligó a acompañarlo en un recorrido por el perímetro ya edificado y el que estaba por edificar: las fachadas porticadas, repletas de imágenes, las torres, el amplio crucero, la girola y sus cinco capillas poligonales... y la luz que entraría a raudales. Alzaba los brazos y señalaba los muros aún por levantar, altos y ligeros, meros soportes de los cientos de vidrieras y de los rosetones que ya estaban siendo fabricados en los talleres de los maestros vidrieros. Su mirada brillaba ilusionada. Una vez finalizada, la catedral consagrada a Santa María de la Regla sería sin duda alguna única en su estilo, hermosa, diáfana, luminosa; una maravilla para la vista y para los sentidos; una comunión perfecta con la divinidad. Él no estaba interesado en el edificio y aprovechó que los trabajos de la cabecera requerían toda la atención del arquitecto y que éste era solicitado casi de continuo y se marchó con la disculpa de ir a conocer la ciudad, si bien al despedirse prometió regresar a media tarde para acompañarlo a visitar a su familia. Ferrán lo esperaba, disimulado detrás de una pila de traviesas, y lo siguió caminando media docena de pasos detrás de él.

Durante el trayecto desde Burgos no había podido dedicarse a buscar a los dos infieles y al pagano. Las tierras que atravesaron estaban en su mayoría dedicadas al cultivo del trigo y la cebada, pero aún no había comenzado a brotar la simiente y se veían yermas; los pueblos se hallaban distanciados unos de otros y la ventisca golpeaba con furia a los caminantes. No eran muchos los peregrinos que se aventuraban por los caminos en pleno invierno, pero alguno había. Envueltos en sus esclavinas, con los sombreros calados hasta las orejas, tapabocas y guantes de lana, asiendo con ambas manos sus bordones, luchaban contra el viento y el frío e intentaban llegar cuanto antes al hospital más próximo. Ellos no se

detuvieron en los albergues para pobres y caminantes. El maestro y sus hombres conocían los mejores establecimientos para pernoctar y reponer las fuerzas. En Hontanas, pasado Castrojeriz, se detuvieron en el Mesón de los Franceses que, como bien indicaba su nombre, estaba regentado por una familia de allende los Pirineos. El local disponía de un establo para los peregrinos pobres, a quienes los monjes del monasterio de San Antón ya habían dado la sopa de caridad, y de habitaciones para quienes disponían de dineros para pagarlas. El dueño conocía muy bien al constructor puesto que siempre se detenía en su mesón y le cobraba lo justo, algo que no hacía con los desconocidos, a quienes, por lo general, exigía de más. El maestro, un hombre generoso, insistió en abonar el alojamiento de todos, y lo mismo hizo durante el resto del viaje en los lugares en los que se detuvieron para dormir y comer. Robert hizo amago de protestar, pero sin demasiado empeño. No estaba por la labor de agotar tontamente los dineros logrados gracias a las clases. Si el constructor quería costear los gastos del viaje, que lo hiciese. Su única preocupación era encontrar a los tres hombres que podían poner su misión en peligro. Escudriñaba los rostros de los caminantes que dejaban atrás e, incluso, de los que caminaban en dirección contraria, y también de aquéllos con quienes compartían mesa y a veces habitación, pero no había hallado rastro de ellos y tampoco podía preguntar sin llamar la atención de sus acompañantes. Calculó que, aunque fueran a pie, habrían tenido tiempo de sobra para llegar a León. A pesar de la existencia de juderías y morerías en Castrojeriz, Frómista, Sahagún, Carrión y en casi todos los pueblos del Camino, un sexto sentido le decía que se encontraban bajo el mismo cielo que él o que, al menos, lo habían estado.

León era una ciudad pequeña. Dicha constatación lo defraudó y alegró a partes iguales. Se había hecho a la idea de que sería poco más o menos como Burgos, quizás por las alabanzas que de ella hacía de manera continuada el maestro constructor y por su renombre como cuna, corte y enterramiento de reyes. Sin embargo, era bastante más reducida y podía patearse en un santiamén lo que, al mismo tiempo, facilitaba su búsqueda. Él y Ferrán encontraron enseguida el barrio judío, y también el musulmán, pues ambos se entremezclaban en algunas de las calles de forma que una de

las sinagogas se hallaba en la cal de Moros, y el callejón ocupado en parte por la madrasa, la escuela coránica, desembocaba en la cal Silvana, nombre de la rica familia judía de los Silván que poseía casi todos los inmuebles de la misma. Siempre escoltado por su hombre, que no le perdía ojo, el bugre anduvo arriba y abajo por calles y callejuelas: Platerías, la Azabachería, Zapaterías... más atento a los rostros de las personas con quienes se cruzaban que a la actividad, los comercios y general animación que llenaban los rincones de ruidos y voces. Acabaron en la plaza de San Martín, en una taberna donde servían un plato único todos los días del año, tal y como afirmó orgulloso el tabernero: liebre con judías, acompañado de un pedazo de pan, otro de queso de cabra y un pote de vino joven elaborado con las uvas de las cepas de los monjes benitos, quienes —según el hombre—, detentaban el monopolio de los caldos de la región. Los viernes y durante la Cuaresma, las judías se servían solas y la liebre se transformaba en trucha.

Robert apenas probó bocado. Su proceder no era digno de su inteligencia —se dijo. Había sido una locura echar a andar por las calles sin un plan previo y sin tomar precauciones. Corría el riesgo de ser visto por el pagano y los otros dos, y que él no los viese a ellos. Debía elaborar rápidamente un plan. A su lado, Ferrán atacaba el segundo plato de liebre con judías con el apetito propio de un muerto de hambre. Intentó recordar sin conseguirlo el nombre del hijo que don Ezequiel tenía en León. ¿Zacarías? ¿Elías? ¿Jeremías? ¿Cómo diablos se llamaba? No era preciso ser demasiado espabilado para imaginar que el viejo acudiría a su casa en cuanto llegara a la ciudad.

—Vuelve a las calles de los judíos y pregunta por un médico de nombre Falaquera —ordenó al sirviente—. No hace falta que hables con él, únicamente entérate dónde vive y si su padre está con él. Luego date una vuelta por las de los moros e infórmate sobre un herbolario de nombre Hadi al-Suri, a ver si alguien lo conoce. Nos veremos en la casa del canónigo a la puesta del sol.

La orden no admitía demora. Ferrán se levantó y miró con tristeza el plato recién empezado: él sí había apreciado el exquisito condumio

preparado a fuego lento por manos expertas. Era un crimen dejarlo apenas comenzado, pero no tenía más remedio y salió a cumplir el encargo llevándose el pedazo de queso que le correspondía. El bugre había recobrado súbitamente el apetito; su ración se había quedado fría y no tuvo reparo alguno en comerse la de su sirviente. Un rato más tarde se hallaba en el hogar del maestro Enrique, una vivienda diseñada y construida por él mismo a su llegada a la ciudad y situada a pocos pasos de la fábrica catedralicia, en la calle de los Serradores y cercana a uno de los cubos de la muralla. Por fuera mostraba una apariencia sobria, muy conforme al estilo leonés, pero su interior era completamente francés: sobre las paredes podía apreciarse una capa de estuco o tierra cocida y barnizada; las ventanas, más grandes de lo habitual, estaban provistas de vidrios coloreados y las maderas de los techos estaban pintadas con dorados, verdes, azules y rojos, al modo de las casas ricas que él recordaba haber visitado en París. La cocina estaba separada de la sala de comer en la que había una gran mesa de madera con sus correspondientes sillas y una enorme chimenea que ocupaba gran parte del muro, con asientos de piedra a los lados. Dos confortables sillones fraileros de cuero enfrente del fuego encendido completaban el conjunto. El ama de la casa, una champenoise de mejillas sonrosadas y cuerpo relleno, todavía tentador para los asuntos del lecho, sus tres hijos, la mujer del mayor y tres criados atendían solícitos al padre de familia que, en aquel rincón del mundo, había creado su pequeña corte. No era de extrañar que el hombre se sintiese a gusto en León y deseara regresar cuanto antes siempre que sus obligaciones lo llevaban a Burgos. Tenía un rincón acogedor para vivir, una familia encantadora, el aprecio de nobles, así como de clérigos y trabajadores, y dinero suficiente para mostrarse generoso. Robert experimentó verdadera envidia. Había sentido por el constructor tanto aprecio como era capaz, que no era mucho, pero dejó de sentirlo a la vista de su buena fortuna. Una vez más, el Dios a quien había entregado los mejores años de su vida le mostraba que sus favores estaban destinados a otros.

Ferrán lo esperaba delante de la puerta de la casa del canónigo.

—¿Has averiguado algo?

—Nada, señor.

—¿Falaquera?

—Isaías Falaquera vive en la calle de la Azabachería, con su mujer y dos hijas, y no ha recibido ninguna visita en las últimas jornadas.

—¿Estás seguro?

—He hablado con el azabachero que tiene taller en los bajos de su casa mientras regateaba con él por una higa.

—¿Una qué?

—Una higa, señor.

El hombre sacó de su bolsillo un colgante de azabache: el puño de una mano derecha cuyo pulgar asomaba entre el índice y el dedo corazón.

—Es un amuleto contra el mal de ojo —le explicó.

—Es paganismo e idolatría y más si viene de un judío —le atajó el bugre arrancándole la higa de la mano y tirándola lejos de ellos—. ¿Y qué hay sobre el moro?

—Nadie ha oído hablar de él. He estado en la cal de Moros y he preguntado a un par de herbolarios. Me han asegurado que allí todo el mundo se conoce y que ellos sabrían de la llegada de cualquier forastero, incluso si estuviese de paso, y más siendo del oficio.

Quizás se estaba haciendo mala sangre sin motivo; quizás sus tres adversarios no habían llegado a León, ni pensaban hacerlo. Lo más probable es que hubieran huido a esconderse en algún pueblo cercano a Burgos al conocer su presencia en la ciudad. Recordaba la mirada aterrorizada del pagano al toparse con él en el Puente de la Reina, tras el funeral de Bisol. Allí tenía a los templarios para protegerlo, pero ahora estaba solo y no querría enfrentarse a él a sabiendas de que tenía todas las de perder. Por su parte, el viejo judío no era adversario suficiente para él, y lo sabía. En cuanto al moro, seguro que los otros dos le habían metido el miedo en el cuerpo y había preferido desaparecer antes que vérselas con él.

Dejó a Ferrán en la cocina, en compañía de los dos sirvientes del canónigo, un hombre y una mujer, y se dirigió al escritorio de don Marcelo con la intención de darle las buenas noches y retirarse a descansar. El

clérigo se hallaba sentado junto a un brasero y tenía un libro en las manos. Se había quedado adormilado, pero se despabiló en cuanto lo oyó entrar.

—Siento haberos importunado... —se disculpó.

—No, no, pasad. Me gusta mantener una conversación antes de acostarme y, desgraciadamente, no ocurre a menudo. Sentaos, os lo ruego.

No tenía ganas de hablar con un anciano, cuya única conversación giraría en torno a su experiencia de religioso, pero tampoco podía desairarlo. A fin de cuentas, lo había acogido en su domicilio sin cobrarle por el alojamiento y no sabía cuánto tiempo permanecería en él, porque una cosa tenía clara: no regresaría a Burgos. León era, acaso, una ciudad mejor que aquélla para iniciar su proyecto.

—Estabais leyendo... —dijo por decir algo, al tiempo que señalaba el libro que reposaba sobre el regazo del clérigo.

—Sí. Gracias a Dios conservo una buena visión y la lectura es mi mayor placer, ahora que no sirvo para mucho más. Es una obra de Lucas de Tuy, ¿habéis oído hablar de él? Murió hace un par de años, pero yo tuve el honor de conocerlo cuando ambos éramos jóvenes. Fue canónigo de San Isidoro y luego obispo de Tuy, en Galicia, tierra de paganos como no hay otra. Compartimos muy buenos momentos y, también, muchas preocupaciones y un mismo temor: que la herejía se instalase aquí mismo, en nuestra ciudad, cosa que ha ocurrido como mucho nos temíamos.

—¿Herejía?

La palabra despertó su interés. Ya casi había olvidado que él mismo había sido azote de herejes y había emprendido una cruzada contra los cátaros del norte de Francia. Gracias a él, cientos de ellos perecieron en las llamas y la región se vio libre de la plaga, pero su valiente y decidida dedicación sólo le acarreó desgracias y sinsabores. Fue traicionado por sus hermanos en religión, los *Domini Canis*, los perros guardianes de Dios, los dominicos; fue expulsado de la Orden y anatemizado por el obispo de Roma. Nunca se lo perdonaría ni a los unos ni al otro, aunque el trono pontificio cambiara de dueño.

—En efecto —prosiguió don Marcelo—. Mi buen amigo don Lucas, a quien también se llamó «el Tudense», aunque hubiera sido más lógico

llamarlo «el Leonés» puesto que era nacido en esta tierra, sentía una gran preocupación por este asunto y dejó escrito este libro que leo y releo sin cansarme: *De altera vita fideique controversiis adversus Albigensium errores*.

—¿Albigenses?

—Sí, o valdenses, o cátaros, como mejor os parezca. Son todos de la misma ralea. Propagan ideas heréticas y ponen en peligro la fe de las buenas gentes que creen en sus mentiras y arriesgan la salvación eterna de sus almas.

—¿Hay cátaros en León? —la sorpresa de Robert Lepetit no era fingida.

—Así es. Llegaron huyendo de las persecuciones en el reino de Francia. Predican la pobreza, la comunión de bienes y la piedad evangélica, pero, en el fondo, intentan soliviantar a la plebe en contra de la Iglesia y de sus señores naturales. Niegan la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y la virginidad de su Santísima Madre; denuncian cualquier expresión de riqueza, incluidos los ornamentos religiosos y los objetos de culto. ¿Podéis imaginar mayor ultraje?

—¿Y no se hace nada para acabar con ellos?

—Las autoridades eclesiásticas y civiles conocen sus movimientos y a sus cabecillas, pero no los arrestan. El buen rey don Fernando, que Dios tenga en su Gloria, decretó la confiscación de sus bienes, el destierro y una marca en la cara grabada a hierro candente para que pudieran ser reconocidos en todo el reino. Incluso ahorcó a unos cuantos y ordenó cocer a otros en calderas de agua hirviendo, pero, que yo sepa, ya no se les persigue. Su hijo, don Alfonso, no es igual de piadoso e, incluso, muestra su aprecio a judíos y musulmanes. En cuanto a la secta de los herejes, sus adeptos son campesinos y artesanos. Aquí, el Señor sea loado, no ha ocurrido como en las tierras del conde de Toulouse y no hay gente de importancia entre ellos, únicamente unos cuantos mezquinos que irán a parar directamente al Infierno en cuanto mueran.

Durante los siguientes días, Robert mantuvo largas conversaciones con su anfitrión. El religioso disfrutaba enormemente con la compañía de su atento oyente. Imposibilitado para andar, no tenía familia ni con quién

entretenerse, a excepción de su administrador, Juan de Mansilla, un personaje envarado que llegaba todas las mañanas puntualmente con un cartapacio bajo el brazo y le rendía las cuentas. Así supo que el anciano, antiguo mayordomo de fábrica, es decir, encargado de las obras de la catedral, pertenecía a una noble familia leonesa y que, además de la casa en la que vivía, poseía otras dos, varias huertas y una buena cantidad de doblas de oro, monedas en plata y pagarés en un cofre árabe de madera y marfil, regalo del rey Fernando de León a su padre en agradecimiento por su bravo comportamiento durante la batalla de Alburquerque contra los almohades. Tenía dos cerraduras y la llave de una de ellas colgaba de su cuello, junto a una cruz de oro bueno. La otra la tenía el administrador en un aro de hierro con copias de las demás llaves de la casa: la de la puerta de entrada, la de la bodega, la de la despensa... El bugre no aparecía por el escritorio del canónigo mientras el hombre se hallaba en él; esperaba pacientemente, observando desde la ventana de su habitación el trabajo de los menestrales, a que la enjuta figura vestida con un largo ropón de color oscuro atravesara la plaza y doblase la esquina de la parte derecha de la catedral. Entonces, acudía raudo al lado del canónigo y ambos permanecían juntos hasta la hora de comer; se reunía con él después de la siesta y no lo abandonaba hasta la hora de acostarse. No había vuelto a salir de la casa, a pesar de que el maestro Enrique le había enviado recado en varias ocasiones. Alegó no hallarse bien y pidió disculpas. Enviaba a Ferrán todos los días sin faltar uno a averiguar si sus tres adversarios habían finalmente llegado a la ciudad. No había señales de ellos y dicha constatación tranquilizaba su ánimo y le permitía centrarse en su nueva tarea: ganarse la confianza del canónigo Íñiguez.

El hombre era un erudito, disponía de una biblioteca de cerca de veinte tomos encuadernados —«*la mejor biblioteca privada de la ciudad*», afirmó orgulloso—, un buen número de rollos y decenas de páginas manuscritas de su puño y letra. En su madurez había adquirido fama de buen teólogo y había viajado a París y a otros lugares, si bien la experiencia más emocionante de su vida había ocurrido en Roma, durante el cuarto Concilio

de Letrán, cuando le fue permitido besar la zapatilla del Sumo Pontífice Inocencio, el tercero de su nombre.

—¿Y qué hacíais vos en el Concilio? —le preguntó Robert con curiosidad.

—Iba en el séquito del arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximénez de Rada, que duerme en la paz del Señor.

Don Marcelo pasó entonces a relatarle, entusiasmado, las maravillas de la ciudad del Tíber: la basílica que guardaba los restos de San Pedro a la que acudían miles de peregrinos llegados desde todos los rincones del orbe cristiano; las decenas de templos erigidos por doquier, repletos de reliquias de santos: los talleres de los artistas, pintores y escultores en su mayoría: los preciosos frescos que decoraban los muros de las iglesias y de los palacios de los cardenales. Todo en Roma era grandioso, como correspondía al centro de la cristiandad. Un año entero había durado el Concilio y en él se había condenado sin vacilaciones la herejía cátara. Se constituyeron tribunales inquisitoriales especiales y el primer inquisidor fue el burgalés Domingo de Guzmán.

—Habréis oído hablar de él, ¿no es cierto? —preguntó el clérigo cándidamente—. Fue el fundador de la Orden de los Predicadores, los dominicos, y canonizado sólo trece años después de su muerte...

—Lo sé, lo sé... —Robert evitó hacer un comentario sarcástico hacia el santo y sus frailes y retomó el tema que más le interesaba—: ¿Y los herejes de León?

—¡No es de extrañar que anden a sus anchas! —exclamó el anciano airado—. ¡Es inconcebible que en la ciudad no existan conventos de dominicos y franciscanos como en otras poblaciones de los reinos de Castilla y de León!

—Quizás no sean necesarios para perseguir a los herejes...

—¿Qué queréis decir?

—Vos sois un teólogo reconocido, una persona respetada: el arzobispo, el gobernador, incluso el propio rey os escucharían...

—Nadie lo haría. Soy un pobre viejo sin movilidad en sus piernas y a quienes muchos tachan de obcecado en este asunto de la secta albigense y,

por otra parte, hace ya mucho que mi mano no es capaz de sostener el cálamo para elaborar las alegaciones pertinentes.

—Yo sólo soy un maestro de retórica, pero podría ser vuestras piernas, y también vuestra mano...

El hombre lo miró fijamente y, luego, se le iluminó el rostro como si acabase de comprender el alcance de sus palabras.

—¿Haríais eso por mí?

—Y por Nuestro Señor Jesucristo que dio su vida para salvarnos, por su Madre y por nuestra Santa Iglesia Católica y Apostólica que, como bien decís, se halla en peligro —respondió el bugre en el tono más humilde que fue capaz de adoptar.

A partir de aquel día, el canónigo dictó y Robert escribió. Don Marcelo insistió en contratarlo como escribiente y pagarle el sueldo de un amanuense real y él aceptó tras hacerse mucho de rogar. El anciano le habló de los herejes que habían llegado tras las grandes persecuciones en el sur de Francia, aunque confesó que no sabía cómo calificarlos porque no predicaban lo que él entendía por una doctrina, sino que únicamente se dedicaban a poner en ridículo a la Iglesia y sus enseñanzas, a reírse de la religiosidad de sus vecinos, de las procesiones y de las penitencias. Asimismo hacían burla de la nobleza y de sus riquezas, aunque nunca se habían atrevido a atacar al rey. Le informó acerca de un tal Arnoldo, ya fallecido gracias a Dios, un francés, el primero que había logrado reunir a su alrededor un pequeño grupo de prosélitos. En su opinión, la secta pretendía socavar primero los cimientos de la fe verdadera para luego entregarse al «adversario» mencionado por San Juan en su *Libro de la Revelación* y que no podía ser otro que el Anticristo, que llegaría mil doscientos sesenta y seis años después del nacimiento de Jesús, es decir, faltaban sólo unos diez años para que tal hecho ocurriera. Los ojos de rapaz del bugre brillaron al escuchar dicha aseveración; no dijo nada y continuó escribiendo al dictado. El clérigo continuó hablando de los judíos y de los moros, en especial de los primeros, cuya presencia en León podía fecharse sin equívocos más de trescientos años atrás.

—Antes ocupaban el enclave llamado Puente Castro, a las afueras de la ciudad, pero los reyes Alfonso el Sexto de Castilla y Pedro el Segundo de Aragón ordenaron su quema y esclavizaron a sus moradores. También hubo asaltos a las juderías del reino hace apenas veinte años, pero los deicidas son como la mala hierba: ¡se arranca y vuelve a crecer! —exclamó impetuoso—. Ahora han invadido el barrio de Santa Ana. Pienso que don Alfonso es demasiado permisivo. Ésta es tierra de cristianos, y entre los judíos, los moros y los herejes la están convirtiendo en una Babilonia pagana y no pasará mucho tiempo antes de que Dios descargue su furia sobre nosotros.

Robert hizo una mueca al escuchar los exabruptos. Su anfitrión habría sido un inquisidor digno de su nombre, mejor incluso que él.

—Volviendo a los sectarios...

—Se reúnen en casa de un tal Diego Díaz, un tejedor de la calle del Pozo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Todo el mundo lo sabe. Ya os he dicho que no es ningún secreto. Un par de veces ha sido arrestado, acusado de revoltoso, pero sus compinches han pagado la multa y lo han dejado libre.

—¿Y los templarios?

—¿Qué ocurre con ellos?

—¿Poseen alguna casa en la ciudad?

—No que yo sepa. Ya las tienen en Astorga, Villasirga, Ponteferrato y muchos otros sitios. Aquí en León no se les ha permitido establecerse, pero me temo que sus espías anden por todas partes. No me fío de ellos.

Robert ocultó su satisfacción. Definitivamente, León era el sitio perfecto. La presencia de leprosos espirituales, es decir, de herejes, judíos, moros y demás calaña, y la ausencia de los frailes predicadores y de los templarios, lo hacía todo más fácil. Disponía de un refugio seguro, no corría riesgo de ser reconocido y podría organizarse con tranquilidad. Encomendó a Ferrán la búsqueda del tal Diego Díaz, el tejedor. Debía acecharlo y cerciorarse de que, en efecto, en su casa o en su taller tenían lugar reuniones sospechosas. El sirviente pasó todo el día siguiente fuera de la casa y

regresó ya de noche. En efecto, había podido comprobar que poco antes del crepúsculo varias personas, hombres y mujeres, entraban en el taller del tejedor y permanecían dentro hasta la hora del toque de queda. De los otros dos, el médico judío y el herbolario musulmán, seguía sin haber rastro. Habían transcurrido cuatro semanas desde su salida de Burgos y ellos lo habían hecho antes. Estaba claro, por tanto, que su destino era otro. Más tranquilo, aunque sin bajar del todo la guardia, el bugre puso en marcha su plan. El estado de salud de don Marcelo se deterioraba cada día que pasaba. Calculó que rondaría los ochenta, mucha edad, demasiada para cualquier ser humano. Podía sufrir un ataque en cualquier momento o, simplemente, dejar de respirar, y a él no le quedaría más remedio que buscarse otra guarida. El canónigo no tenía herederos y había hecho testamento a favor de la Iglesia: sus propiedades, muebles raíces, libros y dinero amonedado serían destinados a las obras de la nueva catedral, siguiendo el ejemplo del obispo Martín Rodríguez, excepto una cantidad generosa para que sus dos sirvientes pudieran vivir sin ahogos el resto de su vida.

Siguiendo sus instrucciones, Ferrán había logrado hacer amistad con el tal Diego Díaz. Lo había estado observando y sabía que todos los mediodías, después de comer, cogía el camino de la muralla, acudía al convento de San Marcos, situado extramuros, y llamaba a una de sus puertas. Al rato, la puerta se entreabría, el hombre asía un cuenquillo de barro, se lo llevaba a los labios y apuraba su contenido; devolvía el cuenco, sacaba lo que parecía una moneda del bolsillo, pagaba a la persona oculta al otro lado de la puerta, hacía una reverencia y regresaba a su taller. Supuso que el brebaje que el tejedor tomaba durante el extraño ritual era algún tipo de medicina elaborada por los freires santiaguistas, así que decidió hacerse el encontradizo con él y preguntarle si conocía algún sitio, un hospital o herbolería donde pudieran proporcionarle un medicamento contra el ardor de estómago que sufría siempre después de comer.

—Los freires disponen de una excelente botica —le explicó el artesano señalando hacia el convento—; pero se precisa una receta a fin de que os proporcionen los medicamentos si no estáis asilado en su hospital.

—¿Y dónde puedo encontrar a un médico?

—Yo sólo conozco a uno judío, que vive en la calle de la Azabachería.

Ferrán miró hacia derecha e izquierda, como si estuviese perdido.

—Ya veo que eres forastero... Ven conmigo, vivo a poca distancia del médico.

Diego Díaz resultó ser una persona abierta y habladora y al burgalés no le costó ningún esfuerzo congeniar con él. Don Isaías Falaquera había salido a hacer unas visitas, según les explicó su mujer, y no regresaría hasta bien entrada la noche. Si querían verlo tendrían que volver otro día. Pasó la tarde en el taller del artesano, sorprendido por una actividad a la que nunca había prestado atención. Era una verdadera fábrica de alfombras y tapices en la que trabajaban nueve personas, hombres y mujeres, una de las cuales, la esposa del tejedor, y otra, su suegra, además de varios niños que ayudaban en las tareas menores. Había cuatro telares montados, dos de los llamados de «alto lizo» y otros dos más pequeños, los cuatro de diferentes anchuras y con dos maderos horizontales al suelo, uno en la parte superior que sostenía la urdimbre y otro en la parte baja donde se enrollaba el tejido ya realizado. Ferrán observaba, hipnotizado, la velocidad con la que los tejedores ataban de izquierda a derecha nudos de lana en los incontables hilos de lino previamente dispuestos. Sólo se detenían de vez en cuando para consultar una tabla pintada con el motivo que pretendían reproducir. Por su parte, las mujeres se encargaban de hilar la lana que se acumulaba por tonalidades en grandes cestos y la enrollaban en madejas que depositaban en otros más pequeños y que los niños colocaban a los pies de los tejedores.

Anocheecía cuando Diego Díaz le indicó que tenían que cerrar el taller y que esperaba verlo por allí algún que otro día. Le aconsejó que no olvidara acudir a la consulta de don Isaías porque uno nunca sabía lo que podía ocurrir si no se tomaban las debidas precauciones.

—La salud —añadió— es lo único sustancial que tenemos los pobres y hay que cuidarla.

Ferrán prometió visitar al médico y volver por el taller en otra ocasión, y salió despidiéndose con un gesto de la mano. Entró en un tabernucho abierto a pocos pasos y esperó bebiendo un pote de orujo gallego mientras

aguantaba a un borracho recitar el final de un largo poema llegado por el Camino desde tierras de Aragón y que gozaba de gran predicamento:

*Mi razón aquí la fino,
e mandat nos dar vino,
qui me scripsit scribat,
seper cum Domino bibat.*

Estaba claro que el hombre no se sabía más que dicha estrofa y se empeñaba en repetirla, incluso la cantaba con voz aguardentosa y desafinada. Finalmente, el tabernero lo echó del local, y Ferrán pudo observar con tranquilidad la puerta del taller adonde, en parejas o de forma individual, iban llegando varias personas. Llamaban a la puerta y ésta se abría lo suficiente para dejarlos pasar, cerrándose a continuación. Regresó a la casa del canónigo satisfecho de sí mismo y jugueteando con la higa de azabache que, por supuesto, había recogido del suelo en cuanto su patrón se hubo encerrado con el viejo clérigo. Ignoraba lo que tramaba, pero tampoco le importaba: no carecía de dineros, vagaba a su aire durante toda la jornada y le estaba empezando a gustar su cometido. El oficio de espía era nuevo para él. Descubrir una trama o lo que fuera, seguir pistas, hacerse pasar por quien no era, resultaba una experiencia novedosa y atractiva. Tenía una excusa fácil para conocer al médico, quien le informaría sobre el paradero de su padre y, además, acabaría averiguando lo que se traía el tejedor entre manos.

Maese Robert pareció complacido con su informe, asintió con la cabeza cuando él le expuso los avances logrados en el asunto que le interesaba y sus labios esbozaron un rictus que quería ser una sonrisa. Tenía hambre y poco después asomó la cabeza por la cocina. La criada, Dominga, lo invitó a entrar y le sirvió los restos de la cena: un espeso puré de verduras acompañado por unas lonchas de cecina frita. Como quien no quiere la cosa, le informó de que Pascual, el otro criado, había ido a visitar a su familia en la zona de Sariegos y no regresaría hasta después de la Pascua de

Resurrección. Tenían, por tanto, la cocina para ellos dos solos durante varias semanas. La mujer ya no era una moza, más bien hacía tiempo que había dejado de serlo, pero conservaba las carnes prietas y tampoco era cuestión de hacerle ascos a la oferta. Aquella vez fue la primera ocasión en mucho tiempo que se acostó con una hembra sin pagar por ello.

OceanofPDF.com

El camino peregrino

Al salir de Burgos, Eder, don Ezequiel y Hadi tomaron la dirección de León. Avanzaban lentamente. El tiempo era desapacible y las rachas de aire dificultaban la marcha; iban a pie y las piernas de los dos mayores ya no les sostenían con igual vigor que antaño. Hicieron cálculos y concluyeron que si los peregrinos acostumbrados a caminar recorrían seis leguas o más en cada jornada, ellos podrían hacer al menos cuatro y estarían en León en unos ocho días o, quizás, diez. Era mucho tiempo, pero tampoco tenían otra salida; no podrían vivir tranquilos mientras Lepetit anduviese suelto. Con un poco de fortuna, el malhadado personaje continuaría en la ciudad castellana, ignorando que había sido reconocido, y el comendador templario podría dar con él y apresarlo. Pero a la edad y al clima se unía otro inconveniente: no eran peregrinos y, aún peor, tampoco eran cristianos. En las grandes ciudades existían hospitales administrados por los concejos, pero en el campo y los pueblos, todos los refugios, albergues y hospederías dependían de las órdenes religiosas. Se acogía al caminante, se le daba cama y comida, aunque también se le obligaba a rezar y a oír misa. Eder podía, más o menos, pasar desapercibido, pero sus compañeros llevaban las huellas de su origen plasmadas en sus rostros. La nariz algo curvada del judío y la tez cetrina del musulmán, así como sus respectivos miembros circuncisos no dejaban lugar a dudas y sabían que en algunas hospederías también se despiojaba y despulgaba a los caminantes y se les obligaba a tomar un baño. Sabido era que en los hospitales no sólo se aceptaban cristianos; en principio, también se acogía a creyentes de otras religiones, incluidos los ateos, puesto que todos eran criaturas de Dios, pero decidieron evitar en lo posible la caridad

de frailes, monjes y monjas. No obstante, y aunque existían otras rutas para llegar a León, seguirían por el llamado «camino francés» por ser el más seguro. Tenían algunos dineros y buscarían mesones y casas particulares para pernoctar.

El tercer día de viaje, una tormenta con todo su fragor de rayos y truenos los pilló en un descampado sin posibilidad de guarecerse. Tuvieron la impresión de que la furia del Cielo se había desencadenado sobre ellos, pero continuaron avanzando con la esperanza de encontrar dónde cobijarse. Era noche cerrada cuando llegaron al monasterio de los antonianos, a poca distancia de Castrojeriz. Sus ropas estaban mojadas y tenían frío. Encima del portillo por donde los monjes pasaban la comida a los peregrinos había un candil encendido, pero el lugar estaba silencioso como una tumba. Se sentaron en un escalón y se apretujaron unos contra otros para darse calor. Todavía no había amanecido cuando don Ezequiel comenzó a toser de tal forma que despertó a sus adormilados acompañantes; respiraba con dificultad y se ahogaba por momentos. Eder recordó lo mal que se había sentido él en Villasana de Mena al ser presa de las fiebres y golpeó con fuerza en el portillo hasta que éste se abrió y, en la penumbra, asomó el rostro barbado de un monje. A pesar de su insistencia, no les abrió la puerta del cenobio y repitió varias veces, como si de una letanía se tratase, que fueran a Castrojeriz, que allí los atenderían debidamente.

—¿Qué clase de hombre eres que te niegas a ayudar a un enfermo? —le gritó el montañés.

Y luego manifestó su deseo de que Inguma, el señor de la noche, el poderoso, el que arrebatava el aliento a los seres humanos se lo llevase a las profundidades, pero esto último se lo dijo en la lengua de los vascos y el monje no lo entendió. Sin embargo, debió intuir que se trataba de una maldición; cerró el portillo y asomó por la puerta su cuerpo enjuto vestido de negro, con una cruz tau de color azul cosida en el hábito, la capucha cubriéndole la mitad del rostro y un candil en la mano. Echó un vistazo a don Ezequiel y les hizo una seña para que lo siguieran hasta un edificio contiguo, al cuerpo principal del monasterio. Era una sala para enfermos en la que había dos hileras de camastros, ocupados todos menos uno, en la que

se respiraba un olor nauseabundo. Sin decir ni media palabra, el monje les señaló el catre vacío y la camisola larga de estameña burda del color de la tierra que había encima, y salió. Eder y Hadi se apresuraron a desvestir al médico, le colocaron la camisola y lo acostaron. El religioso no tardó en regresar con un cuenco lleno de una especie de sopa que él mismo se encargó de hacer beber al enfermo, después le colocó en el pecho una cataplasma y le subió la manta hasta la barbilla. Antes de marcharse, indicó a los otros dos que debían salir de allí. No pusieron reparos. Algunos de los enfermos que ocupaban los camastros gritaban sin parar, otros tenían convulsiones, otros, en fin, permanecían con los ojos abiertos clavados en el techo, y la mayoría mostraba en la piel unas manchas negruzcas. Pasaron el resto de la noche a la intemperie, sentados junto al muro del hospital. En algún momento, alguien dejó caer sobre ellos una frazada y se arrebujaron bajo ella de forma instintiva. Se despertaron al mismo tiempo, cuando el sol asomaba por el este. No quedaba rastro de la tormenta, ni una nube, y el cielo aparecía de un azul claro, casi blanco. Entraron veloces en el edificio; don Ezequiel dormía y su respiración era sosegada.

—¿Qué diablos contendría el potingue? —se preguntó Hadi en voz alta.

Descubrió el pecho de su amigo y olió la cataplasma, aunque fue incapaz de discernir todos los componentes de la misma.

—Desde luego, es un emplasto de harina de linaza, pero tiene algo más... puede que sea hierba del muro... o tal vez cardo azul... y lo cierto es que ha resultado muy eficaz.

El monje apareció poco después con otro cuenco. Despertó al médico tocándole el hombro y le hizo beber hasta la última gota de la sopa, retiró la cataplasma y colocó su oído sobre su pecho.

—Ya podéis proseguir el viaje —se limitó a decir.

—Toda esta gente ¿está leprosa? —le preguntó el herbolario sin ocultar cierto temor.

—Sufren el mal llamado «fuego de San Antón» —respondió el monje. Abandonó la sala sin mayores explicaciones.

Los dos amigos levantaron al médico y lo vistieron. Sus ropas estaban todavía húmedas, pero no tenían otras y no les quedó más remedio que

ponérselas. El hombre parecía como ido y se dejó hacer sin dejar de sonreír.

—Seguro que el brebaje contenía savia seca de adormidera —afirmó el herbolario—, atonta al más espabilado.

Salieron del hospital y volvieron a atravesar por debajo del arco que cubría el camino. Al pasar por delante de una hornacina, vieron unos pedazos de pan y los cogieron. Eder intentó descubrir al monje tras el portillo, pero, al igual que la víspera, el lugar parecía abandonado. Tardaron en llegar a Castrojeriz porque el médico apenas podía mantenerse en pie y sus compañeros debían sujetarlo cada uno por un brazo. Entraron en la villa por una calle flanqueada por edificios cuyo final no se atisbaba. Hadi chasqueó la lengua.

—Mal sitio éste para un buen musulmán —farfulló.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Eder.

—Otrora ésta fue tierra de creyentes, ellos construyeron aquel castillo que ves en lo alto de aquella colina. Cuando los cristianos la conquistaron, expulsaron a los musulmanes, y no podría asegurarlo, pero no creo que viva ninguno por aquí. De lo contrario, podríamos pedir asilo...

—¿Y a los judíos? Seguro que hay judíos.

—Seguro que los hay. Oí decir que hace mucho esta población estaba habitada casi exclusivamente por hebreos, pero asesinaron a muchos y a los demás los expulsaron.

—Entonces, no habrá ninguno...

—Los judíos siempre vuelven —balbuceó el enfermo, y aunque sus amigos no fueron capaces de discernir si lo decía en tono de resignación o de obstinación.

Preguntaron a la primera persona que encontraron, una mujer que llevaba un gran cesto de ropa encima de la cabeza, si había judíos en la villa y ella les indicó una casa de aspecto ruinoso. El hombre que les abrió la puerta los miró con suspicacia, pero el herbolario no le dio tiempo a preguntar y le explicó la situación en la que se encontraba su amigo don Ezequiel Falaquera, reputado médico hebreo de Nájera —subrayó con énfasis—. Era vital que se le pudiera atender visto su estado y su edad. El hombre no dijo nada, pero salió a la calle y los acompañó a otra casa, ésta

más grande y con mejor aspecto. Habló en un susurro con la mujer que los recibió y luego se marchó. La mujer también los observó con recelo, dudando entre permitirles o no la entrada. Finalmente, dijo algo en hebreo a lo que don Ezequiel respondió con voz queda y les permitió la entrada. Al rato, Eder y Hadi estaban de nuevo en plena calle, sin saber adónde dirigirse. El dueño de la casa, médico también, les había indicado que podía hacerse cargo del enfermo durante unos días, pero que ellos dos no eran judíos y que la población contaba con suficientes albergues para alojarse. Todavía era invierno y la ruta no estaba demasiado transitada, encontrarían un cobijo sin dificultad.

—Buscaremos una habitación en cualquier parte —aseguró Hadi—. No voy a ir por ahí mendigando un hueco y aguantando miradas desconfiadas. Tengo algunos dineros. ¿Y tú?

—Algunos tengo...

Eder extrajo de su cintura la bolsa de las monedas y la agitó. No era mucho y todavía quedaba un largo viaje por delante, pero estaba de acuerdo con el herbolario. No pasaba nada por dormir ocasionalmente en una cama confortable y comer algo caliente; sus ropas continuaban húmedas y la sensación era muy desagradable. También pensó en proseguir el viaje solo. Resultaba un lastre ir acompañado por un par de viejos; al paso que llevaban, tardarían mucho en llegar al Ponteferrato y, cuanto más tarde, más posibilidades tendría Lepetit de escabullirse, tal y como había hecho desde que lo conocía. Aparecía donde uno menos lo esperaba, dejaba desgracia y muerte tras de él y se libraba del castigo merecido. Don Ezequiel le había hablado de sus manos quemadas y de cómo lo había conocido en Nájera, poco tiempo después del incendio que destruyó la capilla de los freires en Dorreaga... y su hermosa imagen embarazada. No era improbable que el asesino fuera asimismo un incendiario. No lo había visto en la granja templaria, aunque, de haber estado allí, tampoco se habría dado cuenta. Estaba demasiado afligido, demasiado concentrado en sí mismo, en el dolor causado por la mujer que había amado, o había creído amar, desde que era un niño; con la que esperaba crear una familia, un mundo sólo para ellos, lejos de las miserias, los prejuicios, el mal. Meneó la cabeza para arrojar de

su pensamiento un recuerdo que le provocaba daño y volvió a pensar en sus compañeros de viaje. Seguiría adelante sin ellos, era joven y no tenía problemas para andar, pero rechazó la idea de inmediato. No podía abandonar a su suerte a los dos hombres. El pueblo del bosque no desamparaba a sus mayores: ellos eran la sabiduría, la memoria, la experiencia y ambos habían sido generosos con él y lo habían aceptado sin hacer preguntas. Si tenían que permanecer allí durante más jornadas de las previstas, encontraría un trabajo y conseguiría algunas monedas. Siempre había alguien que necesitaba buena mano de obra.

Dieron con un alojamiento en el hogar de la mujer de un ovejero que andaba en la trashumancia y pasaba la mayor parte del año fuera de casa. Tenía cuatro hijos ya crecidos, si bien no lo suficiente para aportar dineros al hogar, y las manos enrojecidas de lavar en las frías aguas del río Odra los lienzos de un par de hospitales de la localidad. Llegaron a un acuerdo y quedaron en pagar la mitad del precio por el hospedaje, derecho a cocina incluido, a cambio de arreglar el tejado que hacía aguas por varias partes, tal y como podía apreciarse tras la tormenta de la víspera. A pesar de las buenas intenciones de Hadi, que insistió en echarle una mano, el hombre demostró ser un perfecto inútil con la sierra y el martillo; tampoco tenía el cuerpo para subir y bajar cargado de maderos y tejas. Le indicó que fuera a informarse sobre el estado de salud de don Ezequiel y que, de paso, se enterara de todo lo que pudiera ser de interés para cuando reemprendieran el camino, y se encargó él solo del trabajo.

—¿Puede saberse qué haces encaramado a un tejado como si fueses una cigüeña? ¿Piensas construirte un nido?

Llevaba trabajando desde primeras horas de la mañana y acababan de sonar las doce en todos los campanarios de las iglesias de la localidad. Miró hacia abajo y no ocultó su sorpresa. Plantado en medio de la calle, y con los brazos en jarras, Ugo lo observaba con una de aquellas sonrisas que nunca se sabía si iban en serio o de chanza. Bajó precipitadamente y a punto estuvo de dar con su cuerpo en el suelo embarrado.

—¿Qué haces aquí? ¿Vas o vienes? —le preguntó.

—Todavía voy. ¿Y tú? Creía que ya habrías llegado a tu destino...

El navarro olvidó la pequeña decepción sentida al llegar a Burgos y ser abandonado por él sin explicación alguna. Verlo de nuevo le produjo una alegría inmensa, no en vano era el primer amigo, podría llamarse así, que había tenido desde hacía demasiado tiempo. Dejó de lado su parquedad habitual, su desconfianza acostumbrada, y se lanzó a hablar de hermosas damas negras, de la *virgo paritura*, la *Amari* de su pueblo que velaba por él desde que había perdido a su madre al dar a luz a una criatura muerta; de constructores y templarios; de la visión terrorífica de un hombre a quien creía muerto y de su intención de llegar al Ponteferrato cuanto antes para notificarle su presencia al comendador Bertrand de Garlande... Habló dolorido, necesitado de expresar con palabras sus sentimientos, su soledad y sus miedos. Ugo lo escuchó con atención, en silencio, sin expresión alguna, sin que se le moviera una ceja.

—Tal y como yo lo veo —dijo cuando Eder calló, agotado por el esfuerzo de desnudar su alma—, tus dos amigos no llegarán muy lejos. Cierto que hay peregrinos de edad que recorren el Camino y llegan a su meta, pero son gentes habituadas a las penurias y sobreviven con apenas nada. Queda todavía un largo trecho hasta el Ponteferrato y tendréis que atravesar regiones inhóspitas en las que no encontraréis refugios ni ayuda; serán una carga para ti. Harías mejor dejándolos aquí y marchándote tú solo.

—Lo sé, pero no lo haré. Don Ezequiel me acogió en su casa en Burgos y Hadi es un buen hombre; ambos me recuerdan a mi padre y a mis tíos. Ellos no aprobarían que los abandonase.

—¿De dónde vienes, Eder Bozat? Eres un ser extraño...

—Ya te dije que soy navarro...

—Sí, lo recuerdo, pero eres un navarro algo especial...

—¿Especial? ¿Por qué lo dices?

—Te he visto tallar un fuste con la habilidad propia de un maestro del muro y ahora te encuentro arreglando un tejado cual artesano de la madera y en compañía de un judío y un musulmán; perseguido por un asesino y en busca de un comendador templario... ¿No me dirás que no eres un tipo poco ordinario?

No replicó; había dicho demasiado. No conocía bien a Ugo; al menos no lo suficiente para confiarle la parte oscura de su vida, la que hacía de él un paria, que lo estigmatizaba y aislaba en su propia tierra: un agote, un leproso de alma, que decía el cura de Arizkun, obligado a entrar en la iglesia por una puerta diferente a la de los demás vecinos, a permanecer en la parte trasera de la iglesia durante la misa, a no tener propiedades, a ser enterrado en suelo no sagrado junto a los criminales; acusado de portar la más temible de las enfermedades cuando ni él ni ninguno de los suyos mostraban síntoma alguno de ella. ¿Cómo iba a hablar de todo aquello? Lejos de su añorado Baztan no era sino uno más y pensaba continuar siéndolo hasta su regreso.

—La vida da muchas sorpresas —manifestó al cabo de un largo silencio. Luego se percató de que su amigo no había hablado para nada sobre sí mismo—. ¿Y tú? ¿Qué haces en este sitio?

—Sigo recorriendo el camino peregrino, pero me entretuve en Burgos. Ya sabes que lo he realizado varias veces y no tengo prisa. Aquí tengo unos conocidos y paso unas jornadas en su compañía...

—¿Conocidos con sayas? —ironizó el artesano.

—Algo parecido... Bueno, tú sigue con lo tuyo, que yo voy a ver si puedo solucionar un asunto. Sé dónde estás y ya te buscaré.

Desapareció tan de súbito como había aparecido y Eder volvió al tejado de su casera. Hadi le informó de que don Ezequiel se reponía bien y que, según Ismael ben Elí, el médico que lo atendía, en pocos días se recuperaría. También había preguntado acerca de la distancia que aún les quedaba por recorrer hasta alcanzar la ciudad de León.

—Una eternidad —suspiró el hombre—. Si tuviésemos dineros suficientes para hacernos con un carro y un burro...

No los tenían. A pesar de las ordenanzas reales que especificaban los precios de las hospederías, alimentos de primera necesidad, servicios de barbería y otros, los comerciantes y tenderos del Camino de las Estrellas, al que se referían como a la «ruta mercadera», se aprovechaban de los peregrinos, sobre todo si se trataba de gentes acomodadas, y gravaban sus productos más del doble. Era un abuso, pero nada podía hacerse en su

contra, y quien deseaba un mínimo de bienestar, tenía que pagarlo. A los otros, a los caminantes pobres, les bastaban los hospitales y sus piernas. No estaba a su alcance adquirir un carro y un animal de tiro, por lo que decidieron planificar su viaje con mucho cuidado para evitar las etapas demasiado largas. Don Ezequiel, aunque recuperado, no resistiría un esfuerzo desmedido. En ello estaban cuando Ugo llamó a Eder a gritos y éste salió a la calle seguido por el herbolario.

—¡Ya está solucionado!

—¿Qué?

—Vuestro problema.

—¡No sé de qué diantres me estás hablando!

—¡Y tampoco tienes ojos en la cara para ver! —señaló un carro tirado por una mula de ojos tristes.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo han prestado, y no quieras saber más.

—¿Quién es ése hombre? —preguntó Hadi.

—Un amigo —respondió Eder con una sonrisa—, un buen amigo.

Tres días más tarde, el tejado reparado, las cuentas con la casera liquidadas y don Ezequiel repuesto, los cuatro hombres emprendieron el viaje. Para no cansar a la mula, los dos más jóvenes realizaron parte del trayecto a pie mientras los más viejos se ocupaban de las riendas. Ninguno de los dos había conducido jamás un carro y disfrutaron como niños haciendo carreras o jugando a la pelota; incluso discutían por los turnos para coger las riendas. No iban más deprisa que cualquiera de los caminantes que encontraban, pero recorrieron la distancia prevista con comodidad. En Frómista se alojaron en una casa judía; en Carrión, en la de una familia musulmana; en Sahagún, en el convento de los benedictinos, aunque se escaquearon de la misa saliendo por la puerta contraria al acudir los peregrinos a la iglesia; en el Burgo Ranero se hospedaron en un mesón cuyo dueño les cobró lo justo al observar la mirada amenazante de Ugo al decirles lo que le debían. Finalmente, llegaron a León. Entraron por la Puerta Moneda y se detuvieron en la plaza del Grano, una pequeña plaza, empedrada con grandes cantos de piedra, situada detrás de una pequeña

iglesia, la de Nuestra Señora del Mercado, una de las más antiguas de la ciudad. Los comerciantes de cereales y de aperos de labranza comenzaban a recoger sus puestos y géneros. La primera intención de don Ezequiel fue dirigirse al barrio judío y preguntar por su hijo, pero Eder se lo desaconsejó.

—¿Por qué? —preguntó molesto—. Es mi hijo y no lo he visto en años.

—Robert Lepetit podría dar con vos.

—Está en Burgos...

—Bueno, eso suponemos, pero no estamos seguros.

—¡Es ridículo!

—No será la primera vez que ese pájaro del mal agüero aparece de la manera más inesperada —insistió el montañés—. Yo lo conocí en Baigorri, al otro lado de los montes Pirineos, y lo encontré después en Pamplona, y en el Puente de la Reina, y en Dorreaga, llamada también Torres del Río, y vos en tierras de Rioja y, de nuevo, en Burgos. Supe sobre él como inquisidor y lo conocí como predicador; a vos os dijo que era enseñante; a los monjes de Nájera, peregrino, y acudió a Hadi para que le leyera ese tablero de adivinación del que lleváis hablando desde que os conozco y en el que nuestro hombre aseguró era herejía creer. Es un asesino, un embustero y, posiblemente, un incendiario. No podemos arriesgarnos hasta haber dado aviso al comendador. Tened un poco de paciencia; las cosas se solucionarán y pronto veréis a vuestras nietas.

El médico aceptó de mala gana, pero reconociendo lo acertado del consejo. No sólo estaba en juego su integridad, también lo estaba la de su familia, y no costaba nada esperar un poco más. Ugo dirigió el carro hacia una casa de dos plantas de factura sobria, en una de las esquinas de la plaza, pero cuyo interior, como pronto comprobaron, estaba en perfecto estado, limpio y provisto de mobiliario y ropa. Aparentemente, no vivía nadie en ella.

—Pertenece a una familia que vive en el campo —adujo al observar la extrañeza en el rostro de su amigo.

—¿Y cómo así que tú tienes la llave? —le preguntó éste.

—Porque... digamos que dicha familia y yo estamos relacionados y me permite alojarme aquí cuando estoy de paso por León. Habrá que comprar

algo para comer —añadió cambiando de tema y asiendo un cesto—. Quedaos aquí; yo me encargo.

—Te acompaño.

Regresaron una hora más tarde con unas chuletillas de lechazo, un repollo, media libra de arroz, una hogaza elaborada a partes iguales con harina de trigo y de centeno, y unas cuantas manzanas. Ugo era una caja de sorpresas y él mismo preparó una succulenta cena: coció el repollo y el arroz y asó las chuletillas en una parrilla sobre los leños encendidos de la chimenea, pero, antes, cogió una jarra, salió corriendo y volvió con el recipiente lleno hasta el tope de vino del Bierzo.

—De un expendedor de vinos de la plaza —explicó.

Cada uno de los cuatro dispuso de una habitación para dormir; había media docena en la casa, si bien parecían celdas de un monasterio. Una cama más bien dura, una palangana con su respectivo cántaro para el agua y un reclinatorio era todo su mobiliario, pero los lienzos de las camas y los destinados al aseo estaban limpios y planchados. Estaban cansados y se retiraron temprano.

En el silencio de la noche, embotado por la fatiga del viaje, desnudo entre las sábanas que olían a sol y a aire, a Eder le vino de pronto a la mente una figura femenina percibida entre los hortelanos y vendedores que comenzaban a recoger sus puestos en la plaza del Mercado. Fue un instante, breve como el rastro dejado por Amari al surcar el cielo en el mes más cálido del estío. Estaba agotado y se quedó dormido. Se despertó con la misma visión. Antes de abrir los ojos supo de quién se trataba y los mantuvo cerrados para impedir que la ilusión se desvaneciera, porque tenía que tratarse de una ilusión; era imposible que ella estuviera en León, quizás en la casa vecina. No podía ser la misma niña asustada a quien había salvado la vida; ni la joven que lo seguía en Baigorri como un perrillo faldero; ni la muchacha que regresó con él a Bozate tras ser herido en el cuerpo y en lo más profundo de su espíritu; la que lo amaba con generosidad, en silencio, y a quien él se había dado cuenta de que también amaba cuando ya no estaba a su lado. Abrió por fin los ojos, pero la visión continuaba allí, sin desvanecerse, sólo que ya no era una sombra fugaz

avistada por casualidad, sino un rostro de mirada sincera enmarcado por una mata de cabellos de color oscuro que daría lo que fuera por acariciar.

—Se me ha ocurrido que, puesto que conozco bien el paraje y estoy acostumbrado a ir de un lado para otro, podría coger la mula, llegarme hasta el Ponteferrato, avisar al caballero del que habláis y traerlo a León. Entre ir y volver tardaría lo mismo que vosotros sólo en la ida.

Ugo contempló a sus compañeros, satisfecho de la sorpresa que sus palabras habían provocado en ellos. Don Ezequiel y Hadi intercambiaron una mirada. La idea les parecía excelente, más teniendo en cuenta que su entusiasmo viajero había disminuido a medida que lo hacían sus fuerzas. Era preciso reconocer que ya no estaban para trotes y que el médico todavía no había recuperado del todo la salud. Estaban a gusto en aquella casa y, todo había que decirlo, eran un estorbo a la hora de viajar. Por su parte, Eder miró a su amigo un tanto desconcertado. Era él quien debía ir a avisar al comendador, quien debía informarle de que Robert Lepetit continuaba vivo y haciendo de las suyas.

—¿Y por qué no voy yo?

—Ya te lo he dicho, porque yo conozco el paraje y los atajos que evitan cruzar ciudades y villas.

—¿Y cómo sé que no vas a quedarte por ahí, enredado entre unas piernas de mujer?

—¿Quieres que te suelte un puñetazo en los morros? —Ugo parecía verdaderamente enfadado—. ¿Te he fallado alguna vez desde que nos conocimos? ¿No te llevé a salvo hasta Burgos? ¿No te he traído hasta aquí?

Se mordió los labios avergonzado. Su amigo estaba en lo cierto y él estaba siendo injusto.

—¿Y por qué no podemos ir los dos juntos? —aventuró.

El hombre se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—Porque la mula, aunque robusta, no lo es lo suficiente para cargar con dos durante cincuenta leguas. Además —añadió poniéndose serio—, nuestros amigos aquí presentes no deben quedarse solos.

—Oye, joven —terció el herbolario ofendido—, no hemos nacido ayer y ya somos mayores para saber cuidarnos.

Visto y no visto, Ugo lo había inmovilizado asiéndolo por un brazo y le había colocado en la garganta la hoja de un cuchillo de comer.

—Nadie sabe cuidarse cuando se enfrenta a un asesino que igualmente puede venir acompañado —afirmó soltando a su presa—. Bueno, no se hable más. Ahora mismo me pongo en camino. Estaré de vuelta dentro de seis días como mucho. ¡Portaos bien!

Corrió escaleras abajo seguido por Eder y entre los dos aparejaron la mula, que rumiaba tranquila en la cuadra.

—Procurad salir lo menos posible —aconsejó al montañés—; esta casa es un lugar muy seguro. Nadie, ni vuestro asesino siquiera, se atrevería a entrar en ella.

—¿Ya sabes a quién tienes que buscar?

—A un comendador templario llamado Bertrand de Garlande.

—¿Y cómo lo encontrarás cuando llegues? Pregunta por una encomienda o por una granja templaria.

Ugo soltó una carcajada.

—Querido amigo, no te preocupes: ¡el Ponteferrato entero es templario! Y, por cierto, os hará falta algo de dinero para comprar comida.

Diciendo esto lanzó al aire una bolsita con monedas que el otro asió al vuelo, azuzó a la mula y se mezcló con el gentío que se apiñaba en la plaza para la subasta de granos y semillas. Eder lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista, entró y atrancó la puerta de la cuadra. No estaba muy seguro de haber obrado correctamente, no tendría que haberse dejado convencer, no le gustaba sentirse protegido. Toda su vida había habido alguien para protegerlo: el padre, los tíos, el maestro Bisol, el comendador Garlande, Ugo... ¿Cuándo le llegaría a él el turno de proteger a los demás? Al subir y entrar en la cocina, encontró a don Ezequiel y al herbolario inmersos en el estudio de sus documentos y anotaciones. Los habían desplegado encima de la mesa y se hallaban inclinados sobre ellos, sin hablar, con los ojos puestos en el mapa de las encomiendas y en el jardín de la oca, al igual que los había visto hacer en la tienda de hierbas. Sonrió. Ciertamente, eran dos hombres singulares.

Se entretuvo durante un rato curioseando por la casa, si bien no había mucho donde fisgar. Encontró un arcón en la última habitación en la que entró y lo abrió. Estaba repleto de prendas de vestir para hombre: calzas, calzones, sobretodos, tabardos, ropones, camisas... de lino, paño o piel, suaves al tacto, todo lo contrario que su propio atuendo, que podía mantenerse tieso sobre el suelo debido a la suciedad.

—¿Sabéis qué es una casa de baños? —preguntó, entrando en la cocina, a los dos hombres que continuaban en lo suyo.

—¿Qué va a ser? Un establecimiento para lavarse y quitarse la mugre de encima —respondió Hadi sin levantar la cabeza.

—¿Y hay que pagar?

—¡Claro que hay que pagar! ¿Dónde has visto tú que se dé un servicio sin nada a cambio?

—¿Mucho?

—Depende...

—No me vendría mal asearme un poco... y a vosotros tampoco.

Algo más tarde, los tres se hallaban en un local de baños situado en una calleja a escasa distancia de la plaza de los Granos. Eder se arrepintió de inmediato de su mala ocurrencia al verse obligado a desnudarse en una sala en la que una muchachita se encargaba de recoger y guardar las ropas de los clientes. Estuvo a punto de salir de allí corriendo, pero no lo hizo al observar que sus compañeros no mostraban vergüenza alguna al quedarse en cueros. Pasaron a una sala de techo abovedado, paredes de ladrillo y suelo de mármol en donde había otros hombres que, sentados en unos bancos, sudaban la gota gorda por efecto de los vapores que emanaban a través de los agujeros practicados en muros y suelo y se refrescaban echándose encima cazos de agua fría de un cubo que les ofrecía un hombre cubierto con un taparrabos. Se sentó junto a don Ezequiel y Hadi, pero fue incapaz de mantener una conversación normal. Ellos, sin embargo, parecían a sus anchas e iniciaron una discusión, a la que se unieron algunos de los presentes, sobre el origen de los baños en la época de los romanos y las diferencias entre los establecimientos árabes y los judíos. Él permaneció callado; jamás en su vida había sentido tal bochorno. Tras un tiempo que se

le hizo interminable, pasaron a la siguiente sala en la que dos mujeres con los pechos al descubierto y los labios y pezones pintados de rojo y dos jóvenes imberbes completamente desnudos les entregaron trozos de jabón para enjabonarse, ofreciéndose también para ayudarlos en la operación. Escandalizado, cogió su pedazo, se alejó todo lo que pudo de ellos y, volviéndose de cara a la pared, se lavó de pies a cabeza. Pasó a la tercera sala sin esperar a los otros, se quitó el jabón colocándose debajo de un caño de agua fría y se sumergió a continuación en la pileta alicatada de agua extrañamente limpia que había en su centro. No se dejó masajear, ni arreglar el cabello y la barba, y se vistió tan rápido como pudo. Abonó por los tres con una moneda de plata de las que le había dado Ugo, cuyo valor desconocía, y que la encargada del local cogió sin pestañear, lo que le hizo pensar que había pagado más de lo debido. Tuvo que esperar casi una hora a que el médico y el herbolario emergieran por la puerta, frescos como lechugas recién cortadas, el cabello rapado, las barbas afeitadas y unas túnicas nuevas adquiridas en el propio local. Estaban irreconocibles y parecían mucho más jóvenes.

—Con este aspecto me será más fácil moverme por la ciudad —le explicó don Ezequiel—. Lepetit no me reconocería ni aunque me tuviera a dos pasos.

—Ni a mí. Además, para él todos los moros somos iguales —añadió Hadi—. A ti tampoco te vendría mal una buena rapada.

—A mí me conoce rapado.

—Lo de venir a los baños ha sido una idea excelente. En Burgos iba todas las semanas y ya empezaba a echarlo de menos. ¿Qué te ha parecido la experiencia? Aseguraría que no existe nada igual allí de donde vienes.

—En mi tierra los hombres se lavan en el río y no muestran sus desnudeces, ni las mujeres sus pechos.

Los dos hombres se echaron a reír y no dejaron de hacer comentarios jocosos hasta llegar a la casa. Comieron los restos de la cena nada más entrar y los dos mayores retomaron sus pesquisas donde las habían dejado. A media tarde, Eder no aguantó más y decidió salir a dar una vuelta. Tenía que admitir que el baño le había sentado muy bien; se notaba más liviano y

optimista, y deseaba caminar un rato, sin prisas, sin compañía. Tras pensárselo un rato, decidió tomar prestadas algunas de las prendas del arcón. Nadie iba a enterarse y procuraría no mancharlas. Eligió unos calzones, una camisa y un ropón de paño grueso, de color ocre oscuro, similar al de don Ezequiel; trocó sus abarcas por unos zapatos de piel que parecían hechos a la medida de sus pies y con los dedos de las manos, abiertos y mojados a modo de peines, se atusó los cabellos echándoselos hacia atrás.

—¡Salgo un rato! —gritó desde la puerta.

Abandonó la casa sin esperar respuesta. No quería que lo viesen vestido como un ricohombre, pues no le cabía la menor duda de que su aspecto era tal, a pesar de que los faldones del ropón se le trababan en las piernas. No tardó en acostumbrarse a balancearse con el ritmo necesario para que ello no ocurriese y dedujo que no debía de hacerlo demasiado mal al observar que algunas personas se apartaban de su camino en señal de respeto. Después de encontrarse en un mismo punto un par de veces, deambuló por las calles hasta que aprendió a orientarse. Le gustaba aquella ciudad que, efectivamente, no estaba junto al mar como había asegurado su hermano. En su callejear, fue a parar a la catedral en construcción y, de inmediato, pensó en los carpinteros. Ximen Ximenat le había asegurado que también allí trabajaba gente «de la nuestra» y por un momento pensó en averiguarlo, pero no lo hizo. Ya tendría tiempo en caso de que se alargase su estancia en la ciudad. Se conformó con dar toda la vuelta a la fábrica y finalmente se detuvo delante de la fachada occidental, la que daba a una plaza repleta de cobertizos en los que carpinteros, canteros de sillería, y tallistas trabajaban de sol a sol. Anduvo durante un rato entre ellos, atisbando hacia su interior y esperando a que alguien lo echase de allí, pero nadie se interpuso en su camino. Es más, al igual que había ocurrido con anterioridad, los operarios se detenían para dejarlo pasar creyendo que se trataba de una persona de alcurnia. Era absurdo que la gente se fiase de las apariencias —pensó—; que sólo bastara con vestir prendas de calidad para que a uno lo tomaran por quien no era. Se detuvo ante un banco de un cantero tallista que trabajaba sobre un bloque. Cerca del hombre, en el suelo, reposaban varios

bloques ya tallados y sintió un hormigueo en sus manos. Le habría gustado ser él el maestro que hacía surgir de la piedra orlas, seres alados, artesanos, músicos... que resistirían el paso del tiempo. Nunca había pensado en ello, quizás porque, como decía la tía Elaia, la muerte no existía, era únicamente una etapa en la que el espíritu cambiaba de forma, y aseguraba que los seres humanos renacían de las entrañas de la Diosa. Él creía en sus palabras y creyó que su madre volvería. Creció esperando verla emerger del bosque, tal y como la recordaba: joven y sonriente, con el cabello peinado en dos largas trenzas que caían sobre su túnica campesina, y las manos acariciando el vientre que custodiaba una nueva vida. Pero ella sólo había vuelto en su memoria, y se evaporaría definitivamente cuando ya no quedara nadie para recordarla, al igual que él mismo cuando le llegara la hora. Sin embargo, las figuras talladas en la piedra permanecían después de haber desaparecido su creador: eran el testimonio de su existencia, la huella de su paso por el mundo. No importaba que no quedase mención de su nombre ni de su origen; su obra seguía allí y el renacía cada vez que alguien ponía los ojos en ella.

—¿Os place?

Se sobresaltó al escuchar una voz a su lado. No se había percatado de que el cantero había dejado de martillear y lo contemplaba con una sonrisa complacida a la espera de que él le respondiese afirmativamente.

—Os envidio —dijo.

—Es un oficio duro, no creáis. Es necesario ser muy diestro y en este tipo de trabajos no cabe el error. Cada golpe, cada entalladura ha de ser exacta puesto que, de lo contrario, habrá que desechar el bloque y comenzar en uno nuevo.

—¿Para qué son? —preguntó señalando los bloques en el suelo.

—Son parte de una de las arquivoltas de la moldura de la puerta central de las tres que irán en la fachada occidental, justo allí —el hombre señaló al frente—. Ved.

Extendió un plano encima del bloque medio trabajado y le mostró el dibujo.

—Tres puertas; a cada lado tres esculturas de apóstoles; las arquivoltas con figuras que representan el Juicio Final: San Miguel que pesa las almas; a la derecha las buenas, a la izquierda las condenadas por ser el lado izquierdo el del corazón, el de las pasiones causantes de los males humanos. En el tímpano, Nuestro Señor, el Juez Universal, con sus ángeles, la Virgen y San Juan, el discípulo más amado. Y en el hastial, como colofón, un rosetón que permitirá el paso de la luz crepuscular hasta la cabecera.

—Una verdadera belleza... —Eder estaba impresionado.

—¡Cuando esté acabado! —rió el artesano—. ¿Sois mercader?

—No... Hago lo mismo que vos, pero de manera más modesta.

—¿Sois tallista? No parecéis francés...

—No lo soy. Soy navarro, pero tuve al mejor de los maestros.

—¿Quién?

—El maestro Bisol —un gesto apenado ensombreció su rostro.

—¿Geoffrey Bisol de Reims?

—Sí...

El hombre entornó los párpados y lo examinó con atención.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis con él?

—Pues... unos ocho inviernos...

—¿Inviernos?

Eder sonrió. Tenía que quitarse la costumbre; los «otros» no entendían que el pueblo del bosque contase los años por inviernos, después de las celebraciones en honor al regreso del sol, cuando los días comenzaban a alargarse y podían estar seguros de que la noche no se adueñaría de la Tierra como, decían, había ya ocurrido en una ocasión.

—Ocho años, desde que era un niño hasta que... hasta que murió.

—¿Eres Eder? ¿Eder Bozat?

Asintió con la cabeza, sorprendido. ¿Quién diantres era aquel tipo que parecía conocerlo? No lo había visto en su vida, o tal vez sí...

—¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Lucien! ¡Lucien Maurice, el oficial del maestro Bisol! Llegamos juntos a Baigorri y yo me quedé en San Esteban cuando él y tú pasasteis a Baztan.

Los recuerdos se agolparon en su memoria. Había sido Lucien quien le había enseñado a desbastar la piedra, a tallar los bloques para la construcción; quien lo había obligado a trabajar durante horas hasta dominar la gubia, el mazo, el formón; quien le explicaba una y mil veces cómo tenía que hacerlo, sin impacientarse. Había envejecido y estaba más gordo, pero seguía manteniendo la mirada viva y, por lo que podía comprobar, también la agilidad de sus manos. Lo abrazó emocionado, sin decir palabra, él tan poco dado a las efusiones; lo retuvo entre sus brazos intentando recuperar por un momento la evocación de un tiempo en que había sido feliz.

—¿Y qué diablos haces aquí? —le preguntó el cantero cuando por fin se separaron.

—Es una historia larga...

—Ahora tengo algunas cosas que hacer, pero te esperaré en el Saint Guillaume a la caída del sol. ¿Lo conoces? Está en la plaza del Mercado. Es un tugurio de mala muerte, pero sirven buen vino.

Eder regresó a la casa de la plaza del Grano. Don Ezequiel y Hadi continuaban tal y como él los había dejado: ensimismados en su trabajo, y ni se fijaron en su atuendo. Buscó en el arcón de las ropas algo menos vistoso que el ropón y lo cambió por un tabardo de paño negro, más acorde con su condición de artesano. En el camino de vuelta había adquirido fruta, queso, pan y un pedazo de costilla que dejó encima de una alacena al tiempo que advertía a sus compañeros que cenaran y que no lo esperaran despiertos. Ellos menearon las cabezas, soltaron un gruñido y siguieron a lo suyo.

Lucien lo aguardaba en un rincón de la taberna, un local mal iluminado y mal ventilado, pero con gran afluencia de parroquianos que hablaban en francés a voz en grito. Bebieron un pote de vino y salieron de allí porque no lograban entenderse. El cantero lo llevó a su vivienda, un altillo con una única dependencia, pero relativamente acogedor, situado a dos pasos de la taberna. Vivía solo; su mujer, Agnes, continuaba en San Esteban y él pasaba con ella los meses de invierno porque las obras se detenían ya que el frío impedía que el mortero fraguara. Aunque los canteros tallistas podían

continuar trabajando, el ritmo decrecía y él procuraba tener su parte avanzada para así tomarse un descanso.

—Mi vida no tiene nada de excitante —le confesó—. Conocía al maestro Enrique; él y Bisol trabajaron juntos en Reims durante algún tiempo, así que cuando supe que estaba en Burgos fui a esa ciudad y luego me vine a ésta con él. En Baigorri, ya sabes, no se construyen catedrales, y no quería morirme sin haber trabajado en una de nuevo. Y ahora, cuéntame tú: ¿qué has hecho durante estos años? ¿Qué fue lo que le ocurrió al maestro? Corren rumores, pero nadie lo sabe exactamente. ¿Qué haces aquí?

Era noche cerrada cuando Eder abandonó el altillo. Las horas transcurridas en torno a un excelente queso de cabra y unas lonchas de buena cecina, pan y vino habían sido las mejores en mucho tiempo. Lucien Maurice formaba parte de sus recuerdos, los más dichosos. Hablaron, rieron y, también, se emocionaron al aludir al amigo común a quien ambos echaban en falta.

—Ven mañana a la fábrica —le dijo el cantero al despedirse—. No has de permanecer inactivo mientras estés en León y quiero comprobar por mí mismo que no has olvidado nada de lo que el maestro y yo te enseñamos. Si es así, creo que puede haber un trabajo para ti...

—Pero el gremio...

—No te preocupes. Los tallistas excepcionales no están obligados a seguir las reglas.

—No soy un tallista excepcional...

—Eso lo decidiremos el maestro Enrique y yo, que soy su colaborador más cercano, su oficial, y quien ocupa su puesto cuando él no está, ¿no te lo había dicho?

Regresó con una sensación de bienestar en el cuerpo y la mente en paz. La vivienda estaba silenciosa y oscura; se deslizó hasta su cuarto sin hacer ruido y se quedó dormido con la sonrisa en los labios.

Los buenos hombres

Robert Lepetit había meditado con detenimiento las ideas que se le iban ocurriendo y llegó a la misma decisión tomada tiempo atrás, mientras recorría el Camino de Santiago tras huir de la cárcel conventual de París en la que había sido recluido por insultar al papa Gregorio, después de ser acusado de crueldad y de haber sobrepasado los límites de su autoridad por enviar al quemadero a herejes y a quienes no lo eran. Había relegado a un rincón de su mente el proyecto de crear su propia orden religiosa al no tener los medios necesarios, pero acaso ahora... Le habló al canónigo de su proyecto: fundar una nueva comunidad temerosa de Dios, dispuesta a dar la vida si fuera preciso con tal de erradicar la herejía, una milicia de Cristo diferente a los templarios, hospitalarios, santiaguistas y demás órdenes de monjes soldado, cuya conducta, en su opinión, dejaba mucho que desear desde que habían comenzado a acumular riquezas, tierras y castillos. Tampoco serían como los frailes de las órdenes mendicantes, dominicos y franciscanos, a quienes Roma había concedido, también en su opinión, excesivas prerrogativas. Controlaban los tribunales de la Santa Inquisición y sabido era que el poder corrompe, y ellos tenían mucho. Ni serían como las demás órdenes religiosas, benedictinos, antonianos o agustinos que, encerrados en sus monasterios, vivían aislados y desconocían los peligros que corría la verdadera religión.

—Todos ellos —explicó a un atento canónigo— viven ajenos a la realidad, no se mezclan con el pueblo, son fácilmente reconocibles, lo cual alerta a los sectarios, e ignoran la amenaza que se cierne sobre las gentes crédulas, demasiado ignorantes para distinguir entre el Bien y el Mal. Es necesario fundar una comunidad de hombres y de mujeres, sujetos a unas

reglas, pero libres para llevar unas vidas aparentemente normales sin levantar sospechas, aunque también habría sacerdotes entre ellos. Sólo así podremos conocer con exactitud el peligro real y combatirlo.

—¿Mujeres? —preguntó don Marcelo incómodo.

—Sí, porque las mujeres tienen acceso a círculos más cerrados que los hombres y porque son las más vulnerables. Recordad que entre los herejes cátaros también hay mujeres, «perfectas» las llaman.

—Así es.

—Engatusan a los hombres y los atraen por medio de promesas de goces carnales. Las mujeres de nuestra orden serían castas y aleccionadas como Dios manda; serían religiosas sin hábito. No olvidéis que a Jesucristo. Nuestro Señor, también le acompañó un grupo de mujeres que estuvieron con Él hasta el final.

—Cierto, cierto... —tuvo que admitir el eclesiástico.

—De todos modos, perded cuidado. No las habrá hasta que la comunidad no esté bien organizada.

—¿Y por dónde empezaríais?

—Por supuesto, la primera se crearía aquí mismo, en la ciudad de León, ya que, como bien afirmáis, es la población del reino más contaminada por la herejía...

—Contad con mi apoyo.

—Desgraciadamente, dudo que pueda llevarse a cabo.

—Y eso ¿por qué?

—Ay, mi buen don Marcelo —exclamó Robert lanzando un suspiro—, no dispongo de medios; no tengo una casa, ni un humilde lugar de reunión. Es cierto que el santo de Asís no precisó de un techo para crear la orden franciscana, pero la nuestra no ha de ser motivo de habladurías como lo fue la suya en sus inicios. La fundación debe ser secreta si deseamos cosechar el éxito esperado. Dejémoslo estar, como un bello sueño que nunca se hará realidad.

No volvió sobre el tema en los días siguientes y se hizo el distraído cada vez que el canónigo se interesó por él. Por su parte, le instaba a hablar sobre los herejes, sobre el tal Díaz y su preocupación por que ocurriera allí algo

similar a lo que había provocado en tierras de la Occitania francesa una cruenta cruzada, finalizada menos de diez años atrás. La herejía había sido aniquilada, pero las fértiles regiones del Mediodía todavía no se habían recuperado de la ruina provocada por la guerra. Don Marcelo adoraba su tierra y conocía su historia. Cuando no hablaba de religión y de herejes lo hacía del reino de León, el más antiguo de la Península después del de Asturias —recalcaba—; engrandecía los hechos de armas y lamentaba, de forma velada, la pérdida de su antiguo esplendor en beneficio de la Corona de Castilla. La idea de que los señores castellanos, al igual que habían hecho los de la Île de France en los territorios del conde de Toulouse, pudieran atacar el viejo reino y apropiarse de tierras y pueblos con la disculpa de acabar con la herejía le ponía enfermo, y cuantas más vueltas le daba al proyecto de su huésped, más acertado lo encontraba.

—Querido Robert —le dijo una mañana en que, como de costumbre, se habían reunido para continuar trabajando sobre el memorando que pensaba entregar al obispo—, he estado cavilando mucho y detenidamente sobre esa idea vuestra de crear una orden para combatir la herejía desde adentro.

—Ya os dije que sólo era un sueño...

—Al contrario que vos, yo sí creo que los sueños, a veces, se hacen realidad. Lleváis varias semanas bajo mi techo y os he observado con atención. Sois un hombre serio, firme creyente y, en mi opinión, el único capaz de llevar a cabo un propósito loable, como es el de acabar con los herejes que amenazan con emponzoñar las almas de nuestros vecinos, algo que no podemos permitir.

El bugre mantuvo el aliento y no dejó traslucir su satisfacción. El pichón había caído en la trampa.

—Así que he decidido colaborar con vos de la única manera que me es posible, dada mi edad y mi invalidez: voy a legaros una de mis propiedades, casa y huertos, y una renta anual para que podáis realizar vuestro proyecto sin ahogos. He hecho llamar al escribano y os ruego que os halléis presente cuando lleguen él y mi administrador porque pienso cambiar parte de mi testamento.

—No sé... me abrumáis... creía que habíais decidido legar vuestros bienes a las obras de la nueva catedral.

—No os preocupéis; habrá para todos.

Y así fue. A pesar de la manifiesta disconformidad del administrador Mansilla, don Marcelo ordenó al escribano la redacción de un legado y su correspondiente codicilo testamentario por los que maese Robert de Reims, maestro de retórica, recibía la casa de laboreo situada extramuros, a poca distancia del monasterio de San Marcos, con sus muebles y huertos, y una suma anual de diez mil maravedíes en oro, una verdadera fortuna. Ninguno de los dos dijo nada a los otros sobre el proyecto de la fundación, pero el anciano guiñó un ojo a su huésped al ir a firmar el documento, gesto que no pasó desapercibido al administrador.

El hombre no entendía en absoluto el cambio producido en su cliente, a quien creía conocer bien, no en vano llevaba treinta años trabajando para él. Desconfiaba del oscuro desconocido que se había presentado de pronto en la vida del canónigo y parecía haberse hecho con su voluntad, y estaba dispuesto a averiguar algo sobre él antes de notificar al obispo sobre el asunto del testamento. Al prelado no le agradaría saber que un extraño iba a apropiarse de un buen pellizco del patrimonio destinado a las obras de la catedral. A partir de la firma del documento, procuró ser más amable con maese Robert, pero, sobre todo, con su criado, el tal Ferrán. Los sirvientes conocían los secretos de sus señores y éste no sería diferente. Todo era cuestión de encontrar la ocasión oportuna. Ésta se presentó sin que él la buscara. Unos días más tarde, el beneficiado del legado le pidió la llave de la casa. Debía inspeccionar la propiedad antes de su traslado, algo que no ocurriría de inmediato —aseguró— puesto que don Marcelo lo necesitaba, pero quería conocer el lugar por si fuera necesario hacer algún tipo de arreglos. Mansilla no entregó la llave aduciendo que debía estar presente en el momento del traspaso de poderes; además —añadió— así tendría oportunidad de mostrarle las lindes e informarle sobre las cargas de la propiedad que, por otra parte, estaba arrendada a una familia de campesinos a quien habría que dar un plazo para que la abandonara. Sus palabras sonaron convincentes y quedaron para la tarde siguiente.

El legado lo constituían una casa de labranza de amplias dimensiones y un terreno bastante extenso dedicado a la producción de trigo y cebada. Se hallaba, en efecto, a poca distancia del monasterio de San Marcos, pero lo suficientemente lejos para que los freires santiaguistas no pudieran controlar los movimientos de sus ocupantes, cuya visión, además, obstaculizaba una fila de castaños, plantados en la linde entre ambas propiedades. El arrendatario se quedó sin habla cuando el administrador le informó de que tenía que abandonar lo que había sido su hogar de toda la vida y su mujer e hijas se echaron a llorar desconsoladas sin que el bugre se dejara conmover un ápice. Finalmente llegaron a un acuerdo: Mansilla les buscaría otro alojamiento y aquel año podrían cosechar el trigo y la cebada ya sembrados. Si el nuevo propietario quedaba contento con su trabajo, volverían a hablar después de la recolección y les sería permitido continuar laboreando en sus terrenos. El bugre se marchó tras inspeccionar la casa y dejó a Ferrán para que el administrador acabara de mostrarle sus dominios y le informara sobre las menudencias.

—Éste es un excelente río truchero —afirmó el administrador mientras ambos paseaban por las orillas del Bernesga y preguntó sin aparentar demasiado interés—: ¿Lleváis mucho tiempo con maese Robert?

—No —respondió el sirviente al tiempo que intentaba descubrir alguna trucha en el agua—. Nos conocimos hace un par de meses en Burgos y me ofreció trabajo.

—¿Y cómo así?

—Mi señor es caballero eminente que precisa de servicio; enseña en la escuela de la catedral, pero necesitaba descansar y el maestro Enrique lo invitó a venir con él a León. Son buenos amigos.

—¿Y cuándo regresaréis a Burgos?

—No creo que regresemos vista la nueva situación de mi señor — Ferrán extendió los brazos señalando la propiedad.

Mansilla no quiso continuar con el interrogatorio para no levantar sospechas, pero ahora tenía dónde indagar. De vuelta a la ciudad, sacó el manojito de llaves y le entregó la de la finca. A continuación marchó presuroso a su casa con intención de escribir y enviar una carta a un viejo

amigo, el bibliotecario de la escuela catedralicia de Burgos. Él se encargaría de darle razón sobre el hombre que había encandilado al canónigo. No se atrevería a preguntar al constructor; ya lo haría el propio obispo.

Ferrán, por su parte, entregó la llave a su señor y le deseó las buenas noches, acuciado por el deseo de encontrarse a solas con la Dominga. Le había cogido gusto a sus encuentros nocturnos y tenían que aprovechar el tiempo mientras el otro criado, Pascual, no estuviera de vuelta. Hacían el amor junto a las brasas, encima de las colchonetas rellenas de paja seca y hierbas que extendían en el suelo cada noche. Procuraban no hacer ruido, si bien no había peligro de que los oyese puesto que la cocina se hallaba en el sótano y sus respectivos amos ocupaban habitaciones en el primer piso. Don Marcelo no podía bajar y maese Robert jamás se habría molestado en aparecer por allí. Por si acaso, silenciaban, no obstante, su deleite y el empeño que ponían los unía todavía más. Necesitarían una mujer en la casa de labranza para ocuparse de las comidas y de las ropas y el burgalés esperaba convencer a su patrón para que la llevaran con ellos.

—Por cierto...

La voz del patrón detuvo su avance hacia la puerta.

—¿Te ha preguntado Mansilla algo sobre mí?

—Sí, quería saber si llevaba trabajando mucho tiempo para vos.

—¿Y qué le has dicho?

—Que me habíais contratado en Burgos hace un par de meses.

—Bien. Puedes retirarte.

No se hizo repetir la orden. Dominga lo esperaba con un plato sobrado de garbanzos con bacalao encima de la mesa tocinera. Sofocada por el calor de la lumbre, había soltado el cordel de la camisa y sus voluminosos pechos pugnaban por escaparse de su encierro. Ferrán metió la mano por la abertura y los sopesó uno tras otro provocando las risas de la mujer. Después tomó asiento, la asió por la cintura sentándola sobre sus rodillas y atacó los garbanzos.

A Robert Lepetit no le había pasado desapercibido el enojo del administrador mientras don Marcelo dictaba al escribano el codicilo, ni tampoco sus intentos por impedir cambios en el testamento. Además, lo

había pillado en un par de ocasiones observándolo con el ceño fruncido. Su actitud hacia él había cambiado tras la firma del documento e intentaba aparentar amabilidad, pero no se fiaba y estaba persuadido de que procuraría anular las nuevas disposiciones. Había maneras de hacerlo tales como aducir demencia senil del testador, malas artes por parte de la persona favorecida o, incluso, presiones sobre un anciano dependiente. En asuntos de dineros, cualquier ardid era válido y el principal beneficiario, el obispado, no renunciaría fácilmente a una parte substancial de la herencia. Era cerca de la medianoche cuando se echó encima la capa, cubrió su cabeza y parte del rostro con el capuz, asió un candil, bajó a la cocina y despertó a Ferrán empujándolo con un pie. El hombre se despertó sobresaltado y a poco sufre un espasmo al ver ante él la propia imagen de la Muerte agitando la luz de los muertos, tal como la había visto representada en un libro iluminado que el arcediano de la catedral de Burgos tenía en su escritorio, sobre un atril, siempre abierto por la misma página.

—Acompáñame y no olvides tu cuchillo —escuchó que le ordenaba. Obedeció aterrorizado.

Dominga se despertó entonces, los ojos se le desorbitaron al ver el espíritu de ultratumba que interrumpía su sueño y se desmayó.

La vivienda de Mansilla, que vivía solo, era una casa con bajo y una planta situada en la calle de los Bordadores. Ferrán la conocía porque él mismo se había encargado de avisarle, así como al escribano, por el asunto del legado. El sirviente, algo repuesto del susto, asía el candil y conducía al bugre en la oscuridad preguntándose qué diablos querría éste del administrador a aquellas horas. No podían golpear a la puerta pues el ruido alertaría a mayores y alguaciles que recorrían la ciudad por las noches velando por la seguridad de los vecinos.

—Ábrela.

La orden en voz queda impresionó al sirviente más que si hubiese sido dada a gritos. Sacó el cuchillo y manipuló la cerradura, pero era de buena calidad, de dos cierres, y resultaba imposible abrirla sin hacer ruido. Dejó a su patrón y se dirigió a la parte trasera del edificio, saltó la valla que rodeaba un huerto minúsculo y probó con la puerta trasera, mucho más

endeble y cerrada únicamente con un pestillo. En pocos minutos estaba dentro de la casa y caminaba de puntillas por un pasillo angosto hasta dar con la puerta principal y abrirla.

—Quédate aquí vigilando —escuchó en un susurro al tiempo que un garfio le arrebatava el candil de la mano.

Salieron al rato y recorrieron el camino de vuelta a casa del canónigo sin decir palabra. Ferrán desvistió a su señor, también en silencio, y lo dejó acostado. Luego bajó a la cocina. Dominga había recuperado el sentido y se hallaba sentada encima del colchón con la mirada fija en los rescoldos de la chimenea, todavía aturdida. Estaba convencida de que el Diablo en persona se había llevado a su hombre. Él se desnudó, se acostó a su lado y se acurrucó entre los brazos y los pechos acogedores que lo recibieron; ambos estaban ansiosos por olvidar el susto.

Robert no se durmió enseguida. Había entrado en el dormitorio del administrador; el hombre dormía confiado, con respiración acompasada y una media sonrisa en los labios. Cogió un cojín y lo apretó con fuerza contra su rostro; lo mantuvo firmemente hasta que el cuerpo de Mansilla dejó de luchar contra su destino. A continuación, recompuso los lienzos del lecho, colocó las manos del ya difunto sobre su vientre, le atusó el cabello y asió el manojito de llaves que reposaba sobre un arcón, junto a sus ropas. Buscó el escritorio y lo encontró al final del pasillo. Todo estaba en perfecto orden como correspondía al metódico personaje. Encima de la mesa de trabajo había una misiva lacrada; la cogió y rompió el lacre. Sonrió, ufano de su intuición. En ella, el administrador solicitaba informes sobre su persona, calificándolo de «individuo extraño y sospechoso».

Al día siguiente, el canónigo se sorprendió al no recibir la acostumbrada visita matinal de su administrador e hizo partícipe de su preocupación a su huésped. En su presencia, Robert llamó a Ferrán y le ordenó que fuera rápidamente a casa de Mansilla y averiguase si el licenciado se hallaba enfermo o había sufrido algún tipo de percance. El sirviente regresó y les informó que, por muchos golpes que había dado en la puerta, no había obtenido respuesta. La escena se repitió en las dos jornadas que siguieron. Verdaderamente alarmado, don Marcelo pidió a su huésped que diera aviso

a la autoridad, cosa que éste se apresuró a hacer. El mayoral del barrio mandó echar la puerta de la vivienda abajo y comprobó que el hombre había fallecido, posiblemente de un ataque de ansiedad, como declaró en plan docto don Isaías Falaquera, médico personal del obispo, que fue llamado a toda prisa para certificar la defunción. El anciano canónigo no soportó la súbita desaparición de su administrador y casi amigo único durante años y se sumió en una profunda depresión que lo mantuvo en el lecho varias semanas. Un anochecer se quedó dormido para no despertar y fue enterrado en San Isidoro, del cual había sido benefactor a lo largo de su longeva vida. El secretario del obispo no tardó en reclamar la vivienda y el resto de las propiedades legadas para las obras de la nueva catedral. Robert Lepetit, Ferrán y la sirvienta Dominga se trasladaron a la casa de labranza. La arqueta con las doblas de oro y piezas de plata formaron parte del equipaje. Había llegado el momento esperado.

La primavera mostraba sus colores más vivos y hacía olvidar un invierno especialmente duro en el que pozas y ríos habían permanecido helados la mayor parte del tiempo y los leoneses habían pasado frío. Todavía era necesario abrigarse, utilizar bufandas y cubrirse las manos con guantes, y los pies con medias o tiras de paño, pero el clima atemperado, los ríos plenos, los árboles reverdecidos, la expectativa de una hermosa cosecha y, sobre todo, el alargamiento de las horas de sol alegraban los ánimos y hacían pródigas las sonrisas. Grandes extensiones de terreno que, poco antes, mostraban el aspecto del suelo yermo, aparecían vestidas de un verde más suave y aterciopelado que el mejor de los tejidos. Aquél sería un buen año para los campesinos y, si lo era para ellos, también lo sería para ganaderos, artesanos y señores.

Ferrán había logrado introducirse en el grupo que se reunía en casa de Diego Díaz. Aleccionado por su patrón, le bastó con insinuar que había sido perseguido por los dominicos en su lugar de origen debido a las ideas religiosas de su familia, poco ortodoxas según los frailes inquisidores y contrarias a la Iglesia de Roma. El interés del tejedor fue patente y, en sus siguientes encuentros, intentó sonsacarle la razón exacta de la persecución de la que había sido objeto. Se hizo de rogar; no debía dar la impresión de

confiarse de buenas a primeras, pero, finalmente, le confesó que el problema radicaba en que sus abuelos por parte materna procedían del sur de Francia, de una población llamada Albi. Su familia había huido de su país treinta años atrás, cuando la primera cruzada contra los albigenses, y se había establecido en Aragón. Huérfano de padres a causa de la pandemia de hambre que azotó la comarca siendo él todavía un niño de corta edad, fue criado por ellos y adoctrinado en sus creencias.

—No creáis que se trata de una doctrina perversa —simuló disculparse—. Es tan cristiana como la doctrina romana, si no más, porque se basa en las Sagradas Escrituras, sólo que rechaza el lujo y las riquezas del obispo de Roma y de sus sacerdotes.

No conocía más al respecto y esperaba que el tejedor no le hiciese preguntas comprometidas. Le había costado aprenderse la lección de memoria con gran enojo por parte de su señor, quien lo llamó estúpido en un par de ocasiones mientras lo aleccionaba. Había momentos en los que pensaba en regresar a Burgos y volver a su antiguo oficio. Ignoraba lo que maese Robert se traía entre manos, pero intuía que era algo peligroso. Sin embargo, no podía negar que el trabajo era fácil y estaba bien remunerado; nunca le faltaban los dineros y, a pesar de haberlos encontrado a Dominga y a él desnudos y yaciendo juntos, su señor no había hecho mención del asunto ni había puesto inconvenientes a que la llevaran con ellos a la casa de labranza. Claro que también estaba el otro asunto, el del administrador Mansilla. Maese Robert había ido a hablar con él y tres días después había aparecido muerto. Resultaba muy sospechoso, aunque, en honor a la verdad, él no oyó ningún ruido ni discusión alguna mientras esperaba que le diera a entender que entre los dos hombres había habido algo más que palabras, y así lo declararía si alguien se interesaba por la cuestión. Y luego, aquel tema de la secta o lo que fuese... No se sentía a gusto mintiendo al tejedor; era un buen tipo que le había abierto la puerta de su casa y había compartido con él más de una comida. Le había dicho que era huérfano cuando, en realidad, sus padres gozaban de buena salud, allá en su pequeño pueblo de Matalindo, en Burgos: eran católicos devotos y jamás habían oído hablar de herejes ni sectas, al igual que él.

Díaz no le hizo preguntas comprometidas y lo invitó a su próxima reunión, a la que siguieron otras. Las personas reunidas en el taller del tejedor eran poco más de una veintena; hablaban del Bien y del Mal, del Dios del espíritu y del demonio de la carne; rechazaban la ostentación de la Iglesia de Roma, su poder sobre lo humano y lo divino, su apego a las cosas del mundo, sus procesiones y la adoración a las imágenes —ídolos los llamaban—, y a la cruz, instrumento de martirio, pero jamás de redención. Eran gentes pacíficas que abominaban del asesinato, incluida la pena de muerte aunque el reo fuera un criminal, y no comían carne ni pescado por la misma razón, porque significaba acabar con la vida de un ser vivo. No obstante, estaban dispuestas a sacrificarse y dejarse matar antes que renegar de sus creencias. A Ferrán esta parte del discurso le resultaba bastante extrema. Ni por todo el oro del mundo estaría él dispuesto a hacer otro tanto. Las creencias no eran sino ideas y no hacía falta ir pregonándolas por ahí, ni morir por ellas. Lo que pensaba o en lo que creía era asunto de él y nadie más tenía por qué estar enterado. Al mismo tiempo que acudía a las reuniones de los sectarios y daba cuenta puntual a su patrón de todo lo que en ellas se decía y se hablaba, procuraba tomar buena nota del comportamiento de cada uno de los presentes. En general, eran inofensivos, pobres artesanos sin grandes posibilidades de mejorar su situación que se consolaban con la esperanza en un futuro mejor, pero había tres o cuatro hombres entre ellos que despotricaban en contra de las instituciones civiles y religiosas y que no perdían ocasión de dejar constancia de sus opiniones. No parecían tener una predisposición especial hacia el martirio como sus compañeros y hablaban de defenderse si fuera preciso. Ellos eran quienes más interesaban a su señor.

Y llegó el día en que Robert Lepetit decidió entrar en acción. Encargó a Ferrán entregar en la sede episcopal una declaración del difunto don Marcelo, cuya firma había falsificado con gran pericia y mayor esfuerzo tras varios intentos, en la que se informaba sobre la existencia de la secta, el lugar y las horas de reunión de la misma, los nombres de sus componentes y sus intenciones de asesinar al obispo. Luego, debía ir en busca de cada uno de los disidentes del grupo, advertirles que habían sido denunciados y que

el obispo iba a enviar al sayón de la ciudad para prenderlos. Era inútil avisar a sus correligionarios puesto que sus nombres eran conocidos y la única oportunidad de salvarse ellos era un refugio seguro que él estaba en disposición de ofrecerles. El sirviente hizo lo que se le ordenó, lamentando que Diego Díaz no se encontrase entre los posibles rescatados, pero así era la vida: se jugaba y se ganaba o se perdía, dependiendo de la suerte de cada cual. Seis de los avisados aceptaron su oferta y quedaron en encontrarse en el puente de San Marcos a la caída de la noche. Él, por su parte, esperó en el tabernucho situado enfrente del taller del tejedor a que llegaran los demás sectarios y entraran. Poco después hacían su aparición el sayón y sus hombres e irrumpían en el local. Iba a marcharse cuando vio pasar por delante de la puerta a una joven que había asistido a algunas de las reuniones y que, de manera inequívoca, se dirigía directa a la trampa. Ignoraba su nombre y no le había mencionado su existencia a maese Robert. La asió por un brazo con brusquedad y la introdujo en la taberna. Juntos observaron cómo el sayón se llevaba presos a los reunidos, entre gritos, golpes y la consabida expectación del vecindario. Ferrán tenía fuertemente asida a la joven y notó que temblaba aterrorizada. No sabía qué lo había llevado a salvarla; quizás un sentimiento de decencia, de la poca que le quedaba.

—No te preocupes —le susurró al oído—; no saben que existes.

La joven se soltó de su abrazo de oso y salió corriendo sin mirarle a la cara.

Como sombras furtivas, los seis huidos y su guía llegaron a la casa al tiempo que desaparecían las últimas luces del día. Ferrán los condujo al pajar en el que todavía quedaban media docena de haces de cebada que los arrendatarios no habían tenido tiempo de utilizar ni habían podido llevarse con ellos. No era un mal sitio, aparte del polvo y los granos de semillas desperdigados por el suelo, estaba bien construido y era seguro ante la lluvia o el viento. Les dijo que podían deshacer los haces y utilizar la paja para improvisar unos lechos y salió. Regresó un rato más tarde acompañado de Dominga; traían mantas, una gran perola de lentejas y un cesto en el que

había una hogaza, una jarra de agua, unos cubiletes y unas cucharas de madera.

—Mañana conoceréis a nuestro señor —les informó— y veremos de procuraros mayores comodidades mientras permanezcáis aquí.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó uno de ellos.

—Han sido todos hechos presos y llevados a la cárcel episcopal para ser interrogados, pero no temáis —los tranquilizó—; nadie sabe que estáis aquí.

—Deberíamos habernos quedado a su lado —afirmó un hombre de mediana edad en un tono apesadumbrado de voz.

—Y ahora estaríais con ellos en la cárcel.

Robert Lepetit, seguido por Ferrán, entró en el pajar a media mañana del día siguiente. Su figura, alta, enjuta, vestida de negro de pies a cabeza, causó en los acogidos una impresión difícil de definir. Habían pasado una mala noche entre los remordimientos por haber abandonado a sus familias y a sus correligionarios, y el miedo que tenían metido en el cuerpo. En un día, uno solo, habían perdido lo poco o lo mucho que tenían, sus vidas habían sufrido un cambio drástico y ninguno de ellos sabía lo que les depararía el futuro. El bugre los examinó uno por uno, provocando en ellos un mayor desasosiego si cabía. Después, les indicó con un gesto que se sentaran en el suelo y comenzó a hablar.

—*Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían siete copas y me habló diciendo: «Ven, te enseñaré el castigo de la gran prostituta que se sienta sobre muchas aguas; con ella fornican los reyes de la tierra y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución». Y me condujo en espíritu al desierto. Y vi a una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata, cubierta con nombres de blasfemia, la cual tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, enjoyada con oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de las abominaciones e impurezas de su fornicación, y en su frente un nombre escrito que es un misterio: «La gran Babilonia, la madre de las fornicaciones y las abominaciones de la tierra». Y vi a la mujer que se embriagaba con la sangre de los mártires de Jesús. Después de verla, quedé asombrado y muy sorprendido. Así es como me ha sido dada a*

conocer la verdad, en una visión —concluyó, sin por supuesto añadir que dicha visión era del apóstol San Juan y que llevaba escrita desde hacía más de mil años en el Libro de la Revelación.

Sus oyentes, incluido Ferrán, estaban boquiabiertos; no se movían ni parpadeaban.

—La prostituta, la gran Babilonia, es la Iglesia de Roma que fornicia con los poderosos y los reyes y se embriaga con la sangre de los mártires de Cristo, los buenos cristianos; los persigue, envía a sus ejércitos contra ellos y los quema en las hogueras acusándolos de ser herejes. Es preciso que preparemos la Parusía, la segunda y gloriosa llegada del Mesías, que no tardará en ocurrir, de acuerdo con las profecías, y para eso, hermanos, cuento con vosotros.

Un rayo de sol se filtraba por la puerta del pajar e iluminaba directamente a Robert que había alzado los ojos y los brazos hacia el techo y parecía transfigurado. Todos, Ferrán incluido, se pusieron de rodillas y juntaron las manos, convencidos de que estaban presenciando un milagro.

La Virgen Blanca

Rememorando escenas presenciadas en su niñez y presa de terribles temores, Alazaïs Gauti corrió tan deprisa como sus piernas se lo permitieron y no detuvo la carrera hasta hallarse en el pequeño cuarto que ocupaba en la trasera de la imponente mansión del ricohombre Lázaro Gaífer, en la zona reservada a la servidumbre. No había llorado desde hacía tres años; desde el día que despertó y supo que Eder se había marchado para no volver. Entonces juró no derramar una lágrima nunca más, pero la visión de unas personas a las que apreciaba maltratadas, arrastradas por las calles como vulgares criminales y cuyo futuro era la cárcel, o la hoguera en el peor de los casos, abrió las viejas heridas nunca cicatrizadas por completo. Lloró, con la cara escondida en la almohada para que nadie escuchara sus gemidos, por sus parientes y vecinos asesinados allá en Occitania cuando ella era una niña; por el dolor de sus padres, obligados a abandonar la tierra que amaban, por el suyo propio, pobre criatura aterrorizada que no entendía lo que ocurría; lloró por su amor malogrado sin haber dado fruto, por su soledad y la de todos los seres solitarios que no dejaban huella de su paso por la vida. Y su llanto únicamente se calmó cuando el cansancio pudo más que su pena y se quedó dormida.

Despertó temprano, asió la jarra y llenó la palangana; se desnudó y procedió a lavarse el cuerpo. El agua estaba helada, pero siempre lo estaba. Sólo los señores y sus invitados tenían derecho a agua caliente. No obstante, la señora exigía que sus sirvientes mostrasen en todo momento caras y manos limpias, y ropas impolutas. Más de uno había sido despedido por no ser lo suficientemente aseado. A ella le gustaba sentirse limpia y no

le asustaba el agua fría, ni siquiera en invierno. Le traía recuerdos a la memoria, ríos de aguas transparentes cortantes como hojas de cuchillo que amorataban la piel, ropas mojadas al intentar pescar truchas con las manos, risas y chapuzones. Tenía que regresar; echaba en falta a sus padres y a sus amigos, los bosques y las praderas de hierba siempre verde, el olor del aire, el sonido de la rueca de la madre, las historias del padre, las noches junto al hogar...; y lo haría, pero todavía no. No tenía valor para enfrentarse a los suyos. Más adelante quizás... Sacó del arcón su otra falda, una camisa limpia, una chaquetilla de paño y un par de medias; se recogió el cabello en un moño prieto, se colocó el pañuelo en la cabeza y salió del cuarto con la ropa que no se había quitado al quedarse dormida para lavarla y plancharla.

En la cocina, la guisandera y su ayudante llevaban ya un buen rato trabajando. Habían puesto a calentar una olla repleta de agua para el aseo de los señores y mientras la una amasaba la pasta para el pan, el otro se encargaba de pelar las habas que llenaban un cesto enorme. La joven bebió un cuenco de leche y mordisqueó un pedazo de bollo, sobrante del día anterior, y fue a preparar la mesa para el desayuno de los señores.

—¿Quién te dio permiso para salir ayer por la noche? —fue el saludo de la señora cuando, algo más tarde, entró en la sala de las comidas con el jarro de leche caliente.

—Vos misma —respondió sin alterarse.

Estaba acostumbrada a las salidas de tono de la mujer a quien conocía desde que ambas eran niñas. El padre de ella la había enviado a educarse con las monjas y no habían vuelto a verse hasta muchos años después, cuando ambas eran ya mozas y suspiraban por el mismo hombre. La señora había sido la afortunada, pero ¿quién podría compararse a ella? La miró con la misma admiración con la que contemplaba un bello objeto de arte, una arqueta labrada, una joya exquisita. Su apariencia era perfecta; la piel blanca, los cabellos rubios naturales trenzados y recogidos en una redecilla de hilos de oro y perlas, el brial de talle alto, del mismo color azul que sus ojos, rebordeado con pasamanería. A su lado, cualquier mujer desmerecía y ella misma parecía una pobre aldeana.

—La niña tosió y te recuerdo que tu obligación es cuidar de ella.

—Dijisteis que no me necesitabais y que podía hacer lo que bien me pareciese —replicó en un tono neutro de voz.

—Pues la niña tosió —insistió la señora.

—Los niños tosen y no pasa nada.

—No sé por qué te mantengo a mi lado; eres una desagradecida. Ve a despertar a mi hija.

No respondió. Vertió la leche en el cuenco, cortó una rebanada de pan recién hecho, lo untó con mantequilla y miel, hizo una ligera reverencia y salió de la sala de comidas, preguntándose una vez más por qué razón permanecía en aquella casa, aunque de sobra conocía la respuesta. Subió a la habitación de la niña y descorrió las cortinas. La pequeña dormía abrazada a la muñeca de trapo que ella misma había confeccionado con unos retales. Se acostó a su lado y le susurró al oído que era hora de despertar, de abrir los ojos a un nuevo día repleto de sorpresas y cosas buenas. Se acercarían al río y cogerían flores para trenzar coronas de princesas; luego irían al convento de las monjas a por las yemas de santo que tanto le gustaban al señor Gaífer, y pasarían a visitar a maese Lucien para comprobar si ya había acabado de esculpir los ángeles de la catedral. Maddi abrió unos ojos llenos de sueño, la miró y ella se perdió en su mirada gris, diferente a la de su madre, igual a la de su padre. Era el fruto de un amor que debería haber sido suyo y el único motivo por el que permanecía lejos de sus prados y montes, lejos de las personas que amaba. Algún día, cuando fuera mayor, le diría que su padre no era el rico Lázaro Gaífer, sino un hombre humilde, un artesano capaz de soplar vida a la piedra y a la madera, igual que Dios se la había soplado a un pedazo de barro.

Fueron, en efecto, a la orilla del río. El frío era todavía intenso, sobre todo por la noche, y los jacintos y lirios silvestres apenas asomaban cuatro dedos de altura, pero hicieron anillos y pulseras urdidos con tallos de ajos salvajes y acudieron después al convento de las monjas. A la niña le encantaba tocar la campanilla, esperar a que se abriera la tronera defendida por una reja y asomara el rostro de la hermana portera para decirle que venían a por yemas de santo. Colocaban entonces en el torno la canastilla con una pieza de plata dentro y el cesto y la moneda desaparecían. Al rato,

aparecía el cesto sin la moneda, pero lleno de yemas. Maddi reía y aplaudía encantada como cuando por la fiesta de San Froilán, el santo patrono, contemplaba maravillada los juegos malabares de los cómicos en la plaza del Mercado. Y Alazaïs reía con ella. Aquellos momentos, a solas con la niña, escuchando su risa y viendo la alegría en sus ojos, compensaban su falta de libertad y su añoranza. A continuación, pasaron por un puesto de especias y compraron media onza de canela, un ochavo de clavo, otro de pimienta y un saquito de hierbas mezcladas: tomillo, ajedrea, mejorana y orégano, encargados por la guisandera. A los señores les gustaban los alimentos bien especiados, aunque la mujer opinaba que el ajo era lo mejor y el único condimento necesario, además de que, todo el mundo lo sabía, alejaba la peste. Finalmente, se dirigieron a la obra de la catedral, un secreto que las dos compartían. La señora Gaífer les había prohibido volver por allí cuando, tras la primera visita, la pequeña le habló entusiasmada de las flores, los animales, los ángeles que brotaban de la piedra. Aquel lugar — afirmó recriminando a la nodriza—, lleno de polvo y barro, de rudos menestrales, groseros y malhablados, no era el apropiado para su hija quien, algún día, heredaría la inmensa fortuna de su padrastro. La hija del maestro Bisol renegaba de sus orígenes, se avergonzaba del oficio que había dado renombre a su padre y le había permitido matrimoniar por dos veces y, en ambas, con hombres acaudalados. Nunca hablaba de él y había adoptado el apellido de su marido, pero Maddi era nieta e hija de constructores y, a la vista estaba, tenía una imaginación desbordante. Le encantaba dibujar con su lápiz de grafito, «construir» casas con la pasta de harina y agua que le preparaba la cocinera, con la tierra del huerto o con la arena que el maestro Lucien le había regalado en una bolsa de tela.

Había sido tal la sorpresa al encontrarse cara a cara con el cantero que, en un principio, creyó haberse confundido de persona. ¿Qué hacía en León el antiguo oficial del maestro Bisol? Lo había conocido después de que los Bozat se hubieran trasladado a Baztan y sus padres y ella se hubieran instalado en su cabaña de San Esteban de Baigorri. El hombre acudía a verlos a menudo porque necesitaba hablar con alguien con quien tuviese algo en común, y en su propia lengua. Por él supieron la triste historia de la

esposa del constructor, una cátera juzgada y quemada viva en el norte de Francia, y también la no menos triste de Elaia Bozat, una agote ahogada en el río durante la estancia en la región de un personaje siniestro, un antiguo inquisidor dominico, el mismo que había ordenado la ejecución de la mujer de Bisol: Robert Lepetit, llamado «el bugre», culpable asimismo, como después supo, de la muerte del constructor. Ella era entonces muy joven, pero lo escuchó con atención y sus palabras quedaron grabadas en su memoria, porque aquella mujer, Elaia, era la tía de Eder, el muchacho que le había salvado la vida, a quien había jurado seguir como los lobos al jefe de la manada y a quien había amado, y amaba, con todas sus fuerzas desde que tuvo edad para comprender lo que era el amor. Él la quería como a una hermana, pero eligió a otra para amar como mujer y le hizo el regalo de la preciosa criatura que ella cuidaba desde su nacimiento. Maddi era lo más cerca que podía estar de él, era su carne y su sangre, y apuraba cada instante que pasaba a su lado porque no sabía cuánto tiempo más podría hacerlo. Su madre pensaba enviarla a un convento de monjas para que se educara hasta que fuera hora de matrimoniarla. Esperaba entonces tener el ánimo suficiente para despedirse de ella a sabiendas de que nunca más volvería a verla, pero así era la vida. El encuentro con el maestro Lucien había supuesto un pequeño rayo de luz, una vuelta a su pasado, pero únicamente podía estar con él cuando salía de paseo con la niña y esto no ocurría a menudo. Entonces, mientras la niña admiraba las figuras e intentaba imitarlas golpeando un pedazo de piedra con un mazo y un cincel pequeños, especiales para los detalles que requerían precisión y aptos para sus pequeñas manos, ella hablaba con el viejo maestro de la piedra y juntos evocaban la tierra que los había acogido a ambos en su huida desesperada, lejos de la maldad.

Apresuraron el paso al ver al hombre bajo el tejado de paja del cobertizo, concentrado en su trabajo, pero el corazón le dio un vuelco; se le cortó la respiración y tuvo que detenerse. Cerró los ojos y volvió a abrirlos para cerciorarse de que no sufría una alucinación. Allí, en el banco de cantero, estaba Eder Bozat con un pañuelo anudado a la frente sujetándole el cabello que le llegaba a los hombros y la barba espesa. Habían

transcurrido más de cuatro años desde la última vez que lo había visto, pero habría podido reconocerlo aunque hubiese pasado una eternidad. Asió con fuerza la mano de Maddi, que ya se dirigía hacia él, y regresaron a casa en medio de las protestas de la niña que no entendía por qué no la había dejado ver a los ángeles del maestro Lucien. Pasó el resto del día distraída, incapaz de centrarse en sus tareas; salió al huerto trasero en cuanto acostó a la niña y no volvió a entrar hasta que ya era noche cerrada. No dejaba de darle vueltas a la cabeza, pero no podía pensar. Tenía que verlo para cerciorarse, aunque fuera en la distancia. Había estado pensando en él con tanta intensidad aquel día que, quizás, la imaginación le había jugado una mala pasada. De todos modos, transcurrirían varias jornadas antes de que la señora le permitiera una nueva salida.

El día siguiente amaneció con un cielo gris y con aspecto de ir a descargar una buena tromba en cualquier momento. La señora la envió a la calle de las Zapaterías a por un par de borceguíes que tenía encargado. Cogió su manto de lana, se cubrió la cabeza y parte de la cara con él y salió disparada ante la sorpresa de la patrona, poco acostumbrada a ser obedecida con la suficiente premura. En más de una ocasión, la joven había dejado claro que ella era la nodriza de la niña, no una sirvienta. Corrió hacia el barrio judío y recogió el calzado; después, dio un pequeño rodeo para pasar por delante del taller del tejedor. Estaba cerrado y la puerta había sido precintada con el sello del obispo. Sintió un escalofrío al imaginar lo que él y los demás detenidos estarían sufriendo en la cárcel episcopal. De todos ellos, sólo Diego Díaz sabía su nombre, pero ignoraba dónde vivía y, de todos modos, dudaba de que el hombre hablara. Era un buen cristiano convencido de que la muerte era únicamente la puerta de entrada a la Gloria y soportaría el martirio sin delatar a los compañeros que no habían sido hechos presos. Lo había conocido de manera fortuita al acompañar a los señores a encargar una alfombra. Una frase dirigida a un aparente cliente, un intercambio de gestos entre él y uno de sus operarios mientras ella y la niña admiraban la habilidad de los tejedores evocaron en su memoria un tiempo casi olvidado. Volvió al taller en la primera oportunidad que se le

presentó y, en dicha ocasión, fue ella quien dijo la frase e hizo el gesto. Tenía poco en común con aquellas personas que se reunían alrededor del evangelio de San Juan y rezaban el Padrenuestro, pero le recordaban a sus padres y, a su lado, se sentía en paz. Se arrebujó en el manto y se encaminó con paso rápido hacia la catedral. La lluvia cayó de pronto obligando a los viandantes a refugiarse en los portales y soportales, pero ella continuó andando. Había un hombre trabajando en el banco del maestro Lucien, pero estaba de espaldas y no podía verle el rostro. Mantuvo el aliento y se aproximó al cobertizo a pesar del barrizal en que se había convertido la plaza en pocos minutos y de que se hundía en los charcos hasta los tobillos. El hombre se giró.

—¡Alazaïs! ¡Por Dios bendito! ¡Te estás empapando!

Lucien Maurice la agarró por un brazo y la obligó a cobijarse bajo el tejadillo de madera y paja.

—¿Se puede saber qué haces aquí con esta lluvia?

—He ido a recoger un encargo...

Le mostró el envoltorio de tela; chorreaba agua y no quiso ni pensar en qué estado se hallarían los borceguíes. Miró a su alrededor esperando verlo, pero allí sólo estaban ellos dos, y suspiró aliviada. El artesano que había visto la víspera sería uno de los ayudantes del cantero, tenía que serlo.

—¿Te acuerdas de Eder, el hijo del viejo Manex Bozat, el que te salvó de caer por el precipicio?

La pregunta la pilló desprevenida y fue incapaz de responder.

—Pues, adivina qué —prosiguió Lucien—: Está en León. Apareció hace unos días, dándome una buena sorpresa. Viaja hacia el Ponteferrato, pero puede que se quede hasta que haya acabado un trabajo que le he encargado.

Al decir esto, el hombre señaló con el dedo la imagen femenina con un niño sentado en su brazo izquierdo en la que ella lo había visto trabajar, sólo que ahora tenía rostro. De forma instintiva, la joven alargó la mano y acarició la piedra. Sonrió. Así que él había vuelto a tallar; había cogido de nuevo los útiles abandonados a raíz del incendio y de su herida en el hombro, aunque, en el fondo, estaba convencida de que la razón para negar

su arte se debía a la decepción y al desamor. Quizás había olvidado a la madre de su hija, tal vez todavía quedaba un resquicio a la esperanza. Aunque... aquel rostro inacabado...

—¿Le habéis dicho que yo también vivo aquí?

—La verdad es que no he tenido la oportunidad. Los hombres, ya sabes, somos distraídos, pero si esperas, tú misma se lo dirás. No tardará en llegar; ha ido al almacén a por piedra de lija.

—Sí...

Sonrió, el corazón acelerado como el de la novia ilusionada que espera la llegada del amante. Le saludaría como si tal cosa..., no le diría nada..., se le quedaría mirando y esperaría a que él la reconociese... Un pensamiento cruzó por su cabeza y borró su sonrisa. No debía saber que ella vivía en León, que la hija del maestro Bisol vivía en León.

—¡He de irme! —exclamó.

—¿No puedes esperar un poco?

—No, no. Y, maestro Lucien, por favor no le digáis a Eder nada sobre mí, ni... sobre la dama Gaífer.

—¿Por qué?

—Ya os lo explicaré otro día, pero prometedme que no le diréis nada, os lo ruego, por él y... por mí.

—¿Hubo amores entre vosotros? —preguntó el hombre en tono divertido.

—¡Juradme que no le diréis que nos hallamos en la ciudad!

—Lo juro, ve tranquila, pero me debes una explicación.

Lucien la vio salir corriendo, chapoteando en los charcos y manchándose las sayas de barro. Para él era una hija, una sobrina, alguien muy cercano, y envidiaba su juventud; le quedaban muchos años por delante, tantos como a él empezaban a faltarle, y deseaba que fuera feliz. Arrugó el entrecejo. No le agradaba que trabajara para la dama Gaífer. La criatura a quien su mujer y él habían cuidado mientras su madre era quemada en la hoguera, a la que él mismo había llevado en brazos durante el interminable viaje en busca de una nueva vida, en carro a través de Francia, se había convertido en una dama rica y altanera. Una sola vez

habían coincidido en León, el día que en compañía del obispo, el gobernador de la plaza y el maestro Enrique, ella y su marido había visitado las obras. Quedó paralizado al verla porque era fiel retrato de Madeleine, su madre, a quien nunca había olvidado, si bien aquella tenía los cabellos rojos y ésta era rubia. El señor Gaífer la llamó por su nombre, Alix, para mostrarle la capilla que pensaba costear y las dudas se disiparon. Todos y cada uno de los días pensaba en el maestro Bisol. Sus vidas habían estado unidas durante la mitad de su existencia, resultaba imposible desligar una de la otra, y su hija era parte de ellas. Se aproximó emocionado, con los brazos extendidos, pero ella se limitó a mirarle con indiferencia cuando él le dijo en francés quién era.

—Sí, tu cara me resulta familiar —respondió en la misma lengua. Y después miró hacia otro lado.

Quedó anonadado. Lo había tuteado como si él fuera un simple menestral; como si ella fuera una reina y él su vasallo. No la había vuelto a ver y tampoco sentía ningún deseo de hacerlo. Una persona que renegaba de su pasado, de su familia y de las gentes que bien la querían, no merecía el mínimo interés por su parte. Alazaïs, sin embargo, sí lo reconoció. Se hallaba algo apartada del grupo principal, en compañía de otros servidores, y llevaba a la pequeña Maddi en sus brazos. Al observar la displicencia de su señora, se le acercó y le tocó el brazo.

—Buenos días, querido maestro Lucien —le dijo—. Soy Alazaïs Gauti. ¿Os acordáis de mí?

Por ella supo de la muerte de Bisol, aunque no le dio detalles, y de su presencia en León como nodriza de su nieta. No pudieron hablar mucho porque la dama Gaífer le ordenó regresar a casa con la niña, pero, siempre que podía, aparecía por el cobertizo y juntos rememoraban otros tiempos, buenos y malos. Nunca, empero, hasta hoy había mencionado a Eder Bozat.

—¿Qué miráis con tanta atención?

Lo sobresaltó la voz del navarro a su espalda. Tenía la vista fija en el camino de barro en el que todavía estaban visibles las pisadas de la joven. Un minuto antes y ella y su antiguo aprendiz se hubiesen encontrado...

—Pensaba... ¿Te acuerdas de aquella familia de cátaros a la que tú y los tuyos ayudasteis a llegar a Baigorri?

—¿Los Gauti? ¿Por qué se os ha ocurrido pensar ahora en ellos?

—Quién sabe... Uno se hace viejo y le vienen a la memoria recuerdos que creía olvidados... ¿Qué fue de ellos?

—Viven en Bozate, junto a mi familia.

—Creo recordar que tenían una hija...

Notó que el joven vacilaba antes de responder.

—Sí, Alazaïs.

—¿También está ella en Bozate?

—No.

No insistió. El tono cortante del montañés era muy significativo y ya habría ocasión de volver sobre el asunto. Lo vio atarse el pañuelo a la frente, colocarse el mandil, asir el mazo y el cincel y centrarse en el trabajo para ahuyentar un pensamiento que, estaba convencido, lo inquietaba.

El cantero cogió el dibujo realizado por Bisol años atrás. El maestro Enrique le había encargado dirigir los trabajos del portal central y elegir a los mejores artesanos para llevarlos a cabo. Había realizado él mismo los bocetos de la puerta, las arquivoltas, el tímpano y la imagen de María y el Niño que iría colocada en el parteluz, pero así como las demás figuras aparecían con todo tipo de detalles, la Virgen sólo estaba esbozada.

—No sé exactamente cómo la quiero —afirmó el arquitecto—. Quizás a ti se te ocurra algo.

En sus muchos años de trabajo, casi toda su vida, había aprendido el arte de la talla, pero conocía sus límites. Él nunca sería un creador; le bastaba con ser un buen imitador e intentar reproducir de la forma más perfecta posible los diseños de otros maestros tallistas más hábiles. Tenía guardados, como si de un tesoro extraordinario se tratara, algunos de los bocetos y planos de Bisol. Los llevaba siempre con él y no los había ojeado desde hacía tiempo, pero quizás en ellos encontraría una idea. No tardó en descubrir lo que buscaba. Después de la muerte de su mujer, el maestro había querido tallar su retrato para recordarla y, asimismo —en opinión de Lucien—, para vengarse. Su venganza consistiría en que la efigie de una

hereje cántara, víctima inocente de la crueldad, presidiese la entrada de uno de los templos levantados a la gloria de Dios por aquellos mismos hombres que enviaban a la hoguera o contemplaban arder vivos a sus semejantes olvidando el quinto de los Mandamientos. Lo había visto dibujar varios bocetos para romperlos a continuación, insatisfecho del resultado. El que tenía en las manos era el más perfecto de todos; incluso estaba coloreado. También lo había roto, pero él lo había recogido del suelo, pegado y guardado a la espera de que el ánimo dolido del constructor se serenase, algo que nunca llegó a ocurrir.

—¡Es magnífico! —exclamó entusiasmado el maestro Enrique cuando él se lo mostró.

No preguntó si era obra suya o de dónde lo había sacado, o por qué se veía con claridad que había sido roto, y él tampoco se lo dijo. Sería un homenaje secreto a su difunto amigo, a él y a todos los mártires de la intolerancia religiosa. Jamás había realizado una figura semejante. Hizo un plano a tamaño natural con las medidas exactas, todos los detalles: los pliegues del vestido y de la túnica, la corona, el velo, el cabello rizado del rapaz... Presa de excitación, él mismo desbastó el bloque de alabastro traído desde el valle del Ebro, un material más blando que el mármol, pero también más quebradizo. No permitió que sus ayudantes realizaran una labor que cualquier buen cantero habría llevado a cabo sin mayores contratiempos, y le dio forma. Sin embargo, no se atrevió a tocar la parte superior y comenzó por la parte de abajo hasta acabar en la figura del Niño y las manos de su Madre, y se detuvo. Se sentía muy orgulloso; lo ya realizado se parecía como una gota a otra al dibujo, pero no prosiguió con el trabajo. Faltaba la cabeza coronada de la Madonna con el cabello oculto bajo un velo por el que asomaban unos mechones. Era demasiado hermosa; era Madeleine tal y como él la recordaba y temía no hacerlo bien, fallarle a su difunto amigo. La dejó apartada en un rincón y se dedicó a las arquivoltas, pero un día el maestro Enrique le urgió a acabar la imagen: quería verla terminada para mostrársela al obispo y a los benefactores de las obras, todos ricos comerciantes de la ciudad, y todavía faltaba encarnarla y policromarla. Ocurrió el día que Eder Bozat apareció vestido de

gentilhombre y no le cupo la menor duda de que era su querido Geoffroy Bisol quien lo enviaba para concluir la obra. Y había acertado. No bastaba con copiar un boceto y hacerlo exactamente igual; era preciso insuflarle vida. Eso era lo que diferenciaba a un verdadero artífice de un mero artesano. El joven navarro, cuyos ojos cambiaban de color según el estado de su alma, al igual que el cielo azul se volvía gris oscuro al aproximarse la tormenta, había transformado un pedazo de piedra en el más maravilloso rostro femenino que jamás había visto: su hermosura era tal que aprovechaba la ausencia del tallista para acariciarlo. Era Madeleine, sí; eran sus rasgos: el óvalo de la cara, la nariz recta, el mentón pequeño, la frente amplia, el cuello esbelto, la mirada amable... pero había algo más que no alcanzaba a discernir.

Observó a Eder que trabajaba en el cabello de la imagen y en el velo que lo enmarcaba, ajeno a todo lo que lo rodeaba: los ruidos de la obra, los gritos de los compañeros, las miradas de los curiosos, a él mismo. Llegaba en cuanto clareaba y no dejaba de trabajar hasta el atardecer, cuando la luz natural resultaba insuficiente. No habían vuelto a hablar largo y tendido desde su primer encuentro y tenía la impresión de que el joven se arrepentía de haberlo hecho partícipe de sus confidencias en un momento especialmente emotivo. La llegada inesperada del maestro Enrique interrumpió sus cavilaciones, no así el trabajo del joven que continuó golpeando la maza como si estuviese solo en el mundo. El constructor venía acompañado por el señor Gaífer a quien, al parecer, quería mostrar el avance de las tallas. El cobertizo era el de mayores dimensiones de los levantados en la plaza y en él trabajaban media docena de canteros tallistas. Los dos hombres fijaron su atención en las arquivoltas, las tallas de los apóstoles y el tímpano, que se hallaba en sus preliminares. Únicamente al salir, se detuvieron ante la imagen de la Virgen, colocada junto a un vano por el que penetraban los rayos del mediodía y permanecieron mudos de admiración.

—¿No os había dicho, querido Gaífer, que era excepcional? —preguntó el constructor—. Había visto el boceto, pero la realización lo supera con creces.

—En efecto, es extraordinaria. Nunca he visto perfección semejante.

—Es obra del maestro Lucien Maurice, mi mano derecha y, a veces también la izquierda —rió el maestro Enrique satisfecho.

—La cabeza es obra de... mi ayudante —se vio éste en la obligación de aclarar—. El tallista más hábil que conozco.

—Nunca lo había visto por aquí...

El maestro Enrique observaba con curiosidad al artesano, quien continuaba trabajando, ajeno a la conversación.

—En realidad, está de paso. Nos conocemos hace muchos años; fue mi discípulo y ahora, tengo que reconocerlo, él es el maestro y yo el aprendiz.

—¿No le encontráis cierto parecido con mi esposa? —interrumpió Gaífer.

Se había aproximado al rostro de la imagen y lo examinaba con atención. A Lucien se le atragantó la saliva. ¿En qué había estado pensando? La mujer del mercader se parecía a su madre, aunque sus rasgos eran más duros y, desde luego, no tenía ni la mirada ni la sonrisa de Madeleine.

—A veces ocurre...

—Tengo que traerla para que lo vea. Seguro que le complacerá tener el rostro de una Virgen, aunque ella esté lejos de serlo —rió con grosería.

—Será un honor... traedla cuando os plazca, pero no os olvidéis de avisarme la víspera para que adecentemos un poco el taller. Está lleno de polvo y no es sitio para una dama...

Con un ademán imperceptible, el cantero había animado al caballero a salir del cobertizo. Debía evitar que mencionase el nombre de su mujer. Alazaïs le había hecho prometer que Eder no sabría de la presencia de ninguna de las dos en León, pero Alix no era un nombre común en aquellas tierras y llamaría su atención.

—Ese tallista... —el maestro Enrique salió detrás de ellos—, ¿cómo se llama?

—Bozat, se llama Bozat.

—¿Es francés?

—Navarro.

—¿Y dices que está de paso? —Lucien asintió con la cabeza—. Tengo que hablar con él y rogarle que se quede por aquí algún tiempo. Pagaré generosamente su trabajo. Quiero qué talle otra Virgen.

—¿Otra?

—Sí, para la puerta de la fachada del lado norte. Así una verá el amanecer y la otra el anochecer.

—¡Bonita idea! —exclamó Gaífer—. ¿Y ésta? ¿Ya tiene nombre?

—Es una Virgen Blanca.

—¡Todas lo son!

—No todas, amigo mío, no todas...

El maestro Enrique guiñó un ojo a Lucien y condujo al comerciante al taller de los maestros de la madera.

—¿Quiénes eran?

La pregunta de Eder sorprendió al cantero.

—Creía que no te enterabas de nada cuando estabas a lo tuyo.

—Es difícil no enterarse si te echan el aliento en el cogote.

—Eran el maestro constructor Enrique, el responsable de toda la obra, y uno de los ricachones que la pagan.

—¿De verdad que era así?

El tallista tenía los ojos fijos en la imagen.

—¿Quién?

—La esposa del maestro.

—¿Cómo sabes que...?

—Recuerda que viví muchos años a su lado. Lo vi, obsesionado, realizando esbozo tras esbozo sin que ninguno llegase nunca a gustarle, y todos eran similares.

—Sí, se le parece bastante.

—Me alegra saberlo. También su hija... —el navarro enmudeció, cogió aire y continuó—: Podríais hacer otra figura que se pareciese a él... la que esté más cerca. Así, al menos, volverían a estar juntos.

—Hazla tú.

—No, yo he de proseguir mi viaje.

—¿Un viaje sin retorno?

—Quién sabe...

Se marchó a media tarde, luego de limpiar el cabello de la imagen con una brocha y su rostro con un paño impregnado en aceite de oliva. Lucien lo oyó silbar mientras se alejaba y sonrió. Desde su reencuentro, era la primera vez que lo veía contento.

OceanofPDF.com

La Virgen Negra

Habían transcurrido más de dos semanas y no había habido señales de Ugo. Eder comenzaba a impacientarse; se lo imaginaba yaciendo con cualquier posadera de las muchas que, por lo visto, conocía o jugando a los dados en un antro de mala muerte. Don Ezequiel y Hadi, por su parte, no estaban en absoluto preocupados. Es más, incluso se mostraban encantados con su nueva situación. Todas las mañanas, cuando él salía para la obra, daban un paseo por la orilla del río y esperaban a que se abriesen los puestos del mercado para comprar pan, verduras, frutas, huevos, pescado o carne. También paseaban por la judería y la morería, recuperaban olores y sabores, voces y sonidos; entraban en los establecimientos donde se servían tisanas y dulces, y se permitían caprichos comunes a sus orígenes: alfajores, pestiños, bollos de aceite o bizcochos bañados con miel. Incluso habían hecho amistades, aunque sin revelar sus verdaderos nombres ni sus respectivas procedencias. Se encontraran entre judíos o musulmanes, se presentaban como lo uno o lo otro, según fuera el caso, y afirmaban con seriedad que eran mercaderes de paso por la ciudad. Su buen aspecto, sus vestimentas de excelente calidad —sacadas del arcón de las ropas que ellos también habían descubierto— y sus modales hacían creíble el engaño. Los leoneses eran gentes confiadas, amables con el visitante y poco curiosas para entrometerse en las vidas ajenas. No obstante, no se atrevieron a entrar en la sinagoga ni en la mezquita. Sabían que los rabinos y ulemas preguntarían más de lo debido y no se darían por satisfechos con respuestas vagas. Algunos de ellos mantenían estrecha relación con otras de sus comunidades en el reino y en las tierras vecinas. No podían correr riesgos y llevaban a cabo sus oraciones en la intimidad de sus respectivos

dormitorios. Se enteraron de que Isaías vivía en una casa de la calle de la Azabachería y lograron verlo, así como a su mujer y a sus hijas. El médico se sintió mejor al comprobar que los cuatro tenían buen aspecto. Si bien se emocionó al divisar a sus nietas y no poder abrazarlas, pero su amigo lo consoló diciendo que podría hacerlo tanto como quisiera en cuanto estuviese resuelto el asunto que los ocupaba. No salían después de la siesta y el resto de la jornada lo pasaban enfrascados en intentar desentrañar el supuesto misterio encerrado en el jardín de la oca.

En opinión de don Ezequiel, habían logrado algunos avances, aunque el herbolario afirmó, con su ironía habitual, que lo único que hacían era marear un pato más listo que ellos. Si bien en menor número que las de otras órdenes de caballería, como las de Santiago o las de San Juan del Hospital, eran decenas las encomiendas, granjas y castillos de los caballeros templarios a lo largo del Camino y sólo catorce lasocas del tablero, incluida la última. En caso de que el médico estuviese en lo cierto, de que el «jardín» fuese un plano de los enclaves templarios, ¿a cuál de ellos correspondería cada una de las palmípedas? Ignoraban cuáles eran los centros más importantes, o especiales, para los freires; los que hubieran merecido ser señalados por ellos bajo la inocente figura de un ánade. Basándose en lo dicho por su joven acompañante, que los tres caminos se hacían uno en Obanos, a poca distancia de Gares, donde los templarios poseían la encomienda principal del reino de Navarra, habían dado este nombre a la casilla número cinco, reforzada por la número seis en la que aparecía un puente que venía a avalar su tesis puesto que allí se alzaba un hermoso puente de siete ojos, el llamado Puente de la Reina por haber sido construido en tiempos de la reina Estefanía, nuera de Sancho el Mayor —aunque había quien aseguraba que el puente se debía a doña Mayor, la esposa de dicho rey—. Adjudicaron la siguiente oca, la número nueve, a Nájera, en cuyo monasterio había una cueva y una virgen negra. La catorce a Santo Domingo, el de la Calzada, donde existía una casa templaria, también apoyada por la número doce con un segundo puente pues, sabido era, que el santo constructor había erigido uno para permitir el paso de los peregrinos sobre el río Oja, cuyo nombre recordaba casualmente a Oca. La

casilla catorce tal vez correspondía a San Juan de Ortega, asimismo un santo constructor, donde se alzaba un enclave templario. En su santuario tenía lugar un hecho extraordinario, milagroso según oyeron afirmar a un peregrino que los acompañó durante un trecho, entre Santovenia de Oca — otra oca más— y Villafría, puesto que ellos no lo habían visto. Todos los equinoccios de primavera y de otoño, a media tarde, un rayo de luz iluminaba el capitel de la Visitación de la Virgen María a su prima Isabel.

—Ambas embarazadas de los santos profetas Yo-hasnam e Īsā —apuntó Hadi, refiriéndose a Juan el Bautista y a Jesús—. Allah los bendiga a los cuatro.

No había casa templaria en Burgos, pero era la ciudad más importante del Camino y, además, recordó el médico, allí vivía una comunidad de carpinteros marcados con una pata de oca por alguna razón que ignoraba, así que le dieron la casilla número veintitrés.

—La casilla diecinueve corresponde a una posada... —comentó el herbolario, quien no acababa de estar muy de acuerdo con la elección de la ciudad castellana.

—¡Otra cosa no habrá en Burgos, pero de posadas y hospitales para peregrinos y viajeros no se pueden quejar!

La veintisiete fue para Castrojeriz. Hadi había recorrido la población de punta a punta llegando a conocerla al dedillo, mientras don Ezequiel se hallaba enfermo y Eder retejaba la vivienda de la mujer del ovejero. Allí sí existía un castillo templario, y una iglesia también templaria, y una colegiata con un rosetón en la fachada con doce cruces tau en el interior de un octógono.

—Sello indiscutible del Temple —afirmó—. Doce es igual a tres veces cuatro, y cuatro son también las hojas de las cruces con forma de tréboles que aparecen en el rosetón. Y no hay que olvidar que en su interior está la imagen, milagrera para los cristianos, de Myriam, la madre del bendito Īsā, la paz sea con ellos.

Asignaron la casilla treinta y dos a Villasirga, uno de los pocos pueblos en los que se habían detenido de día durante su viaje en la carreta del amigo de Eder y que éste se empeñó en llevarlos a visitar, a pesar de tener que

desviarse de la ruta. Agradecieron el alto tras casi una jornada entera de camino sin ver un alma y se atracaron de churrasco de cordero lechal en el mesón de pago de la pequeña localidad que, además, contaba con un hospital para pobres, ambos regentados por los freires del Temple. Antes de comer, Ugo los llevó a visitar lo que él llamó la «catedral templaria», un templo totalmente desproporcionado para la aldea que lo cobijaba en medio de un desierto de hierba y espigas y cuyo alzado presentaba unas dimensiones grandiosas, propias, en efecto, de una catedral.

—Esta Virgen tiene fama de milagreira —les informó, señalando una imagen de María con el Niño—. Dejó ciegos a los sarracenos que intentaban profanar el templo, cura a los invidentes y ha devuelto la vida a personas que habían muerto... Eso dicen... —añadió no muy convencido.

Ambos la contemplaron con indiferencia. Ninguno de los dos acababa de entender el empeño que ponían los cristianos en representar a sus seres divinos. La divinidad no tenía rostro; era imposible imaginarla. Además, susurró en un aparte Hadi al oído de don Ezequiel, ¿cómo podía ser que la madre del profeta Īsā tuviera un rostro distinto en cada pueblo, iglesia o ermita y nombres diferentes si se trataba de la misma persona? En unos era de una belleza resplandeciente, en otros, feúcha; en unos blanca, en otros, negra; en unos rubia, en otros, morena... Puestos a comparar, era más hermosa la de Castrojeriz. Y había algo más que los dejó estupefactos. La iglesia albergaba otra imagen cuanto menos sorprendente: la de una Virgen con su Niño en el brazo izquierdo, como siempre aparecía representada, y embarazada. ¿Embarazada de otro hijo? ¿No decían que sólo había tenido uno? Don Ezequiel llegó a la conclusión de que se trataba de una alegoría de la maternidad, aunque no se atrevieron a pedir una explicación al templario que hacía guardia junto al sagrario. Cualquiera lo habría tomado por una estatua, tan inmóvil permanecía, si no hubiera sido por el movimiento de sus ojos que, vigilantes, no perdían de vista nada de lo que ocurría dentro del recinto, y a nadie.

No marcaron Carrión, a pesar de su importancia en el Camino, sus iglesias y monasterios, pues en su lista no aparecía señalada como territorio templario, y tampoco le asignaron una oca a Sahagún por la misma razón.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó una tarde el médico estirando los brazos por encima de la cabeza para desentumecer los músculos.

—Poca cosa, querido Ezequiel —le respondió su amigo, igualmente estirándose—. Únicamente hemos señalado sieteocas; nos faltan seis más...

—Pero no hemos llegado todavía a Compostela —afirmó el médico con una sonrisa.

—No sé... este misterio quedará sin resolver, me temo.

—Entonces, continuará siendo un enigma y ¿sabes? no es malo. La fe se sustenta en los misterios que el ser humano es incapaz de resolver. Si todo fuera comprensible, si tuviéramos respuestas para todas las preguntas, ¿qué quedaría?

—¿El sentido común?

El médico se echó a reír. Quizás no habían avanzado demasiado, quizás erraban, pero no perdían el tiempo. La búsqueda de otra explicación para el jardín de la oca que no fuera la de un tablero de adivinación los entretenía; era un buen ejercicio para dos viejos en el ocaso de sus vidas a quienes nadie necesitaba. Todas aquellas horas que Hadi y él dedicaban a investigar, a plantear hipótesis, aunque fueran descabelladas, mantenían sus mentes despiertas. Además, hablaban; habían llegado a conocerse como si fueran hermanos de la misma sangre; no había nada del uno que el otro no supiese: sus éxitos y sus fracasos en la vida, sus dudas, creencias, añoranzas y ¿por qué no? esperanzas. El uno era el soporte del otro, el hombro amigo en quien apoyarse y, aunque ninguno de los dos lo hubiese manifestado, estaban seguros de que ambos deseaban llegar hasta el final, no del misterio, sino del Camino. No eran cristianos, pero tampoco lo eran los que lo recorrían en los tiempos antiguos, antes de que hubiese nacido Yeshua, un judío como él; antes de que se descubriese en un campo yermo la tumba de Jacob bar Zebedeo, otro judío. Personalmente, dudaba de que la leyenda fuera cierta. Su querido Yucé también tenía sus dudas, y él sabía mucha historia.

—No niego que existan los milagros —había afirmado en una ocasión — y que, en verdad, el cuerpo decapitado del dicho Jacob fuese trasladado

en una barca sin remos ni velas por el Gran Verde, como llamaban los egipcios al Mediterráneo, y luego por el mar Tenebroso hasta las costas de Galicia, pero... ¿con qué fin?

—Los milagros no precisan motivos —respondió él.

—Ahí te equivocas. Los milagros tienen una razón de ser, siempre la tienen. ¿Cómo se abrieron las aguas del mar para permitir la huida de nuestros antepasados de Egipto? ¿Cómo lograron sobrevivir en el desierto? ¿Qué hizo que se derrumbaran las murallas de Jericó en el séptimo día después de que el ejército de Josué diera siete veces la vuelta a la ciudad? Milagros, amigo mío, siempre milagros. La pregunta sería ¿por qué también en este caso?

—¿Para plantar cara al avance del Islam?

—Yo creo que se trata de algo más. Esa vía que ahora llaman de San Yago o Camino Francés, o ruta mercadera, ya existía antes, en tiempos de los que nada o poco sabemos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Y durante mucho rato su buen Yucé habló entusiasmado del recorrido del sol hacia occidente y de su muerte cada anochecer, según creían los antiguos: de aquél que los celtas paganos denominaron el «camino de Lug», el Arco Iris estelar cuya última estrella desaparecía en la mar, donde la Tierra acababa; de la leche surgida del seno de la diosa Hera, origen de la Vía Láctea; de la soledad del caminante en busca de sí mismo, de la del navegante que espera llegar a puerto y acometer el regreso, descansado y renovado. Y él lo escuchó asombrado de sus conocimientos y de lo que intuía en sus palabras: el deseo de un judío devoto de, por una sola vez, emprender el camino al Finis Terrae sin más bagaje que su credo, y la esperanza de hallar respuestas a su fe. La muerte había abortado su proyecto, si es que lo tenía, pero él todavía estaba vivo para llevarlo a cabo por los dos.

—Descansemos un rato para tomar una tisana y comer unos pestiños —dijo Hadi levantándose de la mesa y dirigiéndose a la chimenea para poner a calentar el agua de la marmita.

Se detuvo al escuchar unos golpes en la puerta y miró a su amigo. Los golpes redoblaron en fuerza y fue a abrir seguido por el médico, quien, sin casi darse cuenta, había asido el atizador que a poco se le cae de la mano al ver a dos caballeros templarios, vestimenta completa y espada al cinto incluidas. Uno de ellos les tendió una carta doblada en cuatro y lacrada, ambos hicieron una leve inclinación a modo de saludo y se marcharon dejándolos sorprendidos y, sobre todo, intrigados. El mensaje, escueto, era de Bertrand de Garlande y estaba dirigido a Eder. En él le comunicaba que el siguiente domingo, cuatro días más tarde, estaría en León.

Llegado el día señalado, ni ellos ni el artesano se movieron de la casa. Entretuvieron su tiempo organizando una buena comida pues, sin duda, los viajeros llegarían con hambre. Prepararon una sopa de pan a base de caldo de gallina con legumbres y verduras, pimienta y jengibre; los huevos batidos se añadirían un poco antes de servirla. También dispusieron un succulento cocido de carne de cabrito, más jugosa que la del cordero, con ajo, laurel, pimienta y aceite de oliva, adquirido en casa de un comerciante judío de la calle de la Azabachería, justo al lado de la del hijo de don Ezequiel, una mañana que, como de costumbre, esperaban ver aparecer a Isaías, a su mujer o a sus hijas. No había habido suerte, pero, al menos, la espera no había sido vana. Por si acaso eran más comensales que ellos, el comendador y Ugo, dejaron preparado un pollo con almendras, hinojo y perejil para el que Hadi elaboró una salsa de especias con pimienta negra, canela, azafrán y clavo de olor molidos, y un plato de berenjenas pues, como gustaba repetir al herbolario, «*una mesa sin vegetales es como un hombre sin sabiduría*», proverbio árabe aprendido de su abuela, la misma que le había enseñado a leer el tablero. Pero transcurrieron las horas y los viajeros no aparecieron. A media tarde, se comieron la sopa, parte del cabrito y hasta una pechuga de pollo; bebieron el vino *kosher* adquirido en la misma tienda que el aceite de oliva, y, finalmente, cada cual se retiró a su cuarto a reposar. El comendador Garlande no llegó hasta el anochecer, acompañado por otro monje soldado, pero sin Ugo. En efecto, estaban hambrientos y acabaron con los restos, además de con un revuelto de hongos improvisado a última hora.

—Me alegro de que cambiaras de opinión —fue el saludo de Bertrand a Eder.

—No sé... tal vez debería haber seguido allí —respondió éste.

—No. Las decisiones tomadas siempre tienen una razón de ser. Ya lo ves: de no haberte animado, ahora no sabríamos que Robert Lepetit sigue vivo y libre para continuar con sus fechorías.

Primero don Ezequiel y después Hadi explicaron el lugar y el momento en que sus vidas se habían cruzado con la del siniestro personaje que dejaba una estela de muerte detrás de él. El comendador les informó de que ya habían sido enviados unos caballeros a Burgos, los mismos que les habían entregado su mensaje días atrás. No sería difícil dar con el antiguo clérigo pues, al parecer, se movía con libertad por aquella ciudad, ya que tanto ellos como el navarro habían tenido oportunidad de verlo. Aguardarían noticias al respecto.

Al día siguiente, mientras el médico y el herbolario acudían a la casa de baños para eliminar el exceso alimenticio de la víspera, Bertrand y su compañero escoltaron al navarro a la fábrica de la nueva catedral. El comendador deseaba ver las obras, pero, de manera especial, la talla sobre la que Eder le había hablado con tanto placer.

—Creía que ya no sería capaz —le confesó—. Hice un trabajillo en el valle de Mena, de camino hacia aquí; tallé el fuste de una columna, pero no es lo mismo trabajar en un rostro. La imagen de... de... bueno, la que visteis en mi casa de Bozate, fue lo último que hice. Y tampoco es igual una figura pequeña que una grande. Aunque, en honor a la verdad, la mayor parte del trabajo es obra del maestro Lucien Maurice, oficial que fue del maestro Bisol.

El freire recordaba a Lucien de su época en Champagne, y éste lo recordaba a él. Su encuentro fue cálido ya que, además, los unía la memoria de un hombre a quien ambos habían querido. Mientras su compañero hacía guardia ante el cobertizo, Bertrand se entretuvo examinando las imágenes talladas en las arquivoltas y las dos o tres figuras de tamaño natural que representaban a los apóstoles, y felicitó a los artesanos encargados del trabajo. En ello estaba cuando apareció el maestro Enrique con unos planos

bajo el brazo y ambos se saludaron con una efusión no fingida ya que se conocían desde hacía tiempo, y era mutuo su aprecio. Los tres hombres se centraron en los planos y el constructor se explayó a gusto. Se había retomado la actividad después de tres decenios durante los cuales la fábrica había permanecido poco más que parada, y esta vez —aseguró— no se detendría hasta que la catedral estuviera finalizada. El templario lo escuchaba complacido, examinó los planos con ojo experto y planteó cuestiones que demostraban sus conocimientos en materia de construcción, lo cual no dejó de sorprender y halagar al maestro Enrique, harto de tratar con personas ignorantes en la materia y de responder a preguntas insulsas que hasta un aprendiz recién llegado podía contestar. Ninguno mostraba prisa alguna por dirigir la mirada hacia la Virgen que, sonriente, aguardaba su atención.

Al principio, Eder esperó un poco apartado, pero pronto se cansó, asió la maza y el cincel y continuó su labor, centrada en la corona. Unas jornadas más de trabajo y la imagen quedaría lista para ser policromada. Quizás porque en Baztan era difícil conseguir las láminas de pan de oro, plata o cobre y los pigmentos adecuados para elaborar las pinturas, o porque él no tenía el arte necesario para pintar a la cera caliente, prefería la madera o la piedra limpias de «afeites». A fin de cuentas, y por mucho que se considerase que una pieza no estaba acabada del todo hasta que no fuese encarnada y debidamente pintada, todo en la Naturaleza era natural, como su nombre lo indicaba, y hermoso. Una mano se posó en su hombro y se giró. El comendador tenía los ojos clavados en el rostro de la escultura y se frotaba la barba en un gesto característico en él cuando meditaba.

—¿Qué os parece? ¿No es magnífica?

La voz del maestro Enrique rompió el silencio.

—Es sublime.

—Ha sido el maestro Lucien quien la ha realizado; yo sólo me he limitado a tallar el rostro de la Dama —aclaró el navarro.

—Siguiendo un boceto de nuestro recordado Geoffroy Bisol —terció el cantero al tiempo que le tendía el dibujo original.

La mirada de Bertrand fue del dibujo a la imagen y a la inversa de manera repetida. Ciertamente, el parecido era asombroso: los pliegues de la túnica y de la capa eran exactos; el Niño con las rodillas separadas, los dedos alzados de su mano derecha, la bola en su izquierda... incluso la serpiente aplastada por el pie de la Virgen era una copia idéntica. En cuanto al rostro... tenía un aire, pero no era igual. La ternura del rostro pétreo estaba ausente en el boceto y —le costó averiguarlo— era la sonrisa lo que la hacía diferente, una sonrisa de amor y... de perdón. El descubrimiento lo paralizó y sus ojos se enturbiaron.

—Lo has vuelto a conseguir —afirmó dirigiéndose a Eder.

—¿El qué? —preguntó éste a su vez.

—Que la imagen hable...

—¿Habla?

—Sabes que sí y que, a través de tu trabajo, expresas y compartes tu fe.

—¿Os conocéis? —inquirió el arquitecto, sorprendido de la familiaridad que observaba entre los dos hombres.

—Sí —respondió el templario—, conozco al maestro Bozat desde hace tiempo.

—Me alegro porque quería encargarle que tallase vuestra Virgen.

—Y yo también me alegro porque ésa es la razón de que él se halle entre nosotros. Yo le pedí que viniera.

—Creía que deseabais que tallase para vos —Eder no acababa de entender sus palabras—, que tallase una Virgen Negra...

—Así es. El Temple de León desea ofrecer una imagen a la nueva catedral. El maestro Enrique y yo somos viejos amigos y ya hemos hablado de este asunto en varias ocasiones.

—Creía que era para vuestra casa de Ponteferrato... —insistió el navarro.

—Allí ya tenemos una descubierta por nuestros hermanos en el hueco de una encina y venerada por toda la comarca. Ninguna otra lograría arrebatárle la devoción de los lugareños. Pero ésta que te pido es distinta.

—No sé...

—Has tallado el rostro del día, del amanecer. Ahora quiero que talles el de la noche, el de la antigua creencia en la Madre, el de la estrella que guía al peregrino hasta el final de la Tierra, iluminando la oscuridad y el despertar de las almas a una nueva vida. ¿Lo harás?

Regresaron escoltados por el otro freire, que no había abierto la boca desde su llegada siguiendo la regla que prohibía hablar cuando no era necesario; una regla que, por lo visto, llevaba a rajatabla. Las gentes se retiraban a su paso y más de uno hacía una leve inclinación de cabeza en señal de respeto hacia dos miembros de la prestigiosa Orden, cuya apariencia y vestimenta siempre causaban una gran impresión entre el pueblo llano.

La vida en la casa de la plaza del Grano varió sutilmente durante los siguientes días. Estaba claro que la vivienda pertenecía a los templarios y no a una familia que vivía en el campo, como Ugo había dado a entender. Se trataba de una especie de apeadero para los freires cuando éstos se encontraban en la ciudad dado que no tenían allí otras posesiones; de ahí que las habitaciones fueran más propias de un convento que de una casa normal —comentó don Ezequiel a su amigo—. Una mujer, a la que no habían visto hasta entonces, aparecía todas las mañanas y se ocupaba de la limpieza, las ropas y las comidas. Ambos hombres se sentían intimidados y no habían vuelto a sacar sus mapas y documentos, temerosos de que el comendador se interesase por ellos y, más aún, por la presencia de una lista con las encomiendas y castillos templarios a lo largo del Camino. Podía tomarlos por espías o por cualquier otra cosa y hacer preguntas, así que en cuanto Eder salía, ellos hacían otro tanto y deambulaban por la ciudad sin rumbo fijo. Regresaban con la esperanza puesta en que hubiese noticias de la detención de Robert Lepetit para así decidir sobre lo que harían a continuación, pero los días pasaban y las noticias no llegaban.

Un día el médico no aguantó más, dejó al herbolario charlando con un tendero musulmán con el que habían hecho una cierta amistad y subió al piso de su hijo. Por fin pudo abrazar a Isaías, conocer a su nuera y besar a sus nietas. No les dijo nada sobre lo ocurrido en Nájera, ni sobre el verdadero motivo que lo había llevado a León. Les explicó que ya no

ejercía y que había decidido acompañar a un amigo que sufría de reuma a tomar las aguas termales del río Miño, famosas por sus buenas propiedades curativas; una disculpa, en realidad, para visitarlos y, de paso, conocer a las niñas. Estaría todavía unos días en la ciudad y prometió volver a verlos antes de proseguir el viaje y, por supuesto, también a la vuelta. Su hijo se empeñó en acompañarlo hasta la calle y le presentó a Nathanael, el azabachero que tenía el taller en el bajo del edificio, dejándolos a ambos al cabo de un rato, porque tenía que pasar visita en el hospital para pobres y caminantes dependiente del cabildo catedralicio. El azabachero era un hombre de mediana edad, buen conversador y mejor artífice. Le enseñó su pequeño local sin ocultar su orgullo pues, según afirmó, había comenzado como aprendiz siendo un niño y para los veinte ya había conseguido instalarse por su cuenta. Para corroborar dicho aserto, sacó de una arqueta de madera una especie de cartapacio de terciopelo rojo y lo desplegó con mucho misterio. Sujetas con alfileres, podían verse diversas piezas — pendientes, colgantes y anillos—, todas elaboradas con la piedra de intenso color negro, apreciada desde antiguo por sus propiedades mágicas.

—No resulta fácil conseguir un azabache sin vetas —le explicó—, aunque a mí me llega de Asturias directamente y es de la mejor calidad. De todos modos, siempre es laborioso trabajarlo porque, aunque muy duro, se quiebra al menor golpecito mal dado.

—¿Y estas cruces? —inquirió el médico señalando un par de cruces engastadas en plata. Era cuanto menos curioso ver un símbolo cristiano en una tienda judía.

—Cruces, higas, manos de Fátima, figurillas... tengo clientes de todas las clases, aunque, he de confesar, las higas contra el mal de ojo son las preferidas de los judíos, así como de los musulmanes y los cristianos, a pesar de que las tres religiones las condenan por considerarlas supersticiosas y abominables —el azabachero no reprimió una sonrisa burlona—. Por cierto, no ha mucho le vendí una a un hombre que preguntó por vos.

—¿Por mí?

—En realidad se interesó por vuestro hijo, pero un par de veces preguntó si yo os conocía y si vivíais en esta casa.

—¿Y cuál era su aspecto?

A don Ezequiel se le había erizado el vello del cogote, pero procuró mostrarse impasible.

—Normal. Desde luego era cristiano porque olía a tocino.

En otra ocasión el comentario le hubiese hecho sonreír, pero en ésta se limitó a menear la cabeza pensativo.

—Si ese hombre vuelve, ¿seríais tan amable de no decirle que me habéis visto? Hay un tipejo que siempre anda pidiéndome dineros que nunca devuelve, y puede que se trate del mismo —aclaró para no levantar los recelos del artesano.

—Lo haré, quedad tranquilo. No hay nada peor que un moroso reincidente, ¡si lo sabré yo!

Se despidió sin prisas, pero con unas ganas tremendas de volver con toda rapidez al seguro cobijo de los templarios. Buscó a Hadi que se hallaba enfrascado en animada charla con el tendero y otro cliente y lo sacó a la calle casi a la fuerza.

—Está aquí —dijo cuando el otro pidió explicaciones por su brusquedad.

—¿Quién?

—Abadón, el ángel del abismo.

—¿Abadón?

—Robert Lepetit.

—¿Cómo lo sabes?

—El azabachero me lo acaba de decir; ha dicho que un cristiano entró hace unos días en su taller y le preguntó por mí.

—¿Y era él?

—En principio no, porque no le llamó la atención su aspecto, pero eso no quiere decir nada; tal vez fuera un sicario a su servicio.

—O alguien que te conoce...

—Nadie, excepto tú, Eder y los templarios, sabe que estoy en León.

—¿Y tu otro hijo, el de Burgos?

Don Ezequiel se detuvo en seco. Samuel ignoraba su paradero; había abandonado Burgos sin decirle nada, pero era un joven avisado y podía haberlo deducido y... habérselo dicho a alguien. Reanudó la marcha a paso rápido seguido por Hadi y no respiró tranquilo hasta hallarse dentro de la casa de la plaza de los Granos. Los demás ocupantes estaban ausentes y la espera se les hizo interminable. El navarro fue el primero en llegar y el médico le relató lo ocurrido; poco después aparecían los templarios y él les repitió su conversación con el azabachero. Cada uno de ellos planteó una hipótesis para explicar el extraño suceso, incluso el templario silencioso emitió su opinión, pero finalmente llegaron a una misma conclusión: de algún modo el bugre había sabido que el médico estaba en León. Sólo les faltaba, para estar seguros, la confirmación por parte de los dos freires que se habían desplazado a Burgos, algo que ocurrió horas más tarde al presentarse éstos cubiertos de polvo tras cabalgar sin detenerse durante tres días y sus respectivas noches. El llamado Robert Lepetit, o Robert de Reims —informaron—, ejercía de maestro de retórica en la escuela catedralicia de Burgos, pero se había trasladado a León en compañía del maestro Enrique, constructor de las catedrales de ambas ciudades, y nadie sabía si tenía intención de ocupar de nuevo su puesto, hecho éste que había causado el malestar del prelado burgalés al haber sido él quien había propiciado su contratación.

—Estabas, por tanto, en lo cierto, don Ezequiel —confirmó el comendador.

—Desgraciadamente así es —respondió el aludido.

—Bien. Por lo menos sabemos a qué atenemos y nuestro hombre ignora, por ahora, tu paradero. Habremos de ser más rápidos y dar con él antes de que él averigüe nuestra presencia en la ciudad y desaparezca al igual que en otras ocasiones. Mi compañero y yo escoltaremos a Eder y vosotros —dijo mirando a don Ezequiel y a Hadi— no saldréis de esta casa sin mis dos hermanos. Abrid bien los ojos y, si lo veis, ellos se encargarán de él.

—Disculpad... —el médico no sabía muy bien cómo dirigirse a un comendador templario— señor... pero vuestras ropas no son las más

adecuadas para pasar inadvertidos. Mi amigo y yo hemos cambiado de aspecto desde la última vez que él nos vio, pero seguro que repararía en nosotros si vamos escoltados por dos caballeros del Temple...

Acordaron que los dos freires vestirían con ropas del arcón, pero no así Bertrand ni su compañero, puesto que el propio comendador era testigo del cambio producido en el artesano en los últimos años y era del todo improbable que Lepetit lo reconociese aunque lo tuviese delante. Al día siguiente, Eder acudió al trabajo acompañado por Bertrand y el templario silencioso. Éste permaneció de guardia, al igual que la víspera, mientras su superior se entrevistaba con el maestro Enrique. Al constructor le costó aceptar que el hombre a quien había hospedado y recomendado como maestro en Burgos, y proporcionado alojamiento en León fuese un asesino buscado en los reinos de Francia, Navarra y Castilla, pero la firmeza en el tono del comendador y las pruebas que lo incriminaban acabaron por convencerlo. Desconocía su paradero —afirmó—. El canónigo Íñiguez había fallecido y su huésped había desaparecido dos días después. De todos modos prometió indagar. Nadie desaparecía así como así, por arte de magia.

Después de un invierno frío como no se recordaba en años y una primavera desapacible, las aguas desbordaron las cuencas de los ríos, los prados se cubrieron de espigas verdes salpicadas de amapolas y los campesinos dieron gracias al Cielo por las cosechas que se preveían abundantes. El sol calentaba con fuerza y los canteros preferían trabajar al aire libre, todos menos Eder Bozat que continuaba su labor en el mismo rincón del cobertizo, convertido ahora en un horno. Con el torso desnudo, el pañuelo anudado a la frente y las manos envueltas en tiras de tela para evitar el sudor, trabajaba desde el amanecer hasta el anochecer presa de la fiebre que se apoderaba de él cada vez que asía la maza y olvidaba el mundo que se agitaba a su alrededor, las voces, los ruidos y los recuerdos. A ratos se detenía, daba varios pasos hacia atrás y contemplaba ensimismado el resultado de sus esfuerzos. En vista de que el comendador y el maestro Enrique habían hecho hincapié en que debía tratarse de una Virgen Negra, le habría gustado realizar la obra en madera de corazón de castaño, o en obsidiana, turmalina o piedra de lidia, materiales de color

negro cuyos nombres recordaba haber aprendido con Lucien Maurice en sus años de aprendiz, pero que nunca había visto. Tenía, sin embargo, que conformarse con labrar el alabastro que después sería tintado de oscuro, dorado y pintado por otras manos, pero él no lo vería. Le había preguntado a Bertrand por su hija, por Maddi, recordándole la promesa de que la vería si trabajaba para él.

—La verás, la verás... —había respondido el comendador.

Las semanas transcurrían y nada hacía presagiar que fuera a ocurrir alguna vez. Su ánimo se había enfriado. Ya no estaba seguro de querer ver a la niña; a fin de cuentas no la conocía, ni ella a él. Además, tampoco deseaba encontrarse con su madre y, mucho menos, con Alazaïs. Prefería penar el resto de su vida y añorar lo que pudo ser y no fue, a enfrentarse a un rechazo que lo hundiría todavía más. Asimismo, no podía regresar a Bozate con las manos y el corazón vacíos. Únicamente le quedaba una salida: dirigirse hacia aquel lugar del que don Ezequiel y Hadi hablaban a menudo, el final de la Tierra. Lo haría en cuanto acabase la imagen, y lo haría solo.

La santa milicia

Sólo habían transcurrido unos meses desde que Robert Lepetit se había centrado en la tarea de convertir a seis artesanos ignorantes y asustados en los primeros acólitos de su nueva fundación y estaba bastante satisfecho con los resultados. Ninguno de ellos era demasiado inteligente, pero todos entendieron enseguida que debían obedecer sin hacer preguntas si no querían acabar como sus compañeros. Les informó de que Diego Díaz y otros cuatro buenos cristianos habían sido ajusticiados de manera horrible. A los demás, hombres y mujeres, se les había encerrado en las mazmorras del castillo, sitio húmedo y lleno de ratas, de donde se salía, si se salía, con el juicio perdido y, en ocasiones, leprosos, lo que los conducía de inmediato a la leprosería más cercana para acabar allí sus días, olvidados de Dios y de sus semejantes, incluidos sus familiares. Abatidos al conocer la suerte de sus amigos y parientes y por la propia deshonra de la huida, aceptaron su destino con mansedumbre y ayunos y penitencias por sus pecados. Y algo más. Uno de los acogidos había sido soldado hasta que decidió dejar las armas, harto de matar y de correr el riesgo de ser muerto. Robert le ordenó adiestrar a los demás.

Todos los días corrían descalzos por el campo, subían a los árboles y se lanzaban desde ellos, se bañaban en las frías aguas del Bernesga y peleaban con estacas de forma que, además de hacerse numerosas heridas y magulladuras, habían logrado manejar un simple palo a modo de arma de ataque y habían adquirido una fuerza que antes no tenían. A menudo, eran azotados en ceremonias no exentas de parafernalia. El menor descuido, una palabra dicha fuera de tiempo, un olvido, una lección mal aprendida, un trabajo mal hecho eran motivos suficientes para que el infractor fuese

enviado a la casucha de los aperos para el resto de la jornada u obligado a trabajar sin comer. Llegada la noche, en el pajar iluminado con velas, con todos los presentes de rodillas vestidos con hábitos negros y las cabezas rapadas cubiertas con capuces, se procedía al juicio de las faltas presidido por el guía espiritual de la pequeña comunidad, sentado en un sillón frailer o a modo de trono. Se conducía al infractor al centro del pajar y se le ordenaba desnudarse. Rezaban entonces un Padrenuestro y, tras la autoinculpación y el correspondiente sermón, se procedía al castigo con unas zurriagas, infligido por uno de sus compañeros mientras el resto recitaba unas letanías compuestas especialmente para la ocasión por el antiguo clérigo. Poco a poco, los componentes de la Santa Milicia, nombrado por Lepetit a su grupo, iban convirtiéndose en sombras de sí mismos, en meros esclavos a las órdenes de su amo; en él confiaban, él era la seguridad, su única familia y con él alcanzarían la gloria eterna.

Él también había cambiado durante el tiempo que llevaba recluido en la casa de labranza y, cuando no estaba aleccionando a sus «milites», permanecía en el desván que había hecho acondicionar para no tener que compartir espacio con sus criados. Se sabía el *Libro de la Revelación* palabra por palabra, pero lo interpretaba a su manera. Se decía que era imposible, por muy profeta que se fuese, conocer íntegramente lo que ocurriría mil años después y que era preciso entenderlo de acuerdo con los tiempos. El Dios de la Biblia había muerto en el mismo momento en que permitió la ejecución de su hijo, algo que la Iglesia había ocultado al mundo durante más de un milenio, de ahí su empeño en eliminar a sus detractores, a los buenos hombres y mujeres que él mismo, engañado, había perseguido. Un nuevo Dios estaba a punto de hacer su aparición; un ángel de la luz que, al igual que Lucifer, se rebelaría, pero esta vez saldría victorioso. Él había sido bendecido y perdonado. Después de sus muchos errores, se le daba una segunda oportunidad: debía estar presto para servir al dios del Libro que llegaría a lomos de un caballo blanco y vencería al Dragón. Babilonia, «la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la Tierra», era Roma y caería, y con ella todos los que lo habían acosado y deseado su muerte: dominicos, franciscanos, templarios y malditos paganos.

Sus seguidores sólo eran seis, el número imperfecto que él, el séptimo, transformaba en perfecto, y a los que seguirían muchos más, un verdadero ejército. Su único contacto con el exterior eran Ferrán y Dominga, sobre todo el primero, pero muy pronto recibiría una señal para ponerse en camino y acudiría al lugar, aún no revelado, donde el mar desaparecería para ser testigo de la llegada de la Nueva Jerusalén.

Los dos sirvientes, por su parte, habían creado su propio espacio íntimo en la cocina y proseguían unas relaciones amorosas que alcanzaban su punto culminante las noches en las que los locos eran castigados, ceremonia que contemplaban a través de las rendijas de la pared del establo. No tenían la menor duda de que los desgraciados que vivían en el pajar estaban locos, pero los castigos infligidos a la luz de las velas, los cuerpos desnudos, los gemidos de los castigados y las jaculatorias a cada golpe que recibían los excitaban en grado sumo. Estaban asimismo convencidos de que su señor era también un demente, pero tenían planes para el futuro. Lo hablaban a menudo después de hacer el amor y antes de que el sueño los venciera. A la menor ocasión, cogerían la arqueta con las monedas de oro y plata y buscarían un sitio cerca de la costa para instalarse y vivir su vida con tranquilidad, pero debían ser cautos, muy cautos, no sucediera que algo saliera mal y el amo enviara a los locos en su búsqueda. Entre la propiedad y la ciudad había un buen trecho y los alcanzarían antes de hallarse a salvo. No querían ni imaginar lo que les ocurriría si los pillaban.

Una vez por semana, Ferrán aparejaba la mula y la carreta que los antiguos inquilinos se habían visto obligados a dejar atrás al descubrirse en el inventario, a la muerte del canónigo, que ya había allí una mula y un carro a su llegada a la casa de labranza, cuarenta años atrás. Lógicamente, el animal había muerto y la carreta no era la misma, pero, de hecho, daba igual. El criado acudía al mercado de los sábados y adquiría legumbres, harina, carne y otros productos necesarios para alimentar a nueve personas. De paso, aprovechaba la ocasión para darse una vuelta por la ciudad, beber un pote de vino y, sobre todo, despejar la cabeza. Echaba en falta la libertad para callejear que había disfrutado hacía poco tiempo. Un sábado, el bugre le encargó que fuese a hablar con el maestro Enrique, no como su sirviente,

ya que aquél ignoraba que lo fuese, sino como el antiguo vigilante de obras a quien había conocido en Burgos. Debía preguntarle sobre él; enterarse si alguien se interesaba por él y si su desaparición había levantado algún tipo de rumores. Obedeció la orden encantado porque su cumplimiento le permitiría quedarse en la ciudad un rato más. Realizó las compras y se dirigió a Santa María de la Regla, haciéndose el contradicho con el constructor y halagando sus oídos al mostrar su admiración por la buena marcha de los trabajos.

—¿Qué fue del maestro catedralicio que os acompañaba cuando tuve el honor de compartir vuestro viaje? —preguntó sin mostrar un interés excesivo.

—¿Maese Robert Lepetit? No sé nada de él. Creo que volvió a Burgos, pero no me hagáis caso. Era un hombre muy extraño —añadió como para sí—. ¿Y tú, mi buen Ferrán? ¿Qué haces? Si buscas trabajo, aquí necesitamos capataces de tu talla.

—Gracias, maestro, lo tendré en cuenta, pero por ahora sirvo a un señor que me trata bien y me paga aún mejor.

Se despidieron y el criado se dispuso a regresar a la granja, pero algo llamó su atención. Delante del taller de los maestros del muro, debajo de una tejavana, podía verse la imagen de una Virgen y el Niño iluminada por los rayos del sol del atardecer y se acercó para examinarla de cerca. No era un entendido, pero había tenido oportunidad de ver muchas tallas, imágenes de santos, de ángeles y también vírgenes en sus años de trabajo en la fábrica de Burgos. Sin embargo, aquélla era distinta y de una belleza excepcional. La contempló ensimismado durante un rato hasta que lo distrajo el ruido de un golpeteo en el interior del cobertizo.

—Un día tienes que venir conmigo a verlas...

—¿Ver a quién?

Estaba descargando las compras ayudado por Dominga y le explicaba la impresión causada por las dos imágenes que había visto cuando el bugre apareció en la puerta de la casa interrumpiendo su conversación y provocando en ellos el desasosiego acostumbrado. Impaciente por saber si

el criado había cumplido su encargo, había bajado en lugar de esperar a que él subiera a informarle.

—A las vírgenes...

—¿Qué vírgenes?

—Dos imágenes, señor, que un tallista ha tallado para la catedral. Bueno... una todavía no la ha acabado.

—¿Y qué tienen dos estatuas de extraordinario?

Repuesto del sobresalto que le había causado la súbita presencia de su patrón, Ferrán pasó a describir de la mejor manera que supo el rostro sonriente de una de las figuras y el otro, muy diferente, pero asimismo atractivo y distinto a todo lo que había visto hasta entonces, que no era mucho —se disculpó modesto—. Una vez encarnadas y pintadas, causarían asombro en los fieles que acudieran al templo —agregó.

—¿Hablaste con el maestro Enrique?

—Ignora vuestro paradero, señor, y, disculpad, no parece demasiado preocupado.

Robert no dijo nada. Era una buena noticia no saberse buscado.

—¿Estaban embarazadas? —preguntó de pronto casi sin pensar.

—¿Señor?

—Te he preguntado si las imágenes mostraban el vientre abultado de las mujeres preñadas.

—Pues... la verdad, no me he fijado, pero seguro que no. Ambas tenían un niño en el brazo izquierdo y todo el mundo sabe que Nuestra Señora sólo tuvo un hijo, y que...

Lo mandó callar con un gesto de la mano. Una idea le rondaba la cabeza, pero era del todo improbable que un aprendiz apareciese de la nada y le fuesen encargadas dos tallas para la catedral. Los maestros del muro y los tallistas eran muy suyos y no aceptaban que un extraño ocupase un cargo entre ellos sin ser antes debidamente examinado por los miembros de la cofradía, y aun así. ¿Cómo se las había ingeniado el maldito pagano para ocupar el puesto de un maestro o, al menos, de un oficial? Quizás estaba imaginando cosas —se dijo—. Existían cientos de buenos tallistas, mucho mejores y renombrados que un miserable leproso espiritual llegado de las

montañas navarras. Intentó olvidarse del asunto, pero le obsesionaba el recuerdo de la Virgen embarazada, que él mismo había quemado porque era una obscenidad esculpir preñada a la Madre del Cristo. Sólo a una mente retorcida, o a un hereje, se le ocurriría semejante idea.

—Iremos a la ciudad hoy mismo, en cuanto oscurezca —ordenó a Ferrán. Y entró en la casa.

El sol se había ocultado tras unos negros nubarrones que amenazaban con descargar una tromba de agua. No llovió, pero el cielo se oscureció antes de lo previsto y era noche cerrada cuando llegaron a la plaza de la catedral. Por suerte para ellos, sólo eran cuatro los vigilantes nocturnos de la fábrica y en aquellos momentos cenaban confiados en torno a un brasero. Tampoco se veían trabajadores por los alrededores. Era sábado, día de paga, y aprovechaban que no tenían que madrugar para reunirse en tabernas y tugurios y gastar parte de lo ganado con tanto esfuerzo.

—Enséñame dónde están esas vírgenes —susurró el amo al criado que caminaba por delante de él con un candil medio camuflado bajo la capa.

El sirviente lo condujo al cobertizo y levantó bien el candil para que pudiera ver la primera de las imágenes, la que estaba terminada. La examinó con atención. Ciertamente era una talla hermosa, pero no había en ella nada de escandaloso. Su sonrisa era la de una madre, sin asomo de lascivia, e incluso sus ropajes eran pudorosos; llevaba el cabello recogido bajo el velo y la capa envolvía completamente su cuerpo sin revelar ningún atributo consustancial a la naturaleza femenina y, mucho menos, un embarazo. Hizo un gesto a Ferrán y éste se apresuró a indicarle el interior y a iluminar la segunda imagen. Reculó horrorizado. Con los cabellos desparramados por encima de los hombros como una vulgar campesina y los pechos insinuándose bajo la túnica, la estatua no sonreía y lo atravesaba con su mirada de piedra, acusándole de los crímenes cometidos, los inocentes abrasados en las hogueras, las víctimas violadas, la fe traicionada. Permaneció alelado. Aquella mujer no representaba a María, la doncella elegida para dar a luz sin mancha al primer Cristo. Era Eva, la pecadora causante de todos los males de la humanidad, la Lamia que volaba en la noche a la búsqueda de hombres a quienes extraerles su fuerza viril, la

Magdalena prostituta de cabellos de color de fuego que había seducido al maestro Bisol y a quien él había quemado viva... la misma representada en aquella imagen tallada por un execrable pagano, hijo de Satanás. Buscó a su alrededor y vio una maza de gran tamaño, de las utilizadas para desbastar los grandes bloques de piedra; la asió y descargó sobre la talla un golpe con tal ira que la rompió por la mitad. En su ímpetu empujó a Ferrán, quien cayó al suelo, y el candil con él. Poco después las llamas prendían en la paja seca que cubría el suelo y se escuchaban voces de alarma. Corrieron por entre los cobertizos y desaparecieron por una calle cuando los primeros alertados llegaban a la plaza e intentaban sofocar el incendio. Antes de abandonar el cobertizo en llamas, el bugre lanzó una mirada a la estatua colocada bajo la tejavana. Envuelta en el resplandor, la imagen se reía de él.

Esa misma noche, Robert Lepetit cogió la arqueta de los dineros, el *Libro de la Revelación* y demás documentos, montó en la carreta y seguido a pie por sus seis milites abandonó León por el camino que miles de peregrinos tomaban cada año para ir a postrarse a los pies del apóstol Santiago, allá en Compostela, en los confines de la Tierra.

Ferrán y Dominga los vieron marchar con sentimientos encontrados. Eran libres para hacer lo que mejor les viniese en gana y el patrón les había dejado unos dineros, pero no los suficientes para sobrevivir hasta el invierno, aunque les encargó velar por su propiedad hasta su regreso en la primavera siguiente. Tendrían que laborar los campos como vulgares campesinos, solicitar un préstamo y vivir de mala manera al modo de los pobres, algo que no estaban por la labor de hacer. Se quedarían allí unos días, hasta que se acabaran las provisiones y tuvieran claro lo que querían, y después se marcharían. Fueron sorprendidos a media mañana del día siguiente por unos fuertes golpes en la puerta, seguidos de un estruendo. Se hallaban en el lecho del patrón, mucho más grande y confortable que sus catres, y no tuvieron tiempo de vestirse. Media docena de soldados irrumpieron en la habitación y los arrastraron escaleras abajo cubiertos con lo primero que encontraron a mano: una sábana él y ella, la sobrecama. En el piso inferior los esperaban el alguacil mayor de León, un sacerdote, un hombre con aspecto de leguleyo y —abrieron la boca asombrados— dos

freires templarios, cuyas capas blancas destacaban en el espacio escasamente iluminado por dos ventanucos. Respondieron al interrogatorio al que fueron sometidos, en especial Ferrán, que era quien mejor conocía a su señor. Dominga estaba tan asustada que apenas lograba hilvanar dos palabras seguidas. El sirviente relató cómo había entrado al servicio de maese Robert y cómo el difunto canónigo Íñiguez había legado a éste la casa y sus tierras, pero omitió hablar de la visita nocturna a casa del administrador. Tampoco dijo nada sobre los herejes porque habría tenido que explicar su colaboración en la huida de unas gentes perseguidas por la autoridad y sería inculpado por cómplice.

—¿Y dónde está ahora tu amo? —inquirió el más viejo de los caballeros templarios que había permanecido callado hasta entonces.

—Se marchó...

—¿Cuándo?

—Ayer...

—¿En qué dirección?

—Lo ignoro, señor, os lo juro. Nos dijo que regresaría después del invierno.

El freire acercó su rostro al del criado y fijó en él una mirada nada benevolente.

—¿Fuiste tú quien provocó el incendio en el cobertizo de los canteros?

—No, no... os lo juro. Fue él.

—¿Porqué?

—Se enfureció al ver la imagen a medio tallar, la que está... estaba dentro. No sé por qué razón —la frente de Ferrán se había cubierto con gotas de sudor—. Cogió una maza y la rompió, me empujó, caí y el candil... Os juro por mi madre que yo no tuve culpa alguna...

—¿Y por qué fue al cobertizo de noche?

—No lo sé, de verdad, no lo sé. Yo había visto las vírgenes y le comenté que eran muy hermosas. Me preguntó si estaban preñadas... vamos, si estaban... ya sabéis... y quería verlas.

El diálogo había sido seguido en silencio y con atención por el resto de los presentes que no entendían muy bien el asunto de las imágenes y las

preñeces. Al llamado Robert Lepetit se le buscaba por asesino, aunque la destrucción de la propiedad —y más si era eclesial— también estuviera penada.

El incendio había alertado a muchos leoneses, sobre todo a quienes vivían en las proximidades de las obras y cuyas casas estaban construidas con poco ladrillo y mucha madera. Las chispas arrastradas por el viento provocaban catástrofes y acababan con barrios enteros, y no sería la primera vez que algo así ocurría. La alarma se expandió a gran velocidad llegando las voces a la plaza del Grano. Bertrand de Garlande, Eder y uno de los freires acudieron al lugar mientras los otros dos permanecían de guardia y velaban por la seguridad de don Ezequiel y de Hadi. Al llegar, se toparon con el maestro Enrique y Lucien que contemplaban, impotentes, arder el cobertizo de los maestros de la piedra. Por fortuna, el fuego sólo se propagó a otro, pero no alcanzó a los de los maestros de la madera, evitando un peligro mayor. Tuvieron, no obstante, que esperar hasta la madrugada para acercarse y comprobar el estropicio. Todo el material aparecía chamuscado, excepto la Virgen Blanca, que no había resultado dañada, hecho difundido a gran velocidad entre los espectadores, quienes, al momento, lo atribuyeron a una intervención milagrosa de la propia Virgen. De la otra, de la destinada a ser la Negra, encontraron los trozos renegridos entre los restos carbonizados de la techumbre.

—¿Crees que el culpable ha podido ser Robert Lepetit? —inquirió el comendador dirigiéndose a Eder.

El navarro contempló con infinita tristeza su obra destrozada y se marchó sin responder.

—Disculpad...

Un hombre vestido de toga rozó con su mano el brazo del monje soldado.

—Me ha parecido escuchar el nombre de maese Robert Lepetit...

—¿Lo conocéis?

—Lo vi una vez, antes de que falleciera don Marcelo Íñiguez y le legara una posesión extramuros. Fui el escribano que redactó y firmó el codicilo testamentario.

En unos minutos, Bertrand había sido puesto al corriente de la situación. No se entretuvo y buscó al alguacil mayor quien, al igual que las demás autoridades, se había personado en las obras a fin de calibrar el alcance del perjuicio, levantar acta y tomar las medidas pertinentes en el caso de que se tratase de un acto criminal. Un par de horas más tarde, y en compañía del propio alguacil mayor, el escribano, el secretario del obispo y varios soldados, los dos freires templarios se presentaban en la casa de labranza y pillaban a Ferrán y Dominga en cueros. Pero la presa se había escabullido. El escribano levantó acta y el secretario reclamó de inmediato la propiedad y la manda anual de maravedíes en oro, puesto que el beneficiario era un asesino convicto. Los dos sirvientes tuvieron justo el tiempo de vestirse y recoger sus escasos haberes antes de que dos soldados los acompañaran a la puerta de Galicia y los amenazaran muy seriamente con cortarles de raíz narices y orejas si volvían a poner los pies en León.

Cuando Bertrand y su compañero regresaron, pasado el mediodía, a la casa de la plaza del Grano, Eder todavía no había llegado. Y al atardecer continuaba sin aparecer. Don Ezequiel, Hadi y los cuatro templarios decidieron por unanimidad salir en su búsqueda. Recorrieron en parejas la ciudad de cabo a rabo, entraron en tiendas y tabernas, en iglesias y monasterios, en los hospitales y en las casas de baños; inspeccionaron los dos mercados y la lonja de los mercaderes; preguntaron en la cárcel; registraron todos los cobertizos de la obra catedralicia y volvieron a reunirse con la sospecha transformada en seguridad: el navarro se había marchado. En ninguna de las puertas de la ciudad habían sabido dar razón de él. Todos los días salían y entraban por ellas los peregrinos llegados por el Camino Francés, por el de la Plata, por el de Asturias, sin contar los comerciantes y los propios campesinos leoneses que acudían al mercado con sus productos. Un hombre sin caballo, sirvientes o características singulares pasaba desapercibido entre la gente.

No había nada más que hacer allí y los templarios dispusieron su marcha para la jornada siguiente. Lepetit no andaría muy lejos y era preciso encontrarlo. Su criado había señalado finalmente el camino que había seguido y que no podía ser otro que el de Astorga, por la ruta peregrina.

Estaba a punto de comenzar la estación más cálida del año y eran miles los caminantes procedentes de todos los rincones de la cristiandad que se dirigían hacia Galicia y aprovechaban el paréntesis de la primavera para recorrer uno de los más duros trechos del trayecto, una vez desaparecidas las heladas y previo a los grandes calores del estío. Conociendo las argucias del individuo, no le resultaría difícil hacerse pasar por uno de ellos, camuflarse entre los devotos y escabullirse una vez más de la justicia de Dios y de los hombres para proseguir sus fechorías.

Bertrand estaba preocupado por Eder y lamentaba no haber cumplido su promesa. Creía que habría tiempo suficiente y quería que antes tallase la imagen, pues temía que, al propiciar el encuentro con su hija y la madre de ésta, no pudiese llevar a cabo la obra con el ánimo tranquilo. Aquella sería probablemente la última Virgen Negra que ocupase un espacio importante en un templo cristiano. La raíz de la fe, el misterio de la maternidad divina estaba a punto de desaparecer; quedaría relegado a un rincón oscuro de la memoria, en las viejas leyendas, en algunas costumbres cuyos orígenes serían pronto olvidados. Únicamente un alma pura era aún capaz de representar la inmensa generosidad del Ser Supremo al dotar de vida a sus criaturas y él no conocía otra que la de un montañés pagano, quien probablemente no volvería a asir el cincel para dar testimonio de la más antigua de las creencias: la propia de la existencia humana. Robert Lepetit lo sabía y por eso había destruido su representación, como ya antes había destruido otra. Nada más rayar el alba, se despidió de don Ezequiel y de Hadi al-Suri, recomendándoles que volvieran sobre sus pasos. No era posible para ellos permanecer por más tiempo en una casa propiedad de la Orden y, a pesar de sus protestas, les instó a aceptar una bolsa de monedas para cubrir sus necesidades y adquirir una acémila y un carro que les facilitaran el viaje.

Los dos hombres los vieron marchar y, a continuación, se dirigieron a las obras de la catedral. Querían ver con sus propios ojos las imágenes, o lo que quedara de ellas, que habían motivado el incendio y obligado a descubrirse al *Abaddon* del médico y *Al Dajjal* del herbolario, el impostor, el Ángel de la Muerte.

Lucien Maurice dirigía los trabajos de desescombro con la desolación plasmada en el rostro. Muchas de las obras habían sido gravemente afectadas por el fuego y habría que rehacerlas; también había resultado dañada o había sido destruida una gran cantidad de planos y bocetos, pero lo que más sentía era el dolor reflejado en los ojos de su antiguo alumno. Los accidentes ocurrían, un mal golpe y se perdía el trabajo; eran avatares del oficio a los que todos los tallistas estaban acostumbrados. Sin embargo, nadie que no lo fuese tenía capacidad para comprender la congoja, la ira, el sufrimiento que suponía la destrucción deliberada de la propia creación por manos ajenas. Le había ocurrido a su querido maestro Bisol muchos años atrás, allá, en Reims. Nunca se repuso del disgusto ni volvió a tallar. El comendador le había informado acerca de la desaparición de Eder y temía por él. Cuando un tallista de nacimiento dejaba de esculpir, también comenzaba a morir. No le sorprendió la presencia de los dos ancianos; el joven le había hablado de sus extraños compañeros de viaje, aunque sin explayarse demasiado, como de costumbre. Les mostró la Virgen Blanca cubierta de cenizas que estaba siendo limpiada por uno de sus ayudantes y, luego, los restos de la otra imagen, amontonados en un rincón a la espera de ser llevados a la escombrera.

—¿Qué tenía de especial para que alguien quisiera destruirla? —le preguntó don Ezequiel.

—Lo ignoro —respondió.

—Alguna razón habría...

—No queráis adivinar lo que pasa por la mente enferma de un hombre despiadado. Sus razonamientos son imprevisibles.

Horas después, y tras despedirse de Isaías y de su familia, los dos hombres se alejaban de León en dirección a Astorga sentados en el pescante de una pequeña carreta de dos ruedas tirada por un asno. De mutuo acuerdo, habían decidido no seguir los consejos del freire templario. Puesto que estaban a sólo unas jornadas de la costa donde comenzaba el mar Tenebroso, era absurdo volverse atrás. Nada perdían con averiguar si era cierto que allí terminaba la Tierra como decían. Jamás en su vida tendrían una oportunidad semejante y no era cuestión de desperdiciarla.

—Recuérdame que señalemos León en nuestro «jardín» —dijo don Ezequiel al llegar a Villadangos, poblado situado en el árido páramo leonés.

—¿Por qué? Allí no existe encomienda, granja ni castillo del Temple.

—Pero sí existe una oca.

—¿Dónde?

—En la catedral. Es la hermosa Virgen tallada por un cantero agote.

Esa misma mañana, un peregrino de aspecto inconfundible, esclavina hasta los tobillos, sombrero de ala ancha, bordón y calabaza para el agua, se hallaba de pie, junto a un mojón extramuros de la ciudad, a poca distancia de la puerta Cauriense. Rechazó con gesto amable la invitación de unos caminantes que lo exhortaron a unirse a ellos. Quedaban todavía unas cuantas etapas antes de avistar las torres de Compostela y no era prudente viajar solo. Les habían hablado de los bandidos que acechaban por todas partes en los montes de León y era mejor viajar en grupo —le insistieron—, pero él se negó a acompañarlos, siempre sin hablar y con la sonrisa en los labios. Parecía estar aguardando algo o a alguien. No tuvo que esperar mucho. Cuatro jinetes llegaron al poco a galope tendido por el camino y se detuvieron de golpe junto al mojón. El que iba en primera posición se apeó de su caballo y se dirigió hacia él mientras los otros tres permanecían vigilantes sobre las sillas.

—Coge mi caballo y busca al navarro —le ordenó—. Desapareció ayer por la noche, después del incendio, así que no ha podido ir muy lejos.

El caballero se alzó a la grupa del caballo de uno de sus compañeros y el peregrino los vio marchar envueltos en una nube de polvo, los cascos relucientes, las capas blancas al viento y ondeando, el pendón de la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Jerusalén. Se los imaginó por cientos cabalgando sobre las tórridas arenas del desierto, recorriendo los caminos de la cristiandad, defendiendo a los romeros, luchando y muriendo por un sueño que nunca se haría realidad. Hospitalarios, santiaguistas, teutónicos, de Calatrava y otros formaban el ejército de Dios en la Tierra, pero eran los templarios, sin duda, quienes más leyendas originaban, los más admirados y envidiados, deseados y rechazados. Su influencia en los

reinos hispanos era menor que la de los caballeros de Santiago y la de sus eternos rivales, los hospitalarios, pero no tenía parangón el halo de misterio que los envolvía. Se despojó de la capa y el sombrero y los dejó a la vera del camino junto con el bordón y la calabaza, seguro de que serían recogidos por el primer caminante que pasara por allí. Vestido de cuero de pies a cabeza y un enorme espadón al cinto, el hombre montó, dispuesto a indagar en cada pueblo y villorrio, alquería, posada, monasterio y hospital del Camino hasta dar con el artesano aunque tuviese que dormir a lomos de su cabalgadura.

OceanofPDF.com

El valle del silencio

Los miembros de la Santa Milicia anduvieron durante toda la noche. El cielo estaba completamente despejado, sin brumas que ocultasen la nube de estrellas que, al igual que un candelabro de candelas infinitas, iluminaba la oscuridad e indicaba la dirección por seguir. Los caminantes avanzaban en silencio por una estrecha vereda detrás del carro de su guía y en ningún momento levantaron la cabeza para contemplar la «cadena del dios Lug» de los antiguos astures, el «camino de la leche de la diosa Hera» de los griegos, el «río» de los árabes en cuyas aguas saciaban su sed cuatro camellos, el «río de la luz» de los hebreos, el «camino de San Yago», en fin, de los cristianos, que unía el Oriente y el Occidente, misterio insondable para los seres humanos y fuente de leyendas.

Robert Lepetit sí alzó la vista hacia el cielo y observó la estela luminosa que lo escoltaba hacia su destino, al tiempo que le venía a la mente un pasaje del *Libro de la Revelación*, uno que repetía a menudo: «*También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la Tierra.*» El denso reguero celeste que flotaba por encima de ellos lo componía, sin duda, el tercio de las estrellas del cielo mencionado y caería sobre la Tierra en cuanto el Dragón estuviese listo para entablar la batalla definitiva. Era preciso que él y su ejército también estuviesen preparados. Si el Libro estaba en lo cierto, si el difunto canónigo tenía razón, no quedaba mucho tiempo por delante para disponer la lucha, pero lo lograría, aunque lo primordial ahora era encontrar un lugar seguro para él y sus hombres, un refugio alejado de la ruta, lejos del alcance de las órdenes militares que

controlaban los caminos y a los caminantes. Un grupo de viajeros vestidos de negro, sin ninguna marca distintiva en sus ropas y sin aspecto de peregrinos no pasaba desapercibido, y los monjes soldado tenían espías en todas partes. Se aproximaban a la encomienda templaria del Ponteferrato y era preciso evitarla a toda costa, pero desconocía la comarca y esperaba una señal que le indicara la dirección que debería seguir. Se detuvieron a reponer las fuerzas en un poblado situado nada más iniciar el descenso de un puerto de montaña, llamado Acebo. Existía allí un pequeño albergue donde fueron acogidos con amabilidad por los dos frailes encargados de atender a los caminantes. La casa tenía unas dimensiones reducidas, con una sola estancia utilizada como cocina, comedor y dormitorio. Unos colchones mugrientos, rellenos de paja, se apilaban en un rincón y, a su lado, podía apreciarse una pila de mantas igualmente usadas. Al parecer eran los únicos «peregrinos» llegados aquel día.

—Disculpad lo humilde de nuestra hospitalidad —se excusaron—. Vivimos de la caridad y no es mucho lo que podemos ofreceros, sólo sopa de berza y castañas, y agua.

Sin decir palabra, Robert les tendió una moneda de plata. Los dos frailes intercambiaron una mirada brillante; uno de ellos salió a toda velocidad y regresó al poco con un cordero entero, limpio para ser asado, y una garrafa llena de vino. Los viajeros habían pasado frío, tenían hambre y sentían en sus piernas el esfuerzo de la subida. No dejaron del cordero más que los huesos mondos y se bebieron hasta la última gota de la garrafa. Reconfortados, los milites y uno de los hospitaleros no tardaron en extender los colchones sobre el suelo y quedarse dormidos envueltos en las mantas. El otro hospitalero y el bugre permanecieran despiertos junto al fuego durante un buen rato.

—¿Os dirigís a visitar la tumba de nuestro señor don Yago? —preguntó el fraile, cuyo pálido semblante había adquirido una ligera tonalidad rosácea gracias a la comida y la bebida. A la vista estaba que no acostumbraba a regalarse a menudo.

—No exactamente...

—¿No exactamente?

No tenía ganas de conversar, pero lo pensó mejor. Quizás aquel menesteroso pudiese serle de ayuda.

—En realidad mis hermanos y yo buscamos un lugar poco frecuentado para retirarnos y dedicar el resto de nuestras vidas a la oración —le explicó en el tono de voz que utilizaba para engañar a los incautos—. Llevamos buscándolo desde hace meses y todavía no hemos dado con él, aunque no por eso ha disminuido nuestra fe. El Señor proveerá.

—No encontraréis otro lugar mejor que éste —afirmó, convencido, el fraile.

—No te ofendas, pero no creo que éste sea el más adecuado... Por el camino peregrino transita mucha gente y no encontraríamos el recogimiento que anhelamos.

—No me refería a nuestra pequeña aldea, sino a un enclave cercano, un paraíso en el que se refugiaron los bienaventurados Fructuoso y Valerio en tiempos de moros; donde San Genadio se retiró del mundo y donde incontable número de hombres piadosos han dejado su huella... Me refería al valle del Silencio.

—¿El valle del Silencio?

—O del río Oza, también Valdueza, próximo a las montañas, surcado por ríos y manantiales de agua limpia, repleto de árboles y aves, donde el silencio se escucha y nada perturba la paz de los ascetas. Dios, Nuestro Señor, debió crearlo para ellos.

—¿Y dónde se encuentra tal maravilla? —preguntó intentando disimular su escepticismo. No existía el paraíso. El mundo era una selva en la que sólo los más fuertes, como él, lograban sobrevivir.

—A poca distancia de aquí.

—¿Hay que llegarse al Ponteferrato?

—No. Podéis bajar desde aquí mismo. Mañana os indicaré la vereda que lleva a San Pedro, un antiguo monasterio con gran influencia en la zona, pero que, desgraciadamente, sufrió un derrumbamiento parcial hace una decena de años y quedó abandonado. Os servirá de refugio hasta que encontréis algo mejor. El lugar no está completamente deshabitado y todavía viven allí gentes que trabajaban para los monjes. Ellas os ayudarán.

Aunque, si lo preferís, también existen varias cuevas en los alrededores; la que cobijó al santo Genadio, por ejemplo.

No tenía vocación de anacoreta y menos la intención de habitar en una cueva como los osos, pero asintió con la cabeza. Acababa de recibir la señal que esperaba.

A la mañana siguiente emprendieron la bajada hacia el valle siguiendo las instrucciones del fraile, quien los guió durante un buen trecho, hasta el poblado de San Clemente, a partir del cual no tenían pérdida —les aseguró—; encontrarían el monasterio siguiendo sendero arriba. Robert entendió el porqué del nombre de la vega a medida que se adentraban por la espesura de un bosque denso en robles, nogales y castaños, acompañados por dos únicos sonidos, el de las aguas del río que bajaba de la montaña y el de las ramas caídas que crujían bajo sus pies. Se había visto obligado a dejar la carreta en Acebo a cambio de nada ya que los frailes habían asegurado que era imposible bajarla. Envío por si acaso a uno de sus discípulos a que investigara si no se trataba de una artimaña de los menesterosos para quedarse con ella, pero el hombre confirmó lo dicho: la vereda era demasiado estrecha y empinada para permitir el paso de una carreta, pero podían llevarse la mula. Habría querido montar sobre el animal, pero era mal jinete y no deseaba acabar descalabrado por una caída, así que tuvo que andar como los demás, si bien protegido por delante y por detrás para evitar malas sorpresas. Comprobó, al divisar el monasterio tras la subida de un abrupto repecho, que, en efecto, el edificio estaba abandonado y medio derruido, pero aún quedaba una buena parte en pie, suficiente para albergarlos. Su aparición causó gran expectación entre la veintena de personas que salieron de sus cabañas al oírlos llegar. Hombres, mujeres y algunos niños los observaron en silencio durante unos instantes y, a continuación, se pusieron de rodillas. El bugre dirigió la mirada hacia la muralla de altas montañas que se alzaba frente a él, aspiró el aire de la sierra, se subió a una roca del muro derruido e impartió la bendición con los dedos agarrotados de su mano derecha, oculta por un guante negro.

Los serranos vieron la salvación en la llegada de quienes ellos suponían venían a restaurar el monasterio y se apresuraron a adecentar las celdas que

todavía quedaban en pie, así como la capilla. Corrieron a sus cabañas y regresaron con los catres, colchones y utensilios que habían sustraído al marcharse los anteriores ocupantes. Y también huevos, verduras cultivadas en sus pequeños huertos y leche de sus cabras. Los últimos años habían sido penosos. La marcha de los monjes había supuesto la ruina y el olvido de San Pedro en beneficio de la parroquia de Peñalba, a poca distancia de allí, que ahora recibía donaciones y peregrinos. El más viejo de los serranos, un hombre que se apoyaba en su cayado y en el hombro de su hijo, apenas pudo retener la emoción al prometer a Robert que trabajarían para ellos y los ayudarían a reconstruir el edificio a fin de devolverle su antiguo esplendor. Y así fue. Durante las siguientes semanas, los pobladores de San Pedro de los Montes y muchos otros llegados de las otras aldeas del valle trabajaron de luz a luz para transformar la zona menos afectada del ruinoso monasterio en un espacio confortable dentro de lo que cabía y comenzar las obras de reconstrucción del resto. Muchas de las piedras del derrumbe habían sido utilizadas por los montañeses para reforzar sus propias viviendas, pero precisamente piedras no faltaban en las estribaciones de los Aquilianos, montes rocosos cuyas cumbres aparecían nevadas la mayor parte del año. El repiqueteo de los picos golpeando la roca rompió el silencio y llegó hasta Peñalba.

Don Nuño, el párroco del antaño pequeño monasterio colgado sobre el valle del Oza, no tardó en hacer acto de presencia. No tenía noticias de que el arzobispo hubiese autorizado una nueva fundación y tampoco estaba por la labor de tolerar otra vez el señorío de San Pedro en detrimento de Peñalba. Aquél había sido fundado por San Fructuoso y era más antiguo, pero el suyo, la ahora parroquia, lo había sido por San Genadio y tenía ya más de trescientos años, tiempo suficiente para no tener que depender de nadie. Además, nunca había sido abandonado. El bugre captó de inmediato el ánimo belicoso del recién llegado y optó por mostrarse humilde, casi servil. No era cuestión de arriesgar su proyecto, pero dedicó un par de maldiciones al fraile de Acebo por no advertirle de la presencia de una parroquia en el apartado enclave. El hombrecillo con cara de hambre, cabeza pelona y barba poblada podía causarle problemas y quejarse a la

autoridad religiosa de la zona. No convenía dar que hablar o tendrían que alzar el vuelo y buscarse otro nido. Le informó de que ellos todavía no constituían una comunidad religiosa, si bien esperaban llegar a serlo en un futuro. Únicamente deseaban dedicarse a la oración y al trabajo; habían encontrado el antiguo y destruido monasterio por pura casualidad y, por supuesto, esperaban su protección y consejo y estaban dispuestos a obedecerle en todo. El talante huraño del párroco mudó hacia otro más afable, sobre todo al escuchar la última aseveración, y poco más tarde ambos conversaban como viejos conocidos. Gracias a él, Robert averiguó la disputa que el valle mantenía con los caballeros del Temple, quienes reclamaban jurisprudencia sobre él, sus habitantes y, naturalmente, sus iglesias y monasterios, que eran cinco, incluido San Pedro.

—Alfonso el Noveno, el abuelo del actual monarca y último rey del reino de León, donó a los templarios el Ponteferrato —le ilustró don Nuño— y éstos reclaman el Valdueza al considerarlo parte del alfoz de la villa, pero aquel mismo rey confirmó a San Pedro su jurisdicción sobre el valle. Así que ahora pertenece al arzobispado de Astorga y no caeremos en sus manos, por mucho que reclamen.

—¿Suelen venir por aquí? —preguntó sin aparentar demasiada curiosidad.

—No. Alguna vez vinieron a hablar con el abad de este monasterio, aunque no han vuelto desde que fue abandonado. Saben que no son bien recibidos y, como mucho, se acercan a San Lorenzo o San Esteban, pero no pasan de allí.

El bugre no mostró su satisfacción, si bien no le cabía en el cuerpo. Por fin había encontrado el sitio perfecto: una aldea perdida en medio de los montes, de difícil acceso, inasequible para los templarios y con todos los medios para subsistir aprovechándose del candor de sus gentes y de la vanidad del párroco de Peñalba a quien, antes de despedirse, reiteró su más humilde sumisión, prometiendo acudir sin falta a la misa del día siguiente.

Uno de los primeros trabajos que encomendó a los serranos fue el cierre de la cerca que aislaba el recinto del exterior. Era preciso retomar el adiestramiento de sus seguidores y la disciplina, un tanto relajada desde su

salida de León, y para eso era fundamental mantenerse aislados. Se reanudaron los ayunos, los ejercicios, las caminatas con los pies descalzos, el trabajo duro, esta vez en forma de acarreo de piedras para la reconstrucción, y también la expiación mediante latigazos cuyos chasquidos atravesaban los muros y resonaban en la noche. Poco a poco se extendió por el valle la fama de santidad de los siete hombres —«hermanos» los llamaban los monteses al no saber muy bien si dirigirse a ellos como monjes, frailes o clérigos— y pronto hubo quien solicitó ser admitido en la hermandad. Algo reticente al principio y más confiado a medida que las solicitudes aumentaban, Robert aceptó a nuevos acólitos, tras interrogarlos a fondo y advertirles que no podrían volverse atrás una vez admitidos y que el infierno se abriría para quien revelase los secretos de su comunidad. Al mismo tiempo, mantenía una relación de aparente dependencia con el párroco de Peñalba. Todos los días, antes de comenzar las labores, acudía a la misa en el antiguo monasterio a la cabeza de sus seguidores y los vecinos de San Pedro, hecho éste inaudito que alegraba el corazón del clérigo y reforzaba su confianza en el misterioso forastero, cuyo físico lo había perturbado en un primer momento.

Aunque cumplían escrupulosamente con sus obligaciones religiosas y pagaban el diezmo debido, don Nuño estaba convencido de que los habitantes del Valdueza conservaban algunas de sus creencias paganas, en especial una: la veneración hacia el monte sagrado, morada del dios Teleno de los antiguos astures y protector de campos y ganados. Esta sospecha lo inquietaba y le quitaba el sueño, sobre todo durante el mes de marzo, cuando la naturaleza despertaba tras las heladas y las nieves invernales y, en particular, en las jornadas en torno al equinoccio de primavera. Más de una vez, en dichas fechas, había pillado a sus feligreses regresando del monte en compañía de sus animales equinos, cabras, ovejas y cerdos. Al preguntarles de dónde venían, respondían de manera invariable «*de los prados de abajo*» y aducían haber matado y despellejado algunas liebres para comer y justificar las gotas de sangre que, a veces, observaba en sus ropas o en su piel.

Temblaba entonces y pasaba la noche en vela, delante del sagrario, pidiendo perdón por los idólatras ya que no le cabía duda alguna de que, al modo de sus antepasados, sus parroquianos habían sacrificado un animal en honor de Teleno en demanda de protección.

La aparición del hermano Robert y de sus compañeros había sido providencial, al igual que lo había sido siglos atrás la del bendito Fructuoso, quien convirtió a los paganos, y, más tarde, la de Genadio, santo obispo de Astorga, quien llevó la gracia de Dios a los rudos montañeses. Tal era su convencimiento que, durante la visita obligada al arzobispo de Astorga, don Pedro Fernández, a finales del otoño, no pudo callar la feliz presencia en su parroquia de unos varones virtuosos, a pesar de que su guía le había rogado que guardara el secreto hasta que él mismo pudiera acompañarlo a ver al prelado. Ponderó su ascetismo y devoción, su disciplina y buen ejemplo, y no se percató de que, a una seña de su superior, el amanuense tomaba buena nota de sus palabras, apuntaba la fecha de la llegada del grupo, su número, las adhesiones recibidas y todo lo que pudiera ser de interés para indagar sobre unos hombres que se habían instalado en una propiedad del arzobispado sin pertenecer a una orden religiosa ni haber obtenido la debida autorización. En cuanto el sacerdote hubo abandonado la sede, el arzobispo pensó en enviar un mensaje a los freires del Ponteferrato y pedirles información sobre el grupo, puesto que su cabecilla era francés, según lo afirmado por el párroco, pero enseguida cambió de opinión. Supondría proporcionar una excusa a los templarios para entrar en el valle que codiciaban desde que su Orden se había instalado en la rica comarca del Bierzo. Por otra parte, no tenía prisa en desalojar a los intrusos. A fin de cuentas, no hacían daño a nadie y estaban reconstruyendo el viejo monasterio, evitándole a él el desembolso necesario para tal fin. Se hallaba en conversaciones con la orden benedictina a fin de instalar una comunidad benita en San Pedro, pero los frailes negros se mostraban reticentes dado lo apartado del lugar y su calamitoso estado. Los forasteros harían el trabajo y él los dejaría en paz hasta pasado el invierno.

Las nieves llegaron abundantes aquel año y aislaron el valle de manera más eficaz que la más alta y gruesa de las murallas. Con leña para

calentarse y comida suficiente para alimentarse, los serranos permanecían la mayor parte del tiempo dentro de sus viviendas. El silencio era total, pues incluso el Oza callaba bajo una capa de hielo. Las obras de reconstrucción se detuvieron; el mortero no cuajaba y las piedras, amontonadas y cubiertas por la nieve, componían extrañas figuras que rodeaban el monasterio y le conferían una apariencia espectral. Robert Lepetit, encerrado en la celda más grande y mejor caldeada, reemprendió el estudio del *Libro de la Revelación* y volvió sobre el jardín de la oca, relegado desde su salida de la casa del canónigo leonés. Revisó las notas de los judíos, así como las suyas propias. Podía ser que el médico de Nájera y su amigo tuvieran razón y que el dibujo fuera un plano o algo parecido, además de un tablero de adivinación. No había en aquel rincón perdido nadie que pudiera interpretarlo, así que se centró en la hipótesis del plano. Era inútil comenzar por el principio, y una pérdida de tiempo. Lo fundamental era saber adónde llevaba. Si en verdad era cierto que el «jardín» representaba el Camino del señor San Yago, estaba claro que su meta se hallaba en Compostela, ¿en qué otro lugar si no? Era el centro de la espiral. Consultó los nombres de las encomiendas templarias en la lista de los judíos, pero no aparecía ninguna en Santiago, aunque sí en otras poblaciones de Galicia como la bailía del Burgo de Faro, principal puerto comercial al que llegaban peregrinos ingleses, franceses y de otros países y en el que, además, hacían escala los navíos templarios que llevaban soldados y palmeros a Tierra Santa, según le había informado el párroco de Peñalba. Aparecían también encomiendas en Betanzos, San Sadurniño, Sanfiz do Hermo, Santa María de Neira o Coia. No tenía idea de dónde se encontraban dichas poblaciones y tampoco deseaba hacer demasiadas preguntas al sacerdote. El hombre estaba convencido de que él y sus seguidores estaban allí para quedarse y sospecharía ante su interés por el mundo exterior.

Volvió sobre Compostela, la tercera de las ciudades santas después de Jerusalén y de Roma. Aquella estaba nuevamente en manos de los infieles tras el fracaso del rey Luis de Francia y ésta, en las de un noble, Alejandro, sobrino del papa Gregorio Noveno, el que había ordenado a los dominicos expulsarlo de la Orden, lo había excomulgado y decretado su encierro de

por vida en una cárcel franciscana. Ni la una ni la otra eran dignas de recibir el advenimiento del segundo Mesías. Sin embargo, Compostela era otra cosa. Se había convertido en centro de peregrinación mil años después de la muerte del primer Mesías y alguna razón habría para ello. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más razonable encontraba su conjetura. Las órdenes militares, fieles a Roma, habían sido creadas para luchar contra el Islam, pero la presencia de los seguidores de Mahoma en el norte hispano había sido breve. ¿Por qué existían entonces en tierras castellanas, leonesas y gallegas tantas encomiendas, monasterios, bailías, casas, prioratos y castillos pertenecientes a los santiaguistas, hospitalarios, calatravos, montegaudinos y templarios? ¿Por qué ocupaban los enclaves principales del Camino si no era para propiciar y controlar la marea humana que cada año atravesaba el territorio? La protección y socorro de los peregrinos era una excusa para apropiarse de tierras fértiles y ganados y, sobre todo, para controlar los puertos y las minas. Eran los soldados del Papa y velaban para que no surgiese un segundo Prisciliano, capaz de ganarse a miles de adeptos y de poner en duda las enseñanzas de la Iglesia católica, al igual que lo habían hecho los cátaros en Francia. Y también, estaba seguro, para impedir la llegada del segundo Mesías que acabaría con las mentiras, la hipocresía y la falsa religión. Compostela era la Nueva Jerusalén que descendería del cielo.

Un buen día, transcurrido el segundo invierno, cuando el sol comenzaba a derretir la nieve y el agua llenaba la cuenca del Oza, Robert decidió acercarse al Ponteferrato. Realizó el trayecto, esta vez a lomos de la mula, acompañado por dos de sus acólitos, los más fuertes. Sentía la necesidad morbosa de adentrarse en las fauces de la bestia y comprobar por sí mismo que era inmune a los peligros; que podía moverse con libertad ante las propias narices de los templarios. Además, quería planear con todo detalle el viaje a Compostela. Sus hombres estaban listos, y eran ya casi una veintena. Necesitaba información para llegar a la Nueva Jerusalén sin incidentes, adquirir una carreta puesto que no tenía la menor intención de ir a pie, conocer acerca del gobierno del lugar santo para saber a qué atenerse y, a poder ser, indicaciones fiables sobre las posibilidades de alojamiento

para un grupo tan numeroso. Al penetrar en la población cuyo nombre antiguo era el de la Puebla de San Pedro, transformado en Ponteferrato debido al puente con zunchos de hierro mandado construir por el obispo Osmundo siglo y medio antes, no pudo evitar sentirse impresionado por la fortaleza que los freires habían edificado en lo alto del espigón rocoso sobre la confluencia de los ríos Sil y Boeza, desde la cual controlaban el paso de viajeros, mercancías y peregrinos. No quiso ni pensar lo que sería de él si su viejo enemigo lo pillaba en su feudo, pero Bertrand de Garlande estaba en Navarra y no había peligro. Dejando el castillo a sus espaldas, se adentraron por una callejuela situada enfrente de la pequeña iglesia que presidía una plaza repleta de puestos de mercado y preguntó al primer hombre que encontraron si había por allí un fabricante de carros. El individuo le respondió en una lengua incomprensible para él, pero, al mismo tiempo, señaló hacia el final de la calle. No encontraron a un vendedor de carros, sino a un herrero quien, a su vez, los envió al otro extremo de la población, donde dieron con un componedor de carros y carretas. El bugre eligió uno de tamaño mediano llegando a un acuerdo tras el consiguiente regateo y dejó en el taller a sus dos hombres para que ayudaran al artesano a colocar las ruedas y a enganchar de la mula mientras él iba en busca de la información que necesitaba.

El burgo fortificado no era grande, pero en él se apreciaba una gran actividad: muchos talleres artesanos, albergues para caminantes, algunas posadas, más tabernas y, sobre todo, mucha animación en sus callejas. Se acercó a la plaza situada delante de la iglesia que guardaba la Virgen Negra encontrada por los templarios en el hueco de una encina. Había mucha gente allí, en especial peregrinos que acudían a rezar ante la imagen, pero también mercaderes, vendedores de hortalizas y granos e, incluso, ganaderos, pues la plaza servía igualmente de mercado. Buscó por los alrededores hasta encontrar lo que buscaba: un cuchitril dentro de un portal en el que un clérigo con una sotana remendada y los dedos y uñas negros de tinta escribía cartas por un dinero. Tuvo que esperar a que terminara de escribir una para una campesina de piel tostada por el sol y avejentada por

el trabajo que enviaba noticias a su hijo, soldado del rey en la fortaleza de Jaén, ganada a los musulmanes.

—Necesito una hora de vuestro tiempo —le dijo en cuanto la mujer se hubo marchado.

—¿Cuántas cartas deseáis escribir? —le preguntó el escribano.

—Ninguna.

—Mi tiempo vale dineros.

Robert extrajo de su bolsa un maravedí de plata y se lo mostró en la palma enguantada de su mano derecha.

—Y yo estoy dispuesto a pagarlo.

El clérigo cogió la moneda, se levantó del asiento y cerró el portillo del cubículo.

—Soy todo vuestro —dijo al tiempo que se sentaba y le indicaba una banqueta para que él hiciera lo mismo.

Los dos hombres departieron durante una hora larga. El camino más corto y seguro para llegar a Santiago era el peregrino, de eso no había la menor duda. Existían otras veredas, pero no eran recomendables porque estaban infestadas de salteadores y tampoco disponían de hospitales adecuados para los caminantes. La máxima autoridad en Compostela eran el arzobispo y el cabildo catedralicio compuesto por tantos canónigos como cardenales había en Roma —aclaró el escribano—, que ostentaban el poder con mano férrea desde la revuelta en tiempos del obispo y señor de la ciudad santa, don Diego Gelmírez, ciento cuarenta años atrás. Los compostelanos habían quemado la iglesia y el palacio episcopal e intentado asesinar al prelado acusándolo de abuso señorial. Desde entonces, nada ni nadie se movía en torno a la tumba del apóstol sin que lo advirtieran los vigilantes ojos y oídos de la Iglesia, es decir, los soldados del arzobispo, que los tenía como señor feudal que era. En cuanto al alojamiento, existía un buen número de albergues para peregrinos y un sinfín de posadas, aunque era preciso ser cauto ya que los posaderos aprovechaban la demanda, que aumentaba con el buen tiempo, y los precios se desorbitaban. Era una práctica habitual, a pesar de que, de tiempo en tiempo, se promulgaban leyes para impedir el atropello.

—Pero ya sabéis lo que suele decirse: hecha la ley, hecha la trampa —concluyó—, y mesoneros y comerciantes sacan tajada de la necesidad.

—Me preocupa vuestra información. Mis hermanos y yo venimos del norte del reino de Francia, de un convento situado en una pequeña localidad que ha sufrido una grave epidemia —manifestó Robert en tono pesaroso—. Tenemos la misión de postrarnos ante los restos del señor San Yago y orar durante un novenario. Somos dieciséis y en los hospitales para peregrinos con suerte sólo se permite una estancia de tres noches y no podremos pagar un alojamiento para todos. Tendremos que dormir en la calle... En fin, os agradezco vuestra atención y os dejo para que sigáis con vuestros asuntos...

Se levantó de la banqueta e hizo amago de marcharse.

—¡Esperad!

El clérigo también se había levantado de su asiento.

—Puede que haya una solución para vuestro problema... Tengo una hermana que vive en el arrabal de San Lázaro, en Santiago...

—¿En una malatería? —preguntó el bugre sin ocultar su repugnancia.

—Sí, bueno... pero ella y su familia no son leprosos. De hecho, viven bastante apartados de la leprosería. Hay que atravesar San Lázaro para llegar al centro de la ciudad y...

—¿Y...?

—Viven en una casa de labranza que pertenece al arzobispado y tienen una... cuadra muy amplia, aunque sólo poseen una vaca y unas cuantas gallinas. Si no encontráis nada mejor... Podéis decirle que vais de mi parte. Se conformará con lo que le paguéis.

No tuvo que pensárselo demasiado. Tal y como estaban las cosas y, después de lo expuesto por el clérigo, tampoco tenían muchas alternativas. Por otra parte, ya vería de encontrar un sitio mejor una vez allí.

—Os agradezco vuestra ayuda, hermano...

—Soy el padre Lourenzo Gomes; el nombre de mi hermana es Delmira.

—Gracias de nuevo.

—Otra cosa más... —el escribano dudó antes de continuar—. No le digáis a mi hermana que me gano la vida escribiendo cartas. Ella cree que

soy párroco de una iglesia rica, cuando, en realidad, oficio en una ermita, la de Entrambasaguas, y las limosnas no dan para mucho...

Robert asintió con la cabeza varias veces y salió del oscuro cuchitril con la intención de acudir al taller del fabricante de carros a por sus hombres; tenía la información que necesitaba y debía preparar la marcha. Lo deslumbró la luz al poner los pies en la plaza y levantó una mano para protegerse del sol. Una visión lo dejó inmóvil. En medio de un hato de corderos blancos, una joven vestida de amarillo y en estado de buena esperanza, reía y acariciaba a los animales. Los abalorios de la cinta ceñida a la frente que sujetaba el velo de su tocado brillaban como las piedras preciosas que adornaban las coronas reales. Instantes después, la visión desaparecía por una calleja en compañía de un hombre. Los siguió y los vio entrar en una posada que tenía su nombre escrito en el muro: El Vencejo.

Recogió a sus hombres y los tres emprendieron la vuelta al valle del silencio. Subió a pie el repecho hasta el monasterio mientras sus acólitos se encargaban de tirar de la mula y empujar el carro. Nada más llegar, se encerró en su celda, abrió impaciente el *Libro de la Revelación* y leyó: «Una gran señal apareció en el cielo: una mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.»

El Monsacro, año 1257

Habían transcurrido dos inviernos desde su salida de León en busca del fin de la Tierra y no lo había encontrado, ni tenía ningún interés en encontrarlo. No era un final, sino un principio lo que él había descubierto en aquel paraje perdido, parecido y, a la vez, diferente de su añorada tierra donde, por fin, había recuperado la paz. Aislados la mayor parte del año del resto del mundo debido a las nieves, lo duro del trayecto y los barrizales que se formaban en las épocas de las lluvias, había momentos en los que creía que los únicos seres vivos eran los animales y los pocos osados que habitaban en las laderas del monte sagrado y en las pequeñas brañas de los alrededores. A veces, en los días claros, ausente la casi sempiterna niebla que envolvía el enclave y lo ocultaba de miradas extrañas, ascendía desde la foz hasta la cumbre y permanecía en lo alto, arrobado en la contemplación del mar que adivinaba al norte y la inmensa belleza de los montes que se extendían al sur. Se sentía fuerte allí, de pie, acariciado por el viento que le susurraba palabras de amor infinito hacia lo que le rodeaba, hacia la vida que crecía libre por doquier: los bosques de robles, hayas, abedules y tejos, de castaños y manzanos en las faldas del monte; los arbustos de acebos, enebros, helechos y las hierbas que cubrían el suelo rocoso; el jabalí y el lobo, animales sagrados de los antiguos, el zorro y la liebre que en muchas ocasiones se cruzaban en su camino y apenas le dirigían una mirada. Aquella también era la morada de la Madre y este hecho lo maravillaba y sosegaba su espíritu atormentado. Había llegado a pensar que sólo su pueblo, el pueblo del bosque, mantenía las viejas creencias, pero, a la vista estaba, no era el único. Los moradores de las humildes cabañas de techos de paja agrupadas en pequeños núcleos, cuya

ocupación era la cría de ganado vacuno y de algunas ovejas, veneraban también a una Diosa de tez y manos negras. Era gente reservada, poco dada a las confidencias y recelosa de los extraños, muy similar a la suya propia, y a él mismo. Pocas veces intercambiaban algo más que un saludo, y aunque hablaban lenguas diferentes, lograban entenderse porque las palabras sobraban cuando las miradas se entendían.

Encendió fuego y el humo se elevó hacia el techo. Desaparecida la primera humarada, colocó unas piedras sobre los leños para calentar la leche que esperaba en un cuenco de madera y contempló las llamas. El fuego era parte de su memoria, pero hacía meses que procuraba no pensar en el pasado.

—¿Te vas ya?

Giró la cabeza y sonrió; se puso en pie y se aproximó al lecho de madera fabricado por él. Era sencillo: cuatro travesaños y cuatro patas, pero había tallado pájaros, espirales y estrellas en la cabecera, de modo que los escasos visitantes que alguna que otra vez aparecían por la cabaña se asombraban de encontrar en ella un mueble tan lujoso. Ella alargó los brazos y él se introdujo bajo el grueso cobertor de piel de oveja. Había prometido acudir a la capilla de arriba a primera hora de la mañana para colocar la nueva puerta, pero los freires podían esperar; él no. La acarició; besó sus labios, su cuello, sus pechos, el vientre ligeramente abombado, cada recoveco de aquel cuerpo siempre cálido y dispuesto al amor, incrédulo de saberlo suyo y maravillado de su fortuna. Ni en sus mejores fantasías habría sido capaz de imaginar un placer semejante al de dos cuerpos, dos voluntades unidas por el deseo del otro, entregándose sin condiciones, ni limitaciones. Hicieron el amor sin prisas, como si nada aparte de ellos existiera, alargando al máximo los prolegómenos antes del goce final para disfrutarlo juntos y permaneciendo después abrazados, uno dentro del otro, durante largo rato, a fin de no romper el hechizo de una unión perfecta.

—Se te hará tarde...

Alzó la cabeza y la contempló arrobado.

—Te amo.

—Yo también a ti —rió ella—, pero tienes que subir o no acabarás hoy.

Se levantó muy a su pesar y se vistió; se lavó la cara con agua helada del cubo que había llenado de nieve la víspera, asió con unas tenazas dos de las piedras colocadas en el fuego y las introdujo en la leche antes de servirla en dos tazones y acercar uno de ellos a la cama.

—¿Y tú? ¿Piensas quedarte ahí todo el día? —preguntó con sorna tendiéndole el tazón.

—Sabes que no, pero esperaré a que te vayas para asearme. Hay cosas que una mujer ha de hacer en la intimidad.

Le tendió el cuenco vacío; él lo dejó en el suelo y se inclinó sobre ella para besarla y acariciar una vez más sus pechos desnudos.

—¡Eder Bozat! ¿Nunca te cansas?

—Nunca, querida, nunca.

—Te esperan arriba.

—Que esperen...

—Tienes que ir. Se nos están acabando las provisiones.

Bastó el recordatorio para que dejara de acariciarla, bebiera sin respirar el contenido de su tazón y saliera de la cabaña, no sin antes lanzarle un beso con la punta de los dedos.

El invierno llegaba a su fin, si bien aún coleaba y sorprendía a los habitantes del concejo de Morcin, día sí y día no, con heladas y copiosas neviscas. Había nevado durante la noche, pero no lo suficiente para imposibilitar la subida. Conocía el camino, aunque era preciso estar atento puesto que con un solo mal paso uno podía rodar ladera abajo al igual que una piedrecilla de las muchas que se desprendían de las moles rocosas. Llegó con la respiración entrecortada a la primera capilla, a cuya vera se alzaba una casa de piedra y techo de paja similar a las cabañas de la breña, pero de dimensiones mucho más amplias. Saludó con la mano a unos hombres que se afanaban llevando piedras para construir un corral, pero no se detuvo y prosiguió el ascenso hasta alcanzar la segunda capilla, una construcción muy diferente a la anterior y con forma octogonal.

—El octógono es la unión entre la Tierra y el Cielo: el cuadrado y el círculo —le explicó su maestro en una ocasión—. El cuadrado representa

los cuatro puntos cardinales de la Tierra y el círculo es el elemento geométrico perfecto, sin principio ni fin, representación de lo celestial y de lo femenino.

—¿Lo femenino? —preguntó.

—Así es; representa la vida que fluye eternamente.

Sonrió. Su maestro reposaba en la capilla de Onate, allá en Navarra, una construcción también octogonal. No había podido llevarse su cuerpo para incinerarlo en una noche de luna y enterrarlo en Izpegi junto a su madre y su tía, como le habría gustado, pero estaba convencido de que la Madre que presidía la capilla funeraria velaba por el espíritu de su querido mentor.

—Te esperábamos hace rato —fue el saludo de un hombre de rostro severo, envuelto en una capa de piel de oveja.

—Lo siento —respondió él sin dar más explicaciones.

Poco después, y con la ayuda de otros dos hombres, desmontaban la vieja puerta roída por el tiempo y colocaban la nueva que él había fabricado y esperaba en el suelo cubierta de nieve. Ninguno de los cuatro habló sino para indicar hacia dónde debían dirigirse los esfuerzos. El trabajo les llevó toda la mañana. Acabaron en el momento en que, proveniente de la capilla de abajo, se escuchó el tañido de una campana que resonó en el silencio de la montaña.

—Acompáñanos —ordenó más que invitó el primer hombre—. Hay alguien que desea hablar contigo.

Los tres comenzaron el descenso, pero él entró en la iglesia para comprobar que la puerta cerraba sin problemas y, de paso, acercarse al pedestal de piedra sobre el que se hallaba la Diosa, una preciosa figurilla de rostro y manos negras con un niño en su regazo. Lo hacía siempre que tenía oportunidad y la acarició, como también hacía siempre que no había nadie más dentro del recinto. Los lugareños sentían una gran devoción por la imagen. Se decía que había sido encontrada por el buey de un vaqueiro en un pozo oculto bajo el altar, en el pozo llamado de Santo Toribio a partir de entonces. Él no creía en hechos sobrenaturales, en apariciones o curaciones prodigiosas porque nunca había presenciado ninguno, ni tampoco creía en reliquias milagrosas a las que tan aficionados era los «otros». El freire

encargado de las obras de la capilla le había informado de que allí había sido depositada una arqueta con reliquias maravillosas, cuyo resplandor dejaría ciego a quien osara abrirla y que fue, posteriormente, trasladada a la ciudad de Oviedo. Adorar un pedazo de hueso, los dientes o cabellos de un muerto le parecía horrendo: reverenciar un pedazo de madera de la cruz utilizada para matar a un ser humano, algo incomprensible; y macabro, mantener a la vista de todos el esqueleto recubierto de piel de una persona. Su pueblo incineraba los cadáveres y enterraba sus cenizas a fin de que el espíritu, libre de su caparazón, absorbiese el poder regenerador de la Tierra y volviese a nacer. Había visto en el monte sagrado casas de la Diosa construidas con enormes lascas y túmulos de piedras, iguales a los que guardaban las cenizas de sus antepasados, si bien nunca había contemplado, en el tiempo que llevaba allí, el humo de una pira ascendiendo hacia el cielo en las noches de luna llena y sí el enterramiento de varios difuntos en la capilla de abajo. Acarició una vez más la imagen y recogió un par de puñados de la arena del pozo, que metió en su bolsa de herramientas. Las gentes de la zona aseguraban que tenía propiedades mágicas y en eso sí creía, porque la tierra era la propia Diosa. La vertería con suavidad sobre el cuerpecito de su hijo recién nacido y colgaría sobre la cuna un ramillete de cardos para protegerlo contra el Mal y la adversidad. Echó una última ojeada al recinto recubierto de símbolos y figuras pintadas cuyo significado desconocía, salió al exterior y cerró la puerta con cuidado para no romper el silencio de la morada divina.

Para cuando entró en el refectorio de los freires, éstos casi habían acabado de tomar el espeso potaje en que consistía su comida. A una seña del monje que presidía la mesa, se sentó al extremo y, sin mirar a nadie, hundió la cuchara en el cuenco. Le resultaba incómodo compartir el almuerzo con los silenciosos caballeros que, estaba claro, cumplían la regla a rajatabla y únicamente abrían la boca para alimentarse y, en todo caso, para expresarse en caso de necesidad absoluta. No es que él fuera un dechado de oratoria, pero le gustaba escuchar conversaciones, sentir que las personas que lo rodeaban tenían algo que decir. Acabó el potaje y alzó la vista. Estuvo a punto de soltar una exclamación, pero lo detuvo el gesto

para que permaneciera callado del hombre sentado justo enfrente de él. Todos los presentes se pusieron en pie y recitaron un Padrenuestro y unas letanías a la Virgen María antes de salir y dejarlos solos.

Ugo lo observaba con sus ojos burlones y una mueca indescriptible en la boca al advertir su confusión, y no era para menos. Hacía dos inviernos que no había vuelto a ver al sorprendente personaje que emergía en su vida de tiempo en tiempo desde que había dejado su hogar, aunque descubrirlo vestido con el hábito blanco de los templarios, la cabeza rapada y la barba crecida, superaba cualquier idea que se hubiese formado sobre la verdadera personalidad del peregrino de oficio que él creía que era. Ciertamente que en su último encuentro había trocado su indumentaria de peregrinar por la de un soldado mercenario. No sería la primera vez que un hombre en la flor de la edad decidiese alistarse en el ejército real o en una mesnada señorial, pero de eso a aparecer con los hábitos de los monjes soldado, había un trecho.

Caminaba sin rumbo fijo, tras el incendio, con la mente puesta en su imagen destrozada por unas manos criminales. Y ya era la segunda. No sabía si el culpable había sido Robert Lepetit o algún otro, pero sí que aquélla sería la última Diosa que tallase. Los acontecimientos habían resultado aciagos para él y para las personas que amaba cada vez que lo había intentado. Tenía la impresión de que Ella no deseaba ser representada, ya fuera en madera o en piedra; que nadie estaba autorizado a darle una apariencia humana, porque ¿qué aspecto tenía la brisa que mecía las hojas de los árboles, la lluvia que regaba los campos, el agua que bajaba de las montañas, el trino de las aves o la risa de una criatura? ¿Cómo esculpir el arco iris? ¿Cómo cincelar una nube? Echó a andar sin fijarse en la dirección que sus pies tomaban; quería alejarse cuanto antes de la ciudad, regresar a su casa o encaminarse hacia el fin de la Tierra; no lo tenía claro y tampoco le importaba. Anduvo durante varios días, durmiendo bajo los árboles, o en alguna chabola de pastores, o al raso cuando el cansancio no le permitía dar un paso más; bebiendo de las aguas del río que lo acompañaba desde su salida de León y masticando hierbas para engañar al hambre. En varias ocasiones se sintió perdido, solo en medio de las montañas, con el cielo como único techo y el frío

agarrotando sus músculos. Arrastraba los pies hinchados y repletos de llagas y esperaba ansioso la llegada de la noche para buscar la estrella que marcaba el norte y así, al menos, seguir en la misma dirección. A punto de desfallecer, un pastor de vacas se apiadó de él y lo albergó en su cabaña. Acababa de ascender y descender por una vereda que no tenía fin y no llevaba a ninguna parte, y se derrumbó al aparecer de la nada un vaqueiro que conducía una docena de reses. Aferrado al cuello de uno de los animales, reconfortado por el calor de su cuerpo, llegó a la humilde vivienda del hombre y apenas tuvo fuerzas para entrar en ella. Bebió un gran tazón de leche, comió sin ganas unos pedazos de queso y se dejó caer sobre el suelo sembrado de paja.

Despertó en un catre al cabo de varios días, cubierto por una manta de lana. Su mirada enturbiada distinguió a un hombre desconocido que le sonreía con una boca a la que le faltaban varios dientes. Y a su lado estaba Ugo, vestido de soldado. Y al lado de Ugo, estaba ella. Cerró los ojos y volvió a abrirlos al sentir el roce de una mano cálida en su mejilla. Ella continuaba allí, Alazaïs, su amor imposible, le sonreía con los ojos empañados por las lágrimas. Al día siguiente, todavía débil, se despidió del vaqueiro, hijo de un pueblo despreciado al igual que el suyo, como luego supo, y los tres prosiguieron el viaje hasta llegar a las estribaciones del monte sagrado. Ugo los dejó en una cabaña de la pequeña braña a la que llamaban «la Foz» y desapareció una vez más de su vida, no sin antes decirle que subiera a la encomienda de los freires en cuanto estuviera repuesto del todo. Ellos le proporcionarían trabajo y alimentos. Y así había sido durante los dos inviernos más maravillosos de su vida. Lo primero que hacía, cada mañana al despertar, era comprobar que no estaba soñando, que ella continuaba junto a él. Le angustiaban las horas transcurridas arriba, en el monte, trabajando para los freires, y regresaba al anochecer temiendo que hubiese vuelto a desaparecer, pero ella lo esperaba sonriente, con un buen puchero de cocido en la lumbre. A pesar de sus protestas, rechazaba la cena, la cogía en sus brazos y la llevaba al lecho para decirle una y mil veces que la amaba, que siempre la había amado; para pedirle perdón y adorarla; para entregarse a ella y hacerla suya hasta caer rendido.

—¿Sorprendido de verme? —preguntó Ugo al cabo de un rato.

No respondió. Tenía un mal presentimiento y temía preguntarle la razón de su presencia.

—He venido a buscarte... a buscaros, si es que ella sigue contigo —añadió en tono mordaz.

Ugo hablaba en un perfecto romance que en nada recordaba a la mezcla de lenguas que él le había escuchado desde la primera vez que se habían encontrado en Irún.

—¿Para qué?

—El comendador te reclama.

—Esta vez no iré.

—Sí que vendrás.

—¿Y a qué viene esa ropa que llevas? —preguntó con ánimo de desviar la conversación hacia otros derroteros.

—Soy un freire templario, o casi.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tuve edad para serlo.

—¿Y acaso los freires beben, juegan, desbastan moneda y fornican?

—Soy un pecador, lo confieso —rió su amigo—, pero eso no cambia las cosas. También soy un freire, aunque no haya hecho los votos, sólo que mi ocupación difiere un tanto de la de mis hermanos.

—¿Y puede saberse cuál es?

—La de ver, escuchar e informar... y sacar de apuros a pardillos como tú.

—¿Eres un informador? —Eder no salía de su asombro.

—Alguien ha de serlo. La Orden tiene que estar al corriente de todo lo que ocurre, y no sólo acerca de los grandes personajes, también de los plebeyos, y de éstos me encargo yo. Recorro el Camino de este a oeste recabando todo tipo de informaciones, movimientos heréticos, quejas populares, intrigas políticas... Te asombraría saber la cantidad de cosas de las que se entera uno en tabernas, burdeles y mercados.

No era fácil pertenecer a la Orden sin serlo. Debía obediencia a sus superiores, pero estaba exento de rezos, penitencias y abstenciones sexuales cuando no se hallaba en una encomienda, puesto que, en realidad, él no era un verdadero templario. No había velado sus armas, ni jurado los votos. Ni siquiera era un novicio. Cuando fuese viejo, cuando su corazón no palpitase alocado a la vista de unos pechos de mujer, perdiese el gusto por el juego y el vino y no le hirviese la sangre al desafiar a un rufián, pediría ser admitido a todos los efectos pero, por ahora, debía conformarse con ser un informador, un vagabundo en busca de redención.

Había sido su fuerte carácter, el gusto por las cosas mundanas y la predisposición a no obedecer sin rechistar lo que había impedido su entrada en la más secreta de las comunidades. A pesar de su arrojo. A pesar de ser sobrino del maestre de Castilla y León, Guillén de Cardona. Desde pequeño había querido emular a su pariente y sus padres se mostraron orgullosos de que su tercer hijo, obligado por tradición a tomar los hábitos, hubiese elegido la Orden que deparaba honor y gloria a la nobleza de Ultrapuertos desde hacía siglo y medio. Ser admitido era un privilegio y no existía en el reino de Francia una familia noble que no deseara alardear de tener en ella a uno de sus miembros. En el reino de Aragón predominaba la influencia de los caballeros de San Juan de Jerusalén, los hospitalarios. Eran algo más antiguos, pero, a fin de cuentas, habían sido fundados por un grupo de comerciantes italianos, mientras que el Temple era noble desde sus inicios. Fue expulsado tras ser encontrado en la cama con la hija de un campesino de la encomienda de su Tortosa natal, aunque, gracias a la intercesión del señor de Cardona, se le dio otra oportunidad, que desperdició cuando acabó con un ojo morado y varias costillas rotas tras una pelea con otro novicio por algún motivo que ya no recordaba. Los dos fueron expulsados, sin apelación posible. Sin embargo, veinte años más tarde, allí estaba él, sirviendo de mensajero, espía o lo que se terciase para los monjes soldados. Había jurado lealtad a la Orden y acatar sus mandatos. Dicho pensamiento le recordó la razón de su presencia en el Monsacro, uno de los primeros enclaves templarios en tierras hispanas, un lugar secreto para los profanos e, incluso, ignorado por freires de otras encomiendas.

—¿Continúa ella aquí? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Tengo orden de llevarte ante el comendador Garlande e imagino que no querrás dejarla sola.

—¿Y por qué tendría que ir? Soy un hombre libre.

—No sé el motivo por el que te reclama el comendador, pero recuerda que soy un soldado, que todos los que viven aquí son soldados, y podemos obligarte. Además —añadió cambiando el tono amenazante por otro más amistoso—, ¿de qué viviríais? ¿Os ha faltado algo desde que os dejé en la cabaña de la Foz?

No, no les había faltado de nada. Había trabajado de cantero y carpintero para los freires y ellos les habían proporcionado los medios para subsistir en un territorio desconocido donde no había huertos ni trabajo para un artesano.

—Esperamos un hijo —le informó con la vaga esperanza de que, al menos, les permitiese quedarse hasta que la criatura hubiese nacido.

—Enhorabuena.

—El viaje es largo y no es apropiado para una mujer embarazada.

—Pues déjala aquí. Los freires le encontrarán una familia que la cuide hasta tu regreso.

—¡No me separaré de ella! —exclamó indignado, y Ugo se echó a reír.

—¡Vaya! ¡Pues sí que te ha dado fuerte!

—Y veré nacer a mi hijo, y lo cuidaré —prosiguió embaldado—, al contrario que tú, que engendras vástagos y luego los abandonas. ¿O te crees que no me fijé en el parecido contigo de uno de los retoños de la viuda de Villasana? ¡Y a saber cuántos más andan correteando por ahí! ¡Buen freire estás tú hecho!

Calló de pronto. No era propio de él perder los estribos, ni asunto suyo las vidas de los demás, pero se le había hurtado el nacimiento de su primera hija y verla crecer, del mismo modo que se le arrebatava al jabalí su camada para criarla en cautividad y alancearla después para diversión de nobles y ricohombres. Lo había visto en Estella, durante la visita del rey Teobaldo, y todavía recordaba los espantosos chillidos de los animales al sentir las

lanzas en sus cuerpos. Había perdido una hija, pero no estaba dispuesto a abandonar a Alazaïs y perder asimismo a su hijo nonato.

—Procuraremos que el viaje sea lo menos penoso posible.

Ugo no mostraba estar enojado; muy al contrario, su tono de voz era amable y había desaparecido la ironía de su rostro. Sentía cariño por el montañés y, en el fondo, envidiaba su arte y que su alma solitaria hubiese encontrado una compañera. Además su aseveración era cierta. El hijo de Justina, la posadera de Villasana, era también suyo, y lo echaba en falta. Por eso procuraba encontrarse en el valle cuando se aproximaban las nieves y la región quedaba aislada, para poder ver crecer a su hijo aunque sólo fuese durante unas semanas de vez en cuando.

Faltaban cuatro meses para el alumbramiento, esperado para comienzos de julio, mes de la siega del cereal que alimentaría durante todo el año a un incontable número de familias, ahuyentando así el hambre y la enfermedad, y Alazaïs se negó a viajar recostada en la carreta conducida por Eder. Sentada a su vera en el pescante contemplaba el paisaje y espiaba su perfil. Le había insinuado que quizás sería mejor para ella quedarse en la Foz y esperar su regreso, pero había acallado sus palabras con un beso. Adonde él fuera, iría ella. No permitiría que nadie volviera a herirlo.

La noche del incendio acudió a la obra en compañía del señor Gaífer y de otros criados, si bien se despegó enseguida de ellos y se aproximó todo lo que pudo a los cobertizos en llamas. No tardó en distinguirlo entre los artesanos que contemplaban el incendio y se mantuvo lo más cerca que le fue posible de él. No había peligro de que la descubriera; Lucien había mantenido su palabra y no le había revelado su presencia en la ciudad aunque, de todos modos, él no tenía ojos sino para el fuego. Vio partir al señor Gaífer y a los criados, pero no se movió de su sitio y esperó junto a otros muchos a que las llamas se extinguieran. No veía desde su posición el resultado del siniestro, pero sí la desolación en el rostro de su amado. Volvía a ser el hombre vulnerable que había regresado con ella a Bozate para marcharse poco después. Lo siguió a cierta distancia al observar que abandonaba la fábrica y continuó tras él hasta perderlo de vista al llegar a

las montañas. No tuvo reparos en llamar a la puerta de más de una choza y mendigar un pedazo de pan con tal de mantener las fuerzas. Incluso aceptó unas abarcas viejas y demasiado grandes para sustituir a sus zapatillas, destrozadas por la caminata. Y siguió adelante con los pies heridos y las piernas doloridas. Podría haber muerto extenuada o haber sido pasto de las alimañas, pero el Dios de sus padres la protegió —así lo creyó— y de la nada apareció el soldado que ahora cabalgaba delante de la carreta y se giraba a menudo para comprobar que estaban bien. Era un hombre extraño a quien, en un principio, tomó por un salteador. Sin casi detener la montura la asió por la cintura y la aupó a la grupa. No intercambiaron palabra alguna hasta hallarse en la cabaña de una familia de pastores con un cuenco de sopa en las manos. Por ella supo el soldado que Eder había tomado el sendero de la montaña. Por él supo ella que Eder era su amigo y lo buscaba. Como un perro que olfatea una pista y acaba encontrando la presa, el caballero logró localizarlo en la cabaña del vaqueiro, los llevó a la braña y desapareció de sus vidas. Hasta ahora.

No siguieron la ruta de León, sino veredas de vegetación espesa que los obligaban a apearse del carro y a andar durante largos trechos repletos de matorrales, atravesando bosques de encinas y alcornoques, sauces y avellanos, y durmieron en los claros después de haber encendido una fogata y haciendo los hombres turnos de guardia para prevenir el ataque de lobos y jabalíes, muy abundantes en la zona. Y por fin avistaron la Badabia, el más hermoso de los valles, reposo de reyes, situado entre los ríos Luna y Sil; de lomas insinuantes y praderas verdes de hierba; de lavandas azules, amapolas amarillas, cardos y lirios; de manadas de caballos de morros largos y patas recias cuyas pezuñas a la carrera hacían retumbar el suelo; de enormes rebaños de ovejas llegados para pasar los meses del estío al abrigo de las montañas, refugio de los antiguos habitantes de las tierras astures ante el ataque depredador de los invasores romanos. Y continuaron hacia el sur, siguiendo el descenso del río dios de los antepasados, el río de oro de los romanos, y entraron en el Bierzo, tierra de minas a cielo abierto,

pequeñas poblaciones, valles de vegetación espesa, montes sagrados, iglesias y ermitas.

La puebla fortificada, antigua ciudadela romana, se divisaba a varias leguas de distancia. Erigida sobre una colina, en su centro destacaba el castillo consolidado y ampliado por los templarios, cuya enseña ondeaba en lo alto de la torre del homenaje. Ascendieron por la pendiente, pasaron a cierta distancia por delante del foso y de la rampa que daba acceso a la alcazaba y continuaron por la calle del Hospital adelante hasta detenerse ante una posada de dos pisos, construida con bloques de piedra en lugar de lascas superpuestas como la mayoría de las demás casas. Ugo llamó a la puerta y al poco asomaron un hombre y una mujer, ambos de mediana edad, que intercambiaron con él unas palabras en gallego. A continuación, se hicieron a un lado para dejar entrar a la pareja, momento que aprovechó el medio templario para despedirse de ellos e indicarles que regresaría al día siguiente para llevarlos a presencia del comendador Garlande. La mujer los acompañó a una habitación en la que había una chimenea apagada, un enorme lecho con un colchón aparentemente mullido, un arcón y un par de sillones fraileros. La visión de la cama despertó en Eder dos sensaciones encontradas. Se percató de lo muy cansado que se sentía debido al viaje y, al mismo tiempo, deseó que los dejaran solos para hacer el amor con Alazaïs, a la que no había podido acercarse como hombre durante las últimas jornadas. Debieron, sin embargo, aceptar la cena y la compañía de sus anfitriones y de otros cuatro huéspedes que hablaban mucho y a gran velocidad, y a quienes únicamente entendían una tercera parte de lo que decían. No hacía excesivo frío, pero alguien había encendido la chimenea cuando, por fin, pudieron retirarse y el inconfundible olor a madera de haya quemada llenaba la habitación. Se miraron y sonrieron. No tardaron en hallarse bajo los lienzos y un grueso cobertor relleno de lana, dispuestos a amarse con la intensidad de la primera vez, allá en la braña, pero no llegaron a hacerlo; dos besos, un par de caricias, y se quedaron profundamente dormidos.

A media mañana del siguiente día se encontraban en el escritorio del comendador, una habitación sobria y vacía de ornamentaciones.

—Te he hecho venir hasta aquí —comenzó diciendo dirigiéndose al navarro— porque deseo que me acompañes a Santiago de Compostela.

El artesano permaneció callado.

—En realidad —prosiguió Bertrand— quiero que vengas conmigo al Finis Terrae, Fisterra lo llaman los naturales, el Fin de la Tierra.

—¿Existe entonces ese lugar?

—Existe.

—¿Y qué voy a hacer yo allí?

—Esculpir una imagen de la Madre.

—No lo haré. Ella no quiere que nadie lo haga.

—¿De dónde has sacado tú esa idea?

—Lo sé. La ha destruido cada vez que lo he intentado.

—Fue Robert Lepetit.

—Ella se valió simplemente de él. Además, Alazaïs y yo esperamos un hijo y no pienso separarme de ella.

—No hay prisa —el freire sonrió como si se hubiese quitado un gran peso de encima—. Podemos esperar hasta que nazca el niño y a que ambos, él y la madre, estén en disposición de viajar, digamos, en la primavera del próximo año. ¿No te gustaría ver dónde se acaba la Tierra, según creen algunos? —esta vez la pregunta iba dirigida a la joven.

—Me gustaría —respondió ella con los ojos brillantes.

La examinó con atención. La niñera de la nieta del constructor Bisol había madurado y el embarazo había embellecido sus rasgos anodinos. Recordó la figurilla avistada en la humilde vivienda de un barrio marginado, la prueba de un amor atormentado que, a la vista estaba, había llegado a buen fin. Se alegró por el montañés pagano a quien apreciaba como un amigo y quería como a un hijo; era un hombre de corazón puro y, en su opinión, la única persona capaz de representar en una sola imagen el pasado y el presente, la fe del ser humano desde la Creación, la maternidad y la vida.

—Ya os he dicho que no lo haré —insistió el artesano un tanto vacilante al observar el brillo en los ojos de su mujer—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No decidas nada todavía. Aguarda a estar allí y lo sabrás por ti mismo. Mientras, tendrás trabajo aquí, en el castillo, a la espera de que vuestro hijo nazca. La construcción emprendida por mis antecesores no ha llegado todavía a su fin y un maestro constructor como tú nos será de gran ayuda.

—Yo no soy un maestro constructor...

—Lo eres, aunque no lo creas.

Nada ganaba refutando la aseveración del comendador y permaneció callado, si bien estaba convencido de que él tenía razón: Amari no deseaba ser representada. Por otra parte, se sentía más tranquilo sabiendo que su mujer daría a luz en un lugar seguro. Y ya que iba a trabajar para los freires, solicitaría una vivienda, aunque fuese poca cosa; no quería que su hijo naciese en una posada. Sobre el otro asunto, había tiempo suficiente para decidirse y podían ocurrir muchas cosas hasta la llegada de la siguiente primavera.

Salieron del castillo y siguieron, curiosos, a un numeroso grupo de peregrinos que se adentraban en una iglesia, pero les distrajo la animación que se veía en la plaza. Se dirigieron directamente hacia un cercado repleto de corderos blancos y Alazaïs rogó al pastor que la dejara acariciar a los animales. El hombre no supo negarse y abrió la portezuela del cercado para que ella pudiera entrar. Eder la contempló embelesado. Nunca la había visto de aquella manera. Ataviada como una dama, con un sencillo sayo de color dorado prestado por la posadera para ir al castillo, los cabellos recogidos bajo el tocado de lino adornado con una tira de fruslerías brillantes, el vientre abombado, repleto de vida, y la felicidad plasmada en su rostro, ni una reina podría ser tan hermosa.

El monte del gozo

Eran cientos, tal vez miles, los caminantes que se dirigían a Compostela. Los había de a pie, otros cabalgaban y no pocos viajaban en carretas, pero todos mostraban las huellas del cansancio en sus rostros y en sus cuerpos. Unos llevaban caminando semanas, incluso meses, y habían soportado la nieve y la lluvia, dormido a la intemperie y pasado hambre, mientras que para otros el trayecto había sido largo, mas no demasiado penoso ya que disponían de dineros para comprar caballerías y carros, alojarse con comodidad y no carecer de alimentos. Unos habían enfermado, otros se habían fortalecido y muchos nunca habían llegado, bien por haber fallecido o porque no habían resistido la dureza de la prueba y habían regresado a sus hogares a medio trayecto. Unos acudían a Compostela guiados por la devoción, otros para cumplir una promesa, o una pena impuesta por los tribunales y, para algunos, el peregrinaje era sólo un modo de vida. Pero ahora que habían logrado llegar a la meta, la alegría y el orgullo se reflejaba en todas las caras. Hombres y mujeres, eclesiásticos y laicos, jóvenes y mayores sentían que, aun siendo numerosos, sólo eran una minoría capaz de realizar una gesta digna de figurar en los anales, al igual que las proezas de caballeros y santos narradas por los trovadores y que tanto encandilaban a sus oyentes. Ahora también ellos eran héroes y, de vuelta a sus hogares, y hasta la hora de su muerte, contarían a sus familiares y vecinos que una vez recorrieron infinidad de leguas, arrostraron un sinnúmero de peligros y vadearon cientos de arroyos para ir a rezar ante la tumba del santo Jacobo, hijo del Zebedeo, martirizado en Jerusalén, y cuyo cuerpo depositado en una barca sin remos, timón ni velas, había surcado los mares de manera milagrosa y llegado a los confines de la Tierra;

exagerarían los peligros, hablarían de milagros, de pueblos y ciudades, de romerías y procesiones y algunos de ellos se ganarían el apodo de «el peregrino» para el resto de sus vidas.

Mezclados con decenas de personas, cuyos andares se tornaban más ágiles a medida que se aproximaban a la ciudad santa a la vez que entonaban salmos de júbilo, Robert Lepetit y sus milites se mantenían ajenos a la euforia general. Su aspecto sombrío y su mutismo desalentaban a aquéllos que trataban de compartir su contento y que se alejaban de ellos haciendo la señal de la cruz para conjurar el mal agüero. No se demoraron junto a la frondosa orilla del Lavamentula, un arroyo del Tambre, donde los peregrinos se lavaban y cambiaban las ropas para presentarse ante el santo apóstol no sólo limpios de mugre, sino también purificados por el agua, como si de un segundo bautismo se tratara. Tampoco se demoraron en la aldehuela de San Marcos, donde eran recibidos por sus moradores, el párroco a la cabeza, con cestas repletas de panes y jarras de vino a fin de que realizaran el último tramo con el estómago agradecido y las fuerzas renovadas. Pero el bugre sí detuvo el carro al ascender al Montjoie, el monte del Gozo, como lo conocían los franceses; el Mons Gaudii, el monte de la Gloria, para otros. El lugar estaba repleto de peregrinos que gritaban de emoción, lloraban y rezaban. Y también de tenderetes de comida y bebida, cambistas y prestamistas, vendedores de reliquias y mozos de posadas que ofrecían alojamiento a precios escandalosos. Contempló la ciudad a sus pies haciendo caso omiso de la animación que lo rodeaba e ignorando la visita obligatoria a la capilla en la que los caminantes daban gracias a la Santa Cruz por haberles permitido llegar con vida y obtener la salvación eterna. Su destino estaba a punto de cumplirse. Era el único ser en el mundo que conocía la venida del nuevo Mesías y lo defendería de sus enemigos. Esta vez no ocurriría como en la anterior, ningún discípulo traicionaría al Maestro, ningún poder civil o eclesiástico se adueñaría de Él para engatusar a las gentes; el obispo de Roma huiría a esconderse para evitar su cólera, y con él todos aquéllos que en nombre de Dios se beneficiaban de bienes y prebendas, y dominaban el mundo. Quedaban todavía varios meses para el gran acontecimiento y muchos años por

delante para constituir el ejército, la Santa Milicia, que él se encargaría de organizar porque era el único que estaba en el secreto, el único que conocía el momento exacto de la Parusía. Miró a la figura cubierta con un manto negro que, sentada junto a él en el pescante, mantenía inclinada la cabeza oculta bajo la capucha, y arreó a la mula. Dos millas después entraban en el arrabal de San Lázaro; preguntó por la vivienda de Delmira Gomes y dirigió el carro hacia una apartada casa de labranza, disimulada tras una loma.

A la alegría de recibir noticias de su hermano Lourenzo y saberlo en buena salud, se añadió el desconcierto de la mujer cuando el hombre de negro y mirada inquietante le manifestó por medio de uno de sus acompañantes que hablaba gallego que él y sus hermanos esperaban ser acogidos en su casa durante dos semanas. Su primera reacción fue disculparse y negarles el asilo; no podía permitirse atenderlos debidamente. Eran muchos, demasiados, y ella una pobre mujer con un marido incapacitado y dos hijos inútiles para el laboreo, que pasaban más tiempo en las tabernas que en el campo. Debía pagar el arrendamiento al administrador del arzobispado la víspera del día de San Rosendo, santo obispo de Compostela, de feliz memoria. Dicho pago consistía en un porco cebado, pero había habido hambre y lo habían sacrificado con la confianza puesta en adquirir otro con lo obtenido mediante la venta de sus hortalizas. Las lluvias abundantes en el otoño y las nieves y heladas del invierno, más duras que de costumbre, habían arruinado la huerta y toda esperanza. En tales circunstancias, era imposible atenderlos y bastantes preocupaciones tenía ya ella como para asumir una más. Para ocuparse de los peregrinos estaban los curas, frailes y monjas, que no tenían que pagar diezmos ni arrendamientos y tenían de sobra para alojarlos y alimentarlos con lo que sustraían a los pobres campesinos. Ella era una buena cristiana, tan buena como la que más, pero la caridad empezaba por una misma y...

Hastiado de escuchar a la mujer, de cuya verborrea apenas entendía alguna que otra palabra, Robert enganchó con su dedo índice el cordón de un saquito de monedas, lo extrajo de la limosnera y lo balanceó ante sus ojos. Fascinada por el balanceo del saquito y el sonido de las monedas al

chocar entre ellas, Delmira se rindió, pero insistió en que sólo podía albergarlos en el establo y que, en lo referente a las comidas, tendrían que proveerse ellos mismos.

—No supondrá ningún problema —afirmó el bugre—. Somos hombres de Dios y estamos acostumbrados a dejar nuestras necesidades en sus manos, pero tenemos a nuestro cuidado a una dama que precisará una alcoba para ella sola, pues no sería decente que compartiera espacio con nosotros.

Diciendo esto, hizo una seña y dos de sus hombres se aproximaron escoltando a una tercera persona quien, al llegar a su altura, levantó la cabeza y miró a Delmira con ojos suplicantes. La campesina no ocultó su sorpresa, pero calló, intimidada por la severidad que apreciaba en los rostros masculinos. Mostró a Robert el establo, espacio adjunto a la parte que servía de vivienda y separado de ésta por una simple valla de madera, dominio de una vaca y de una docena de gallinas, tal como el clérigo escribiente había afirmado. Después, condujo a la dama, siempre escoltada, a su propia habitación, un cuarto de reducidas dimensiones con un ventanuco estrecho por el que penetraba la luz de la tarde. La dama se apostó junto al ventanuco mientras ella cambiaba las sábanas de la cama y recogía a toda prisa sus efectos y los de su marido. Le habría gustado preguntarle quién era y por qué viajaba en compañía de aquellos hombres extraños, pero lo impedía la presencia de los dos vigilantes que, al igual que dos estatuas, se habían colocado a ambos lados de la jamba de la puerta. Ambos salieron cuando ella lo hizo, cerraron la puerta y se ubicaron fuera de la habitación en el mismo sitio y en la misma postura. Por su parte, y sin necesidad de recibir órdenes, el resto de los componentes de la Santa Milicia se puso manos a la obra y en un par de horas había adecentado el establo. Res y aves fueron relegadas al rincón más oscuro, se barrió el suelo de tierra y se recubrió de paja.

Durante el tiempo que duró la limpieza, Robert se dedicó a examinar los alrededores. Una vez más, los hados le eran propicios y le procuraban el sitio adecuado donde instalarse hasta que encontrara otro mejor. La casa se hallaba situada en un paraje frondoso regado por un río y alejado de la ruta

que llevaba a la ciudad. Nadie vendría a molestarlos. No había allí ermita ni santuario milagroso para concitar las ansias piadosas de los peregrinos, demasiado excitados por llegar cuanto antes a la tumba del judío Jacobo. Y, además, la proximidad de la leprosería era suficiente motivo para mantener alejados a quienes no lo eran. Así que podía estar tranquilo. No estaba muy seguro, sin embargo, de querer que el gran acontecimiento ocurriera en un lugar similar al de hacía mil doscientos cincuenta y pico años: el campo, el establo, la vaca... demasiadas similitudes, si bien —recapacitó—, quizás la semejanza jugaba en su favor. Los borregos seguían al pastor siempre por la misma senda. De todos modos, ya lo decidiría al aproximarse la fecha. Entró en la casa y echó una ojeada al establo, miró después hacia la puerta vigilada por los dos hombres y, luego, hacia otra. No había más, sólo una escalera endeble que subía a lo que supuso era el pajar. Abrió la segunda puerta, la de un cuarto que olía a vino y sudores. Dos mozos dormían vestidos, calzado incluido, sobre sendos catres. Hizo una seña y el intérprete de gallego se aproximó a él.

—Dile que yo me quedo con este cuarto —le ordenó, señalando a Delmira, quien acababa de asir un cesto lleno de ropa sucia y se disponía a ir a lavar al río.

Antes de que la mujer pudiera reaccionar, sus hijos habían salido despedidos del cuarto, y sus ropas y las de la cama tras ellos. Cuatro milites se encargaron de barrer la habitación, fregar su suelo de piedra, orear los colchones de los catres y atar éstos con cuerdas para hacer una sola cama. Luego, arramplaron con todo lo que de utilidad encontraron en la vivienda, que no era mucho, para crear un ambiente lo más confortable posible para su guía espiritual. Al mismo tiempo, otros compañeros sacrificaban la docena entera de gallinas y pollos, los pelaban y los asaban para alimentar al grupo ante la mirada horrorizada de Delmira y de sus hijos, quienes no se atrevieron a protestar y, mucho menos, a impedir que llevaran a cabo sus propósitos. Su marido y padre no se había movido de su asiento, una banqueta colocada en un rincón, junto al hogar. Contemplaba el fuego y farfullaba palabras ininteligibles, carentes de significado. No obstante,

cuando Robert se sentó frente a él para dar cuenta de su ración de pollo en la otra única banqueta que había, lo miró y dijo con voz clara y potente:

—*Chegou o fin do mundo.*

—¿Qué ha dicho el viejo? —preguntó el bugre al intérprete.

—Que ha llegado el fin del mundo.

—Pregúntale a ver por qué dice eso.

—*Porque o demo está na miña casa* —respondió el anciano a la pregunta.

—Dice que porque el demonio está en su casa. ¿Le doy un golpe?

—No... trae a la Dama.

El intérprete volvió al poco con la mujer a la que asía por un codo con suavidad, pero con firmeza.

—Y ahora pregúntale a ver si sabe quién es esta mujer.

El viejo la miró y esbozó una sonrisa bobalicona que mostraba unas encías sin dientes. La mujer, con el cabello peinado en una trenza, vestía un brial de fino terciopelo azul celeste, con amplio vuelo y mangas ajustadas, ceñido bajo el pecho, que permitía apreciar su estado de gravedad.

—*Ela é a moura.*

—Dice que es una *moura*.

—¿Una mahometana?

—No, una *moura*, una especie de... hada —aclaró el intérprete.

—¿Qué tonterías son éstas?

—Creencias paganas, mi señor. Nuestros antepasados creían en los *mouros*, unos seres inmortales, hermosos, de piel clara y cabellos de oro, dueños del tesoro de Galicia y con mucho poder, capaces de entrar o salir del Otro Mundo, de mover montañas sin esfuerzo o de convertirse a su gusto en personas o animales.

—¡Sandeces! Ella no tiene los cabellos de oro...

Por un instante había creído que el viejo loco era un visionario. Lo había tomado a él por el demonio, quizás porque Satanás era negro y él iba vestido del mismo color, pero lo de la «mora», o como quiera que se llamase, estaba claro que se trataba del desvarío de un orate. Hizo un gesto

para que su hombre acompañara a la dama de vuelta a la habitación y se metió un pedazo de pollo en la boca.

—*¡Bela deusa nai!* —exclamó el campesino antes de que la mujer desapareciese por la puerta de la habitación.

—¿Y ahora qué ha dicho? —preguntó el bugre atragantándose con el pedazo de pollo.

—*Que dixeches, tolo?* —le interrogó el intérprete volviendo sobre sus pasos.

—*Bela deusa nai, bela deusa nai, bela deusa nai...* —repitió el viejo fijando su mirada en las brasas del hogar. El sonido de su voz fue apagándose hasta enmudecer, pero sus labios continuaron articulando las mismas palabras durante un buen rato.

—Estoy esperando una respuesta.

El milite observaba absorto el movimiento de los labios del anciano, pero el tono autoritario lo arrancó de su ensimismamiento.

—Bella diosa madre... eso es lo que ha dicho: bella diosa madre —respondió el hombre recuperando la posición marcial.

Robert disimuló su inquietud y adoptó el aire frío y distante que le era habitual.

La casa estaba silenciosa antes de que la oscuridad envolviese los campos y la luna ocupase el espacio del sol. Los cuatro miembros de la familia Gomes dormían en el pajar, a suelo raso, acurrucados los unos contra los otros, más debido al temor que les infundían sus inesperados visitantes que al inexistente frío de mediados de la primavera. Los milites también dormían en lechos improvisados con pajas y hierbas, agotados por las jornadas de viaje, si bien los cuidadores de la Dama lo hacían sentados en el suelo, a ambos lados de la puerta, con las espaldas apoyadas en el muro.

El bugre tardó en conciliar el sueño. Una y otra vez se preguntaba cómo había sabido el viejo loco quién era ella. Luego recordó que los paganos navarros creían en la antigua diosa de la maternidad y de la fertilidad. El más execrable de todos había incluso osado representarla por dos veces, que él supiese, bajo la forma de la bienaventurada Virgen, madre del primer

Mesías. Era sabido que el norte hispano había sido tardíamente cristianizado y que aún subsistían en él prácticas idólatras. Quizás ocurría lo mismo entre los gallegos; no en vano habitaban el último territorio de Occidente. Se durmió, por fin, tras llegar a la conclusión de que el embarazo de la Dama había confundido al pobre viejo. No obstante, confundido o no, loco o mentalmente sano, tenía claro que el hombre podría ocasionar problemas, y su familia también.

Alazaïs Gauti no durmió. Noche tras noche, de vez en cuando, el sopor se apoderaba de sus sentidos y, evaporados los recuerdos, encontraba el descanso. Eran intervalos cortos de los que despertaba con un sentimiento de angustia que la mantenía desvelada. Había perdido la cuenta de los días que llevaba lejos de su hombre, del compañero de su vida. No se habían separado ni un solo instante desde su reencuentro en la choza del vaqueiro y lo echaba en falta; extrañaba su cuerpo, su olor, su voz, su mirada soñadora, las caricias de sus manos. Era un ser incompleto sin él a su lado, pero no se dejaría abatir; no permitiría que el desánimo se apoderase de sus sentidos. Tenía que luchar por él, por ella y, sobre todo, por la criatura que crecía confiada en su seno. No sabía por qué la retenían aquellos hombres de negro, cráneos y barbas rapadas, de mirada ausente cuando no dura, que la trataban con deferencia aun manteniéndola cautiva. Si bien durante el viaje la habían obligado a ocultarse bajo una capa negra, la habían provisto de un vestuario completo, digno de una dama: un brial azul, una saya, camisas y calzas interiores, un tocado blanco de lino y un par de chapines forrados también con tela de color azul; le servían los mejores bocados en un plato de plata de su uso exclusivo, al igual que la cuchara y el cubilete para beber; le proporcionaban agua y jabón para lavarse y lienzos para secarse, y estaban pendientes de su bienestar en todo momento. No era el trato reservado a una prisionera, aunque lo era. Únicamente la dejaban sola cuando permanecía en una habitación de la que era imposible escapar; no le permitían hablar con nadie y tampoco ellos le hablaban. ¿Qué era entonces lo que querían de ella?

La habían abordado una mañana, después de acompañar a Eder al castillo. Esperó a verlo desaparecer tras la muralla y luego se acercó al

mercado. No le gustaba permanecer inactiva y todos los días adquiría la verdura fresca para la comida. Había intimado con la dueña de la posada, una berciana siempre amable que le recordaba a su madre y que le había prometido estar a su lado en el momento del parto, aunque para la fecha hubieran logrado disponer de una vivienda propia. La plaza estaba llena de gente, de ruidos y voces; compró dos enormes manojos de puerros y se disponía a regresar a la posada cuando alguien le cubrió la cabeza y el cuerpo con un manto.

—No gritéis o moriréis en el acto —escuchó que le susurraban al oído.

Muda por la sorpresa y el susto, se dejó llevar casi en volandas, notó que la subían a una carreta y que ésta se ponía en marcha. Estaba aterrorizada y no se atrevió a echar hacia atrás la capucha que le tapaba media cara. Todo lo que sus ojos alcanzaban a divisar eran sus propios pies y los del hombre sentado a su lado. Había oído hablar de los ladrones que infestaban la ruta para robar a los viajeros y también de salteadores que retenían rehenes hasta obtener dineros por su rescate, pero Eder y ella no tenían nada de valor. Quizás la habían confundido con la mujer de algún próspero comerciante de la villa, pero, a la vista estaba, que ella no era una dama rica. Era absurdo. Alguien tenía que haberse percatado de su secuestro; no se raptaba a una mujer así, sin más, en un mercado y a la vista de decenas de personas, y los malhechores serían detenidos. Sacó la mano izquierda de debajo de la capa para quitarse la capucha, pero otra, rígida como una piedra, se lo impidió y la obligó a esconderla de nuevo. No podía tirarse del carro; no podía poner la vida de su hijo en peligro, y decidió esperar. Cuando tuviera oportunidad, explicaría a aquellos hombres que ella no era una dama, sólo la mujer de un artesano de la madera que se ganaba la vida trabajando con las manos. Eder, mientras, acudiría a la posada a la hora de comer, descubriría que ella no estaba allí y saldría en su búsqueda; los templarios lo ayudarían y la liberarían. Si antes aquellos hombres no la violaban y la mataban. No quiso dejarse ofuscar por pensamientos tétricos y rezó como hacía mucho tiempo que no rezaba. No fueron las oraciones aprendidas en su infancia en la ya lejana región de la Languedoc; no fue el Padrenuestro de los buenos hombres y mujeres escuchado en su hogar

mañana, tarde y noche durante los años de exilio en Baigorri y Baztan, y también en el taller de telas de León, ni las preces repetidas en la iglesia a la que se veía obligada a acudir acompañando a los Gaífer. Fue una oración que salió directamente de su interior dirigida a la divinidad sin nombre, raza ni templo, que tenía su vida en sus manos. Un relámpago atravesó el cielo y el trueno que le siguió rompió el silencio, pero no hubo más y tampoco llovió, y ella supo que la divinidad había escuchado su plegaria.

No pudo explicarse. Cada vez que lo intentaba, era como hablar con el aire. Los hombres le volvían la espalda, no la escuchaban y tampoco respondían a sus preguntas. Apenas hablaban en su presencia y sólo en una ocasión observó un gesto interesado en el jefe del grupo: la primera vez que mencionó que su hombre era un simple artesano, un carpintero. Levantó las cejas y le dio la impresión de que iba a dirigirle la palabra, pero no lo hizo. Le resultaba familiar, pero no conseguía averiguar dónde o cuándo lo había conocido. Lo logró en una de sus velas, cuando no lograba conciliar el sueño, y el descubrimiento le secó la garganta y le impidió el descanso durante el resto de la noche. El individuo alto y delgado, de tez pálida y ojos de rapaz, que tenía dificultad en asir la cuchara con una mano enguantada, cuyos dedos apenas podía mover y, a quien los otros llamaban «mi señor» sin jamás pronunciar su nombre, no podía ser otro que el espectro del Mal que perseguía a su amado.

A veces, los recuerdos tornaban sombría su mirada y le manifestaba su aborrecimiento, y también temor, hacia el odiado personaje que aparecía en su vida de tiempo en tiempo para su desgracia y la de las personas a quienes quería. Ella, entonces, lo rodeaba con sus brazos y le aseguraba que todo aquello era agua pasada, que nunca más volvería a hacerle daño, que su amor era su mejor defensa. Se había equivocado. El Mal existía, era real. Había sido inmensamente feliz durante los dos inviernos transcurridos en la braña, junto al hombre que amaba y cuyo hijo llevaba en su vientre, y había olvidado las enseñanzas recibidas durante la infancia y que sus padres dentro de sus limitaciones habían intentado transmitirle: que Dios sólo había creado cielos y almas y que el resto, incluidos los seres humanos, era obra de su enemigo. Únicamente el Mal era capaz de secuestrar a una

mujer, separarla de su compañero y llevarla hacia un destino desconocido y, por la misma razón, aciago. Desconocía las perversas razones que lo hacían actuar de esa manera y casi prefería ignorarlas, pero de algo estaba segura: no sabía cómo ni cuándo, pero huiría a la menor oportunidad. Todo era cuestión de estar atenta y dispuesta; en algún momento sus celadores bajarían la guardia. El grupo se había detenido por primera vez desde que había sido arrastrada al carro. Durante las jornadas precedentes se habían limitado a pernoctar en posadas camineras, donde sólo ella y Lepetit habían ocupado sendas habitaciones, pero la situación parecía ser diferente en esta ocasión. Habían asaltado, por así decirlo, aquella vivienda y se habían instalado en ella. El espectro tramaba algo y ella tendría que averiguarlo. Algo en su interior le decía que le iba la vida en ello, la suya y la de su hijo. Se durmió por fin cuando el día clareaba y nadie la importunó hasta que despertó ya muy entrado el mediodía. Asomó la cabeza por la puerta. Sus dos guardianes continuaban en el mismo sitio en que los había dejado la víspera y la siguieron como si escoltaran a la mismísima reina. No había rastro de su jefe y de todos los demás y se acercó a la puerta de la casa para echar un vistazo. Uno de los guardianes hizo ademán de interponerse entre ella y el exterior.

—¿No puedo siquiera tomar un poco el aire? —preguntó en tono amable.

El hombre no se movió de su posición.

—¡Apártate y déjame salir! —le gritó enfurecida.

Para su sorpresa, el hombre se hizo a un lado y le permitió la salida. No quiso arriesgarse y sólo dio un paso fuera de la casa. Estiró los brazos, respiró profundo, comprobó que, en efecto, no había nadie por los alrededores y volvió a entrar. Se sentó en una de las banquetas junto al fuego, sonrió al viejo sin dientes que le devolvió la sonrisa y se dejó servir una sopa de cardos que le supo a gloria. Acababa de descubrir algo que era preciso analizar con cautela: sus guardianes habían obedecido sus órdenes. Tal hecho la maravillaba y asombraba a partes iguales. No quería hacerse ilusiones, pero quizás aquellos hombres, sombras de hombres, habían sido aleccionados para obedecer sin cuestionarse las órdenes que recibían. La

cosa no podía ser tan sencilla, pero ¿y si lo era? Tendría que probar, sin exagerar, para cerciorarse de hasta dónde podía llegar, y tendría que hacerlo cuando estuvieran a solas. Volvió a su cuarto y esperó. El ventanuco de la habitación era demasiado estrecho para que un cuerpo pasase a través de él, pero le permitía ver la vereda que llevaba a la casa. El espectro y sus seguidores llegaron al caer la tarde, todos en fila, al igual que cuervos. Poco después llamaban a su puerta y uno de sus guardianes le indicaba que lo acompañase. Sentada en la banqueta del viejo, que había desaparecido al igual que el resto de su familia, compartió la cena con su captor. En un momento dado, éste llamó a uno de sus hombres y habló con él en francés. Ella se centró en la cena, un puré de castañas, y en las llamas, aparentemente indiferente a lo que ocurría a su alrededor. De nuevo, se asombró de su buena suerte dentro de la situación en la que se encontraba. Había hablado en romance castellano las veces que había intentado explicar que no era una dama, que había suplicado que la dejaran libre. Su captor ignoraba que conociese el francés, eso estaba claro, y por esa razón lo utilizaba delante de ella.

—Mañana iremos a la ciudad —le oyó decir—. Que los milites estén dispuestos para salir a primera hora.

—¿Y ella? —preguntó el otro.

—Aquí está segura. El hermano Pedro y el hermano Miguel se encargarán de que nada malo le ocurra. ¿Estáis de acuerdo, mi señora?

La pregunta iba dirigida a ella, pero expresada también en la lengua de los francos. No cayó en la trampa y continuó comiendo y mirando el fuego.

—Señora... —lo miró al dirigirse a ella en romance—. No conozco vuestro nombre...

—Tampoco yo el vuestro.

—Soy Robert Lepetit, para serviros.

—No creo que estéis aquí para servirme, de lo contrario no me habríais secuestrado.

—Os equivocáis. No os he secuestrado. Soy la mano de la Providencia y estoy aquí para defenderos y defender a vuestro hijo de sus enemigos. Estáis a salvo a nuestro lado, los milites de Dios velarán para que nada malo

os ocurra a ninguno de los dos. Sois la Elegida y todos nosotros estamos a vuestro servicio.

—¿Elegida para qué?

—Para dar a luz al segundo Mesías, el Salvador del mundo. Al primero lo mataron los judíos y después lo utilizaron los malos cristianos para sus fines, pero esta vez será todo distinto.

Alazaïs tuvo un sobresalto al escuchar la aseveración, pero no movió una ceja. El hombre estaba loco de atar y más valía no provocarlo. Había acabado de comer y se levantó de la banqueta. El bugre hizo otro tanto y la acompañó hasta la puerta de la habitación.

—No me habéis dicho cuál es vuestro nombre...

—Me llamo María.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír al ver la estupefacción de Lepetit al escuchar el nombre. Se le había ocurrido de pronto. María era un nombre muy común en aquellas tierras y Alazaïs no; el suyo era un nombre occitano y podría dar una pista al malvado loco. Fue a cerrar la puerta, pero una mano rígida se interpuso.

—María... ¿qué?

—María de Belena.

—¿Os estáis burlando de mí? —la pregunta sonaba a amenaza.

—¿Por qué iba a hacerlo? Mis padres eran de Belena, una puebla de la región de Guadalajara. Se vinieron para el norte nada más nacer yo y adoptaron su nombre.

Los padres de la guisandera de los Gaífer procedían de la Puebla de Beleña, pero la mujer siempre pronunciaba el nombre con ene porque decía que le sonaba más elegante, algo que siempre le había hecho sonreír pues opinaba que era una estupidez. Robert había entornado los ojos y la miraba fijamente.

—¿No seréis también judía? —preguntó al cabo de un rato.

—Que yo sepa, no.

—¿Y vuestro compañero no se llamará José por un casual?

Notó un deje irónico en su tono. No convenía sobrepasarse.

—No. Se llama Lázaro Díez y tendréis que darle una explicación sobre lo ocurrido.

—Lo entenderá, al igual que el otro...

—¿Qué otro?

—El otro, el padre terrenal del primer Mesías.

Quitó la mano de la jamba e hizo una ligera inclinación de cabeza. La joven cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. Temblaba. Al día siguiente se levantó temprano, pero no salió de la habitación y esperó pacientemente a que el bugre y sus hombres abandonaran la casa, lo que hicieron un par de horas después. Esperó todavía un rato largo, se echó la capa encima, se encomendó al Dios de sus antepasados y abrió la puerta. Los dos guardianes se inclinaron ante ella al verla salir. Por lo visto habían escuchado la conversación mantenida la víspera con su jefe —se dijo— y adoptó el aire distante de una soberana.

—Quiero dar un paseo —declaró, y se dirigió con paso firme hacia la puerta sin que ninguno de los dos se lo impidiera, si bien la siguieron casi pegados a ella.

Tomó la vereda que se unía al camino peregrino que, a su vez, desembocaba en la Porta do Camiño, una de las siete que se abrían en la muralla que rodeaba a la ciudad. La afluencia de gente era considerable, pues junto a peregrinos y viajeros, entraban muchos paisanos cargados con cestos de hortalizas y frutas, aves, huevos, así como carretas tiradas por personas o por burros, también repletas de productos de la huerta, caballeros sobre monturas que pateaban y bufaban impacientes al sentir los tirones de las bridas, y hasta un pastor con una docena de ovejas y su perro. Los guardas de la puerta tenían dificultades para controlar la entrada y exigir el portazgo correspondiente, del cual estaban exentos los peregrinos, aunque no todos los que se hacían pasar por tales lo eran y las discusiones provocaban atascos y las correspondientes protestas por parte de quienes esperaban para entrar.

—Aguardad aquí, que ahora mismo salgo —ordenó Alazaïs a sus dos escoltas, en un momento en que el tránsito era más fluido.

Los hombres se miraron y dieron dos pasos con ánimo de seguirla.

—Os ordeno que esperéis aquí —insistió ella procurando que su voz sonase segura e imperativa—. Ya os he dicho que salgo enseguida.

Se mezcló con la gente, aguantando empujones y apretones, y atravesó la puerta en medio de un grupo de peregrinos alemanes, la mayoría más altos que ella. Miró hacia atrás, antes de desaparecer empujada por la riada humana. Sus guardianes hablaban entre ellos y por sus caras y sus gestos comprendió que no estaban muy seguros de haber obrado correctamente y que en cualquier momento iban a correr en su búsqueda. Se encaramó rápidamente a un pequeño carro y se ocultó junto a los bultos, bajo una manta, sin que el conductor se percatara. El carro avanzaba con mucha lentitud. Cuando menos lo esperase, sus perseguidores levantarían la manta, la encontrarían y la llevarían de vuelta a su prisión. Ya se veía resistiéndose, gritando con todas sus fuerzas y pidiendo auxilio; apretó los puños y trató de mantener la calma, de permanecer inmóvil como si fuera un fardo. Pensó en Eder, en su pequeña cabaña a los pies del Monsacro, sus noches de amor, el bebé que se agitaba dentro de ella y sonrió tranquilizada. El carro se detuvo y ella escapó corriendo sin prestar atención a las voces que la conminaban a detenerse. Erró por las rúas de Compostela durante todo el día, escondiéndose en los portales al avistar una sotana negra, sobresaltándose al escuchar alguna voz de hombre con acento francés, temerosa de toparse con el bugre y sus hombres al doblar una esquina. Pensó en acudir a un hospital para caminantes y pobres, pero la ciudad no era grande y los hospitales serían los primeros lugares en los que la buscarían, y también en cualquiera de las iglesias, en especial en la más grande, en la que tanta gente entraba. Acabó deambulando por las rúas artesanas; sació la sed en una fuente, pero tenía hambre y ningún dinero para comprar siquiera una rosquilla de aceite o un panecillo de centeno. Se adentró en una ruela estrecha y bastante transitada, se quitó los borceguíes y los sujetó bajo las axilas, se envolvió en el manto negro para no mostrar su brial azul de buena tela y se sentó en el suelo antes de alargar la mano como una mendiga.

El Pórtico de la gloria

Eder Bozat tuvo que marchar a la comarca de los Ancares para dirigir la tala de unos castaños que después se utilizarían en la fabricación de los cuatro puntales previstos para sostener el techo de la sala que se estaba construyendo. Al encargado del trabajo le había caído un tronco encima y le había astillado ambas piernas. Dos freires lo esperaban en el castillo con una montura dispuesta para él y no había tiempo que perder. Un recadero informó a Amelia, la posadera, de que el maestro carpintero no volvería aquella noche. El mozalbete esperaba entrar como ayudante de alguno de los maestros, aunque no era especialmente diligente y no se acordó del encargo hasta un par de horas más tarde. No preguntó por Alazaïs; simplemente dio el mensaje. A la posadera no le extrañó, pues no era la primera vez que su huésped viajaba a por material para las obras y creyó que esta vez la joven lo había acompañado. Sonrió benévola y salió ella misma a por los puerros que le había encargado. Pocas veces había conocido a dos seres tan afectuosos el uno con el otro. Los veía mirarse como si estuviesen solos en el mundo, reírse, rozar sus manos, desaparecer de la cocina en cuanto habían acabado de cenar y encerrarse en su cuarto cuando aún no había anochecido. Eran felices y no lo ocultaban. Una vez ella había sentido la misma pasión o, si no, parecida, aunque había ocurrido hacía demasiado tiempo y durado demasiado poco. Era hermoso ser joven y sentirse enamorada, pero los años corrían veloces y, sin apenas darse cuenta, llegaban los hijos, los problemas, los achaques y, lo más triste, la pérdida de la ilusión. Sonreía complacida al observar a sus hospedados y les deseaba todo tipo de buenaventuras. No volvió a pensar en el recado

recibido hasta que, al anochecer del día siguiente, oyó al artesano entrar en El Vencejo, subir las escaleras de dos en dos y bajar un instante después.

—¿Y mi mujer? —preguntó tras entrar en la cocina y comprobar que no estaba allí.

—¿No estaba con vos? —inquirió ella a su vez.

—¿Por qué iba a estarlo? ¿No vino el mozo de los recados a avisar que yo estaría fuera estos dos días?

—Sí, pero como la señora Alazaïs no volvió, supuse que os había acompañado...

—¿Y no la habéis visto desde ayer?

—No...

—¿No?

La preocupación de Eder era real y evidente, así que el marido de Amelia y los otros cuatro huéspedes, que acababan de empezar a cenar, se pusieron en pie. Cada uno trataba de encontrar una razón plausible para justificar la ausencia de la joven y, al mismo tiempo, tranquilizar al artesano cuyo rostro estaba lívido. Minutos más tarde, todos, la posadera incluida, se lanzaban a la calle con la intención de indagar sobre su paradero. Cada cual por su lado, recorrieron las calles de la pequeña población: del Hospital, la Fortaleza, el Rañadero, el Paraisín... bajaron a las orillas de los ríos, otearon el puente, preguntaron a vecinos y peregrinos, y volvieron a encontrarse delante de la puerta de la posada sin haber hallado el mínimo indicio que pudiera aclarar la desaparición de Alazaïs.

—Mañana seguiremos preguntando —aseguró el marido de Amelia.

—Gracias por vuestra ayuda, pero no puedo esperar a mañana —Eder se frotaba las manos para calmar el hormigueo del nerviosismo que no le había abandonado desde el momento en que había sido consciente de la desaparición de su compañera.

Salió corriendo y no paró hasta hallarse ante la puerta del castillo. El puente levadizo permanecía echado, pero el portón de entrada estaba atrancado. Golpeó con fuerza sin resultado alguno. Los golpes dados con los puños apenas resonaron en la mole de madera y hierros y no hubo respuesta. Desesperado, asió una piedra de buen tamaño y la utilizó a modo

de aldabón estrellándola repetidamente contra la puerta. Se detuvo al oír abrirse el portillo enrejado.

—¿Quién va? —preguntaron al otro lado.

—Soy Bozat, el carpintero. ¡Tengo que hablar con el comendador Garlande! —gritó.

—Vuelve mañana.

—¡Ha de ser ahora mismo!

—Éstas no son horas de importunar al comendador.

—¡Abrid esta maldita puerta de una vez! ¡Es cuestión de vida o muerte!

—Te he dicho...

—¡Me importa un comino lo que digáis! —gritó. Y comenzó de nuevo a golpear la puerta con el pedrusco.

Amelia, su marido, los huéspedes y unos cuantos vecinos, hombres y mujeres avisados por éstos, habían seguido al artesano y, tras el primer estupor al verlo enfrentarse a los monjes soldado, tan respetados como temidos en la zona, empezaron a gritar para que se le abriese. El ruido de los golpes y los gritos alertaron a los moradores del castillo y, poco después, aparecían en las almenas unos cuantos freires que portaban antorchas e intentaban averiguar el motivo del disturbio. Todavía transcurrió un buen rato hasta que se oyó crujir los goznes del portón y media docena de monjes aparecieron por él, las espadas desenvainadas, y hubo de discurrir un nuevo lapso antes de que hiciera acto de presencia el comendador Garlande en persona, escoltado por Ugo.

—¿A qué viene semejante escandalera? —increpó a los alborotadores, quienes, para entonces, habían aumentado en número.

—¡Ha desaparecido! —gritó Eder—. ¡Ha desaparecido!

En el silencio de la noche, parejas de caballeros partieron a galope tendido por los caminos en dirección a Bembibre, Cacabelos, Toreno, Molinaseca, Priaranza... Tomaron todas las rutas y caminos que partían del Ponteferrato y fueron deteniéndose en poblaciones, pueblas y caseríos, registrando los lugares y preguntando por una mujer embarazada de nombre Alazaïs Gauti. Regresaron con las luces de la mañana, cansados y polvorientos, y sin noticias. No había señales de ella —informaron— y

ninguna mujer avistada coincidía con la descripción; era como si la tierra se la hubiese tragado.

Eder daba vueltas arriba y abajo en el escritorio de Bertrand. No quería hablar, ni aceptó comida ni bebida. Se sentía un inútil y se culpaba de la desgracia. En mala hora había obedecido la orden del comendador. No tendrían que haber abandonado la braña o, más bien, deberían haber vuelto a Bozate, al refugio de su hogar y de los suyos. Allí eran pobres y estaban mal vistos por sus vecinos pero, al menos, las personas no desaparecían por arte de magia, sin dejar huella, y las madres parían sin sobresaltos. Quería salir, buscarla, pero ¿dónde? Los freires no habían logrado nada y ellos cabalgaban sobre buenos caballos y sus ojos estaban acostumbrados a rastrear en la oscuridad, aparte de que su sola presencia intimidaba al más templado. ¿Quién prestaría atención a un artesano cuya única habilidad con las armas era el manejo de su cuchillo de tallar? De todos modos, no podía continuar dando vueltas, encerrado entre los muros de un castillo, mientras la persona a quien más quería, la madre de su hijo, andaba por ahí perdida y, la Diosa no lo quisiera, tal vez en peligro. Se dirigió a la puerta del escritorio con la intención de abandonar la fortaleza, pero, en el mismo momento, entró Ugo. Llegaba derrengado y con los labios secos. Pasó por su lado como si no lo viese, se aproximó al comendador y le susurró algo al oído. Ambos hombres se le quedaron mirando.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó nervioso—. ¿Está... está...? —no se atrevió a acabar la frase.

—Ugo ha traído noticias que pueden interesarnos —dijo Bertrand.

—¿Sobre ella?

—No.

—Entonces... ¿qué me importan a mí?

—Me he llegado hasta Villafranca —le informó Ugo—, una población a poco menos de una jornada a pie desde aquí. A la entrada hay una venta en la que se detienen los peregrinos acomodados y he preguntado por ella. En principio no la habían visto, pero...

Su amigo se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Pero qué? ¡Habla de una vez!

—Pero... antes de ayer por la noche tuvieron unos huéspedes muy particulares; vestidos de monjes, según el ventero. Eran unos veinte. Se comieron tres corderos enteros y bebieron varias jarras de vino. Luego, todos ellos, excepto dos, durmieron al ras. Los dos que durmieron en la venta lo hicieron en cuartos separados y pagaron por adelantado el doble del precio a condición de no compartir las habitaciones.

—No veo adónde quieres ir a parar. ¿Qué hay de extraño en que unos monjes coman, beban y duerman?

—Que en Villafranca existe un buen número de conventos y albergues para pobres, más adecuados para unos religiosos que una posada caminera y que... los dos que durmieron solos... Bueno, a uno, menudo de cuerpo, no pudo verle la cara porque la mantuvo cubierta con la capucha incluso para comer, y el otro, el que pagó la comida y el alojamiento, un sujeto alto y mal encarado, tenía las manos atrofiadas. El ventero ha añadido que otros dos «monjes» hicieron guardia durante toda la noche delante de la puerta del menudo, de forma que llegó a pensar que debía tratarse de algún personaje destacado que recorría el Camino disfrazado y que los demás eran los soldados de su escolta. Suele ocurrir que gentes de alcurnia se camuflen durante el peregrinaje para no atraer a los salteadores.

Eder no escuchó la segunda parte de la exposición. De pronto, notaba una sensación de frío en el cuerpo, como si una corriente de aire helado le hubiese entrado por la espalda, y permaneció inmóvil, intentando asimilar la información. Sólo conocía a una persona con las manos atrofiadas, perversa como para secuestrar a una mujer embarazada, pero ¿por qué? Que él supiese, Lepetit no conocía a Alazaïs; nunca se habían encontrado. Quizás quería vengarse de él, pero tampoco lo habría reconocido aun en el supuesto de que los hubiese visto juntos.

—Si ella era el «monje» menudo del que me habló el ventero, al menos ahora sabemos que han tomado la ruta del este... —añadió Ugo.

—O que la habían tomado hace dos días —opinó el navarro, desmoralizado.

—¿Y qué hacían en el Ponteferrato? ¿Cómo no hemos sabido de su presencia aquí? —se interrogó Bertrand en voz alta—. Es imposible que

pase desapercibido un grupo numeroso de hombres, disfrazados o no de religiosos.

Dio un par de palmadas y dos freires entraron en la sala. A continuación, nuevas parejas de caballeros peinaron la población e interrogaron a vecinos y a forasteros. Aparentemente, nadie sabía nada, pero un vendedor de quesos de cabra del Valdueza indicó que, hacía unos meses, había llegado al valle una comunidad de penitentes que se había instalado en el viejo monasterio de San Pedro. Nada extraño —añadió— ya que en la comarca menudeaban los monasterios y también los anacoretas deseosos de seguir los pasos de San Genadio y ganarse el Cielo. Dos días antes, los habitantes de su aldea, Valdefrancos, los habían visto llegar en fila por el sendero, negros y silenciosos, y habían corrido a esconderse. Él trazó un círculo en la tierra, se metió dentro y esperó a verlos pasar —añadió ufano de su proeza— creyendo que se trataba de «la hueste de ánimas», la procesión de los muertos que llegaban para reclamar el alma de alguien que moriría pronto. Sin embargo, luego cayó en la cuenta de que no eran las ánimas errantes, pues éstas sólo se aparecían de noche.

El comendador, Eder, Ugo y una compañía de monjes soldado se pusieron de inmediato en camino hacia San Pedro de Montes. La tierra retumbó bajo los cascos de sus cabalgaduras y las gentes del valle del silencio se ocultaron en sus cabañas, convencidas de que el Temple había logrado al fin su propósito y era dueño del Valdueza. Los freires descabalaron y desenvainaron sus espadas al llegar al monasterio. La puerta de entrada estaba abierta, el hogar apagado, las celdas limpias y la ropa de cama perfectamente doblada sobre los catres, pero no había vestigios de presencia humana por ningún lado. Los serranos salieron de sus cabañas asustados por el estruendo. Permanecieron alelados ante la presencia de los caballeros, a quienes muchos no habían visto en su vida, aventurando sin expresarlas las razones que los llevaban a su pequeño y casi inaccesible enclave. Fue poca la información que pudieron recabar de ellos. Habían visto partir a los «hermanos» de buena mañana, pero ignoraban su destino, si bien, quizás el párroco de Peñalba supiera algo más pues mantenía una estrecha relación con el «hermano superior».

—A Compostela —respondió don Nuño a la pregunta del comendador sobre el paradero de los supuestos monjes.

Se sentía molesto por la aparición de los freires templarios y tomó nota de cuántos eran y del nombre de su jefe, comendador, capitán o cualquiera que fuese su rango, para comunicárselo al arzobispo sin tardanza. No podía consentirse su presencia, y menos armada, en una propiedad de la diócesis.

—¿Estáis seguro? —insistió Bertrand.

—Son hombres devotos y temerosos de Dios —replicó el sacerdote indignado de que se pusiese en duda su palabra—. Hallándose cerca de la tumba del santo apóstol de Jesús, su guía espiritual deseaba que realizaran la peregrinación antes de recluirse de por vida en estas montañas, al modo de los antiguos eremitas.

—Ese guía, ¿tiene nombre?

—Por supuesto. He sido su confesor desde que Dios los condujo hasta nosotros. Se llama Robert de Reims. Era un afamado profesor de teología hasta que decidió abandonar el mundo y dedicarse a la ora...

—Os ruego nos enviéis aviso en caso de que regrese a San Pedro —lo interrumpió el comendador.

—¿Y por qué razón? El Valdueza no es una posesión templaria.

—No, pero Robert de Reims o, mejor dicho, Robert Lepetit, es un asesino excomulgado por el anterior Papa, y un condenado a muerte a quien busca la autoridad civil, así como la eclesiástica. Quienquiera que lo proteja estará cometiendo un delito grave.

El pobre hombre fue incapaz de articular una sola palabra más; los despidió con un gesto de la mano, corrió después a la iglesia y se arrodilló ante el sagrario. ¿Cómo había podido ser tan crédulo? ¿Y cómo iba a explicarle lo ocurrido al arzobispo?

De vuelta al castillo, Bertrand envió mensajes a todas las encomiendas gallegas a fin de que se mantuviesen alertas, advirtiéndoles de que el sujeto al que se buscaba era muy peligroso y tenía un rehén en su poder. Asimismo envió uno al maestro Guillén de Cardona, quien se hallaba en tierras andaluzas acompañando al rey, comunicándole su ausencia temporal por razones de suma importancia y el nombramiento de su segundo como

responsable de la encomienda del Bierzo. A continuación, cambió su hábito blanco por una vestimenta de cuero sobado con cota de mallas, muy parecida a la de muchos soldados de fortuna, mercenarios que vagaban por los caminos a la búsqueda de un señor a quien servir. Se arriesgaba al tomar la decisión de perseguir personalmente al antiguo dominico excomulgado, y lo sabía. Podía ser degradado, e incluso expulsado de la Orden, pero no le quedaba otro remedio. El individuo tramaba algo muy grave y maligno, y era preciso detenerlo. No podía implicar a sus hermanos, pero sí involucrarse él mismo. El disfraz de mercenario le serviría para pasar inadvertido. Además, estaba en peligro una muchacha a punto de ser madre y no deseaba cargar con la culpa si algo malo le sucedía. Salió a todo galope en dirección a Compostela en compañía de Eder Bozat y de Ugo Ermengol e hicieron noche en la granja templaria de Corullón, a poca distancia de Villafranca, donde, al día siguiente, se detuvieron para hablar con el ventero que había suministrado la valiosa información que los había puesto sobre la pista. El ventero repitió lo dicho palabra por palabra y reemprendieron el viaje, examinando con atención los rostros de los peregrinos que rebasaban; en especial, los de los hombres altos y los de las mujeres jóvenes. Al atardecer, entraron en Cebreiro, ya en tierras gallegas. La localidad estaba llena a rebosar y no había un solo rincón libre donde pernoctar. Estaban cansados del trote y necesitaban descansar.

—¡Dejádmelo a mí! —exclamó Ugo.

Al rato, los tres dormían a pierna suelta en una choza de muros y tejados de piedra, situada a la salida de la aldea, en la que compartieron espacio con una familia y media docena de ovejas.

—¿A éstos también los conoces? —le preguntó Eder recordando la especial habilidad de su amigo para encontrar alojamiento en los lugares más recónditos.

—No, pero unas cuantas monedas hacen más milagros que el San Bieito ese de las verrugas —respondió—. ¿Has oído hablar de él?

Había recuperado el tono irónico que el navarro conocía y que no le había escuchado desde su llegada al Ponteferrato. La mirada severa del comendador cortó en seco la conversación y Eder se quedó sin saber quién

era el santo verrugero. Para quitar las verrugas, en su tierra, se metía un sapo en un pote de barro y a medida que el bicho se secaba, las verrugas también lo hacían. La tía Elaia decía que era una creencia sin fundamento alguno y que la Naturaleza proveía el remedio necesario para cada ocasión. Cuando él dejó de ser niño y, según aseguró ella, le cambió la sangre y se le llenaron las manos de bultos carnosos, se las frotó con el líquido naranja del tallo de la *elai-belar*, la «hierba de las golondrinas», también llamada «hierba de las verrugas», y le desaparecieron.

No se distinguía el camino al disponerse a proseguir el viaje al amanecer del día siguiente. De hecho, incluso les costó encontrar sus caballos debido a la niebla cerrada que envolvía la comarca, pero eran excelentes animales bercianos, duros y resistentes, amaestrados para hacer frente a todo tipo de eventualidades. Respondieron a la llamada, bufaron, patearon la tierra y cabalgaron al trote hasta que empezaron a abrirse claros en la niebla para continuar al galope al iniciar el descenso hacia Samos. Se detuvieron en el monasterio de los benitos y compartieron la pitanza con otros viajeros, una sopa de ajo con mucho pan y poco caldo. Al guisandero se le había ido la mano con el picante, quizás para que los caminantes hambrientos tuviesen la sensación de haber llenado sus estómagos con algo más que pan mojado. Para compensar la pobreza del almuerzo, les obsequiaron con un traguillo de orujo destilado por los propios monjes con el residuo de la uva y una serie de hierbas cuyos nombres mantenían en secreto para no tentar al diablo y, sobre todo, a los taberneros y posaderos de la zona que podían hacerles la competencia. Preguntaron por Robert Lepetit y su grupo, pero no habían sido vistos por allí, aunque el monje encargado de atender a los peregrinos les indicó que algunos optaban por otra senda para llegar a Sarria, población en la que existía un hospital muy concurrido. Pero ni en Sarria, ni en las demás localidades del Camino supieron darles razón de ellos.

El humor de Eder Bozat se oscurecía a cada jornada que transcurría y ni las bromas de Ugo, ni las exhortaciones del comendador en el sentido de que debía confiar en la divina providencia, lograban cambiar el color de sus ojos que había mudado a un gris oscuro, el mismo que el de las lajas de

pizarra de los tejados. Era el último en acostarse y estaba ya sentado a la grupa de su montura para cuando los otros dos se despertaban; cabalgaba a la cabeza, apenas probaba bocado y sólo bebía agua. A veces, se detenían para dejar descansar a los caballos, refrescarse y estirar las piernas. Lo hacían a la vera de una iglesia, ermita o monasterio por razones prácticas, puesto que siempre había alguien en las cercanías a quien solicitar información y, de paso, Bertrand y Ugo aprovechaban para entrar en los templos y rezar. Él se quedaba afuera. Ya ni siquiera le interesaba curiosear dentro de los templos, averiguar si cobijaban una imagen de la Diosa. En su mente únicamente había sitio para su querida Alazaïs, la madre de su hijo, su otra mitad, su todo. Cenaba los ojos y pensaba en ella y lo muy felices que habían sido juntos durante los dos inviernos transcurridos como un suspiro. Y no se resignaba a la idea de no volver a escuchar su voz, a sentir el calor de su cuerpo ni a besar sus labios. Era tal su dolor que había momentos en los que le costaba incluso respirar; asía entonces el cuchillo de tallar y lo clavaba con furia en el tronco del árbol más próximo imaginando que las gotas de resina que manaban de la herida de la planta era la sangre del hombre empeñado en destruir la vida de las personas que amaba.

Menos de una semana después de haber salido del Ponteferrato, los tres jinetes hacían su entrada en Compostela sin haber hallado rastro de sus perseguidos. Entraron por la Porta do Camiño, obligando a la gente a apartarse, y se dirigieron a una casa situada en la rúa do Franco, una vía bulliciosa, repleta de pequeñas tiendas, talleres artesanales y tabernas bajo los soportales. Metieron los caballos en el establo y subieron a la vivienda. El interior era una copia de la de León: una cocina amplia y varias habitaciones pequeñas, similares a celdas conventuales, sin ningún tipo de lujos. Había cuatro hombres allí y, si se sorprendieron al verlos entrar, no lo demostraron. El comendador los besó en ambas mejillas y en la boca, y les dijo algo que Eder no entendió. Tenía prisa por echarse a la calle, si bien era consciente de que sería una tarea ardua encontrar a Alazaïs o a su enemigo en una ciudad populosa como aquélla. Se lavó la cara y las manos, se sacudió el polvo del viaje y abandonó la casa sin despedirse. No pensaba

volver hasta que las piernas se negaran a mantenerlo en pie o el sueño le hiciese perder la cabeza. Bertrand hizo una seña a Ugo y éste salió tras su amigo, pero no intentó acercarse a él; lo siguió a cierta distancia dispuesto a acudir en su ayuda en cuanto lo necesitase. Conocía bien la ciudad. Era una población acogedora y amable, de gentes abiertas, acostumbradas a tratar con visitantes llegados de todas partes de Europa, pero los ladrones estaban siempre al acecho. No había sitio mejor para robarle a un forastero lo poco o lo mucho que llevara encima, inclusive las ropas, y quedar impune a pesar de los guardias episcopales que patrullaban por las calles día y noche.

El navarro anduvo durante largo rato sin rumbo fijo, mirando a derecha e izquierda, tratando de descubrir el de su mujer entre los cientos de rostros que pasaban por su lado y prestando especial atención a los hombres vestidos con ropones negros, hasta que desembocó en una gran plaza presidida por una iglesia. Un aluvión de personas de todas las edades y condiciones sociales se dirigía hacia su entrada. Algunas rezaban, otras entonaban salmos y también las había que atravesaban la plaza de rodillas. Impelido por la curiosidad, se aproximó él también al pórtico y se detuvo, atónito, ante la maravilla que tenía delante de los ojos. Recibió varios empujones y no escuchó las imprecaciones a él dirigidas por pararse e interrumpir el paso. Jamás en su vida había contemplado una obra de una perfección tal que cortaba la respiración. Tuvo la impresión de que las figuras de piedra, policromadas en colores vivos y oro, respiraban, que iban a moverse en cualquier momento y a bajarse de sus pedestales; que las que portaban instrumentos comenzarían a tañerlos y se escucharía un coro de cientos de voces. No tenía ojos suficientes para tanta belleza y, a pesar de los empujones, permaneció quieto examinando las imágenes una por una. Las había que sonreían, otras que hablaban entre ellas ajenas al gentío que se movía a sus pies; otras, en fin, ensimismadas en la ensoñación, y se preguntó admirado quién habría sido el artífice de tal maravilla.

—Se llamaba Mateo.

Se giró al escuchar la voz de Ugo a su espalda.

—¿Quién?

—El maestro que talló el pórtico. ¿Te gusta? Lo llaman el Pórtico de la Gloria.

—No hay palabras suficientes para describir su hermosura.

Se aproximó al parteluz de la puerta central y acarició la talla del capitel con los ojos cerrados. No los necesitaba; sus dedos veían por ellos y acariciaban el relieve de las figuras y elementos tallados en la piedra imaginando las manos que habían asido el cincel y la maza. Su dueño, ciertamente, no sólo había sido un gran artesano, sino también un hombre muy especial a quien le habría gustado conocer y servir.

—El que está sentado es el señor San Yago —oyó decir a su amigo.

Abrió los ojos y retrocedió unos pasos para examinar con atención la figura representada encima del capitel.

—Por él, hombres y mujeres de todas las clases, procedentes de países lejanos, recorren miles de leguas y muchos no logran llegar —continuó Ugo.

—¿Por qué lo hacen?

—Buscan un milagro, una prueba de que la divinidad existe, el martirio de los santos, un poder sobrenatural que cambie sus vidas. A los pobres de la Tierra les mueve la fe ya que no tienen otra cosa, y también la esperanza. Precisan de ambas para vivir. En cuanto a los ricos...

Sus palabras quedaron interrumpidas por un hombretón que los empujó a un lado para dejar paso a un caballero y una dama vestidos con terciopelos y brocados, rodeados por varios criados que los escoltaban a modo de escudo. Tras haber posado sus manos en el parteluz, gesto imitado por sus acompañantes, penetraron en el templo apartando sin miramientos a todo aquél que se interponía en su camino.

—¿A ellos también les mueve la fe? —preguntó Eder señalándolos con un gesto del mentón.

Ugo le echó un brazo al hombro.

—No todas las uvas son igual de dulces y no por ello dejan de ser uvas —rió—. Es tarde y necesitas descansar. Los dos necesitamos descansar.

Durante breves instantes había olvidado el motivo de su búsqueda y se separó de su amigo con brusquedad.

—Descansa tú. Yo no lo haré hasta haberla encontrado.

—Dentro de poco se hará de noche y no verás ni la punta de tus abarcas. Durmamos y saldremos en cuanto amanezca, te lo prometo. Un cuerpo cansado es presa fácil de los depredadores.

El soldado lo asió por un brazo y lo obligó a acompañarlo de vuelta a la casa de la rúa do Franco, y él se dejó llevar. De pronto se sentía muy cansado. Eran ya muchos días y noches de tensión, sin haber apenas dormido, y las piernas le pesaban. Necesitaba recuperar las fuerzas para encararse a su enemigo, algo que no tardaría en ocurrir. Ignoraba sus propósitos, pero aquél era un lugar especial, mágico, y estaba convencido de que sería allí donde se llevaría a cabo el enfrentamiento del que sólo uno de los dos saldría victorioso. Echó una mirada a la iglesia. Los peregrinos continuaban entrando y se escuchaban cantos en su interior, pero él sólo tenía ojos para el pórtico.

—Mañana seguirá en el mismo sitio —rió Ugo.

Se quedó dormido nada más tumbarse en uno de los dos catres de la habitación que compartía con su amigo. Su último pensamiento, antes de que el olvido se apoderara de él en forma de sueño profundo, fue para Alazaïs y para las imágenes del pórtico. Tanto una como las otras le sonreían infundiéndole ánimo.

El camino del Dios Lug

Don Ezequiel y Hadi alquilaron una vivienda situada encima de un taller de sastrería en la calle de Xerusalén, habitada mayoritariamente por judíos. Estaba hecha un desastre, sucia y con telas de araña en cada esquina, pero, curiosamente, era acogedora y disponía de una pequeña cocina y dos cuartos para dormir. No necesitaban más. El sastre les confesó que se veía obligado a aceptar huéspedes porque su vista y sus manos ya no eran lo que habían sido. Las modas cambiaban, los clientes eran cada vez más exigentes en cuanto a las hechuras y los plazos de entrega y él ya no podía satisfacer la demanda. Dormía en el taller cuando tenía la fortuna de alquilar su vivienda, pero esto no ocurría sino durante los meses cálidos, entre la Pascua y la festividad de San Miguel, cuando la afluencia de peregrinos era mayor. El resto del año tenía que vivir con lo ahorrado durante dichos meses. No preguntó si eran judíos —lo daba por sentado— y ellos no le dieron explicación alguna. El hombre tampoco se interesó por los motivos que los habían llevado a Compostela. Estaba claro que no le preocupaban en absoluto las vidas ajenas y que lo único que le interesaba de verdad era que los viajeros pagaran el hospedaje, cosa que hicieron adelantando parte del precio, porque —afirmaron— ignoraban los días que permanecerían en la ciudad y le entregarían el resto al marcharse. Además, aceptaron la cantidad solicitada y no regatearon. Ante su buena disposición, el sastre envió a una mujer para que adecentara un poco la vivienda y les llevara sábanas y lienzos de aseo limpios. La mujer, una gallega robusta de piel sonrosada, cabellos claros y ojos oscuros, limpió el piso en un santiamén y no dejó de parlotear en una mezcla de gallego y romance de difícil comprensión. Al acabar, don Ezequiel le dio un par de

monedas y ella, agradecida, mandó al poco a una de sus hijas con una olla de verduras guisadas y una hermosa hogaza de pan de trigo que les supo todavía mejor que las verduras, ya que no habían probado pan blanco desde su salida de León.

Habían tardado dos años en llegar. No tenían prisa; nadie los esperaba en el fin del mundo. Se habían detenido en todas las localidades del Camino, grandes y pequeñas, buscaban barrios judíos o musulmanes o, si no, se alojaban en posadas; visitaban iglesias y ermitas, y preguntaban a los lugareños sobre historias, leyendas y tradiciones, órdenes religiosas o milagros sacramentales; cualquier cosa que pudiera iluminar su búsqueda. Porque continuaban buscando una respuesta para su jardín de la oca. El dinero del comendador, aunque generoso, no les duraría eternamente y decidieron volver a sus respectivos oficios antes de verse obligados a vivir de la caridad. Existían muchas aldeas y pueblos, alejadas de monasterios y hospitales, en las que la presencia del médico era desconocida, no así la del herbolario, pero las había que ni siquiera contaban con una curandera para aliviar los males y en dichos lugares no era preciso poseer licencia para ejercer. Don Ezequiel suturaba heridas, curaba infecciones y recetaba mientras que Hadi elaboraba los preparados con hierbas y raíces de la zona. Así vivieron varios meses en el pequeño pueblo de El Ganso, tierra de hombres que recorrían los caminos transportando mercaderías en las talegas de sus caballerías y de mujeres acostumbradas al trabajo duro. Viajeros y peregrinos no se detenían allí sino para llenar sus calabazas de agua. Años atrás había habido un hospital y un monasterio de monjes premostratenses, pero ambos estaban abandonados y únicamente servían de pajar y de albergue provisional para los caminantes a quienes pillaba la noche en pleno trayecto hacia Rabanal, población más grande a pie de puerto, que contaba con una hospedería templaria.

Los dos hombres hicieron amistad con una anciana cuyo nieto se había hecho un corte profundo en el muslo con una hoz. Se habían detenido a estirar las piernas y vieron que la mujer llamaba a gritos a sus vecinos y que todos corrían hacia su casa, situada a menos de veinte pasos de donde ellos estaban. Acudieron curiosos al observar el revuelo y vieron al joven

tumbado en el suelo y desangrándose. No lo pensaron dos veces y se lanzaron a socorrerlo. Ante los maravillados ojos de los presentes, el médico limpió la herida con un chorretón de *arrak*, un aguardiente de origen árabe que su compañero guardaba como oro en paño y cuyo derroche a poco hace que se le saltaran las lágrimas, y cosió la herida con la aguja y el hilo que le proporcionó la abuela del herido. Un rato más tarde compartían con ellos y otros parientes un cocido de garbanzos y repollo con pedazos de carne cuyo origen prefirieron no indagar. Supusieron que se trataba de carne de cerdo y adujeron como disculpa para no comerla una promesa hecha a San Froilán, que les obligaba a abstenerse de carne durante todo un año. Los alojaron en una casa de piedra con un tejado hecho de paja de centeno y retamas, al parecer propiedad de la anciana, y allí permanecieron durante el invierno sin que les faltasen comida y leña para el fuego a cambio de sus servicios, que no fueron muchos pues, como constataron, los moradores de la localidad tenían una salud de hierro, además de ser gentes sencillas y agradecidas. El tiempo transcurría apaciblemente en El Ganso; daban largos paseos, recogían brezo para las afecciones del riñón, tomillo para los resfriados, hinojo para los cólicos, eléboro para el corazón, orégano para el estómago, viola para los problemas respiratorios... la región entera era una huerta de plantas medicinales; conversaban con los campesinos y escuchaban sus relatos, pero, sobre todo, volvieron al estudio de su «jardín» particular.

No les había pasado desapercibido el nombre de la localidad. Un ganso era asimismo una oca, pero pronto comprobaron que no había allí encomienda o granja templaria; tampoco un santuario milagrero, ni la imagen venerada de una Virgen, así que no podían darle una de las casillas. Se la adjudicaron, sin embargo, a León.

—Pero... en León no existe ninguna encomienda templaria... — argumentó el herbolario.

—¿Cómo que no? ¿Y dónde estuvimos nosotros alojados?

—Aquélla era una simple casa vecinal.

—Pero recuerda el empeño del comendador para que nuestro Eder tallara una imagen de la madre de Yoshua, y que fuera negra...

La mención a su joven compañero llenó de nostalgia los corazones de los dos hombres. No hablaban a menudo de él porque su recuerdo los entristecía, pero siempre que lo hacían se referían a él como «nuestro Eder» o «nuestro muchacho». Lo echaban de menos y les habría gustado saber qué había sido de él, dónde se hallaba y si, por fin, había encontrado un refugio lo suficientemente seguro para preservarse del Mal y curar su alma herida. Al mismo tiempo, les dolía que se hubiese marchado sin un adiós. Tras su partida se habían sentido un poco más viejos, y un poco más solos.

—Algo habrá para que el comendador anhelase tanto que nuestro muchacho tallase la imagen —insistió don Ezequiel—. Además, en la casilla anterior hay un par de dados.

—¿Y qué?

—Que las Vírgenes de la catedral de León son dos: una hacia el este y otra hacia el poniente, el amanecer y el anochecer.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé, pero creo que es importante.

—Estamos chocheando con toda esta historia... —aseguró Hadi convencido, y añadió—: Demos pues a León la casilla treinta y seis.

Días después, se despidieron de las buenas gentes de El Ganso y prosiguieron su rumbo pasadas las nieves. La subida del puerto resultó penosa y, en varios tramos, tuvieron que bajarse del carro y asir al asno por el ronzal para ayudarlo a avanzar. Llegaron al Acebo descoyuntados, necesitados de aire y tiempo para recuperarse del esfuerzo.

—Te juro, Ezequiel, que yo ya no tengo bríos para estos excesos —manifestó Hadi con la respiración entrecortada al contemplar desde lo alto la abrupta bajada hacia el Ponteferrato— y no pienso volver por el mismo camino.

—Ya pensaremos en ello cuando llegue la ocasión —respondió el médico mientras aspiraba profundamente para llenar de aire sus pulmones.

Pernoctaron en la humilde alberguería regentada por dos frailes y llena de peregrinos que, al igual que ellos, estaban extenuados y sin ánimos para conversar, cantar o narrar historias de sus países como se tenía por costumbre. Tuvieron que compartir un colchón, si bien estaban tan cansados

que lo mismo les habría dado haberse tumbado directamente sobre el suelo de tierra de la cabaña y durmieron a pierna suelta entre ronquidos, resoplidos y olor a sudor y mugre. Lo primero que harían en cuanto llegasen al Ponteferrato sería buscar una casa de baños y sumergirse en el agua hasta que se les arrugase la piel. Reemprendieron la marcha de buena hora, pero se vieron obligados a bajar el puerto andando para evitar precipitarse por el barranco o acabar rodando por la pendiente. Les animaba la visión de los montes, de una naturaleza exuberante en flor y, sobre todo, de la población al fondo de un paisaje extraordinario, y a media tarde entraban en el feudo templario con una sonrisa en los labios, orgullosos de su proeza.

Los judíos de la localidad constituían una comunidad organizada y próspera. Protegidos por los monjes soldado a los que servían de enlace con otras poblaciones y con quienes mantenían relaciones de tipo comercial, no sólo eran libres para moverse a voluntad, al igual que en el resto del reino, sino que, además, mantenían excelentes relaciones con sus vecinos cristianos y compartían negocios y celebraciones. No les fue difícil encontrar alojamiento en la casa de un matrimonio de mediana edad, y Hadi no tuvo que hacerse pasar por hebreo. Los judíos ponteferradinos, al igual que el resto de sus convecinos, estaban acostumbrados al trasiego de personas de orígenes diversos y creencias de todo tipo, y si les llamó la atención que uno de los suyos viajara en compañía de un seguidor de Mahoma, no lo manifestaron. Tenían una pequeña tienda de frutas y hortalizas en la calle de las Aceiterías y los huéspedes ayudaban a redondear su escaso presupuesto. No pedían mucho por el hospedaje y a los dos amigos todavía les quedaban monedas del comendador. Decidieron, no obstante, conseguir algunas más antes de reiniciar el viaje. En un par de días, y en un rincón del almacén del matrimonio, instalaron un minúsculo laboratorio para elaborar perfumes. Obtuvieron en préstamo un alambique pequeño y, mientras el herbolario comenzaba a destilar flores y hierbas recogidas durante el viaje, el médico llegaba a un acuerdo con un alfarero para que fabricase a crédito cuatro docenas de tarros del tamaño de un puño

y se llevó unos, un poco más grandes, que el hombre vendía para guardar especias.

—Podríamos también elaborar ungüento de masaje y bálsamo para los dolores musculares —comentó Hadi, entusiasmado, cuando las primeras gotas de aceite esencial comenzaron a salir por la boca del serpentín del alambique calentado con un braserillo de carbón.

—¿Qué planta estás destilando? —le preguntó su amigo al tiempo que acercaba la nariz al recipiente.

Olía a vainilla, a miel, a limón...

—La genista. ¿Recuerdas lo mucho que protestaste porque me detuve a recogerla en la travesía del puerto y llené el carro con ella? Es una joya de la naturaleza que lo mismo sirve para elaborar tintes, excelentes purgantes o perfumes delicados como el que yo voy a fabricar con su aceite esencial y el aceite de almendras que me ha conseguido nuestra amable hospedera.

—No le sabía yo experto en perfumes... —ironizó don Ezequiel con cariño.

—¡Mal herbolario sería yo si no supiera de esencias y aromas! Es una lástima no disponer de rosas, almizcle o ámbar, que son las fragancias predilectas de los árabes desde que inventaron el *al-ambiq* y aprendieron a destilar el alcohol para elaborar medicinas y lociones.

—¡Y licores! —rió el médico.

—¡Y licores! —rió Hadi—. ¡Allah, clemente y misericordioso, los confunda!

El resultado obtuvo un éxito inesperado. Naturalmente, fue su casera la primera en probarlo. Con gran ceremonia, el herbolario dejó caer un par de gotas en sus palmas; la tendera aspiró durante largo rato el perfume con los ojos cerrados, después se frotó las manos con suavidad y se acarició el rostro y el cuello. Los dos amigos y el marido contemplaron, asombrados, el cambio que se producía en su fisonomía: sonrió complacida y sus ojos adquirieron un brillo especial, el de la mujer corriente que se sabe señora. La pareja decidió exponer una docena de tarros en su pequeño negocio, para probar. Unos días más tarde los habían vendido todos y colocaban otra docena a la venta. La producción mantuvo a los dos hombres ocupados

durante unas semanas. Apenas salían de la calle de las Aceiterías y, cuando lo hacían, se dirigían a pasear a la orilla del río o daban una vuelta por el mercado en busca de plantas olorosas para destilar. No deseaban toparse con el comendador Garlande, puesto que no sabrían cómo explicarle la razón por la que no habían seguido su consejo y no habían regresado a sus hogares.

—A los freires raramente se les ve por la calle —les aseguró su casero—. Están ahí, todos lo sabemos, pero no salen si no es para vigilar los caminos y, entonces, los vemos marchar colina abajo. Si quieren algo de ti, te mandan acudir al castillo. Vivimos seguros bajo su protección y no hay conflictos mientras pagues los impuestos.

De todos modos, preferían no arriesgarse, a pesar de que su relación con el comendador se había limitado a un intercambio de frases y de que, estaban seguros, no los recordaría. Él no necesitaba de sus servicios, y ellos tampoco de los de él, así que mejor cada cual por su lado. Solucionado el problema de la subsistencia, satisfecho el alquiler de la habitación, abonados los costes al alfarero y tomado el baño que ansiaban, volvieron a su proyecto.

—Está claro que la oca de la casilla cuarenta y uno debemos adjudicársela al Ponteferrato —afirmó Hadi—. Aquí se alza un castillo templario, el más importante del reino de León, y también una imagen milagrosa.

—¿Y el pozo?

—¿Qué pozo?

—El de la casilla anterior.

—¿Qué pasa con él?

—Un pozo lleno significa vida, abundancia; para algunos pueblos antiguos el agua era el origen de la vida y entre nosotros, los judíos, se dice que los pozos son los mejores sitios para conseguir esposa. Pero... si el pozo está vacío, significa muerte y desdicha.

—¿Y éste? ¿Está lleno o vacío?

—Supongo que dependerá de cada uno. ¿Cómo está el tuyo?

El herbolario se mesó la barba que había dejado crecer de nuevo y meditó durante un breve instante.

—Vacío no, desde luego. Soy buen creyente y, que yo sepa, no he hecho mal a nadie. He vivido sin mendigar, dedicado a un oficio que me gusta; me he ocupado de mi familia y no he sufrido enfermedades graves. Una vez amé y fui amado, si bien mi semilla no dio frutos, pero no puedo quejarme y tengo la conciencia tranquila. Otros están peor. ¿Y tú?

—Parecido, aunque mi semilla sí dio frutos, pero ¿sabes una cosa? Es ley de vida que cada cual trace su senda. Mis hijos han crecido y han trazado las suyas, han formado sus propias familias y quizás ellos me recuerden, pero mis nietos y los hijos de mis nietos no lo harán. Así que, al final, estamos solos.

—Pero, a veces, la fortuna nos es favorable y encontramos un amigo con quien recorrer el último trecho —añadió Hadi, y ambos se sonrieron.

La población berciana no era mal sitio para asentarse. El clima era suave, excepto en invierno; se comía bien, las gentes eran acogedoras y habían hecho amistades, pero querían llegar hasta el final. No habían emprendido el viaje para quedarse a medio camino. Decidieron partir a finales del verano con gran pena por parte de sus caseros, no sólo porque se les iba una fuente de ingresos, sino porque les habían tomado aprecio y lamentaban su marcha. Les pidieron que elaboraran algunos tarros más de perfume y trabajaron arduamente para dejar una buena remesa y así obtener algunos dineros que les serían necesarios para alcanzar su meta. Y prometieron volver.

Dos días después andaban perdidos por una comarca montañesa en la que no se veía un alma, al contrario que en la ruta tomada hasta entonces. Tardaron en darse cuenta de que se habían desviado y habían tomado la vereda equivocada. Resolvieron retroceder, pero, cuanto más lo intentaban, más perdidos se encontraban. Por suerte el cielo estaba despejado y no amenazaba lluvia. Ya pensaban que tendrían que pasar la noche al raso a merced de los animales salvajes, visto el entorno boscoso que los rodeaba, cuando divisaron la luz de una hoguera al fondo de un valle y, azuzando la vista, casas en su proximidad. Se trataba de la aldea más extraña que habían

visto en su vida. No había ninguna calle y las casas, una decena, eran redondas y estaban construidas con piedra, si bien ésta apenas se distinguía, pues los tejados, que llegaban hasta muy abajo, eran de forma cónica y estaban recubiertos con varias espesas capas de paja a través de las cuales salía el humo. Los ocupantes de la primera palloza a la que llamaron los miraron atónitos y avisaron a sus vecinos. En un instante, se hallaban rodeados de hombres, mujeres y niños; todos ellos empeñados en entenderles y hacerse entender, lo que resultó un esfuerzo estéril. Finalmente un muchacho de mirada clara gritó «¡mosteiro!» y señaló con el dedo hacia el oeste. Al igual que un coro de voces desafinadas, los aldeanos repitieron la palabra y señalaron en la misma dirección. Guiados por el mozo, que tenía el andar ligero del gamo y desaparecía de su vista cada dos por tres, don Ezequiel y Hadi tuvieron todavía que recorrer un sendero estrecho y repleto de hoyos hasta llegar a un claro. El muchacho sonrió mostrando su dentadura, repitió: «¡*mosteiro!*», al tiempo que señalaba un edificio de piedra oscura, y desapareció entre los árboles.

La media docena de monjes cistercienses del monasterio de Santa María de Penamaior no ocultaron su sorpresa al ver aparecer a dos hombres en el umbral de la vejez montados en un carro tirado por un asno y con aspecto desorientado.

—Habéis errado el camino y tenéis que rehacer lo andado —les informó el abad, un anciano flaco de larga barba y ni un solo pelo en la cabeza, al explicarle que se dirigían a Compostela—. Podéis pasar aquí la noche, pero mañana deberéis marcharos pues la presencia de extraños en nuestra casa turba nuestro silencio.

Confortados ante la idea de no tener que dormir al aire libre, compartieron con los monjes un insípido caldo de castañas que templó sus estómagos vacíos y, con las vacas del monasterio, un rincón del establo al que se retiraron a petición del abad que no deseaba verlos merodear por los alrededores. Se disponían a dormir sobre un lecho de hierba seca cuando unos gritos los alertaron. Salieron a indagar de qué se trataba y vieron llegar a cuatro montañeses que portaban teas encendidas para iluminar el camino y a otros cuatro que llevaban a un herido, y corrieron hacia ellos al tiempo

que los monjes hacían otro tanto. Mientras los montañeses, al parecer, explicaban lo ocurrido, un simple vistazo bastó a don Ezequiel para verificar que las heridas revestían suma gravedad.

—¿A qué esperáis para atenderlo antes de que se desangre? —casi gritó, y todos callaron sorprendidos.

—Estamos pensando qué hacer —replicó el abad molesto.

—Llamad al hermano que se encarga de las curas.

—Es él —afirmó señalando al herido.

Don Ezequiel y Hadi pasaron la noche limpiando y suturando las heridas. Según supieron al día siguiente, el monje era el herbolario del monasterio. Siguiendo su costumbre, había salido a por hierbas después de comer y había sido atacado por un oso. Un leñador lo encontró al atardecer y acudió a la aldea de Becerreá en busca de ayuda.

La actitud del abad varió ligeramente a partir de entonces. Les rogó que aceptaran la hospitalidad del monasterio hasta que el herido estuviera fuera de peligro y el tiempo que desearan después; les proporcionó una celda, al lado de la cocina, con un crucifijo, dos catres y una palangana por todo mobiliario, y no puso reparo alguno a que ambos se movieran con total libertad dentro del edificio y por los alrededores. La farmacia del herbolario herido estaba bien surtida y no necesitaban recoger hierbas y raíces, pero el paisaje era tan extraordinario que no se cansaban de caminar, subir a pequeñas alturas y contemplar su belleza. Algo parecido debía ser el Paraíso del que hablaban los cristianos, el al-*yanna* prometido a los fieles creyentes musulmanes, el Edén de los hebreos: un jardín hermoso y en paz, de ríos serpenteantes, altas montañas y valles profundos; de árboles frondosos cuyas hojas comenzaban a colorearse de rojo, ocre y amarillo; de personas y animales compartiendo el espacio bajo un mismo cielo.

—Os Ancares —les informó el abad al preguntarle por el nombre de la comarca.

—¿Te has fijado en lo curioso del nombre? —preguntó Hadi al médico.

—¿Qué tiene de curioso? —preguntó éste a su vez.

—Ancares... ¿No te suena?

—No. Será un nombre en la lengua de los habitantes de estas tierras.

—¿Y si fuera Ançares? Muchas palabras han perdido el sonido ese en favor de la ce... Sería entonces «ánsares», es decir: ánades, gansos, patos... ocas...

El herbolario sonrió divertido. No compartía la fijación de su compañero por las ocas; no creía que tuvieran la importancia que él les daba, ni que fuesen la respuesta a un misterio, aunque tenía que reconocer que era mucha casualidad que su nombre apareciera en tantos lugares diferentes.

—Daremos una casilla a la sierra —escuchó decir a su amigo.

—Aquí no hay templarios...

—Ya lo sé.

—Ni vírgenes negras o blancas...

—También lo sé.

—Ni santuarios milagrosos...

—Pero yo creo que no estamos aquí por azar. Mira...

Sentados en un banco de piedra sujeto al muro del monasterio contemplaron el cielo estrellado en una noche suave de comienzos del otoño. El ojo hecho a la oscuridad discernía sin dificultad la banda luminosa que atravesaba la bóveda celeste, origen de leyendas en todos los países conocidos.

—Es curioso —meditó don Ezequiel— que en épocas que ya ni se recuerdan, los hombres creyesen en lo mismo que creen hoy.

—¿Hablas de los infieles? —le interrogó Hadi escandalizado—. No sé si los hebreos creéis en lo mismo que ellos, pero puedo asegurarte que los musulmanes no somos paganos.

—Mi buen amigo Yucé Tob me dijo una vez que los pobladores de estas regiones creían en un dios de la vida y de la muerte llamado Lug y que a la Vía Láctea la conocían con el nombre de «camino de Lug» —prosiguió el médico haciendo caso omiso al comentario—. Me aseguró que ya entonces seguían el camino de las estrellas para ir a verlas morir en la mar Tenebrosa, aunque, en realidad, no mueren, puesto que reaparecen cada noche.

—Ni mueren, ni desaparecen —aseveró el herbolario—. Sólo que no pueden verse durante el día.

—El Libro no había sido todavía escrito y, sin embargo, los seres humanos sabían que Dios existía.

—¿Cómo iban a saberlo si no les había sido revelado?

—Porque únicamente tenían que mirar hacia arriba en una noche clara como ésta y contemplar el firmamento.

—¿Y qué hacemos con el laberinto que aparece en la casilla cuarenta y dos? No hemos visto ninguno durante el viaje —recapacitó Hadi—. Claro que nosotros nos perdimos en estas montañas y...

—El laberinto simboliza el intrincado camino que lleva a Dios. En toda vida humana existe un comienzo, el nacimiento, y el final, en este caso, el centro de todas las cosas, es decir: Dios.

—Ya, pero ¿por qué situarlo hacia la mitad del «jardín»?

—Tal vez porque en la vida de todo ser humano existen momentos en los que hay que saber elegir el camino correcto. Quien lo encuentra continúa su viaje; quien no, se pierde y vaga errante hasta que le llega la hora de rendir cuentas.

—Aun así... No tiene sentido emplear una metáfora si se trata de un plano...

—Ya se nos ocurrirá alguna cosa de aquí a que averigüemos su significado.

—Que dudo que encontremos...

El monje herido necesitó varios meses para recuperarse y, durante ese tiempo, los dos amigos se encargaron de la herbolería monacal y de atender a los serranos que acudían al monasterio en busca de una cura para sus males o a por remedios, jarabes y ungüentos. La nieve aisló el valle y tuvieron que quedarse con los monjes, encantados de contar con unos profesionales en medicina que habían demostrado con éxito sus conocimientos, a pesar de haber dejado claro que ellos no eran cristianos, ni pensaban serlo. Dicha declaración fue acogida con aparente indiferencia por parte del abad, más interesado en solucionar los problemas de salud de su comunidad y vecinos que en la salvación eterna del alma de sus huéspedes, quien se limitó a retirar el crucifijo de la celda ocupada por los dos hombres. Podrían haber continuado en aquel paraíso el resto de sus días, lo

mismo que en El Ganso, en el Ponteferrato y en otras muchas localidades visitadas desde su marcha de León, pero decidieron continuar. Al llegar el deshielo, el propio abad encomendó a dos de sus monjes que los acompañaran a Lugo, la antigua ciudad galaica entre los ríos Miño y Rato, para, desde allí, enlazar con el Camino Francés y llegar, por fin, a Compostela.

La cercanía de la costa, el saberse próximos a la meta que se habían impuesto, en cierto modo desalentó a ambos hombres. Aunque no quisieran admitirlo en voz alta, temían que, una vez llegados al final de la Tierra, también finalizase el proyecto que los había mantenido unidos, que había sido la razón de su amistad. ¿Qué harían luego? ¿Qué aducirían para continuar vagabundeando juntos por los caminos, conociendo pueblos, personas y paisajes? Se habían acostumbrado a estar juntos, a sus conversaciones y a sus silencios, y les inquietaba un porvenir que veían tan inmediato como incierto.

Tuvieron suerte al llegar a Compostela pues la cantidad de personas que entraban en la ciudad al mismo tiempo que ellos y las que vieron por las calles hacían suponer una dificultad a la hora de encontrar alojamiento, lo cual resultó ser cierto en las dos posadas en las que preguntaron. Por el dueño de la segunda supieron que su sastre arrendaba habitaciones y no movieron un músculo cuando el hombre añadió en tono confidencial *«aunque os advierto que es de raza hebrea»*. Salieron a dar una vuelta tras zamparse parte de las verduras y del pan de la limpiadora, pero sólo llegaron al portal. Allí, sentada en el suelo, una joven pedía limosna. Enseguida se dieron cuenta de que no era una mendiga, ni por su aspecto, ni por el manto frailer que llevaba encima, ni por sus pies descalzos... demasiado limpios.

—¿Podemos ayudarte? —le preguntó don Ezequiel—. ¿No tienes familia?

Los miró durante un instante antes de responder.

—Me persiguen.

—¿Los alguaciles? —interrogó Hadi en todo preocupado.

—No. Unos locos que creen que yo soy la Virgen María y que llevo al Mesías en mi vientre.

Diciendo esto, retiró la capa y dejó ver su embarazo.

—No te preocupes. Nadie va a hacerte daño —afirmó el médico.

La ayudaron a levantarse y entraron de nuevo en la casa. Ella había renovado sus ilusiones; los necesitaba y ambos la adoptaron de inmediato como a una hija.

La joven se negó a vestir la ropa que traía puesta cuando la encontraron y pasaba la jornada encerrada en su cuarto, envuelta en una manta. Supusieron que debía de tratarse de un antojo de embarazada y acudieron al mercado de telas a comprar tejido suficiente para que la gallega que les había limpiado la vivienda, y que resultó ser una ayuda muy eficaz, le confeccionara dos briales sencillos, entallados bajo el pecho y de amplio vuelo, idóneos para su estado. Cada uno eligió una pieza; don Ezequiel optó por una tela de color verde y Hadi por otra de color ámbar. Le proporcionaron asimismo unos chapines de piel suave y una toca con un velo, tal como ella solicitó, con el que poder ocultar su rostro. También se preocuparon de hacerle comer frutas y verduras, leche, queso y filetes de vaca porque *«llegado el momento, tú y la criatura necesitaréis estar fuertes»*. Se ganaron su confianza al no apremiarla; no intentar sonsacarle información sobre ella, ni preguntarle acerca de la extraña declaración manifestada en su primer encuentro. Una tarde dejó su encierro voluntario y salió del cuarto. Afuera llovía a mares y ni un solo claro en el cielo anunciaba que el tiempo fuera a variar. Como de costumbre, los dos amigos se hallaban enfrascados en su tarea. Habían colocado una mesa sobre caballetes junto a la ventana de la cocina para aprovechar al máximo la luz natural, pero no era suficiente y habían encendido un candil. Los encontró inclinados sobre sus notas, bebiendo una tisana de anís estrellado, hinojo y manzanilla cuyo olor llenaba el ambiente, y los observó con un sentimiento mezcla de agradecimiento y de ternura antes de sentarse a su lado.

—¿Qué hacéis? —les preguntó.

—Entretener nuestra vejez —respondió don Ezequiel con una sonrisa de bienvenida. La joven llevaba puesto el sayo de color verde.

—Deseaba agradeceros vuestra ayuda...

—No hay de qué, niña, pero nos gustaría conocer tu nombre.

—Alazaïs...

—Bonito nombre. ¿Sabes lo que significa?

Ella negó con la cabeza.

—Es la forma occitana de Adelaida que, a su vez, significa nobleza de sangre.

—Nací en el país de la lengua d'Oc —confirmó ella.

—¿Conoces el occitano? —preguntó sorprendido Hadi a su amigo.

—Sólo unas cuantas palabras, pero hace mucho me interesé por el significado de los nombres y todavía recuerdo algunos. El mío es Ezequiel —añadió dirigiéndose a su protegida—, «fortalecido por Dios», en hebreo, y él es Hadi, que no tengo ni idea de lo que significa...

—En árabe, «el que guía por buen camino» —replicó el herbolario— y ya ves que no te ha ido mal desde que estás conmigo.

—Cierto, cierto... Y, dinos Alazaïs, si quieres, ¿de quién huías el día que te encontramos?

Como si hubiera estado esperando la pregunta para desahogarse y sin casi detenerse para coger aire, les explicó la forma en la que había sido secuestrada en el Ponteferrato y tratada por unos hombres que parecían clérigos, aunque no estaba muy segura de que en verdad lo fuesen; cómo su jefe le había asegurado que ella llevaba en su vientre al segundo Mesías y que él los protegería a los dos; cómo había al fin logrado escapar y se había escondido en un carro.

—Ese hombre está completamente loco —concluyó—. Nadie en su sano juicio dice cosas semejantes, pero os aseguro que da miedo... Es alto y negro: da la impresión de que sabe leer el pensamiento y sus manos...

Los dos amigos intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Sus manos...? —le animó don Ezequiel.

—No sé... las lleva enguantadas, pero... no puede mover los dedos.

Compostela

Cumpliendo su palabra, Ugo acompañó a Eder en su deambular por las rúas de Compostela. Recorrieron la ciudad de cabo a rabo, entraron en iglesias y hospitales, incluso en el antiguo monasterio de San Paio, el eremita que descubrió la tumba del apóstol, un edificio abandonado por los monjes benitos y que amenazaba ruina. También pasaron por el pórtico que la víspera había impresionado al navarro, pero, en esta ocasión, el artesano no se detuvo a contemplar la gracia de sus arcos, la elegancia de sus capiteles o la fuerza de sus imágenes. Recorrió el interior del templo examinando los rostros de devotos y peregrinos, en especial los de aquéllos que se apiñaban arrodillados en torno al Altar Mayor para sentirse próximos a uno de los más venerados santos de la cristiandad. No les era permitida la visión de la arqueta de plata que guardaba sus restos y los de sus discípulos, Teodoro y Atanasio, pero les bastaba con saberlos en la cripta para besar, enfervorizados, el suelo de piedra que pisaban. Volvió a salir sin haber siquiera dedicado un pensamiento a las reliquias por las que miles de personas realizaban cada año un viaje largo y peligroso. El sueño había despejado su cabeza y en ella sólo había un propósito: encontrar a Alazaïs, aunque tuviese que remover Roma con Santiago, nunca mejor dicho.

Su amigo lo escoltaba dos pasos detrás de él, más atento a los rateros que a buscar a la mujer, objetivo que consideraba estéril. Si el bugre la retenía, a buen seguro la ocultaría fuera del alcance de miradas indiscretas y no le permitiría pasearse por las calles. Intentó, no obstante, pensar de forma coherente, ponerse en el lugar del maldito individuo a quien le gustaría tener al alcance de su espada para acabar con él como con la rata

apestosa que era. No lo conocía en persona, pero había oído hablar tanto de él que lo reconocería en cuanto lo tuviese delante. ¿Por qué motivo había secuestrado a una mujer embarazada y, para él, desconocida? Por lo que sabía acerca de su persona, era un sujeto perverso, pero muy lúcido e inteligente. Logró escabullirse de la cárcel monacal francesa en la que fue encerrado tras insultar al propio Papa acusándolo de ser el anticristo, e hizo lo mismo al ser apresado por el entonces maestre de Navarra. Era un acérrimo enemigo de herejes y paganos y había asesinado a varias personas, pero también encandilado a otras de la importancia de aquel maestro Bisol de quien Eder hablaba con veneración y el comendador con respeto, del constructor Enrique y del canónigo leonés que le había legado una casa y una buena cantidad de dineros. Era un incendiario y, ahora, también secuestrador de mujeres. Intentaba encontrar una afinidad entre todos estos hechos, pero no lo lograba por mucho que recapacitaba.

Cansados de andar de un lado para otro, a eso del mediodía desembocaron por tercera vez en una plazuela repleta de puestos de mercado y preguntaron a un joven por una casa de comidas.

—Ahí mismo tenéis una, en la rúa de la Acibechería.

Entraron en el local y encontraron dos sitios libres, uno frente al otro, en una mesa alargada a la que ya estaban sentadas varias personas que esperaban en medio de un gran barullo a que el dueño y un mozo les sirvieran una espesa sopa de pescado. Eder, absorto, tenía los ojos fijos en el plato vacío y Ugo desistió de cualquier intentona para entablar conversación con él; lo hizo, empero, con sus vecinos de asiento, un matrimonio inglés de mediana edad que había llegado a Galicia por el puerto de Crania con la intención de cumplir la promesa hecha a San Yago.

—¿Y qué promesa fue ésa, si no es mucha indiscreción? —inquirió curioso.

—Mi esposa y yo llevamos casados casi veinte años —le informó el hombre en un latín académico— y en todo este tiempo ni una sola vez habíamos conseguido tener un hijo. Al saber, por boca de unos parientes, acerca de los milagros atribuidos al santo apóstol, quien, dicen, cura a las gentes de todas clase de enfermedades para gloria y alabanza de Nuestro

Señor Jesucristo, acudimos a la iglesia de Saint James en Londres e hicimos la promesa de venir a darle las gracias si nos concedía la dicha de ser padres.

Al decir esto, el hombre acarició sonriente el vientre abombado de su mujer, quien le devolvió la sonrisa.

—¿Y no era peligroso para ella emprender un viaje tan largo en su estado? Podría haber perdido a la criatura...

—No. Nuestro hijo es un ser bendecido y nada malo puede ocurrirle. Permaneceremos en Compostela hasta que nazca, le pondremos el nombre de James y será bautizado en el mismo templo que custodia las reliquias santas.

—¿Y si es una niña?

Se mordió los labios para no echarse a reír al observar el pasmo en la cara del hombre. Nunca dejaba de maravillarle la credulidad de la gente. Aquella pareja había arriesgado la vida en un viaje por mar para cumplir una promesa que el santo no demandaba y estaba convencida de que la criatura sería un varón. ¿Flaquearía su fe en caso contrario? Observó la preocupación en sus rostros y en sus voces mientras hablaban en su idioma sobre la posibilidad —supuso— de que su hijo fuese hembra. Finalmente, el hombre se volvió hacia él.

—Será un varón —afirmó con seriedad— y, cuando tenga la edad adecuada, lo entregaremos a la Iglesia para que predique la Palabra de Dios y la llegada de la Nueva Jerusalén anunciada en el *Libro de la Revelación*. Soy maestro de latín —aclaró para justificar sus conocimientos bíblicos.

Ugo no respondió. Intentaba recordar lo dicho por los amigos de Eder, el judío y el musulmán, respecto al deseo de Lepetit por conocer los secretos del jardín de la oca, creyéndolo un tablero de adivinación del futuro. Y también su interés en leer el Nuevo Testamento, en particular el Libro de San Juan. A él también le fascinaba el texto juanista que profetizaba la última batalla entre el Bien y el Mal y, de manera especial, el capítulo que trataba de la lucha entre el dragón y la mujer embarazada. No había nada más poderoso que una mujer en estado de buena esperanza, ni más hermoso. Hasta el propio Dios había necesitado de un vientre femenino

para hacerse hombre. El fervor por la Madre de Jesús que los templarios habían propagado por toda Europa estribaba precisamente en su maternidad, y la prueba de que habían logrado su propósito eran las catedrales, iglesias, ermitas y monasterios a Ella consagrados que abarrotaban el orbe cristiano.

—Yo no lo he leído —había afirmado el médico refiriéndose al *Libro de la Revelación*, la noche que pernoctaron en Villasirga y que, como de costumbre, hablaron sobre el individuo cuya sola presencia los había obligado a huir de Burgos—, pero mi buen Yucé Tob sí lo leyó y el sujeto quiso saber si poseía un ejemplar. Creo que luego fue a pedir uno al monasterio, si bien no estoy seguro porque yo nunca se lo vi.

No recordaba más y lamentó que los dos hombres hubiesen regresado a su tierra. Les habrían sido de utilidad porque no podía dejar de pensar que el secuestro de la joven estaba relacionado con el tablero del jardín de la oca y con el libro de las profecías y no con el hecho de que fuera la mujer de Eder, según creía éste. Lo observó durante un rato coger la sopa con la cuchara y dejarla caer sin intención de llevársela a la boca. Quería preguntarle si él recordaba lo dicho por los dos viejos, pero una taberna no era el sitio idóneo y le apremió a acabar de comer. El artesano lo miró a su vez, dejó la cuchara dentro del cuenco casi lleno y se levantó de la mesa. Iban a salir del local cuando se detuvo de golpe y asió con tal fuerza el brazo de su amigo que el navarro abandonó su aire ausente y siguió su mirada clavada en un hombre que esperaba a que una moza llenase de leche una vasija que él sujetaba con ambas manos.

Al rato entraban los tres en la pequeña vivienda de ruela de Xerusalén, que desembocaba en la rúa de la Acibechería. La emoción de don Ezequiel y de Hadi al ver de nuevo a «su muchacho» no les permitió decir dos frases seguidas y tuvo que transcurrir un rato antes de que empezasen a hablar con cierta coherencia. Eder, por su parte, sentía lo mismo. En medio de su desdicha, el reencuentro con sus amigos alegraba su corazón y sonrió por primera vez en muchos días.

—¿Y qué hacéis en Compostela? —les preguntó tras las efusiones—. Os creía lejos de aquí.

—Queríamos ver el fin del mundo y nunca seremos más jóvenes que ahora —afirmó el médico.

—¿Y lo habéis visto?

—Todavía no, pero un día de estos nos animaremos y veremos si es cierto eso que dicen de que la mar Tenebrosa engulle a quienes posan sus ojos en ella. Puede que allí habite *al-bilis*, el diablo, en forma de dragón de siete cabezas que, dicen, se aparece a los pobres pecadores... —bromeó Hadi.

La mención del dragón sobresaltó a Ugo. «*Y apareció en el cielo otro signo: un enorme Dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos*». Fue a preguntar sobre el asunto que le rondaba por la cabeza, pero don Ezequiel se le adelantó.

—¿Y tú, hijo, qué haces aquí? —inquirió—. ¿Qué hacéis los dos aquí?

A medida que les relataban las razones de su presencia en la ciudad peregrina, los dos mayores intercambiaron miradas asombradas, primero, y risueñas después. Les quitaban una gran inquietud de encima. Habían intentado trazar un plan la noche anterior, tras asegurarse de que su protegida dormía profundamente, pues no deseaban preocuparla en exceso. Decidieron enviar un mensaje al comendador Garlande informándole acerca de la presencia de Robert Lepetit en Compostela aprovechando el viaje de algún mercader que hiciera la ruta. Mientras, permanecerían sin salir de la vivienda o, en todo caso, saldrían de manera alternativa en busca de vituallas y de algunas otras necesidades. No les resultaría complicado; la joven no mostraba ningún deseo de aventurarse fuera de las seguras paredes de la humilde casa del sastre. Pero, ahora, ya no tenían que preocuparse y alargaron a propósito la sorpresa.

—¿Así que encontraste a la compañera por la que tanto suspirabas? —inquirió Hadi dirigiéndose a Eder.

—Así fue..., para perderla cuando nuestra felicidad era completa.

—Y vas a ser padre —afirmó el médico, sintiéndose él mismo abuelo.

—Si él no lo impide... —la mirada del artesano se volvió oscura como el fondo de un pozo.

—¿Y por qué iba a impedirlo?

—Porque él es el Mal, destruye todo lo bueno y mata a las personas a quienes otros queremos, pero juro que...

—Eder, ¿te importaría hacernos un favor a Ezequiel y a mí? —lo interrumpió Hadi.

—Si está en mi mano...

—Hay algo que nos gustaría enseñarte, pero es demasiado pesado para traerlo nosotros mismos. Está en ese cuarto de ahí... —dijo señalando uno de los dormitorios.

El joven se dirigió a la puerta y la abrió quedándose inmóvil; giró la cabeza al cabo de unos instantes y miró con lágrimas en los ojos a sus amigos, igualmente emocionados, entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Que hay ahí dentro? —preguntó Ugo.

—La prueba de que el Mal no siempre gana —respondió Hadi—. ¿Y qué tal si echamos un traguito de este magnífico *arrak*? —añadió asiendo una garrafilla—. Presiento que tendremos que esperar un rato largo a que nuestro muchacho vuelva a salir.

—¿Un magnífico... qué? —preguntó el templario meritorio.

—Orujo gallego.

Eder no se atrevió a despertar a Alazaïs que seesteaba cubierta por una manta de rayas. Se arrodilló al lado de la cama y la contempló extasiado. Dormía confiada, su cabello oscuro desparramado sobre la almohada, y parecía en buena salud. Tuvo que hacer un esfuerzo para no despertarla: quería acariciarla, besarla, asegurarse de que no se trataba de una alucinación, de que de nuevo estaban juntos. Se desvistió, se tumbó a su lado con mucho cuidado, y esperó. Como si sintiese su presencia, la joven no tardó en despertar. Permanecieron mirándose durante largo rato, sin moverse, sin hablar. Después, él retiró la manta y la desnudó sin prisas y sin dejar de mirarse en sus ojos; acarició el vientre repleto de vida y se adentró en ella con suavidad al tiempo que besaba sus labios, su cuello, sus pechos hinchados, sediento de amor, de ser uno con ella y con el fruto de su amor. Atrás quedaron el sufrimiento de la ausencia, el discípulo del diablo que los había separado, los días de zozobra, la angustia y el temor.

—¿Cuáles fueron exactamente sus palabras? —preguntó Bertrand de Garlande a una Alazaïs radiante de alegría.

Ugo acudió en busca del comendador en cuanto hubo bebido un trago de orujo con don Ezequiel y Hadi, y lo encontró leyendo un mensaje enviado por el maestre Guillén de Cardona. Por el ceño fruncido de Bertrand y la manera como dejó el pliego encima de la mesa, supuso que no eran buenas noticias. Su tío era un hombre muy rígido, poco dado a actuaciones extravagantes en el seno de la Orden. Echó una ojeada al escrito cuando el comendador dejó la sala durante unos minutos. El maestre, en efecto, reprochaba a éste su decisión de abandonar la encomienda del Bierzo, de ausentarse por unas razones poco claras, y lo conminaba a regresar de inmediato. Sobre él, su sobrino, ni una palabra, ni siquiera interesándose por su salud.

—Que yo era la elegida para dar a luz al segundo Mesías, el Salvador del mundo —respondió la joven, incapaz de desviar su mirada de la de Eder.

—¿Y qué más?

—Dijo que no me había secuestrado, sino que él era la mano de la Providencia y que la Santa Milicia velaría para que nada malo nos ocurriera a mi hijo ya mí...

—¿Algo más?

—No, que yo recuerde. Me trataron como a una dama y me proporcionaron ropas elegantes y atenciones.

—Haz memoria... es importante.

—El *Libro de la Revelación*... —intervino Ugo que hasta entonces había permanecido callado, guardando para él sus sospechas.

—¿Qué pasa con él? —le interrogó su superior, molesto por haber sido interrumpido.

—En él está descrita la mujer embarazada que dará a luz al Mesías y que...

—Se refiere a la Virgen María o, en todo caso, a la Iglesia de Roma, según los exegetas bíblicos —le cortó en seco Bertrand.

—Pero puede que nuestro hombre tenga su propia interpretación — insistió Ugo sin amilanarse al escuchar el tono imperativo del templario—. Puede que de verdad crea que la segunda llegada del Mesías esté próxima...

—¡Es absurdo! Nadie sabe cuándo ocurrirá y, si fuera cierto lo que aseguras, ¿por qué Alazaïs y no cualquier otra mujer encinta?

—Eso deberéis preguntárselo a él cuando lo encontremos.

—¡Es absurdo! —repitió el comendador—. El Libro dice bien claro que la Nueva Jerusalén descenderá del Cielo y los Santos Lugares se encuentran a miles de leguas de aquí.

—*Yerushalayim* en hebreo antiguo significa la casa de la paz —terció don Ezequiel.

—En árabe la llamamos *Al-Quds*, es decir, lo que es sagrado —dijo Hadi a su vez.

Habían permanecido mudos de asombro escuchando la conversación de los dos cristianos. No sabían a qué se referían, pero ambos tenían clara una cosa: la ciudad sagrada de Jerusalén no era únicamente patrimonio cristiano, también lo era judío y musulmán respectivamente.

—¿Y eso a qué viene? —Bertrand había fruncido el ceño.

—En mi opinión —respondió el médico con amabilidad—, la casa de la paz no es un ente físico, aunque para nosotros, los judíos, Jerusalén sea parte de nuestra historia y de nuestra fe.

—Y ese hombre puede creer que esta ciudad es la Nueva Jerusalén mencionada en vuestro Libro... —añadió Hadi.

—¡Es imposible! ¿Por qué iba a creerlo?

—Porque su mente es la de un enfermo y porque ésta es una ciudad de peregrinación, próxima al punto donde, aseguran, acaba la Tierra. ¿Qué mejor sitio que el fin del viejo mundo para la llegada del nuevo?

El comendador no respondió. Había algo de juicioso en las palabras de Ugo y de los dos hombres. En Francia, Robert Lepetit, azote de cátaros y paganos, se había arrogado el título de verdugo de Dios. Posteriormente, se creyó el propio Jesucristo revivido y se lanzó por el Camino Francés seguido por doce discípulos a quienes abandonó a su suerte, y ahora...

¿quién pretendería ser? ¿El propio arcángel Miguel, general de los ejércitos celestiales?

—¿Serías capaz de conducirnos a la casa donde te tuvieron antes de que escaparas? —preguntó dirigiéndose a Alazaïs.

Ella y Eder no prestaban atención a la conversación. Querían quedarse a solas para amarse; una vez no había sido suficiente tras su angustiosa separación. No habían saciado su necesidad el uno del otro, no habían podido decirse cuánto se deseaban y lo mucho que se habían echado en falta. Bertrand repitió la pregunta y la joven asintió al tiempo que asía con fuerza la mano de su hombre.

Pasaron por la casa de los templarios y el comendador se hizo acompañar por los cinco freires que esperaban sus órdenes. Rodeados de hombres armados cuya vestimenta militar y las capas blancas al vuelo levantaban respeto y recelo a partes iguales, los dos jóvenes y los dos mayores, se encaminaron a la Porta do Camiño y, de allí, por la vereda, a la casa de labranza. La escena que encontraron les puso los pelos de punta. La mujer y sus dos hijos, ambos desnudos, colgaban por el cuello de una viga del establo. El viejo, sentado junto a las cenizas del hogar, los miraba y sonreía con su boca vacía de dientes; le habían seccionado la yugular y también estaba desnudo.

Retornaron conmocionados a la ruela de Xerusalén. No era posible para una mujer habitar bajo el mismo techo que los freires, pero Bertrand encomendó a Ugo su custodia y proporcionó sendos cuchillos a los otros tres, a pesar de que don Ezequiel y Hadi miraron las armas con suspicacia y las dejaron encima del arcón de la salazón nada más entrar en su vivienda. Antes, se detuvieron en la plaza del Paraíso a petición del herbolario. Había mucha animación allí: vendedores de conchas y agua bendita, traficantes de supuestas reliquias, peregrinos que deseaban comprar un recuerdo, mendigos y curiosos. Se pararon ante el puesto de un vendedor de conchas de estaño y de amuletos y Hadi adquirió una higa, tallada en azabache con todo detalle a pesar de su pequeño tamaño, y una cadenita de plata.

—No sé si estas cosas sirven de algo, pero por si acaso... —susurró al oído de Alazaïs mientras se la colgaba al cuello. La joven sonrió, a pesar de

la congoja que no la abandonaba después de haber visto los cadáveres en la casa de labranza.

Entre los curiosos que los rodeaban, un guardia episcopal, disimulado tras un arriero fortachón, no los perdía de vista. Reconoció a tres de las personas del grupo. ¿Qué hacían en Santiago, tan lejos de León?

OceanofPDF.com

La nueva Jerusalén

La desaparición de la Dama encolerizó a Robert Lepetit. Los dos responsables de la misma fueron azotados con especial dureza para su escarmiento y el de los demás milites que contemplaron el castigo, aparentemente impasibles. Habían errado en el cometido asignado y era justo que expiaran su falta. El asunto planteaba un serio problema. La Dama conocía su paradero y los enemigos del nuevo Dios podían sonsacarle la información y poner en peligro su misión. Debían buscar otro abrigo y encontrar a la mujer. La ciudad, aunque muy poblada, no era excesivamente grande y en algún sitio estaría. Pero, antes, era preciso no dejar huellas.

Delmira Gomes y sus hijos habían contemplado aterrorizados el cumplimiento de la pena impuesta a los dos milites. Intentaron salir de la casa, pero no se lo permitieron y fueron ahorcados nada más finalizar el castigo. Su marido fue degollado a continuación. El pobre viejo no dejó de sonreír en todo momento. Desnudaron a los hombres y buscaron en los arcones ropas masculinas, apenas unas camisas y algunos calzones. El bugre guió a sus acólitos de vuelta a las orillas del Lavamentula y permanecieron en sus alrededores durante toda la jornada, haciéndose con las vestimentas y bolsas de quienes procedían a su aseo ritual y afanando aquello que pudiera serles de utilidad. Disfrazados de peregrinos y mezclados con ellos, se adentraron en Compostela al caer la tarde, si bien no todos juntos para así pasar completamente desapercibidos y volvieron a reunirse en la catedral, abierta día y noche, empero no se aproximaron al Altar Mayor. Los restos del apóstol les traían sin cuidado. Tampoco se acercaron a la capilla de la girola, donde los fervorosos visitantes recibían el

perdón de sus pecados y la comunión, y permanecieron cerca de la llamada Puerta del Paraíso, la que daba a la plaza del mismo nombre, por la que habían accedido al igual que la mayoría de los llegados por el Camino Francés.

Robert, con dos de sus hombres, fue el primero en aparecer, pero no esperó a que estuviesen todos reunidos. Ordenó a sus acompañantes que aguardaran a sus demás compañeros y recorrió el templo. Tenía curiosidad por visitarlo y comprobar si el edificio poseía algo de singular, dado que aquélla era la tercera ciudad más santa del mundo, y que pronto sería la primera. Hasta ella lo había llevado su destino y en ella nacería el segundo Mesías; tenía, por tanto, que ser un lugar único y sobrenatural. Sin embargo, lo defraudó lo que vio a primera vista. La catedral más afamada, después de San Pedro de Roma, no dejaba de ser una iglesia como muchas otras e, incluso, inferior en tamaño y apariencia. Cualquiera de las grandes catedrales francesas, la misma de Burgos, eran mucho más hermosas. Y, además, apestaba a humanidad. Estaba claro que las abluciones en el arroyo no eran lo bastante purificadoras para erradicar los malos olores de los devotos, ni tampoco los múltiples incensarios colocados cada dos columnas. Era cierto, no obstante, que jamás había observado un fervor semejante, ni a un número tan grande de gente piadosa. Llegó hasta poco más de la mitad de la nave central del crucero e iba a dar media vuelta cuando algo llamó su atención. Las personas que accedían por la puerta del fondo no lo hacían en masa, como por la otra, sino que pasaban en grupos de dos o tres, pero de manera continuada. Se acercó y advirtió que se detenían un instante antes de entrar. Intrigado, salió a comprobar la causa y, cosa rara en él, su perplejidad fue tal que le cortó la respiración. Allí mismo, delante de sus ojos y tallada en piedra, se hallaba la Nueva Jerusalén descrita en el Libro de la Revelación. El Mesías, rodeado de los ancianos del Antiguo Testamento, ángeles y apóstoles, presidía el pórtico. No se había equivocado: Compostela era en verdad el lugar profetizado, la ciudad celeste.

Al rato, se reunió con sus hombres. Sin decir una palabra y seguido por ellos, acudió al hospital para caminantes y peregrinos sufragado por el

gremio de los plateros compostelanos en el que había solicitado hospedaje antes de dirigirse a la catedral. Al día siguiente envió a la ciudad a sus discípulos en parejas. Debían decir que eran el marido y el hermano de una mujer embarazada que se había perdido entre la multitud; preguntar, no dejar un solo rincón sin registrar, amenazar si fuera preciso. Él, mientras, se encargaría de buscar una vivienda para todos, asunto éste que no le preocupaba en absoluto puesto que disponía de las doblas del canónigo para pagarla. Vestido como un mercader alemán gracias a las ropas sustraídas junto al Lavamentula, camisa blanca, calzas, sobrevesta grises y zapatos negros de piel, se dirigió a una compañía de guardias episcopales que vigilaban los puestos de comida a la entrada de la «quintana de los muertos», el cementerio situado en la parte posterior de la catedral, con la intención de solicitar información acerca de dónde alquilar una casa.

—Disculpad señores...

—¡Maese Robert!

Su sorpresa fue semejante a la de Ferrán al reconocer a su anterior patrón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el bugre después de que ambos se hubieran apartado unos pasos del resto del grupo.

Tras su expulsión de manera humillante de la ciudad leonesa, Ferrán y Dominga decidieron seguir el itinerario de los peregrinos. No tenían adónde ir y lo mismo les daba el este que el oeste. Por suerte habían podido salvar los dineros que el canónigo había legado a su sirvienta. Un par de hatillos con sus ropas era, por otra parte, todo su equipaje. Con un poco de suerte encontrarían a maese Robert y le informarían acerca de lo ocurrido, si bien tampoco les importaba demasiado no toparse con él. Ya se buscarían la vida de alguna manera. Se unieron a un grupo de caminantes devotos, hombres y mujeres, que se detenían en todas las iglesias del Camino para orar y pasaban la mayor parte del tiempo recitando salmos y jaculatorias, cuando no entonando cánticos en latín. Aguantaron unos y otros porque siendo parte del grupo viajaban seguros, pero se separaron de él en cuanto llegaron a Compostela. Buscaron alojamiento en un mesón de mala muerte y pasaron dos jornadas enteras haciendo el amor sobre un jergón mugroso del

que se levantaban para bajar a comer. El tercer día, saciada la abstinencia carnal a la que se habían visto obligados durante el viaje, decidieron dar una vuelta por la ciudad y hacer planes para el futuro. Dominga no tardó en entrar a trabajar como ayudante de guisandera en el propio palacio Gelmírez, la sede arzobispal, que era, por así decirlo, no sólo el centro religioso, sino también político y económico de Galicia. Tuvo la fortuna de cruzarse en la plaza del Obradoiro con uno de los secretarios del arzobispo Juan Arias, un castellano, antiguo amanuense del obispado de León, a quien conocía por haberle servido a menudo en la casa del difunto canónigo. El hombre no la reconoció, pero sí recordó sus guisos, su morcillo estofado, perdices escabechadas con berza, ancas de rana, bacalao con castañas y arroz, canutillos rellenos de crema y sus pasteles de frutas y almendras, razones más que suficientes para visitar a don Marcelo y aguantar sus parrafadas sobre los herejes leoneses y su nefasta influencia entre los buenos católicos. La mujer le informó acerca del fallecimiento del canónigo y dejó caer un par de lágrimas al comentar el desamparo en que se encontraba, puesto que su señor, después de tantos años de buenos servicios, se había olvidado de ella en su testamento.

—He peregrinado hasta aquí para rogarle al señor San Yago que se apiade de su pobre sierva y sólo espero encontrar un trabajo para no tener que mendigar por las calles —añadió señalando a una anciana andrajosa que pedía la caridad a la puerta de la catedral.

Ese mismo día comenzó a trabajar en el palacio. Ferrán lo hizo un par de semanas más tarde, el tiempo que le costó a Dominga averiguar las debilidades culinarias del administrador del arzobispado, un canónigo orondo que había encontrado en la mesa los placeres, los dulces en concreto, que le estaban vetados en otros terrenos. Unos deliciosos frisuelos, un pastel de almendra cocido al homo en vino de miel y una fuente hasta los bordes de arroz con leche y almendras convencieron al clérigo de la conveniencia de contratar al hombre de tan excelente repostera. Lo alistó en la guardia episcopal con el cometido de patrullar por las calles repletas de peregrinos, mercaderes, soldados de fortuna, ladrones, burgueses, eclesiásticos, freires y prostitutas. La pareja cambió su mísero

alojamiento por una vivienda en la rúa «tras la muralla» y celebró su suerte de la única manera que sabía: yaciendo hasta caer rendida.

—¿Qué autoridad invadió mi propiedad? —interrogó Robert tras escuchar las explicaciones de Ferrán.

—No sé... el alcalde o el alguacil mayor... un escribano, un cura, varios soldados y dos templarios.

—¿Dos templarios? —alzó las cejas—. ¿Dijeron algo?

—Sí. Uno de ellos, el más viejo, quería saber si habíais sido vos quien había prendido fuego al cobertizo... Le dije que no, claro, que había sido culpa mía...

—¿Y cómo así conocían mi presencia en la casa de labranza y en la fábrica catedralicia? —preguntó en tono amenazador.

—Os juro que no lo sé. El escribano era el mismo que firmó el testamento del canónigo y quizás...

Para eso habría sido necesario que alguien mencionara su nombre, ¿y por qué iba alguien a mencionarlo si nadie conocía su presencia en León, aparte del maestro Enrique y el leguleyo? Además, el Temple no tenía casa en la ciudad, ni tampoco jurisprudencia alguna para acudir a la de un supuesto sospechoso.

—Por cierto, lo vi el otro día —añadió Ferrán.

—¿A quién?

—Al freire que vino a buscaros.

—¿Aquí?

—Sí... aunque vestía de soldado mercenario. Estaba en compañía de otros templarios, del tallista de vírgenes... y de... —calló.

—¿De quién?

—De una hereje a la que salvé cuando lo del asunto de los cátaros —confesó, arrepintiéndose de haber hablado demasiado—. Era una joven a quien conocía de varias de las reuniones, pero que aquel día llegaba tarde... e impedí su entrada en el taller.

Mientras el hombre hablaba, Robert intentaba pensar. Un nombre le vino a la cabeza, pero no era posible. Bertrand de Garlande era el maestre de las encomiendas del reino de Navarra.

—Estaba preñada y... —oyó decir a Ferrán.

—¿De quién hablas?

—De la joven cátera que salvé en León, la que vi el otro día con el tallista y el templario en la rúa de la Acibechería. Estaba preñada —repitió.

No podía ser; no creía en las casualidades y aquélla resultaba demasiado manifiesta. Había freires por todas partes, también mujeres embarazadas y él no había visto en persona al tallista de vírgenes, así que podía no ser el mismo. Sin embargo, su sexto sentido raramente le fallaba: la imagen de una virgen lasciva era, sin duda, obra del pagano navarro. En cuanto al templario de León, ¿qué diablos hacía en Compostela? ¿Qué hacían los dos en Compostela en compañía precisamente de una mujer embarazada?

—¿No sabrás por un casual dónde se alojan? —preguntó tras un silencio que a Ferrán se le hizo eterno.

—El tallista y la mujer entraron en una vivienda de la ruela de Xerusalén con otros hombres —se apresuró éste a contestar—. El templario no lo sé...

—¿Dónde está esa ruela?

—Es una calle pequeña habitada por judíos... a dos pasos de aquí.

—Acompáñame.

La orden no admitía réplica, pero el sargento de la guardia episcopal los observaba con suspicacia; estaba de servicio y la conversación duraba demasiado.

—Ahora no puedo —se disculpó—; estoy de servicio hasta el mediodía. Esperadme en la bodega O Collo, en la plaza que hay enfrente de la fachada norte de la catedral.

Ferrán fue a reunirse con él, la incertidumbre en el cuerpo. Ahora, que tan bien les iba a Dominga y a él, había tenido que ir a toparse con su antiguo y peligroso amo... Se le pasó por la mente no acudir a la cita, pero rechazó la idea. Maese Robert sabía que era guardia episcopal y, conociéndolo, no tendría problemas en dar con él tarde o temprano. Recordó el final del administrador del canónigo, los latigazos propinados a los herejes, su furia al romper la imagen del cobertizo y decidió que lo mejor era dar la cara. Luego, ya se vería.

La bodega era un local oscuro hasta en los días más luminosos; siempre lleno de gente y del humo de candiles y velas de aceite de ballena que expelían un olor desagradable. A pesar de su cercanía con la catedral, no era frecuentada por los peregrinos debido a su sospechosa apariencia como guarida de ladrones, lo cual era cierto. Su parroquia la componían soldados, vendedores ambulantes, contrabandistas, alcahuetas y mujeres de mala vida que ofertaban sus cuerpos por una miseria. La entrada de un caballero con aire de comerciante acomodado silenció a los clientes, y a más de uno, y de una, le brillaron los ojos ante una posible presa, pero la mirada de rapaz al ataque del hombre y la presencia del guardia episcopal que salió a su encuentro, desalentaron a los más audaces. El bugre y Ferrán encontraron acomodo en un rincón después de que el dueño echase a cuatro hombres que jugaban a los dados aduciendo que estaba prohibido jugar en su local. Los jugadores pusieron cara de asombro, pero no discutieron, pues de sobra conocían las malas pulgas del cojo quien, aun sin su pierna derecha, era capaz de liarse a mandobles con la muleta y descalabrar al más osado. El bodeguero no quería líos con la guardia episcopal; pasó un trapo mugriento por el pedazo de madera que hacía las veces de mesa, colocó una jarra de vino y dos cubiletes encima y les deseó una buena estancia como si su antro fuera un mesón para potentados.

Poco más podía añadir Ferrán a lo ya dicho en la plaza, no obstante, Robert le obligó a repetir la conversación. Lo interrogó acerca del físico de las tres personas que había creído reconocer, pero el hombre no supo describirlos. Por no saber, tuvo que admitir que ni siquiera se acordaba del color del brial que vestía la mujer. Era preciso que él los viera personalmente para salir de dudas.

—¿Y tú, dónde vives? —le preguntó nada más dejar la bodega.

—Dominga y yo vivimos juntos...

—Sí, pero ¿dónde?

—Tenemos alquilada una vivienda... en la otra punta de la ciudad, cerca de la puerta de Mazarelos, junto a la muralla.

—¿La casa entera o sólo un cuarto?

Ferrán sintió un hormigueo molesto en el estómago. ¿Y a él qué le importaba dónde vivían? Tragó saliva antes de responder temiéndose lo peor, pero no podía mentir. No es que no supiera, es que no podía. Había oído decir que las serpientes hechizaban a sus víctimas antes de enroscarse alrededor de sus cuerpos, asfixiarlas y engullirlas. Así se sentía él en aquellos momentos: una víctima a punto de ser engullida.

—La casa... —musitó en un tono apenas audible y añadió un poco más fuerte—: Ésta es la ruela de Xerusalén, también llamada «tras de San Miguel» —indicó al acceder a una calle estrecha—. Conté los portales, era el quinto del lado derecho.

El bugre examinó el edificio de dos alturas y aparencia un tanto descuidada. Era curioso que sus viejos conocidos hubiesen encontrado alojamiento en una calleja miserable, pero con un nombre tan evocador. Descubrió en los bajos el taller de sastrería y se dirigió decidido hacia él. El sastre hilvanaba dos piezas y abrió la boca al ver acercarse a los dos hombres, en especial al guardia episcopal; se levantó de la banqueta y dejó caer las telas al suelo. La presencia de un uniformado era siempre motivo de preocupación, y el otro tenía pinta de juez.

—¿Confeccionas guantes? —le preguntó Robert.

—No, su merced. Únicamente prendas de vestir... Hay un guantero en esta misma mano, en el último portal antes de llegar a la plaza de San Miguel...

—¿Esta casa es de tu propiedad?

—Podría decirse que así es, su merced, aunque no lo es porque estoy alquilado, pero llevo aquí la mitad de mi vida.

—¿Solo?

—Sí... bueno, no en estos momentos... El oficio no da para mucho y tengo unos huéspedes, dos caballeros ancianos, dignas personas, puedo asegurarlo.

Lepetit miró a su acompañante quien pareció encogerse. Ferrán estaba convencido de haber visto entrar en aquel portal al tallista y a la mujer.

—Esos caballeros... ¿no tienen familia? —preguntó él a su vez.

—No podría afirmar que sean familia... Con ellos venía una dama en estado de buena esperanza y más tarde llegaron dos hombres jóvenes, supongo que uno sería el marido. ¿Hay algo por lo que debería preocuparme? Tened en cuenta que yo sólo soy un simple sastre que se gana la vida de la mejor manera que sabe...

Ferrán respiró aliviado, pero su alivio duró un suspiro al escuchar la orden de maese Robert.

—Sube y averígualo.

—¿Yo?

—¿No querrás que vaya yo?

—¿Y qué les digo?

—Ya se te ocurrirá. Y tú —dijo dirigiéndose al sastre—, ni una palabra de nuestra presencia en tu taller. Éstos son asuntos de la máxima importancia que atañen al arzobispo. Una palabra, e irás a parar a la cárcel.

El hombre negó con la cabeza, incapaz de decir nada. Estaba pálido y temblaba de miedo. Hacía tiempo que el propietario de la casa buscaba una excusa para echarlo y sólo faltaba que sus realquilados fueran unos delincuentes buscados por la justicia. Retomó la labor, pero le fue imposible dar una puntada sin clavarse la aguja en los dedos. Al igual que una estatua pétrea, el «juez» se había ocultado en un rincón, al abrigo de las miradas. No lo oía respirar, pero sentía su presencia amenazadora e intentó rezar una oración, mas tenía la mente en blanco. Continuó temblando durante un buen rato después de que los dos hombres hubieran abandonado el lugar, cerró el taller y se bebió una buena parte de la garrafilla de licor que se había traído de su última visita a Ribadabia donde tenía un hermano. Tal vez iba siendo hora de pensar en trasladarse.

Robert Lepetit y Ferrán salieron de la ruela pero, al llegar a la rúa de la Acibechería, el primero se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me ha abierto un viejo y le he dicho que estábamos realizando el padrón por orden del arzobispo para conocer exactamente el número de habitantes que hay en la ciudad y... se lo ha creído. Habrá sido el uniforme...

—¿Y?

—Me ha dicho que allí vivían cinco personas y que sólo estarían en la ciudad unos días.

—¿Nada más?

—También se me ha ocurrido preguntarles por sus nombres y procedencias, para lo del padrón —aclaró el hombre, orgulloso de su capacidad imaginativa—. El viejo los ha apuntado aquí...

Le alargó un trozo de vitela fina que Lepetit no podía asir y farfulló una disculpa antes de depositarla sobre sus manos deformes. Al leer los nombres inscritos, el bugre apretó los labios. Ezequiel Falaquera de Nájera, Hadi al-Suri de Burgos, Ugo Ermengol de Tortosa, Eder Bozat de Arizkun, en Navarra, y Alazaïs Gauti, del mismo sitio. Así pues, el judío y el moro también estaban en Compostela. Otra casualidad en la que no creía, si bien, en este caso, era del todo improbable que estuvieran allí por su causa. Algo buscaban e indudablemente tenía que ver con el tablero de adivinación. Habían logrado averiguar el secreto, no le cabía la menor duda. El nombre de la mujer no le decía nada; a buen seguro se trataba de la ramera del pagano. De los cuatro hombres, sólo le interesaba uno de ellos: el musulmán. Esta vez no se la jugaría, lo atraparía y lo obligaría a leer el tablero. Después ordenaría a sus hombres deshacerse de él, pero debía darse prisa no ocurriera que se le escapara como en Burgos.

—Quiero ver dónde vives —le manifestó a Ferrán.

—Es una casa vieja...

—Condúceme.

Caminaron en silencio, el servidor maldiciendo a cada paso su mala suerte y su lengua suelta. Dominga se pondría furiosa en cuanto viese a maese Robert. No olvidaba los sustos y los malos momentos pasados a su servicio y no perdonaba la vergüenza de haberse visto por su culpa arrastrada en cueros cual mujerzuela pillada en el desempeño de su oficio. Ahora eran libres, trabajaban, ganaban un jornal seguro y vivían a su aire sin ser controlados. No aceptaría que su antiguo amo apareciese de nuevo en sus vidas y, mucho menos, que se instalase en su hogar, como él se temía. Todavía no había regresado del trabajo y se tranquilizó un poco. El

franco no querría quedarse en una casa pequeña y más bien oscura. Tenían intención de alquilar otra en cuanto tuviesen algo más de dinero, pero aún no había llegado el momento. Lo vio recorrer el piso, ojear el altillo, calcular sus dimensiones, y su esperanza voló al observar una mueca de satisfacción en sus labios.

—Nos instalaremos aquí —se limitó a afirmar, y a él se le erizó el vello de la piel.

No había querido preguntar sobre los otros, los locos que le seguían como borregos, pero no era difícil de adivinar por sus palabras que ellos también se hallaban en Compostela.

—Ve a buscarlos —le ordenó— y tráelos. Están esperándome en el hospital de los plateros.

Echó a correr tan deprisa como se lo permitieron las piernas y llegó descompuesto por el esfuerzo al palacio episcopal rogando a San Judas Tadeo, patrón de los casos desesperados, y el único que le vino a la cabeza, que Dominga no se hubiese marchado. En efecto, la mujer había llenado un cestillo con las sobras y se disponía a salir de las cocinas cuando apareció él con la lengua afuera. En pocas palabras le explicó el problema que les había caído encima y le informó de la decisión tomada por su antiguo patrón.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —exclamó Dominga enfurecida—. ¡No pienso permitir que él y sus locos vivan en nuestra casa! ¡Antes lo denuncio a la autoridad y cuento lo del incendio en la fábrica de León!

—No te creerán. Es un hombre de cultura que sabe hablar y recuerda que engatusó al constructor y también a don Marcelo. Nuestras vidas correrán peligro si intentamos algo contra él.

—Pues busquemos otro alojamiento ahora mismo.

—Sabe dónde trabajamos y vendrá a buscarnos...

—¿Y qué podemos hacer? —la mujer había perdido el brío y el miedo asomó a sus ojos.

—Quédate en el palacio esta noche. Le diré que durante la semana duermes aquí.

—¿Y tú?

—Tengo que ir en busca de sus hombres, pero ya se me ocurrirá algo —le acarició la mejilla y añadió—: Estate tranquila, mañana volveré y ya te contaré.

De nuevo salió a la carrera y no paró hasta llegar al hospital. Reconoció a algunos de los hombres que esperaban junto a la puerta y, al igual que en León, los guió a su nuevo refugio. Los contempló, impotente, echar mano de todos sus víveres e improvisar una cena; rezar durante más de una hora y tumbarse en fila a ras de suelo para dormir mientras maese Robert ocupaba su habitación, la única que había. Él subió al sobradillo bajo el tejado, un espacio en el que una persona no cabía de pie y el aire entraba por las rendijas.

—A partir de ahora vuelves a estar a mi servicio —le había anunciado maese Robert al ir a acostarse—, si bien seguirás en la guardia episcopal durante unos días. Puede que te necesite vestido de uniforme para proporcionarme información. De todos modos, así podrás pedir tu baja sin levantar sospechas.

Le alarmó la perspectiva. Una cosa era vigilar a una pandilla de herejes y otra, mucho más aventurada, espiar a un arzobispo. En las estancias del palacio se cocían asuntos muy graves. El prelado no sólo era el guía espiritual de los compostelanos, también era su señor terrenal, y el de media Galicia. Ahorcaban *ipso facto*, después de cortarle las orejas y las manos, a quien pillaban espiando o intentando robar documentos secretos. Se durmió metido en un arcón apolillado y lleno de ropa vieja dejado allí por los anteriores inquilinos después de haber tomado la decisión de descubrir lo que maese Robert tramaba. Quizás, de esa manera, pudieran Dominga y él librarse del temido individuo de una vez por todas.

Antes de que las calles se llenaran de gente, las tiendas abrieran los postigos, los vendedores ambulantes instalaran sus tenderetes y los peregrinos entrasen por las siete puertas de la ciudad, la Santa Milicia patrullaba la ruela de Xerusalén con una única consigna: apresar sin escándalo a uno de los dos viejos, el más bajo, el que tenía pinta de agareno.

El bugre decidió permanecer en la casa. No había consultado sus notas desde hacía semanas; necesitaba repasarlas y meditar con detenimiento los últimos acontecimientos. Había algo en el *Libro de la Revelación* que le planteaba cierta incertidumbre, aunque, por supuesto, no era necesario tomar el texto al pie de la letra. Los profetas, ya se sabía, manifestaban sus visiones mediante alegorías que debían ser interpretadas. Lo de la mujer embarazada estaba claro: el primer Mesías había nacido de hembra, así que era lógico que el segundo naciera de igual manera: la Ramera era la Iglesia y Roma era la Gran Ciudad con soberanía sobre los reyes de la Tierra, pero lo de la Nueva Jerusalén no lo veía tan evidente. Las señales eran inconfundibles: la ciudad santa, la multitud de peregrinos llegados desde todas las naciones de la cristiandad que hablaban lenguas diferentes, el mensaje pétreo del pórtico, la proximidad de la mar, pero... El libro sustraído en el monasterio de Nájera presentaba un aspecto lamentable; tenía algunas hojas sueltas, otras rotas y, las más, estaban arrugadas debido a la acción de sus dedos inertes al arrastrarlas para pasarlas. Buscó el pasaje bíblico que le interesaba. La ciudad descrita bajaba del cielo sobre una tierra nueva, estaba rodeada por una muralla de jaspe y piedras preciosas con doce puertas hechas de una sola perla cada una, y era de oro. Compostela no era de oro, más bien todo lo contrario: abundaban los pordioseros y los ladrones, los vendedores de reliquias falsas, los borrachos y las prostitutas, los judíos y los religiosos sin escrúpulos. Todos ellos hacían negocio con la fe de los crédulos y debían desaparecer antes de la llegada del Mesías. Sonrió. El fuego divino caería y la arrasaría; la Tierra se abriría y se tragaría los escombros y los cadáveres para dejar sitio a la Nueva Jerusalén. Un pensamiento borró su sonrisa: también él desaparecería si permanecía en la ciudad. No quedaba mucho tiempo. La Dama daría a luz en el solsticio del verano y ya estaban a finales de la primavera. ¿Y si se equivocaba de lugar? Salió de la casa con ánimo de despejar la cabeza y atravesó la puerta de la muralla. Cirros deshilachados se movían lentos en el cielo, empujados por la brisa procedente del mar, las huertas estaban en sazón, listas para ser cosechadas, y varios campesinos se hallaban en la tarea. Observó a una mujer que, cestillo en mano, recogía

puñados de hierbas y se acercó a ella, olvidando por un momento sus preocupaciones.

—¿Qué hierbas son ésas? —le preguntó intentando mostrarse amable.

—*Romeu, romero, bo para o reuma e para escorrentar aos malos espíritos* —contestó, y añadió al constatar que no la entendía—: Para el reuma y los malos *espíritos* —tradujo. La mujer sonrió. Sus ojos eran verdes, del mismo color que la hierba al amanecer, brillante por el rocío. Robert sintió un aguijonazo. Ya ni recordaba la última vez que había yacido con una mujer, y a aquélla la tenía al alcance.

—¿Vives en Compostela? —le preguntó, acercándose a ella.

—No. Sólo visito a unos parientes.

La mujer señaló hacia los campesinos que habían parado de laborear y los observaban con atención.

—¿Y de dónde eres?

—De *Fisterra*.

—¿De dónde?

La mujer sonrió y su mirada brilló divertida.

—De Finisterre, donde la tierra y la mar se unen y se acaba el mundo. No hay lugar más hermoso que aquél; *é digno dun rei*.

No necesitó que le tradujera sus últimas palabras.

—¿Está lejos de aquí?

—A tres o cuatro jornadas. Depende de cómo *camiñes*.

El bugre dirigió la vista hacia el poniente. Había leído en la biblioteca de la escuela catedralicia de Burgos sobre aquel lugar, el Finis Terrae, el final de la Tierra, un lugar mítico donde la leyenda situaba la ciudad de Dugium, sumergida en el fondo de las aguas por castigo divino. En ella se hallaba el Ara Solis, el altar utilizado por los paganos para celebrar sus ceremonias de culto al sol. El sol... Los cristianos identificaban al primer Mesías como el «rey del sol» y el Libro describía a la madre del segundo como «una mujer vestida de sol». ¿Acaso necesitaba más pruebas? Se volvió hacia la mujer, pero había desaparecido de su lado. La vio dirigirse a sus parientes, a contraluz de los rayos del atardecer, envuelta en un halo luminoso. No vaciló; le había sido enviada una nueva señal.

De regreso en la casa, encontró a sus hombres esperándolo. Atado, amordazado y sentado en un rincón de la cocina estaba el moro que sabía leer el tablero de adivinación y, junto al hogar, la Dama.

OceanofPDF.com

El final de la tierra

Los cinco ocupantes del pequeño piso de la ruela de Xerusalén se acostaron tarde aquel día. Eran muchas las emociones, mucho lo que tenían que contarse, y permanecieron despiertos hasta bien entrada la noche. No hablaron de Robert Lepetit, ni de los asesinados en la casa de labranza; no deseaban que nada entristeciera su reencuentro. Juntos se sentían fuertes, en especial los dos hombres mayores y la pareja de enamorados. Ugo los escuchaba sonriente, sin apenas intervenir, meditando sobre los azares de la vida que hacían que gentes tan diferentes llegaran a conocerse y a apreciarse. Allí, juntos, estaban un judío, un musulmán, un pagano y él mismo, un cristiano, compartiendo recuerdos y vivencias, ajenos al mundo que se agitaba en el exterior y a las diferencias religiosas que tanto dañaban la convivencia entre los seres humanos. En cuanto a la mujer... Sospechaba que era una cátara. Nadie, ni siquiera Garlande, había dicho nada al respecto, pero él provenía de los países catalanes y la secta de los buenos hombres y mujeres era conocida ya que familias enteras habían encontrado refugio en ellos al huir de las persecuciones de Ultrapuertos. En su momento, se había interesado por conocer algo más acerca de los llamados cátaros o albigenses, y algo sabía. Era extraño que una familia procedente del Languedoc hubiese ido a parar a un lugar remoto como era el Baigorri navarro, justo en el momento en que las tierras del conde Toulouse ardían con la bendición papal bajo la furia de los soldados del rey de Francia. Si Alazaïs era una cátara, no dejaba de resultar curioso que cinco personas con creencias tan dispares estuvieran reunidas bajo un mismo techo, y en una localidad alejada de sus respectivos lugares de origen. ¡A ver si el desgraciado hijo del diablo. Robert Lepetit, iba a tener

parte de razón y aquella tierra era la Nueva Jerusalén! ¿En qué otro lugar que no fuera Compostela, podía darse un hecho semejante?

—¿Y cómo va vuestro jardín de la oca? ¿Habéis avanzado en vuestra investigación?

La pregunta de Eder dirigida a sus amigos le hizo dejar de lado sus cavilaciones y prestar atención.

—¡Ya tenemos señaladas diez casillas! —exclamó Hadi.

—Sólo nos faltan tres, excluyendo la última, claro —intervino don Ezequiel—. Sin embargo, no estamos muy convencidos de haber acertado con todas ellas...

—¿Y qué habéis sacado en claro?

—¡Nada!

Los dos hombres se echaron a reír. Era cierto. Aunque logaran dar nombre a las tres o cuatroocas restantes, no sacarían nada en claro. Si el «jardín» ocultaba un plano secreto de los templarios, no serían ellos quienes lo descifrarían. Para eso era necesario conocer los secretos de la Orden, la clave del misterio, si es que había algún misterio que desentrañar.

—Mira, aquí está la lista que hemos elaborado —continuó Hadi embalado—. En cada uno de estos lugares existe algo especial, aunque también es verdad que podríamos haber señalado muchos más. No hay pueblo o región en el Camino que no posea algo singular.

—¿Como qué? —preguntó Alazaïs.

—En algunos sitios es una iglesia o un monasterio, pero en otros es un puente, un nombre, un río, una fuente, un monte sagrado, una imagen...

—¿Habéis señalado el Monsacro? —recordó de pronto Eder.

—¿Dónde está?

—En la vía que lleva a Oviedo.

Los dos hombres desplegaron su mapa y buscaron la ciudad mencionada.

—No está en el Camino...

—Pero hay una encomienda templaria, una Virgen Negra y un pozo. ¿No había un pozo en el tablero?

Hadi sacó el dibujo y todos, excepto Ugo, se inclinaron sobre él.

—El pozo está en la casilla treinta y uno, y le hemos adjudicado a León la casilla treinta y seis...

—Pues yo creo que deberíais adjudicar también una al Monsacro. Allí hay un pozo, en el que apareció la imagen de la Virgen Negra, y los lugareños cogen tierra de él porque la consideran milagrosa —Eder soltó una bolsita que llevaba atada al cinto y se la mostró—. Yo también cogí un poco para frotar con ella a nuestro niño cuando nazca.

Alazaïs y él se miraron y sonrieron.

—Aun así, ese monte no está en el Camino —insistió el herbolario.

—Sí lo está —afirmó Ugo interviniendo en la conversación—. Muchos peregrinos se desvían para ir a venerar las Santas Reliquias que se guardaban en el Monsacro y ahora están en la catedral de Oviedo. Y recordad que antes el Camino transcurría por esas tierras y que, mucho antes de que se descubriese la tumba del apóstol, las gentes ya recorrían la ruta de las estrellas —añadió pensativo.

Se habían olvidado de él y, de pronto, don Ezequiel cayó en la cuenta de que también era un freire, poco ortodoxo, pero templario a fin de cuentas. El médico y su amigo intercambiaron una mirada preocupada no sabiendo qué hacer, si recoger sus documentos o no darse por aludidos.

—A los reyes y a la Iglesia les vino muy bien el descubrimiento milagroso del ermitaño Pelaio para reinventar el Camino y desviarlo, tiempo después, a fin de controlar a los caminantes —prosiguió el soldado meditando en voz alta—. Y las gentes, necesitadas de creer, se dejaron llevar. Pero en el Camino, en el verdadero Camino no hay iglesias ni monasterios, burgos ni pueblos, hospederías ni hospitales...

—¿Qué hay entonces? —le preguntó Alazaïs que lo escuchaba boquiabierto.

—Fe.

—La de Roma, claro... —añadió la joven con amargura recordando la cruzada en su país de origen que había obligado a huir a miles de los suyos.

—La fe no tiene procedencia, nombre, color o lengua; no puede decretarse por ley, ni enseñarse. Nace de dentro, de la propia necesidad humana de creer.

—Sin embargo —terció Hadi—, los creyentes necesitan de guías espirituales...

—Os equivocáis. No los necesitan, pero es más cómodo que alguien les diga lo que deben o no hacer, lo que es bueno o malo, en qué tienen que creer, a quién tienen que obedecer... Les evita tener que pensar.

~¿Estáis diciendo que la religión no es necesaria? —el herbolario estaba realmente escandalizado.

—Depende de a qué llaméis religión... Si sólo se trata de normas, ritos, plegarias y procesiones, no.

—¿No?

—No.

—Me llama la atención que un freire templario piense de una manera tan... ¿herética? —Don Ezequiel había seguido con interés el diálogo entre los dos hombres.

—¡Pues no soy el único! —rió Ugo—. Y volviendo al Camino, ¿qué es eso del jardín de la oca y de una lista de lugares especiales?

Los dos hombres volvieron a mirarse y no dijeron nada.

—Nuestros amigos creen que es un tablero de adivinación —intervino Eder— y también un plano templario.

Había permanecido callado durante la conversación pues era poco lo que él podía aportar. No entendía a qué se referían sus compañeros al hablar de fe y de religiones. Para él, como para su padre y sus antepasados, únicamente existía una creencia: la armonía natural creada por la Diosa. Cualquier persona que la dañara era indigna y sería castigada, pues nada pertenecía a los seres humanos, ellos sólo eran una parte de la Naturaleza, y no la más grande.

—¿El plano de un tesoro? —preguntó Ugo en su tono irónico habitual, y el médico recordó que su querido Yucé Tob había preguntado lo mismo—. ¿Creéis que los templarios guardan un tesoro maravilloso escondido en algún lugar del Camino? ¿Habéis quizás oído decir que son los guardianes del Arca de la Alianza encontrada bajo los muros del mismo templo de Salomón... y del Santo Grial, la copa en la que bebió el mismo Jesucristo en su Última Cena...?

—¿Y no es cierto?

Una risa alegre brotó de la garganta del aspirante a freire al escuchar la pregunta de la joven.

—No creas todo lo que oigas, querida. Si fuera cierto lo que se dice, la Orden poseería dos de los iconos religiosos más importantes de la humanidad y te aseguro que habría un templario sentado en el solio pontificio, y las cosas serían muy otras. ¡Dejadme ver esa lista!

Repasó la relación que don Ezequiel le alargó muy a su pesar y asintió a medida que leía los nombres escritos en ella.

—No está mal...

—¿Entonces, vamos bien? —preguntó Hadi esperanzado.

—Tendréis que llegar al final para averiguarlo.

—¿Tú conoces el secreto? —inquirió Eder.

—No existe ningún secreto, amigo mío, cuando está a la vista.

No pudieron sonsacarle nada más y se retiraron a descansar. Ugo lo hizo sobre un colchón tirado en el suelo de la cocina puesto que sólo había dos habitaciones, una ocupada por los dos mayores y la otra por la pareja. Había sido una jornada intensa, llena de tensión; minutos después, el silencio se adueñaba de la pequeña vivienda.

La irrupción de la Santa Milicia fue tan inesperada como brusca y ni siquiera el soldado, acostumbrado a dormir siempre alerta, tuvo tiempo de reaccionar, intentó asir su espada, pero lo dejó inconsciente un golpe en la sien causado por un palo manejado con tanta destreza que ni se percató del impacto. Cuatro milites entraron a la vez en cada uno de los dos cuartos. En el primero encontraron a don Ezequiel y a Hadi profundamente dormidos. Los amordazaron a los dos y ataron al primero, que se debatía con sus pocas fuerzas; al segundo lo cubrieron con una capa negra, cabeza incluida, y lo sacaron en volandas asiéndolo con fuerza por debajo de los sobacos. La sorpresa de quienes entraron en el cuarto donde dormían Eder y Alazaïs, una en brazos del otro, detuvo su avance durante unos instantes. El señor había ordenado apresar a un viejo, pero no había dicho nada sobre la Dama. Su vacilación duró un breve instante y se lanzaron sobre ambos. El artesano no pudo levantarse de la cama; fue golpeado con saña hasta perder el

sentido por los milites de cuya vigilancia la joven se había escurrido. Todavía sentían en sus espaldas el dolor de los latigazos recibidos por su culpa. Los otros dos se apoderaron de ella, le taparon la boca y cubrieron su desnudez con una camisa sobre la que echaron una capa y, al igual que al herbolario, ocultaron su rostro bajo el capuz. Todo ocurrió en un santiamén. Los milites de Robert Lepetit desaparecieron con la misma celeridad que habían aparecido y sólo una persona los vio enfilarse por la ruela y perderse tras la esquina de la Acibechería.

El sastre no se atrevió a subir al piso para enterarse de lo ocurrido; permaneció acurrucado en un rincón de su taller sin dejar de temblar y allí fue donde Bertrand de Garlande, vestido de nuevo con su uniforme de monje soldado, lo halló a media mañana, al personarse en la casa tal y como había prometido a sus protegidos que haría. Él y su compañero encontraron la puerta del piso abierta y descubrieron el cuerpo inerte de Ugo a quien consiguieron reanimar echándole encima el agua de un cubo, si bien el hombre tardó un buen rato en recuperarse. La cabeza le daba vueltas y no conseguía encontrar el equilibrio. Don Ezequiel estaba conmocionado, aún bajo la impresión recibida, pero olvidó su pesadumbre al enterarse por el comendador de que su muchacho necesitaba cuidados y se apresuró a su lado. Eder había sufrido un fuerte castigo; tenía la mejilla hinchada, no podía abrir el ojo derecho, y le habían roto un par de costillas; además mostraba hematomas en varias partes del cuerpo. Había recuperado el sentido, pero permaneció con la mirada clavada en el techo de la habitación, sin proferir una queja, mientras el médico vendaba su torso con tiras desgarradas de una sábana y aplicaba aceite de hipérico en las zonas golpeadas. Se levantó con dificultad una vez finalizada la cura, a pesar del consejo de su amigo de que permaneciera acostado, y miró al comendador.

—Los encontraremos, te lo juro —prometió el freire.

El sastre les contó lo poco que sabía: que oyó ruidos y que, luego, vio salir de la casa a unos cuantos hombres. Ante el apremio de Bertrand para que recordara cualquier cosa anómala percibida en las jornadas previas, también les informó acerca de la extraña visita de la tarde del día anterior, la

de un guardia episcopal y un hombre a quien tomó por un juez y que lo amenazó si hablaba a alguien de su visita.

—¿Cómo era ese hombre?

—Alto y delgado.

—¿Tenía las manos atrofiadas?

—No sé, no me fijé...

Tras la marcha del comendador y de sus acompañantes, el sastre metió unas pocas ropas en una bolsa, cerró la puerta y se marchó. Los últimos acontecimientos habían reafirmado su decisión: prefería morir de viejo en Ribadabia que de un susto en Compostela.

El comendador y sus acompañantes se dirigieron sin perder un minuto al palacio Xélmirez y pidieron ver al arzobispo en persona. El prelado estaba comiendo, les informó uno de los secretarios y, además, no habían sido convocados. Bertrand susurró algo a su oído, el escribano empalideció y los acompañó de inmediato a presencia de don Juan Arias, pero sólo el freire penetró en el aposento del arzobispo mientras los demás aguardaban en la antesala. Salió al rato y abandonó la sede seguido por los tres amigos. El otro templario permaneció en el edificio a la espera de noticias.

—Todos los guardias episcopales han sido puestos en estado de alerta, van a registrar la ciudad entera y se ha enviado orden a las puertas para que se extreme la vigilancia —les informó una vez afuera—. Además, don Juan Arias ha ordenado que se indague sobre los turnos para saber qué guardias estaban libres de servicio ayer por la tarde. Don Juan está muy preocupado. Ha recibido una carta del arzobispo de Astorga previniéndolo acerca de unos sectarios dirigidos por un asesino convicto que invadieron una propiedad del arzobispado en la región del Bierzo y quienes, según su información, desaparecieron y pueden estar en Compostela. Al parecer, el párroco de Peñalba se tomó en serio nuestra advertencia.

—¿Y qué hacemos nosotros? —inquirió Ugo, ya repuesto del golpe.

—Esperar, ya que no tenemos potestad para entrar en las casas ni para interrogar a los vecinos. Por otra parte, sería imposible descubrir a Lepetit y a sus sicarios si, como afirmáis, se han desprendido de sus ropones negros.

—¿Qué le habéis dicho al secretario para que os permita entrar a hablar con el arzobispo? —preguntó curioso.

—Que traía un mensaje personal del Papa y que era urgente.

—¿Y os ha creído?

—No se pone en duda la palabra de un miembro de la Orden del Temple.

—Pero habéis mentido...

—Ya me confesaré.

Decidieron esperar noticias en la casa de la rúa do Franco. A pesar de su deseo de continuar buscando, Eder apenas podía andar y tenía que ser sujetado por Ugo y don Ezequiel. En su preocupación, no se fijaron en la mujer que había salido del palacio detrás de ellos y tomaba su misma dirección.

Dominga los adelantó y pasó por su lado con paso ligero, cubriéndose la cara con el barboquejo de su toca. Estaba intranquila porque Ferrán no había ido a verla, como había prometido, y había reconocido al freire que se había presentado en la casa de labranza en compañía del alguacil mayor de León y los soldados. Le había tocado servir la mesa del arzobispo y había escuchado el nombre de su antiguo patrón y las órdenes dadas por don Juan Arias. Tenía que avisar a su hombre, advertirle de que coma peligro si permanecía junto a aquella cuadrilla de locos. Llegó sofocada por las prisas e intentó entrar en su casa. Varios sujetos custodiaban el edificio y sus alrededores, y otros dos, plantados delante de la puerta, le impidieron el acceso.

—¿Está aquí Ferrán? —preguntó a uno de ellos—. ¡Tengo que decirle algo importante!

El milite negó con la cabeza y cruzó los brazos en el pecho en un ademán definitivo.

—¡Ferrán! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ferrán!

La puerta se entreabrió y asomó por el resquicio el rostro preocupado de su hombre indicándole por medio de gestos que guardara silencio.

—¡Les buscan! —gritó sin atender sus señas.

Esta vez la puerta se abrió del todo y la mujer entró en la casa.

—¿Quién busca a quién?

Había olvidado la sobrecogedora figura de maese Robert y, más aún, su voz de ultratumba. Se quedó paralizada al verlo delante de ella y sintió un tembleque en sus piernas, ahora que lo sabía un asesino perseguido por la justicia. Tragó saliva y le informó sobre lo escuchado en el palacio Xélmirez y la orden del arzobispo de buscarlo casa por casa hasta dar con él y con sus hombres. Lo uno por lo otro, tal vez le entrara el miedo — reflexionó— y se fuera con sus locos a otra parte, dejándolos a ellos de una vez tranquilos. Observó su perfil de aguilucho meditando la decisión a tomar y echó una mirada a su alrededor. Reconoció a los cuatro que, al igual que estatuas, se mantenían rígidos en las cuatro esquinas de su cocina; reparó en la mujer y en el viejo amordazado sentado en el suelo y lanzó una mirada interrogante a Ferrán que no obtuvo respuesta.

—Nos vamos —dijo por fin el bugre.

—Las puertas estarán vigiladas —le recordó uno de los milites.

—No existe vigilancia que detenga la mano del destino.

Salieron por separado por las dos puertas que conducían al condado de la Trastámara y a la costa del mar Tenebroso: la de Faxeiros y la de Trinidad, también llamada «del Santo Peregrino», pues era la que atravesaban los caminantes que deseaban llegar hasta el Finisterre. Lo hicieron de manera individual o en parejas, unos vestidos con sus hábitos negros, otros de peregrinos y otros de campesinos. Unos explicaron a los centinelas que se dirigían al monasterio de San Xiao de Moraime, otros que acudían en peregrinación al santuario de la Virgen de la Barca de Muxía y otros, simplemente, que iban a la recogida del cereal. Y todos salieron de la ciudad sin contratiempos, a pesar de que era visible el reforzamiento de la vigilancia y de que los centinelas estaban más atentos que de costumbre.

Por su parte, Robert, tres de sus hombres, los prisioneros, Ferrán y Dominga salieron por la de Mazarelos. Antes, el criado se había personado en una caballeriza y había requisado un caballo para el amo y una mula para él con sus guarnicionerías «por orden del arzobispo don Juan Arias», firmando un pagaré con su nombre, lo único capaz de escribir. Adecuaron la carreta y revistieron su suelo y laterales con la magnífica colcha bordada

adquirida por Dominga con su primer sueldo y orgullo de su dueña. A la mujer se le saltaron las lágrimas al verla pisoteada por las botas embarradas de los milites que subieron a la joven y al viejo al vehículo. Éstos y ella se acomodaron lo mejor que pudieron en el pequeño espacio dejado libre por los bultos y víveres amontonados, mientras uno de los hombres asía las riendas y los otros dos se colocaban detrás del carro con la clara intención de no perder de vista a los retenidos y evitar posibles fugas.

—¡O señor Roberto de Brión da casa condal de Altamira! —anunció Ferrán al llegar a la puerta de la muralla.

El uniforme de guardia episcopal del vocero y el rimbombante nombre del supuesto señor de mirada altiva que cabalgaba a lomos de un caballo bien pertrechado impresionaron a los centinelas, que los dejaron pasar sin preguntarles el motivo de su viaje ni osar registrar la carreta, según las órdenes recibidas.

Era una suerte —pensó Ferrán al hallarse fuera— que hubiese aprendido algunas palabras en gallego y oído hablar del tal conde de Altamira; había resultado muy convincente. Por un momento, tuvo la tentación de gritar a los soldados que maese Robert no era un noble, sino el prófugo acusado de asesinato y perseguido por los caballeros templarios a quien el arzobispo había ordenado arrestar, pero no lo hizo. Se lo impidió por una parte la mirada suplicante de Dominga, quien adivinó sus intenciones, y, por otra, el convencimiento de que sus vidas estarían en peligro para el resto de sus días si traicionaba a la Santa Milicia. Sus miembros los perseguirían allá adonde fuesen. En mala hora se le había ocurrido a su mujer ir a la casa. El señor y sus secuaces habrían sido apresados y ahora ellos serían libres. En lugar de eso, viajaban hacia un destino desconocido y eran cómplices del secuestro de la joven cátera y del musulmán que sabía leer el futuro. Desconocía las intenciones de maese Robert, pero no auguraban nada bueno. La fiera se revolvía al verse acosada, y él lo estaba, cada vez más. Había oído decir que los monjes soldado nunca cejaban en su empeño cualquiera que fuese su objetivo; en este caso, apresar a su amo. Y no sólo a causa del incendio de León. Barruntaba que la persecución del comendador templario había comenzado

mucho antes de que él entrase a trabajar para el hombre cuya mirada sentía clavada en su espalda. Por su bien, y por el de Dominga, tenía que encontrar un medio para huir de su indeseable compañía. La presencia del resto de los milites que los esperaban en el primer cruce de caminos le hizo caer en la cuenta de que ellos tan sólo eran un par de animalillos indefensos en medio de una jauría de lobos.

El bugre no tenía la mirada clavada en la espalda de su sirviente, sino en el horizonte. Seguían la dirección del sol hacia poniente y en tres o cuatro jornadas llegarían al lugar donde tendría lugar el mayor evento de la historia de la humanidad, un hecho profetizado que cambiaría la faz de la Tierra. Él sería el primer testigo y dejaría testimonio por escrito de su clarividencia para entender el mensaje del profeta. Cuando la lucha contra el Dragón y las fuerzas del Mal hubiese concluido, él escribiría la continuación del Libro de la Revelación a la que titularía «Via stellarum». Narraría los lances de su vida, su propia revelación y el desenlace dichoso del acontecimiento que el mundo esperaba desde hacía más de un milenio. Sonrió satisfecho por la ocurrencia y echó una ojeada al carro. Veía el perfil de la Dama. Buscaría un lugar especial donde diera a luz y después se desharía de ella. A fin de cuentas, sólo era un vientre gestatorio y no le sería de ninguna utilidad una vez cumplida su misión. ¿Qué decía el texto juanista? Que el recién nacido sería arrebatado para Dios —eso estaba claro, él se encargaría— y ella enviada al desierto. Que él supiese, no había desiertos en aquella región, pero, por lo que aparecía ante sus ojos, sí despoblados y tierras boscosas, sin cultivar. Aunque también cabía la posibilidad de lanzarla en una chalupa a la mar, el gran desierto acuoso. Si el señor San Yago había atravesado el Mar de la Muerte en una barca sin timón ni velas, ella, la madre del segundo Mesías, podría hacer otro tanto.

No le extrañó hallarla en la vivienda de Ferrán. Su huida no le había preocupado, pues sabía que volverían a encontrarse ya que sus vidas estaban unidas por el destino. No obstante, tenía que reconocer que sí le había sorprendido descubrir que su verdadero nombre era Alazaïs Gauti y no aquel María de Belena, sospechosamente apropiado. Alazaïs era un nombre insólito para la madre del nuevo Mesías, aunque tal vez no tanto.

Ferrán le confirmó que se trataba de la joven que había salvado en León, una hereje, aunque la palabra «herejía» sólo significaba una opción distinta a los dogmas de la Iglesia católica, muy apropiada para la ocasión. Algo parecido había ocurrido en Palestina doce siglos atrás, donde los primeros cristianos no fueron otra cosa que hebreos herejes, disidentes de la religión judía. Además, el libro de los buenos hombres y mujeres era el Evangelio de San Juan, otra señal, a su parecer, de que no iba errando. Lo intranquilizaba mucho más que sus milites hubiesen encontrado a la Dama con un hombre en el lecho. Los muy estúpidos lo habían golpeado, pero eran incapaces de describirlo. De todos modos, tampoco tenía mayor importancia. También María estaba casada con José y eso no había sido óbice para que concibiera al primer Mesías de manera milagrosa. Esperaba, sin embargo, que fuera el llamado Ugo Ermengol y no el pagano navarro quien hubiera yacido con ella, puesto que sería inconcebible que la Elegida se hubiese amancebado con un idólatra, pese a que fuese un carpintero.

Llegaron a la puebla de Cee al atardecer de la segunda jornada de viaje. Apenas tres leguas los separaban del fin del mundo y Robert sintió una comezón por todo el cuerpo. Un esfuerzo más y estarían en el lugar más misterioso de la Tierra. Decidió, no obstante, detenerse en la pequeña aldea rural que daba la espalda al mar, vista la cara de fatiga de todos los componentes del grupo, incluida la de la Dama, puesto que sólo habían descansado a ratos desde su salida de Compostela. Él no estaba cansado, nunca lo estaba, pero sería un error adentrarse a oscuras por un caminejo de mala muerte, que imaginó sobre el abismo. Dejó a su gente en el granero de unos campesinos —extraña construcción de piedra sobre pilones que ya había visto en otros lugares— porque no estaba por la labor de dormir hacinado junto a los demás y necesitaba meditar con tranquilidad. Se dirigió a una playa de arena, la primera que veía en su vida, y se sentó en una roca.

—Así pues, éste es el mar Tenebroso —dijo en voz alta— y aquéllo debe ser el Finis Terrae...

—En realidad es la ría de Corcubión —oyó decir a su lado— y aquella punta de tierra que veis es el cabo de Cee.

Se giró sobresaltado y descubrió a un clérigo sentado en una roca cercana de cuya presencia no se había percatado al no tener ojos sino para las aguas en calma, brillantes por la luz del ocaso.

—¿Cómo decís?

—Ésta es una entrada de la mar y la península de Finisterre no puede verse desde aquí.

—Tenía entendido que estaba sólo a unas tres leguas...

—Y así es, pero bordeando la costa hacia el oeste. Mi nombre es don Antoiño y soy el párroco —se presentó.

—Yo soy Robert de Reims, maestro de retórica en peregrinación a Compostela.

—Compostela queda atrás...

—Tenía curiosidad por contemplar estos lugares de los que tanto se habla...

—Hablillas de paganos, que otra cosa no son.

—¿Paganos?

—En efecto. Os halláis, mi buen amigo, en una tierra pagana como pocas. No os dejéis confundir por las ermitas, monasterios e iglesias de la región; por las procesiones, las ofrendas, los santiños y sus milagros. La Iglesia lleva siglos intentando adoctrinar a estas gentes, yo llevo casi toda mi vida, pero aún tendrá que transcurrir el tiempo para que la verdadera fe florezca en este rincón del mundo.

—Pero si no estamos ni a cuatro jornadas de Compostela, el tercer centro más importante de la cristiandad... —reflexionó el bugre.

—Cierto, pero ya os he dicho que no os dejéis engañar por las apariencias. Aquí las vírgenes milagrosas arriban en barcas de piedra, como la de Muxía; sobre las lápidas sepulcrales de los santos, como la de San Guillermo Festerrán, fornican las parejas para lograr descendencia y todavía hay quienes ascienden al monte Pindo para sacrificar animales a los ídolos de piedra.

—¿Ídolos de piedra?

—Los hay por todas partes y también multitud de signos grabados en las rocas.

—¿Qué tipo de signos?

—Laberintos, espirales, círculos, herraduras, animales, cabezas... grabados por los salvajes en los tiempos anteriores a la civilización y que los lugareños consideran sagrados. Ya os digo que se encuentran en cualquier parte de esta región.

—¿Y las autoridades no hacen nada para evitarlo?

—¿Y qué podrían hacer? ¿Perseguir a los paganos? ¿Matarlos como se hace con los herejes? La Iglesia gallega prefiere otros métodos y ha instituido un culto católico en cada enclave de importancia idólatra. De esta manera, los *campesiños* acuden a venerar un ídolo, y se encuentran con una imagen de la Virgen o de algún santo. Es lento, pero los gallegos somos gentes tranquilas, sin prisas —añadió el párroco con una sonrisa.

—¿Y el Finis Terrae?

—Otro mito...

—¿No se acaba allí la Tierra?

—Puede... pero ¿qué más da? En algún lugar ha de acabarse.

La noche se había echado sobre la playa y la humedad se dejaba sentir. Casi al unísono, los dos hombres se pusieron en pie y echaron a andar hacia la aldea.

—¿Hay templarios en esta región? —preguntó de pronto el bugre.

—¿Por qué os interesa saberlo? —inquirió don Antoiño con suspicacia.

—Curiosidad... Procedo de Francia, donde la Orden del Temple es poderosa y me da la impresión de que en los reinos de España no lo es tanto...

—Pues erráis. Tal vez su presencia no sea tan aparente como la de los santiaguistas o la de los hospitalarios, pero os aseguro que están muy presentes. Los condes de Traba, señores de Galicia, los favorecen con la excusa de que extirpan el paganismo de estas tierras, pero yo estoy convencido de que su fin es otro, aunque ignoro cuál. Tienen casas en Corcubión, en Noia, Muros, Muxía, Finisterre...

—¿En Finisterre? —Robert se detuvo, paralizado por la información.

—Sí. Construyeron la iglesia de Santa María y la han llenado con sus cruces; ésas que llaman «patés» y que ni son cruces, ni nada. También

tienen un conventuelo en el que residen media docena de freires y hace las veces de hospital para caminantes visionarios.

Continuaron andando en silencio. Robert intentaba pensar deprisa. Sus veinte milites no tendrían dificultad alguna para acabar con seis freires, pero no podían correr riesgos. Antes o después, la Orden conocería lo ocurrido y enviaría a cientos de ellos apoyados, sin duda, por los soldados de los condes de la región y del arzobispo de Compostela, el ejército del Anticristo. Estaba convencido de que, a la postre, la Santa Milicia saldría victoriosa, pero no quería equivocarse acerca del lugar exacto donde tendría lugar la última batalla. Y antes tenía que nacer el Mesías.

—Ese monte del que me habéis hablado...

—¿El Pindo? Está excomulgado por la Iglesia.

—¿El monte? —preguntó asombrado, sin saber si tomarse o no a guasa la aseveración del párroco.

—Sí, y ningún buen católico ha de poner los pies en él —le advirtió—. Yo estuve una vez con los oleos de consagrar para exorcizar a los demonios y las brujas que lo habitan, y me volví a medio camino, si bien he de admitir que su emplazamiento es soberbio. Desde él se aprecia el Finisterre con perfecta claridad.

La aurora envuelta en tonalidades rosas y malvas pilló a los ocupantes del granero dispuestos para la marcha. Robert sacó de la cama al dueño del hórreo y le preguntó por el monte llamado Pindo. El hombre señaló hacia el sur, por la costa, y se santiguó, si bien, curiosamente, al bugre no le pareció que lo hiciera para conjurar a los malos espíritus.

O Pindo

Tuvieron que rendirse a la evidencia: una vez más, el pájaro había volado. Los guardias episcopales registraron una a una todas las viviendas de Compostela. No dejaron rincón, establo ni granero sin inspeccionar, y no encontraron un solo rastro de la presencia de Robert Lepetit, sus seguidores y los dos secuestrados. Es más, nadie parecía haberlos visto en ningún momento. Bertrand fue autorizado por el propio arzobispo a llevar a cabo las pesquisas que fueran necesarias a fin de esclarecer el misterio. Acompañado por don Ezequiel que tomaba nota, por Ugo que examinaba con ojo de águila a cada uno de los interrogados y un Eder sombrío que rumiaba su desesperación sentado en un rincón de la habitación habilitada en el palacio Xélmirez, el comendador realizó las investigaciones, consciente de que cuanto más se demorasen, más difícil sería localizar a su enemigo.

No sacaron nada en limpio en la primera ronda del interrogatorio. En la segunda, sin embargo, obtuvieron un dato útil: uno de los guardias episcopales había desaparecido el mismo día. El tal Ferrán vivía con una de las guisanderas de la sede, también desaparecida según se averiguó tras las pesquisas pertinentes. El secretario que la había contratado, y que participaba en la investigación, aseguró que la mujer era de fiar puesto que él la había conocido en casa del extinto don Marcelo Íñiguez, canónigo de la catedral de León. Fue suficiente e inmediatamente todos, incluido un todavía convaleciente Eder, salieron escoltados hacia la ruela de «tras de la muralla». En el registro de la vivienda apareció un jirón de la camisa de noche de Hadi al-Suri, un trozo de tejido a rayas de colores fuertes, característico de los mudéjares, que el médico reconoció de inmediato. Una

deducción lógica llevó a pensar que el grupo habría abandonado la ciudad por una de las tres puertas cercanas a la calleja. Una nueva ronda de preguntas, esta vez a los centinelas de las puertas, dio como resultado la extraña afirmación de que entre las personas que habían salido la víspera por la puerta de Mazarelos estaba el señor de Brión, de la casa condal de Altamira. El soldado lo recordaba por la importancia del personaje.

—No existe ningún señor de Brión de la casa condal —aclaró el secretario—. El territorio de Brión pertenece al propio conde de Altamira.

Al rato, los cuatro salían por la ruta de Noia, dispuestos a rastrear la costa desde dicha población hasta Fisterra. Los demás freires fueron enviados a las encomiendas y casas que la Orden poseía cerca del mar notificándoles que se había cometido un secuestro y solicitando la incorporación de algunos hermanos en la búsqueda del fugitivo Robert Lepetit, o de Reims, y de sus rehenes. Habían perdido dos valiosas jornadas y cabalgaron a galope tendido, pero, al llegar a la población de Negreira, el médico apenas podía sostenerse sobre su cabalgadura y a Eder le ocurría otro tanto; el uno debido a los años y, el otro, a sus costillas rotas. El comendador decidió que Ugo y él se adelantarían y quedaron en encontrarse en Santa María das Areas, el hospital templario finisterrano.

Muy a su pesar, el navarro hubo de aceptar la decisión. Ni don Ezequiel ni él serían de ayuda y lo único fundamental en aquellos momentos era atrapar al bugre antes de que les ocurriera algo malo a Alazaïs y a Hadi. Los vieron marchar lamentando su incapacidad y, al mismo tiempo, con un sentimiento de alivio. La cabalgada se había convertido en un suplicio para ambos. Pasaron la noche en Negreira; sintiéndose mejor, prosiguieron viaje a la mañana siguiente. Dejaban que los caballos los guiasen; daban la impresión de saber muy bien hacia dónde encaminarse. Eran animales peludos, de pequeña alzada, que les habían sido prestados por el arzobispo, ya que ellos no disponían de monturas. El caballero del prelado les insistió encarecidamente sobre su cuidado.

—Son caballos gallegos de pura raza, mansos como perros si se les trata como es debido, aunque en el fondo siguen siendo bastante salvajes —les

informó y añadió, a modo de advertencia—: Procurad no lastimarlos porque aquí los estaré esperando.

Al finalizar la segunda jornada, caballos y jinetes se habían perdido en una maraña agreste de árboles y agua de inmensa belleza. Sin atender a la preocupación del médico, quien ya se veía pasto de las fieras o condenado a deambular hasta el fin de sus días, Eder avanzaba, fascinado, a través de la espesura de hayas, robles y castaños. Escuchaba el sonido del agua y los ruidos del bosque; presentía que mil pares de ojos los observaban y, durante un breve instante, su pensamiento voló a su hogar, a los bosques de Baztan y de Baigorri. Quizás nacieran en lugares alejados unos de otros, no hablaran el mismo lenguaje, que no creyeran en las mismas divinidades, pero la Naturaleza hermanaba a los seres humanos. Oyó que don Ezequiel suspiraba preocupado y le sonrió tranquilizador. Él tenía más posibilidades de perderse en una ciudad que en un bosque.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el médico al llegar a un claro—. No hay alma viva por estos parajes.

Una pequeña bandada de ánades voló entonces por encima de sus cabezas llenando el silencio con sus graznidos.

—¡Ahí tenéis vuestras ocas! —rió el artesano—. Lleváis años buscándolas y ahora que las encontráis, os preocupa qué hacer. Sólo tenemos que seguir su misma dirección.

—¿Hacia dónde?

Eder volvió a reír. Se apeó del caballo y, ante la mirada atónita de su compañero, se abrazó a un roble de tronco ancho cuyas ramas barrían el suelo. Apoyó la mejilla en la corteza rugosa y cerró los ojos. La tía Elaia tenía razón. Sintió su ánimo renovado y que las fuerzas volvían a él. Hallaría a Alazaïs y regresarían a casa con su hijo, junto a los suyos. De pronto no le preocupaba dejar su huella para el futuro, demostrar su valía, tallar imágenes hermosas como las del maestro Mateo para admiración de viajeros y peregrinos durante generaciones. Lo único que verdaderamente ansiaba era ser parte del presente, vivir con intensidad la vida que le había sido concedida, junto a las personas que amaba. Abrió los ojos y descubrió a un hombre de piel arrugada y curtida, similar a la del roble, que lo

observaba sonriente y asentía con movimientos de cabeza. Supo al instante que ambos eran hijos del pueblo del bosque, y le devolvió la sonrisa.

Aquel mismo día, a media tarde, llegaron a la costa siguiendo el curso del río Xallas y contemplaron boquiabiertos cómo resbalaba en cascadas por una pendiente y caía a una fosa para luego recorrer una ensenada de aguas transparentes y fundirse en la mar sin fin que golpeaba con furia los acantilados levantando olas de espuma. Nubes de todas las tonalidades, del blanco al gris oscuro, dejaban entre ellas resquicios azules por donde se colaban los últimos rayos del sol que pintaban de rojos y dorados las paredes del coloso de piedra que se elevaba ante el océano.

—«Al soplo de tu aliento se amontonaron las aguas, se juntaron las corrientes y los abismos se cuajaron en medio de la mar.» —recitó, pasmado, don Ezequiel.

—¿De qué habláis? —le preguntó Eder saliendo de su propia estupefacción.

—Es una estrofa del Canto de Liberación de Moisés, cuando las aguas del mar Rojo se abrieron para los israelitas. No se me ha ocurrido otra cosa ante esta visión sobrenatural —se disculpó, a sabiendas de que su joven acompañante no tenía ni idea de quién era Moisés, ni cuál el mar Rojo.

—¿Creéis que hemos llegado?

—No hay duda de que éste es el fin del mundo.

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas del médico. De emoción por la inconmensurable hermosura que sus cansados ojos tenían la dicha de contemplar; y de pena por no poder compartir aquel momento único con sus queridos Yucé Tob y Hadi al-Suri.

—No creo que lo sea. Allí enfrente veo un brazo de tierra adentrándose en la mar... —añadió el navarro señalando en dirección a la península recortada en la bruma.

—El Finis Terrae no es un lugar concreto, muchacho, es una idea, un símbolo, la frontera entre lo conocido y lo desconocido, lo posible y lo inalcanzable.

—Ya, pero el comendador nos espera en un sitio llamado Finisterre.

—Que probablemente será el que señalas. No parece estar a demasiada distancia y mañana iremos allí, pero permite que mis viejos huesos descansen por esta noche.

Abajo, junto al arenal, se asentaba una pequeña aldea y hacia ella se encaminaron llevando a los caballos por la brida. La bajada se presentaba difícil por lo escarpado y resbaladizo del terreno rocoso que pisaban, aunque los animales no tuvieron dificultades y les sirvieron de apoyo durante el descenso. Una nueva maravilla los esperaba al pie de la montaña: pozas cristalinas se abrían entre las rocas, a modo de las piletas de las casas de baños, y Eder no se lo pensó; se quitó la ropa y se sumergió en una de ellas ante la mirada divertida de don Ezequiel, quien no tenía la mínima intención de seguir el ejemplo. El agua estaba helada, pero al navarro no le importó; también lo estaba en el río Baztan y no era óbice para que su hermano Donat y él se sumergiesen en ella hasta tener la piel amoratada. No sentía el dolor de los hematomas ni la presión de las costillas rotas enfajadas prietamente, y sí parte de la paz que había vuelto a perder al desaparecer su amada Alazaïs.

No encontraron alojamiento en la aldea; las viviendas eran pequeñas y en ellas convivían en un único espacio abuelos, padres e hijos, todos pescadores desde su nacimiento. Sin embargo, una mujer de tez morena por el sol y ojos claros, de habla rápida casi ininteligible para ellos, si bien pudieron entender algunos vocablos, los condujo a una chabola levantada sobre la arena. Dentro había redes, aparejos y un fuerte olor a salazón de pescado, pero quedaba espacio suficiente para tumbarse. La misma mujer se presentó poco después con un par de mantas, un pucherillo de sopa de pescado, dos cucharas de madera y un cántaro de agua; les dijo algo que no entendieron, pero le sonrieron y le dieron las gracias. No estaban acostumbrados al olor de pescado y salieron a la playa en cuanto la mujer los dejó solos. El viento había arrastrado las nubes; el cielo estaba completamente despejado y había desaparecido la bruma que los había recibido a la llegada. Comieron con hambre la sopa, se bebieron la mitad del cántaro de agua y contemplaron fascinados la puesta de sol, olvidados los motivos que los habían llevado hasta aquel lugar único, los sentidos

adormecidos por el murmullo de las olas, los lejanos graznidos de patos y garzas y el sonido de las gaviotas posadas en las rocas. Decidieron dormir a la intemperie, envueltos en las mantas. La arena era más blanda que el suelo de tabla, y era infinitamente mejor el olor a mar del aire que el de saladero de la cabaña de los aperos.

—Creo que, por fin, he entendido el secreto del jardín de la oca — confesó don Ezequiel con la mirada puesta en el cielo que comenzaba a poblarse de estrellas.

No recibió respuesta. Su amigo se había quedado dormido nada más arrebujarse en su manta.

Se despertaron ya entrado el día y fueron a devolver las mantas, el pucherillo, el cántaro y las cucharas, y a despedirse. Tenían prisa por partir; el comendador y Ugo los esperaban y, confiaban, Alazaïs y Hadi también. La mujer los recibió remendando redes a la puerta de su vivienda y se levantó al verlos llegar; los obligó a entrar en su hogar y les puso en las manos sendos cuencos de madera llenos de leche tibia. No podían negarse y, además, la sopa de la víspera no les había quitado del todo el hambre. Media docena de críos, todos iguales, morenos y de cabellos rubios, penetraron tras ellos y los observaron sonrientes y, al mismo tiempo, curiosos, mientras bebían la leche. Uno de los más pequeños, una niña de ojos azules, asió la mano de Eder y lo obligó a agacharse para ponerse a su altura.

—*Todo vai ir ben, querido. Todo vai ir ben* —le dijo al oído en un tono de voz extrañamente adulto. Un instante después escapaba corriendo detrás de sus hermanos.

El artesano se quedó desconcertado. No era posible. Miró a don Ezequiel, pero éste había preguntado a la mujer cómo llegar al Finisterre e intentaba entender sus explicaciones. Salió de la casa y siguió con la vista las carreras de los niños por la playa sin comprender lo sucedido. A pesar de los inviernos transcurridos, no había olvidado la voz de la tía Elaia diciéndole aquellas mismas palabras después de incinerar los cuerpos de su madre y de la criatura nacida muerta. Y luego, cada vez que lo veía abatido, o dolido, o agobiado. No era posible y no obstante... La voz de la niña era

la de ella, y sus palabras también. Los suyos creían que los muertos renacían una y otra vez bajo cualquier aspecto vivo de la Naturaleza, incluido el de otros seres humanos. ¿Y si ella había revivido en la niñita que chillaba y reía mientras jugaba y bañaba sus pies a la orilla de la mar sin fin? La presencia de un hombre vestido de negro que se aproximaba a la aldea por el arenal cortó en seco sus reflexiones y entró en la casa de forma tan precipitada que el médico y la mujer interrumpieron su conversación. La gallega asomó la cabeza por la puerta para saber qué era lo que había conmocionado a su huésped y volvió a entrar meneando la cabeza en un gesto de disgusto.

—*Mala xente, mala xente...* —murmuró, e hizo tres veces la señal de la cruz.

—¿Lo conoces? ¿Vive aquí? —le preguntó el navarro sin prestar atención a don Ezequiel que trataba de enterarse de lo que ocurría.

—*No. O Pindo.*

—¿Y dónde está ese Nopindo?

La mujer asomó de nuevo la cabeza para comprobar si el hombre continuaba en la aldea. Lo vio hablar con uno de sus vecinos y asir un cesto de pescado tras pagar su precio. Esperó a verlo ascender por un sendero hasta desaparecer entre las rocas, y luego hizo señas a sus huéspedes para que salieran.

—*O Pindo* —dijo al tiempo que señalaba con su dedo índice la mole de granito.

Les quedaban todavía algunos dineros y llegaron a un acuerdo con la mujer y su marido. Trocaron sus ropas por unas prendas oscuras de estameña y unos sombreros muy similares a los de los peregrinos, pero trenzados con juncos de las marismas; atuendos habituales de los pescadores. Les pagaron generosamente por dos bolsas de arpillera que llenaron con pescado en salazón, manzanas ácidas y peras, y les encargaron que se ocuparan de los caballos. La pareja se miraba asombrada; los dos forasteros debían estar mal de la cabeza para pagar tanto por tan poco. Don Ezequiel escribió una nota en el reverso de su lista de encomiendas dirigida al comendador Garlande y pidió al hombre que la llevara a Finisterre. El

pescador pegó un par de gritos, y su hijo mayor, un mozuelo de unos doce años, apareció al pronto dispuesto a cumplir el encargo. El médico dudó un momento, insistió a continuación hasta quedar convencido de que sus palabras habían sido bien entendidas y le ofreció uno de los animales para que fuera más rápido, aunque supuso que no sabría montar. Se equivocó. El rapaz montó a pelo, arreó al animal como un consumado jinete y pronto desapareció de su vista.

—¿Estás seguro? —le había preguntado a su amigo.

—Lo estoy. Es uno de ellos.

Supieron por la mujer que el hombre y otros parecidos a él —*corvos negros* los llamó—, llevaban allí varios días. No supo decirles cuántos eran, pero no debían de estar lejos porque el monte era alto y aparecían a menudo a por comida. Tal vez habían encontrado refugio en un castro abandonado en la ladera, morada de brujas y trasgos —afirmó haciendo de nuevo tres veces la señal de la cruz—. También existía un castillo en alguna parte de la montaña, pero ella nunca había estado en él y desconocía su ubicación exacta. No eran muchas las indicaciones recibidas, pero tampoco podían permanecer inactivos hasta la llegada de los freires y decidieron vigilar las cercanías del sendero, eliminada toda posibilidad de enfrentarse ellos dos solos, un viejo y un herido, a unos fanáticos dispuestos a obedecer a un jefe demente y visionario.

El tiempo se les hizo a ambos interminable. En algún lugar, cerca de ellos, se encontraban dos personas a las que querían y deseaban ver libres cuanto antes, y no podían hacer nada para rescatarlas. Comieron el pescado y la fruta oteando sin cesar el camino de la costa a la espera de ver aparecer por él a los monjes soldado y, mientras don Ezequiel musitaba una oración balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, el artesano reflexionaba sobre el poder de la Diosa arrojando cantos redondeados a una poza. Agua y roca; la solidez y el fluido de la vida juntos, en una catedral sin comparación con ninguna otra construida por manos humanas, erigida en un enclave mágico que jamás olvidaría por muchos inviernos que viviera. Los hijos de los pescadores continuaban con sus juegos y carreras, ajenos a la fuerza que los rodeaba. De pronto, la niña de cabellos de oro y ojos de color

de mar se detuvo y sus miradas se cruzaron en la distancia; levantó los brazos y los agitó en su saludo antes de correr hacia su casa. Eder sonrió y supo que no se había equivocado. Elaia había renacido en la pequeña y había elegido aquel lugar, y no otro, para estar lo más cerca posible de Amari. Y para ayudarlo a él a recobrar el sosiego.

Por fin observaron una nubecilla de polvo que avanzaba por el camino de la costa hacia el poblado y se apresuraron a su encuentro. Eran quince jinetes, todos vestidos con armaduras y las capas blancas de la Orden del Temple, a excepción de Ugo y del hijo del pescador, quien cabalgaba a la zaga, dichoso de haber sido durante un rato parte de la mesnada de los bravos caballeros acerca de quienes tantas leyendas y hazañas se contaban. Los freires descabalgaron y dejaron sueltos a los caballos, sudorosos y con el resuello entrecortado por la veloz galopada, que rápidamente buscaron las pozas de agua dulce para saciar la sed.

—¿Dónde están? —inquirió el comendador desenvainando su espada.

—En algún lugar subiendo por esa senda —le informó el médico.

—Bien. Quedaos aquí, que de esto nos encargamos nosotros.

Los freires, con Bertrand y Ugo a la cabeza, iniciaron sin demora el ascenso por el sendero bordeado de helechos y arroyuelos. Don Ezequiel y Eder esperaron y echaron a andar tras ellos, aunque sin aproximarse demasiado para no ser vistos. No permitirían que los excluyesen cuando las vidas de sus seres queridos estaban en peligro. El navarro palpó su cintura para comprobar que seguía allí el cuchillo que el comendador le había entregado en Compostela, y el médico hizo otro tanto. Llevaban ascendiendo un rato, pero se detuvieron al escuchar voces y gritos. Arrastrándose entre las rocas, ya fuera del sendero, siguieron la dirección del ruido. Milites y templarios se enfrentaban a muerte; los unos con palos, los otros con espadas, pero no estaba muy claro quiénes dominaban a quiénes. Los hombres de negro hacían gala de una agilidad ausente en los freires, cuyas pesadas armaduras entorpecían sus movimientos. Contemplaron la caída de un monje soldado que fue golpeándose con las rocas como si fuera un pelele; vieron, horrorizados, cómo un esbirro fanático clavaba la afilada punta de su caña en el pecho de otro y no

podieron evitar que, a dos pasos de donde ellos estaban, fuese atravesada la garganta de un tercero. El artesano buscaba con desesperación a Alazaïs, pero era imposible descubrirla entre los combatientes y las piedras que le ocultaban la visión. Trepó por las rocas hasta situarse en un saliente y comprobó que ni ella ni Hadi se hallaban en los alrededores. Y Robert Lepetit tampoco. Iba a regresar junto al médico cuando llamaron su atención huellas recientes de pisadas sobre la tierra húmeda del sendero.

—¡Don Ezequiel! —gritó, haciendo gestos a su amigo para que fuera a reunirse con él.

El hombre se había acurrucado detrás de una roca, lamentando no tener el don de algunos animales para mimetizarse con su entorno y maldiciendo por enésima vez el día en que había acogido en su casa al personaje execrable que había trastocado su existencia, pero se dio toda la prisa que pudo en alcanzar la posición del navarro. Éste le mostró las pisadas, señaló hacia arriba y comenzó a ascender por la vereda que llevaba a la cumbre del Pindo. Una hora más tarde, don Ezequiel caía derrengado sobre una roca con forma de asiento e intentaba aspirar el aire que no llegaba a sus pulmones. No podía continuar —suspiró—, pero Eder no lo oyó. Era un montañés, nacido y criado en la montaña, y estaba en su ambiente. Desapareció de la vista del médico nada más iniciar la subida; olvidó que tenía dos costillas rotas y que estaba solo. Ascendía ligero con la mente puesta en Alazaïs y en el hijo de ambos, sin fijarse en las figuras pétreas de animales y monstruos que brotaban del suelo; las mismas que los antiguos creían obra de los dioses y que desde hacía miles de años alimentaban la imaginación de los pueblos asentados en la zona y eran testigos de sus miedos y devociones. Alcanzó la cima tras dos horas de esfuerzo. El viento azotaba con fuerza y se oían truenos en la lejanía.

Robert Lepetit supo que la gran batalla estaba a punto de comenzar. Contemplaba cómo se aproximaba la tormenta desde una prominencia redondeada, una de las muchas que coronaban la Moa, la zona más elevada del Pindo, el monte sagrado. Gaviotas y ánades volaban agitadas por

encima de la costa y una bruma oscura, casi negra, avanzaba con lentitud hacia él en medio de rayos de luz que teñían de rojo el horizonte.

—«¡Y fue vista otra señal en el cielo: y he aquí un grande dragón bermejo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas!» —clamó voz en grito alzando los brazos hacia el cielo.

El momento se acercaba; sus milites impedirían el paso de los ángeles del Mal y él se encargaría de proteger al recién nacido; sería el servidor, el ministro, el responsable de arrebatárselo al Dragón. Giró la cabeza al escuchar los gemidos de la mujer. El parto se había adelantado; los dolores habían comenzado aquella misma mañana, momento en el que decidió subir a la cumbre, pues el segundo Mesías debía nacer en lugar sagrado.

No cayó en la cuenta al escuchar el nombre en boca del párroco de Cee, pero antes de llegar recordó por qué le resultaba familiar el nombre del monte excomulgado. Lo había estudiado al tratar de las grandes religiones paganas, la griega y la romana, en la escuela catedralicia de Nôtre Dame de París. Pindo era el nombre del macizo en el que se asentaba Olimpos, «el luminoso», el hogar de los dioses. Y no podía ser sólo una casualidad que el monte situado en los confines de la Tierra, poblado de extrañas figuras de piedra y oquedades, tuviera el mismo nombre. Habían tardado horas en alcanzar la cima. Dos de sus milites habían tenido que transportar a la Dama en unas andas improvisadas, y en brazos durante algunos tramos, pero lo lograron y se felicitó por la decisión tomada. Ciertamente, aquél era un lugar especial. Desde la altura dominaba la tierra y las aguas del mar infinito, y sintió que el poder era al fin suyo. Dirigió la mirada hacia la bruma y vibró de emoción. El sonido de los truenos era cada vez más claro y ensordecedor; los rayos caían uno tras otro y el Dragón estaba a punto de engullir el Finis Terrae.

Dominga hacía lo posible por aliviar el sufrimiento de la parturienta, quien, sentada sobre una piedra, intentaba no gritar, aunque sin poder evitar que se le escapase algún que otro quejido a cada contracción. Poco podía hacer, aparte de asirle la mano, enjugar el sudor de su frente con su saya y darle a beber el agua que recogía con sus propias manos en los pozuelos horadados en las rocas. Maese Robert la había obligado a acompañarlos

para que atendiese a la joven, a pesar de que ella de partos sabía poco, por no decir nada.

—No importa —dijo él en tono despectivo al insistirle sobre su total desconocimiento en la materia—. Ésas son cosas que todas las hembras intuyen, hasta las perras, para eso estáis en el mundo.

Ella nunca se había quedado embarazada, y no lo había echado en falta dado que no había conocido a ningún hombre con el que mereciera la pena formar una familia. Dios no la había creado para ser madre y era un alivio, visto lo mal que lo estaba pasando la joven, cuyo nombre ignoraba puesto que no le habían permitido hablar con ella durante el viaje desde Compostela. Intentó recordar conversaciones escuchadas, consejos de comadres a la hora del parto para evitar las hemorragias, y tembló de preocupación al pensar que no sabría hacerlo bien. El viento arreciaba y el aire estaba húmedo. Echó una ojeada a su alrededor y no descubrió ningún espacio donde protegerse del vendaval. Miró al viejo musulmán que asía la otra mano de la joven; a Ferrán que se mantenía un poco apartado como queriendo preservar la intimidad de la parturienta; a los dos monjes, o lo que fuesen, que permanecían cerca de su señor y al lunático que los dominaba. ¡Así se fuese al infierno! Había subido a un despoblado a una mujer a punto de dar a luz. Moriría, y la criatura también. Todos morirían. Apretó la mano que sostenía y se sentó a su lado justo en el momento en que la joven sufría una contracción tan violenta que las levantó a ambas del asiento.

Todo fue muy rápido a partir de entonces. Sin previo acuerdo, sin una palabra, ambas mujeres se pusieron en cuclillas y mientras una paría lanzando un grito de dolor y de coraje que se escuchó de punta a punta de la costa —según se dijo tiempo después—, la otra recogía a la criatura en su regazo, cortaba el cordón umbilical con el cuchillo que, a su demanda, Ferrán le tendió con mano temblorosa, y ataba prieto ambos extremos con un trozo del cordel de su camisa. Agotada y completamente empapada por el sudor, la parturienta se deslizó sobre el suelo de piedra sujeta en todo momento por el herbolario, quien no sabía qué otra cosa hacer.

—¡Tápala! —le gritó Dominga a Ferrán al tiempo que ella envolvía a la criatura en su propia saya—. ¡Tápala, maldita sea!

El hombre cogió dos de las mantas que habían subido por si la espera se hacía larga y cubrió a Alazaïs. El recién nacido comenzó a llorar y Robert se giró raudo y caminó hacia la improvisada partera.

—¡Dámelo! —le ordenó.

Dominga retrocedió unos pasos.

—¡Dámelo! ¡Dame al niño! —gritó fuera de sí—. ¡Dame al niño!

—¡No es un niño! —gritó ella retrocediendo todavía más—. ¡Es una niña!

El bugre se detuvo atónito. ¿Qué decía aquella bruja? ¿De qué diablos hablaba? Era un niño, tenía que serlo. Estaba escrito en el *Libro de la Revelación*: «Y ella parió un hijo varón.» ¿Acaso el profeta iba a equivocarse? ¿Acaso iba él a equivocarse?

—¡Es una niña, maldito loco, hijo de Satanás! —gritó de nuevo la mujer; y, sosteniéndola por los sobacos, le mostró la criatura que no dejaba de berrear.

Robert miró a la mujer que había vuelto a envolver a la niña en la saya y la apretaba contra su pecho y a la recién parida, cuya cabeza, pálida y sudorosa, sostenía el moro en su regazo. No entendía lo ocurrido, y el Dragón estaba cada vez más cerca. Entonces lo vio; vio al pagano, al tallista de vírgenes preñadas, que corría hacia él con un cuchillo en la mano.

—¡Matadlo! —ordenó a sus dos milites y a Ferrán—. ¡Matadlos a todos!

Eder escuchó el grito de Alazaïs nada más poner los pies en la cima y corrió hacia el lugar de donde provenía. Sólo se fijó en que ella yacía en el suelo, en brazos de Hadi al-Suri, y tuvo la certeza de que el bugre la había asesinado, al igual que había asesinado al maestro Bisol y a su esposa, a la tía Elaia, al amigo de don Ezequiel y a tantas otras buenas personas. Lleno de ira, corrió hacia la figura negra que reculó en cuanto lo vio llegar hasta situarse sobre una piedra de grandes dimensiones, algo más elevada que las demás. Uno de los milites pretendió detener su carrera, pero Ferrán se

interpuso entre los dos y con su espada de guardia episcopal rajó el vientre del esbirro. El hombre todavía anduvo unos pasos y luego se desplomó. Mientras, el otro se dirigió hacia Alazaïs con la caña sujeta con ambas manos, dispuesto a clavarla en la mujer que había burlado a su señor. Levantó la pica, pero vaciló un instante, el tiempo necesario para que el herbolario le hincase en la pierna el cuchillo olvidado en el suelo que había servido para corlar el cordón umbilical. El milite cayó golpeándose la cabeza con la roca y quedó inconsciente.

Robert Lepetit esbozó una mueca. El infeliz que venía hacia él con intención de matarlo ignoraba que él era un ser superior, el preferido por el nuevo Dios para preservar su reino por los siglos de los siglos. Se había equivocado con la mujer; ella no era la Elegida y tendría que seguir buscando, pero no sería un pagano quien le impidiese realizar su destino. Se volvió hacia el mar. La bruma había detenido su avance y comenzaba a desaparecer; truenos y resplandores habían cesado. El fin del mundo aún no había llegado, y él se lanzó al vacío, convencido de que los ángeles lo sostendrían en su caída.

—¡Eder!

Hadi había seguido la trayectoria de su amigo con el corazón en un puño. Vio cómo el bugre se lanzaba al mar y temió que él fuera detrás, tal era la fuerza de su carrera. El navarro dejó caer el cuchillo que no había utilizado y salió de su estupor al oír la llamada del herbolario. Corrió hacia Alazaïs y no pudo retener las lágrimas al ver la sonrisa en sus labios.

—Está visto que la montaña es nuestro sino —le dijo ella con voz desfallecida—. Tú me descubriste en una, yo te recuperé en otra y ahora tú nos has encontrado en ésta a tu hija y a mí. Es hora de que volvamos a casa.

Al poco, unos templarios llegaban jadeantes a la Moa y hallaban un cuadro cuanto menos sorprendente. La lucha en la ladera había acabado con la vida de cinco de los suyos y de casi todos los milites, y los que no habían muerto, habían resultado heridos o magullados. Al propio comendador le habían clavado una pica en el brazo derecho. Sólo al acabar se dieron cuenta de que Robert Lepetit y sus dos rehenes habían desaparecido. Bertrand y Ugo se miraron desconcertados. Iban a iniciar el descenso

llevándose los cadáveres de sus compañeros, a los heridos y a los milites sobrevivientes, cuando apareció don Ezequiel, que había decidido bajar en busca de ayuda, y les informó de que Eder había subido a la montaña siguiendo unas huellas descubiertas en el barro. El comendador envió a Ugo y a cuatro de sus hombres tras él mientras el resto bajaba a la aldea. El catalán y sus compañeros encontraron el cuerpo de uno de los milites con las tripas fuera, al otro amordazado y maniatado con tiras de sayas femeninas, al guardia episcopal desaparecido y a la mujer que —dedujeron— era la guisandera, al herbolario musulmán secuestrado y, finalmente, al artesano y a su mujer, quien daba de mamar a una criatura gritona que protestaba al retirarle el pecho de la boca mientras su padre le frotaba el cuerpo con la tierra del Monsacro.

—¿Ya tenéis nombre? —fue todo lo que se le ocurrió preguntar.

—La llamaremos Izar —respondió su amigo.

—¿Y qué coño de nombre pagano es ése? —soltó el soldado para disimular su emoción.

—Significa «estrella» en la lengua de mis padres.

OceanofPDF.com

Fisterra

El primer lucero brillaba en el firmamento y debían apresurarse antes de que anocheciese. El sol iniciaba su ocaso y los acompañó durante todo el trayecto hasta Finisterre, al tiempo que por el levante aparecían multitud de puntos brillantes, más visibles a medida que la luz solar se extinguía.

—¿Lo has visto? —preguntó Hadi a don Ezequiel.

—Lo he visto —respondió éste.

—¿Qué es lo que habéis visto? —se interesó el comendador.

—El rayo verde. Creía que se trataba de una fábula...

—No, no es una fábula. Existe, y dicen que a las personas que lo avistan en el preciso momento en que el sol desaparece en el horizonte se les otorga el don de ver en su corazón y en el de los demás, pues su color es el color del Paraíso. ¿Habéis averiguado por fin el significado del jardín de la oca?

Los dos amigos intercambiaron una mirada sorprendida. No recordaban haber puesto al templario al corriente de sus investigaciones. Luego, el médico se acordó de la nota enviada en el reverso de su lista de los emplazamientos templarios.

—Pienso que sí... —aseveró.

—¿Ah, sí? —Hadi lo contempló con una mezcla de curiosidad y reproche.

—Sí. No es un tablero de adivinación, tampoco un plano secreto de las encomiendas. Es una representación del camino recorrido por el ser humano desde que nace; de sus dificultades, creencias, temores, esperanzas... de su fuerza y de su debilidad... de sus dudas y de sus decisiones, acertadas o no. Es la ruta inmutable de las estrellas que vemos cada noche sobre nuestras

cabezas. Nosotros desaparecemos, pero ellas continúan allá arriba para recordarnos que sólo somos un breve soplo de vida entre millares de otros. ¿No es así?

Bertrand de Garlande no respondió, sonrió y espoleó su montura para colocarla a la cabeza del grupo.

—¿Y las ocas? —preguntó el herbolario al cabo de un rato, no del todo convencido con la interpretación filosófica de su amigo.

—Significan lo que cada uno quiere que signifiquen.

—Pues yo le leí el tablero al hijo de *al-shaytan*. Para eso me secuestró, para que le leyera su futuro.

—¿Y qué le dijiste?

—Lo que aparecía en los números: que estaba a punto de dar un gran salto que cambiaría su vida. Y ya ves que así ha sido.

Los dos hombres se echaron a reír. Aquella noche, ellos fueron los únicos que no durmieron. Permanecieron despiertos, sentados a poca distancia de la hoguera que los freires encendían cada crepúsculo en la ladera del monte Facho para servir de guía a navegantes y pescadores.

Contemplan el arco iris del dios Lug, la leche derramada de la diosa Hera, las aguas del río eterno de árabes y judíos, las estrellas del Camino de San Yago. Las vieron sumergirse en el mar al amanecer y observaron una bandada de ánades que volaba siguiendo su estela.

Hadi al-Suri extendió su alfombrilla de rezos en dirección a La Meca y, antes de inclinarse y de tocar el suelo con la frente, recitó de pie la *Fātiha*, la primera y más importante de las azoras del Corán. Don Ezequiel Falaquera, por su parte, extrajo de su bolsa el *talit*, el manto de la oración, se cubrió la cabeza con él y entonó el *Shemá Israel*. Y la campana de Santa María das Areas repicó llamando a Prima.

El médico guardó el manto en su bolsa y sacó el pliego en el que él y su amigo habían señalado las casillas del tablero y ambos leyeron la lista, si bien podían recitarla de memoria:

nr 5 **Gares** en el reino de Navarra donde el Camino se hace uno y existe una encomienda templaria y una Virgen Negra.

nr 6 El **Puente** de la Reina poco después de Gares que tiene siete ojos y lo construyó una Reina para los peregrinos.

nr 9 **Nájera** en tierra del río Oja u Oca donde Ezequiel comenzó su Camino Y hay una cueva con una Virgen Negra.

nr 12 El **Puente** que construyó el Bendito Domingo para los peregrinos también en tierra del río Oja u Oca.

nr 14 **Santo Domingo** que dicen de la Calzada porque arregló el Camino— para los peregrinos y también están aquí los templarios.

nr 18 **San Juan de Ortega** en tierra de Burgos en cuya iglesia hay un capitel que el sol ilumina en el equinoccio y alumbra a las bienaventuradas Myriam e Isabel y donde existe una casa templaria

nr 19 Las **Posadas** y hospitales para peregrinos que en tierras burgalesas son los más numerosas del Camino

nr 23 **Burgos** donde Hadi comenzó su Camino y conocimos, a Eder y a los maestros de la madera que construyen la catedral y que en SU país del reino de Aragón llevan una marca en forma de pata de Oca

nr 26 Los **Dados** símbolo de las fortunas, o las desgracias que acontecen a los peregrinos a lo largo del Camino

nr 27 **Castrojeriz** en tierra de Burgos donde hay una encomienda y una iglesia templaria y una hermosa imagen de la madre de Yoshua aunque no es Negra

nr 31 El **Pozo** donde el peregrino ve reflejada su existencia mientras avanza en soledad por el Camino

nr 32 **Villasirga** en tierra de Palencia donde los templarios han construido una catedral y hemos visto la imagen de una Virgen con SU hijo y embarazada de otro.

nr 36 **León** de las dos Vírgenes, una blanca y otra negra, de la catedral y donde los peregrinos encuentran el descanso y la mejor de las acogidas.

nr 41 El **Monsacro** un monte en tierra de Asturias en donde según nuestro muchacho existen una encomienda templaria, una Virgen Negra y un pozo

nr 42 El **Laberinto** que significa la búsqueda de sí mismo de todo peregrino de la vida desde que nace

nr 45 El **Ponferrato** en tierra de León donde hay un castillo de los freires templarios y una Virgen Negra

nr 50 La sierra de los **Ancares** o Ansares también en tierra leonesa que es lugar de paso hacia el ocaso de ánades, patos y Ocas nr 52 La **Cárcel** de la reprobación adonde va a parar el alma de todo ser humano que no obra con rectitud

nr 53 Los **Dados** ídem que en la casilla 26

nr 54 **Compostela** que es el final del Camino de San Yago para los peregrinos, devotos, que han recorrido una larga y peligrosa distancia con ayuda de su fe

nr 58 La **Muerte** porque en Galicia llaman así a la costa del fin del Mundo que bordea la mar Tenebrosa y porque son muchos los que van allí a morir, y a renacer después

nr 59 El monte **Pindo** que es lugar de garzas y ánades y está en la costa de Galicia frente a la mar Tenebrosa y era el monte sagrado de los paganos de este territorio

nr 64 El **Finis Terrae** donde se acaba la tierra y las estrellas del río eterno se funden con la mar y donde nosotros Ezequiel y Hadí damos por concluido nuestro Camino por la vida

Acabaron de leer la lista y se miraron. El médico rasgó en dos la fina piel de badana en la que estaba escrita y le dio una parte a su amigo. Sin prisas, cada uno de ellos despiezó su parte en trozos menudos y después los lanzaron al mar. Observaron durante un rato cómo el viento se llevaba los fragmentos hasta desaparecer de su vista y se pusieron en pie.

—¿Tú crees que los pocos habitantes del pueblo que está ahí abajo necesitarán los servicios de un galeno? —preguntó el médico a su amigo al tiempo que trataba de desentumecer sus piernas pateando el suelo.

—Imagino que sí... —respondió el herbolario imitándolo.

—Me gustaría acabar mis días aquí, tan cerca del Edén...

—Necesitarás entonces de alguien que sepa de hierbas para que te elabore los potingues...

—No ha estado mal, querido Hadi. Nada mal.

—¿Qué?

—Nuestra andadura por el Jardín de la Oca.

Dos meses más tarde, Eder y Alazaïs se despedían de Bertrand de Garlande y de Ugo Ermengol en Crunia, a punto de embarcar en un barco francés que los llevaría hasta un puerto de la costa vasca, desde donde emprenderían viaje a su añorado Baztan.

Días antes lo habían hecho Ferrán y Dominga en un pesquero en dirección al puerto asturiano de Codillero. Tras examinar los hechos y conocer su intervención en los mismos, el comendador había decidido no mencionar en su informe la relación mantenida por la pareja con Robert Lepetit.

—Ésta es vuestra segunda oportunidad y no habrá una tercera —les advirtió.

—No la habrá, su merced —respondieron casi a la vez—. Podéis estar seguro.

Respiraron tranquilos, no obstante, cuando el barco demarró y se adentró en la mar. Habían permanecido en vilo durante su estancia en Finisterre, pues desconocían las intenciones del freire hacia ellos. Fueron testigos del encadenamiento de los milites supervivientes, enviados a

Compostela para ser juzgados por el asesinato de la familia de Delmira Gomes, y esperaron resignados su turno. No tenían las manos manchadas de sangre y eso jugó a su favor; eso, y la intervención de los Bozat. Sin ellos, tal vez ambos y su pequeña estarían muertos —habían afirmado agradecidos— y merecían una oportunidad. Eligieron Asturias porque no podían quedarse en Galicia, ni regresar a León o a Burgos donde eran conocidos. Aseguraron al comendador que allí iniciarían una nueva vida y olvidarían su mala experiencia. No le dijeron, sin embargo, que comprarían una casa y montarían un negocio de hospedería para caminantes y peregrinos con los dineros de su antiguo amo. Los habían ocultado entre sus ropas antes de la llegada de los templarios a la Moa. A fin de cuentas a maese Robert ya no le hacían falta, y ellos se los habían ganado ya que, por su culpa, habían perdido el trabajo y se habían quedado sin medios para subsistir.

Eder y Alazaïs también deseaban partir cuanto antes. Tenían prisa por regresar. Era ya demasiado el tiempo transcurrido desde su marcha de Bozate; ansiaban abrazar a sus familiares y recobrar la tranquilidad en la tierra que amaban.

—¿No tallarás entonces una Virgen Negra para mí? —preguntó el comendador al artesano.

—Quién sabe...

—Os echaré de menos —confesó Ugo.

—Ven a vernos en una de esas ocasiones en las que te haces pasar por peregrino.

—Lo haré, lo haré... no te quepa la menor duda.

—Antes de despedirnos, tal vez para siempre, quiero cumplir la promesa que te hice —añadió Bertrand.

Hizo una seña y un freire en el que no habían reparado se acercó llevando a una niña de la mano. Alazaïs pegó un grito, colocó al bebé en brazos de su padre y se abalanzó sobre ella; la cogió, le dio varias vueltas, la besó, la acarició, rió y lloró de alegría.

—Alix Bisol murió la primavera pasada a causa de unas fiebres y el señor Gaífer matrimonió de nuevo —explicó el comendador a un

estupefacto Eder—. La nueva mujer espera un hijo y no la quería en la casa, así que la enviaron a un convento.

—¿Y cómo... cómo habéis conseguido que...?

—Pregúntaselo a tu amigo; él fue quien se encargó de sacarla de allí.

—Mejor que no lo sepáis —rió Ugo—. ¡Hay cosas que vale más no revelar!

Eder no acababa de creérselo. Aquella niña que lo observaba tímidamente desde sus mismos ojos y asía con fuerza la saya de Alazaïs mientras ésta recuperaba a su criatura, era su hija Maddi. La Diosa era generosa con él y se la devolvía para que pudiera amarla el resto de su vida. Sin dejar de mirarla, metió la mano en su bolsa y sacó un objeto envuelto en una tela.

—Gracias —dijo tendiendo el bulto al comendador—. Esto es para vos.

Los dos soldados permanecieron en el muelle hasta que desaparecieron de su vista las siluetas que, desde el barco, agitaban las manos en señal de despedida. Sólo entonces, Bertrand desenvolvió el atadizo y apretó las mandíbulas al descubrir su contenido: la figura de una campesina de largas trenzas y descalza que sostenía entre las manos su vientre grávido, tallada en piedra por un montañés que creía en la Madre, origen de la vida. No era exactamente igual, pero sí muy parecida a una que había visto muchos años atrás, y en la que nunca había dejado de pensar.

Tiempo después, los pescadores de la Costa da Morte hablaban temerosos de un espectro vestido con harapos, un demonio negro contrahecho y con garras en lugar de manos, cuya presencia era presagio de muerte, pues aparecía vagabundeando por la costa los días de tormenta, antes del hundimiento de un barco.

Bibliografía

- ATIENZA, JUAN G., *La ruta sagrada*, Ediciones Robinbook, Barcelona. 1992.
- ANTOLINI, PAOLA, *Los agotes, historia de una exclusión*, Ediciones Istmo. Madrid, 1989.
- BALIÑAS PÉREZ, CARLOS, *Gallegos del año mil*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 1998.
- CORRAL, JOSÉ LUIS, *Breve historia de la Orden del Temple*, Edhasa. Barcelona, 2006.
- DUBY, GEORGES, *La época de las catedrales*, Ediciones Cátedra. Madrid, 1993.
- GÓMEZ RASCÓN, MÁXIMO, *La catedral de León. Cristal y Fe*, Edilesa. León, 1998.
- LEMA, RAFAEL, *El camino secreto de Santiago*, Editorial Edaf. Madrid, 2007.
- MARTÍN VISO, IÑAKI, *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca. 2000.
- MARTÍNEZ DÍEZ, GONZALO, *Los templarios en los reinos de España*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001.
- ROQUEBERT, MICHEL, *Histoire des cathares. Hérésie, croisade, inquisition du XI au XIV siècle*, Librairie Académique Perrin, 1999.
- VV.AA. *Viajeros, peregrinos, mercaderes en el occidente medieval*, XVIII Semana de Estudios Medievales, Gobierno de Navarra, 1999.
- YZQUIERDO PERRÍN, RAMÓN, *Los caminos a Compostela, El arte de la peregrinación*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2003.



TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA. Nacida en Vitoria-Gasteiz en 1949, vive en Larrabetzu, un pequeño pueblo de Vizcaya, en compañía de su familia, rodeada de libros y objetos de artesanía de diversas procedencias. Durante veinte años compaginó su profesión de traductora técnica con trabajos APRA teatro y televisión, donde escribió y dirigió más de mil programas infantiles. Desde noviembre de 1998, año en el que vio publicada su primera novela, *“La calle de la judería”*, esta autora prolífica, apasionada de la novela histórica, no ha dejado de escribir y de sorprender a sus lectores. *“Las torres de Sancho”*, *“La herbolera”*, *“Señor de la guerra”*, *“La*

Abadesa”, “*Los hijos de Ogaiz*”, “*La voz de Lug*”, “*La Comunera*”, así como también “*Leyendas de Esukal Herria*” y las novela juveniles “*El mensajero del rey*” y “*La hija de la luna*” han visto sucesivamente la luz con gran éxito.

OceanofPDF.com